LA JUGLARESA
MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
La juglaresa
Dedicatoria
Prólogo
1244. De cuando fui niña
1248 - 1256. De cuando fui bailarina
1257 - 1264. De cuando fui fugitiva
1264 - 1268. De cuando fui puta
1269. De cuando fui cruzada
De cuando fui Balteira
Nota de la autora
Bibliografía consultada
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La juglaresa recrea libremente la vida de **María Pérez, «la Balteira»,** una mujer hermosa y de buena cuna, apasionada del baile y de la música, que pronto abandonó su Galicia natal para llevar una vida aventurera y atípica para los cánones de su tiempo.

Con el ritmo chispeante de las novelas picarescas, conoceremos a personajes de todo pelaje y condición: amables alcahuetas, frailes borrachos, juglares pendencieros, reinas vengativas y lujuriosos monarcas. Entre ellos, María irá ganando una fama insólita que ha sobrevivido en las cantigas medievales.

María López Villarquide

La juglaresa

Ilustraciones de la autora

ESPASA

Para Fran, que me habla del tiempo.

Ne te retournes pas sur le passé, quoi qu'il'se passe, avance.
[No mires atrás. Pase lo que pase, avanza].

Maurice Béjart a Gil Roman

PRÓLOGO

engo manos pequeñas, son del tamaño de una cría de ratón de campo: dos diminutos roedores que abren puertas, desatan lazadas y llegan adonde quieren. Con mis manos he llegado a esta tierra polvorienta en donde la supervivencia se torna más difícil a medida que avanzan las horas.

Ante mí hay un mar que no reconozco aunque sea el mismo que he atravesado a lo largo de los últimos días, un mar que, igual que mis manos menudas, se ha abierto paso entre los agujeros de las tablas de la nave en la que he viajado, ha mojado el suelo que he pisado y los huecos en los cuales he podido ovillarme para dormir a ratos, cuando ellos me lo permitían. Un mar que ha podrido las telas de mi vestido ya andrajoso y ha enmohecido los pocos alimentos que viajaban conmigo, escondidos: los ha echado a perder.

He sido burlada en varias ocasiones. Ellos se han carcajeado de mis manos y de mis proporciones de niña, y, sin embargo, son también aquellos que más me han deseado y me han buscado para poseerme, aplastarme, penetrarme y apretarme contra sus cuerpos, hombres grandes y fuertes sobre mí, hombres con manos enormes que retorcían cada forma blanda y suave de mi piel.

Dicen que hay dos cosas que se echan de menos al alcanzar el destino tras un largo viaje: una es el hogar y la otra aquellos a quienes más se quiere.

Yo no pertenezco a ningún sitio, hace tiempo que dejé de sentir que existiera algo que pudiese verdaderamente considerar «mi tierra», así que no extraño nada y, por otra parte, las personas más importantes de mi vida son precisamente aquellas que la muerte o la propia vida me han arrebatado para siempre.

Tierra Santa: estoy en Tierra Santa. La bahía de Acre huele a incienso quemado en cacerolas de tierra cocida y se despliega ante mis ojos como un inmenso tapiz de arena y polvo habitado por soldados, comerciantes, familias viajeras y pecadores sin rumbo. En el fondouk *se amontonan tiendas, animales, grupos de hombres y mujeres que, entre gritos y confuso*

albedrío, disponen el día a día de una ciudad improvisada, un territorio fragmentado en parcelas religiosas en donde yo por fin he dado con un destino al cual seguir.

Contaré lo sucedido desde el principio.

Esta es la historia de cómo he llegado hasta aquí y, sobre todo, es la historia de quién soy.

1244

De cuando fui niña

ecuerdo que hacía un año que padre y madre habían muerto; fue entonces cuando escapé de mi casa y prometí no regresar jamás.

Sé que cayeron desde el carromato que los conducía a nuestro hogar, que regresaban de un viaje que los había llevado hasta alguna comarca hacia el norte, allí donde la costa es escarpada y se precipita frente a un mar peligroso al que hay que temer. Solo el lacayo al mando de los dos caballos había logrado sobrevivir aferrándose a las raíces de un árbol que asomaba en la orilla, él fue quien nos contó lo sucedido. Los cuerpos habían sido arrastrados por la corriente hasta perderse en el agua estancada de la ría y ya nunca habíamos vuelto a verlos. A padre y madre se los tragó el agua brava del río que surca los terrenos sembrados de mi pueblo, una mañana de primavera, o quizás fuera verano, no puedo asegurarlo.

Nací en un pueblo en donde el sol se esconde a menudo y no comparte con los aldeanos las bondades de su luz y su calor. En Galicia vivimos contra el viento y contra la lluvia rabiosa, por eso cuando la primavera arranca y el cielo se abre para dejar ver pedacitos sin nubes ni amenaza de borrasca es de rigor estar feliz.

Pero nosotros no podíamos.

El *pexegueiro* del camino viejo ya coloreaba sus frutos y los dejaba caer al suelo. Melocotones magullados y picados por los pájaros se esparcían en hilera en la zona cercana a nuestra casa, «el *pazo* de los Pérez». Hacía calor y con las altas temperaturas la fruta maduraba, caía al suelo y allí se quedaba. Padre y madre habían muerto y por eso nadie se había parado a observar los trozos de fruta madura de color naranja que desprendían un olor dulzón cuando aún se conservaban frescos y agrio en cuanto se mezclaban con la tierra y los insectos a los pies de los árboles. Nos habíamos quedado solos.

Una tragedia, eso habían dicho, una auténtica desgracia para mí y para mi hermano Martín. Él, con quince años recién cumplidos, sintiéndose mayor y responsable, asumía el cuidado de su hermanita y

las tareas de mando y organización del pazo y las propiedades. Éramos ricos o, por lo menos, en aquel tiempo no nos faltaban dineros ni tierras que dar para su trabajo a las gentes que sabían aprovecharlas para nosotros, los siervos, los criados. Mi padre había sido el más reputado alfayate hasta donde la vista podía alcanzar más allá del cerro del *pino torto*. Sus paños para el abrigo y las confecciones en manteles y cortinajes siempre se nos encargaban a los Pérez porque trabajábamos con estambre de la mejor calidad, decían. Venían de todos los puntos del reino a comprarnos varas de tela y el negocio había funcionado desde siempre. Martín dijo que él se encargaría de mantener aquello, que nada iba a cambiar, que él era mi hermano mayor y sabría cómo hacerlo. Yo, que tenía ocho años y me estremecía cuando con sus brazos largos me cubría el hombro y me besaba en la cabeza, justo en la coronilla, allí donde a los niños *pequerrechos* les dicen la «fontanela», que cuando nacen es blanda y frágil porque aún no se han cerrado los huesos del todo, le creí.

—Cuidaré de ti, y todo seguirá como siempre —me aseguró.

Pero nada volvió a ser igual.

Al principio, Martín se preocupaba por que nada me faltara: cuidaba de sumar lo que se ganaba y rendía cuentas a los campesinos con buena voluntad y firmeza. Lo había aprendido sin esfuerzo, era de esas personas que pronto asumen su estamento y posición de poder respecto a los demás; a mí, en cambio, dar órdenes me resultaba incómodo, un gesto extraño para el que no sentía el menor interés. Él tenía disposición natural para el gobierno, yo no. Martín hablaba a los vasallos con seguridad y aplomo:

—Pronto, venid con los caballos. Quiero que entreguéis esta mercancía a lo largo de la jornada y que antes del atardecer estén de vuelta las bestias en el establo.

Y le obedecían. «Hay que ver el amo qué entero a pesar de lo que han tenido que sufrir», murmuraban, y él, orgulloso, se crecía en su mandato y coordinaba a todos para que las cosas continuasen por el mismo camino que había transcurrido. Él quería creer que eso era posible y hacía denodados esfuerzos por convencerme también a mí de lo bien que irían las cosas.

Mientras tanto, yo me entretenía con lo que podía.

Husmear entre fogones y acompañar a la cocinera en sus tareas a veces era interesante; recorrer los jardines en busca de malas hierbas y flores que aprovechar para los cocimientos y las salsas se convirtió una afición para mí.

—Consígueme unas piezas de membrillo, María. Podremos hacer confite para mañana al mediodía si te apresuras y me traes unas cuantas.

¡Qué delicia la compota de pero membrillero mezclado con canela y

quién sabe qué otros mágicos ingredientes que añadía la cocinera! Pero por más que yo comiera cucharadas infinitas de aquel dulce no engordaba y tampoco crecía. Mis huesos diminutos componían con mi cuerpo una figura frágil y delicada que a todos preocupaba. *«A nena vai leva-lo enganido»,* me decían, convencidos de que el mal se había cebado con la familia también a costa de mi cuerpecillo desnutrido. Nuestra cocinera se esmeraba en alimentarme y también en hacerme partícipe de las actividades cotidianas, imagino que por compasión, porque no se figuraba ella que estar sola y esconderme podía ser algo que yo disfrutase.

A mis ocho años, la única persona que me cuidaba era mi hermano mayor. Durante semanas, tras haber quedado huérfanos, me escondí de los vecinos, asustada porque no entendía por qué todos venían a interesarse por nosotros si nunca había sido así cuando padre y madre vivían.

Yo, que soy persona discreta, oía a Martín atendiendo a las visitas o dando indicaciones a los miembros del servicio y esperaba resguardada en un rincón de la estancia, haciendo lo posible por no destacar entre ellos. Aquello no era para mí, no quería mandar sobre nadie y se notaba, conmigo no se amedrentaban e ignoraban mi presencia mientras trabajaban. *«A nena»* me decían, que iba de acá para allá sin decir palabra, que pasaba las horas escondida, sin más compañía que la de las sombras titilantes de las velas que yo misma prendía durante la noche o las aves curiosas que se posaban cerca de mi escondrijo si era de día. Eran aquellos mis momentos preferidos, los ratos que pasaba bailando sin descanso.

Bailaba para perderme en mis pensamientos. Me movía silenciosa allí donde sabía que solo los animales curiosos podrían rastrearme. Aprendí a convertir aquellas danzas en mi único refugio ya que poco podía hacer por ayudar a mi hermano Martín.

Mi hermano era tan solo un chiquillo para gobernar una hacienda. Hasta entonces había sido nuestro padre, Juan de Guimaráns, quien había dado nombre al negocio y rostro a las relaciones con los compradores, así que después de su muerte, los clientes se extrañaban de ver a un joven tan resuelto a la hora de gestionar las entradas y salidas de la producción de telas.

—No hay necesidad de que carguéis vos con las responsabilidades de la casa, Martín. Tenéis dinero para pagar a alguien que se ocupe de ello.

Eran consejos de desconocidos, de gente que había tramado relaciones con nuestros padres, pero no con nosotros, que llegaban ahora como caídos del cielo; mi hermano, valiente y determinado, se empeñaba en ignorarlos. Sospechaba que escondían intereses ocultos y no se fiaba de nadie.

Se nos echaban encima las aves carroñeras. Buscaban una parte del pastel de nuestras *heredades,* que eran muchas y muy preciosas.

—Agradezco vuestra ayuda, pero no es tanto el trabajo que hay que hacer en el negocio. Durante años he aprendido el oficio de mi padre y no siento la necesidad de delegar en nadie más. —Y de nuevo sus brazos largos me cubrían como las alas de las gallinas cuando recogen a sus polluelos y les dan calor y protección—. María y yo estaremos bien.

Al oírle no tenían más remedio que darse la vuelta y regresar por donde habían venido.

Estaba orgullosa de mi hermano, pero sus ocupaciones le impedían dedicarme tiempo a mí, por lo que poco a poco fui buscando la manera de alternar aquellos momentos de soledad y baile con otros en los que explorar la zona y entretenerme. Así fue como conocí a Beltrán.

Tenía más años que un bosque de *castiñeiros* y tocaba la viola a las afueras de Betanzos. Acostumbraba a sentarse tras un repecho del camino que se abría hacia dos bifurcaciones y que algunos aprovechaban para detener sus recorridos y descansar. Lo descubrí una tarde en la que había dejado que mis pasos me guiaran sin rumbo hacia otras casas, otras familias, otros vecinos menos curiosos de nuestras inquietudes. Lo primero que me llamó la atención fue la hermosa canción que interpretaba; lo segundo, que era ciego.

—¿Esa música que tocáis la habéis inventado vos o es prestada de otro artista, señor?

Nunca antes me había dirigido a una persona que no pudiera volver la mirada cuando yo le hablaba, así que me pareció incómodo notar sus ojos ausentes, entrecerrados y muy quietos mientras respondía a mi pregunta:

—¡Por supuesto que es una pieza mía, pequeña! ¿Cómo te atreves a ponerlo en duda?

Un par de titiriteros que compartían el almuerzo sobre unas piedras cercanas comenzaron a reírse ante la situación. Me avergoncé de inmediato y le pedí disculpas al violinista.

—Lo siento, no quería ofenderos, pero es que me ha gustado mucho lo que tocáis. —En realidad, deseaba saber si había aprendido a interpretar y componer antes de haber perdido la vista o si, en el caso de ser ciego de nacimiento, contaba con una destreza admirable que yo no alcanzaba a imaginar, pero no tuve el arrojo de preguntarlo.

—Agradezco, en cualquier caso, que te guste mi música. Si dispones de una moneda la aceptaré encantado.

Claro, aquel era el motivo de tan bonito acompañamiento musical: sacar algo de dinero. Me costaba comprenderlo. Yo estaba acostumbrada a tenerlo todo, nunca había tenido la necesidad de

pagar nada, así que, avergonzada, tuve que excusarme por no llevar dinero encima.

—De modo que eres una joven noble que no dispone de monedas pero disfruta de mis composiciones. ¡En ese caso, hazte a un lado y deja que continúe ganándome la vida de la única forma que puedo!

Su rostro se había enrojecido y por las comisuras de sus labios se formaron cúmulos de saliva; tenía un aspecto aterrador y me asustó mucho, tanto que rompí a llorar y me fui de allí corriendo. ¿Cómo podía haber sido tan torpe?

Ya de regreso en mi casa la musiquilla del ciego no me abandonaba, se había alojado en mi cabeza y no podía evitar tararearla. Sin querer, con unos pasos acompañé la melodía y antes de que me diera cuenta, resultó que yo misma había improvisado una danza que encajaba perfectamente con la composición del anciano gruñón; entonces tuve una idea. Martín me sorprendió en el pasillo, haciendo filigranas con los brazos y cantando la sonata del ciego.

—¡Qué maravilla, hermana! ¿Se puede saber quién te ha enseñado a moverte así? —Y tras decir aquello me alzó y me llevó en volandas hasta el otro extremo de la casa—. ¡Pero si también sabes volar! Eres un hada, María. ¡Mi hermana es un espíritu del aire y yo no me había dado cuenta!

—¡Parad! Me hacéis cosquillas. —Yo pataleaba y me reía. Mi hermano era la persona a quien yo más podía querer en el mundo y era lo único que tenía, pero no quise contarle lo de Beltrán. Preferí mantenerlo en secreto.

A la mañana siguiente me dirigí al arcón en donde había visto a Martín meter el dinero después de contarlo cada noche antes de acostarse y me guardé una pequeña cantidad bajo el vestido. Aunque había tomado lecciones para aprender a leer y escribir, no tenía ni idea de cuánto podían valer aquellas monedas, así que escogí las que más brillaban y me fui con ellas al repecho de las afueras esperando que el ciego se aposentara en el mismo lugar.

Tuve suerte y antes de llegar ya se escuchaba la viola vibrante y aterciopelada que interpretaba otra dulce canción. Al acercarme pude comprobar que había más gente alrededor del viejo, lo cual me intimidó un poco para seguir adelante con el plan trazado, pero aun así, continué. En cuanto cesó la primera de las canciones comenzaron a aplaudirle y a lanzarle monedas; aproveché que se agachaba a recoger su bolsa para acercarme y darle las mías, confiada de que me reconocería por la voz:

—Os debo una disculpa, señor. He traído algo de dinero para compensaros y agradeceros la música de ayer. Estuve todo el día con ella en la cabeza y no puedo negarlo, ¡es preciosa!

El viejo ladeó la cabeza y sonrió reconociendo a la niña del día

anterior.

—¡Vaya joven dama de palabra! No contaba con tu aportación a la causa de mi manutención. Te lo agradezco.

Entonces le entregué las monedas. El viejo cerró el puño y me agarró la mano para posarla sobre la suya y darme un par de palmadas:

—Eres una buena persona, pequeña.

Sonreí aliviada y entonces comenzó a tocar la melodía que tanto me había gustado.

—Se la dedico a la muchacha más sensible que ha asistido al concierto hasta la fecha —dijo, y en cuanto tocó las primeras notas no pude evitar moverme con la danza que había practicado y ahora dedicaban para mí.

El público me hizo un hueco para permitirme el paso; por un momento tuve la sensación de que todas aquellas personas se fijaban en mí. ¡Yo, que tanto disfrutaba de mis bailes en soledad! Y sin embargo, me dejé llevar llena de energía.

El viejo debió de notar que algo extraño sucedía porque, al contrario que en otras ocasiones, esta vez había palmas que acompañaban a su música: era yo que con mis menudas caderas de niña y mis dedos agitándose al viento animaba a los asistentes a marcar las notas al ritmo de su melodía.

Al terminar volvieron a aplaudir y a lanzarle dinero. No podía creer aquella reacción y el ciego tampoco.

—¡Bravo! Una joven danzarina es sin duda el mejor acompañamiento que podíais tener, Beltrán. ¡Felicidades! —gritó uno de los asistentes.

Ojalá el pobre ciego hubiera podido verme en aquel momento. Fue el primer paso para que Beltrán y yo nos hiciéramos amigos.

Con el discurrir de las jornadas nos fuimos ganando a un público más o menos fijo. Él variaba su repertorio de canciones y a cada una yo incorporaba nuevos pasos, cabriolas, saltos e incluso volteretas que hacían las delicias de los asistentes. Formamos un conjunto al que las gentes que ocasionalmente pasaban por el camino aplaudían con admiración y sorpresa, y yo no podía sentirme mejor. Me alegraba saber que si hacía aquello que tanto disfrutaba, ayudaría a Beltrán a ganarse un dinero. Él, no obstante, insistía en compartirlo conmigo:

—Mereces una parte, muchacha. Son monedas que has ganado tú, no heredadas de nadie, son fruto de tu trabajo y debes aprender a administrarlas porque en algún momento las necesitarás.

Así que yo me guardaba mi parte en un pequeño zurrón que escondía bajo la falda y soñaba curiosa con ese momento en el cual tuviera que necesitarlo, como me decía Beltrán. Pensaba que aquello podría ser una aventura emocionante y disfrutaba del hecho de

dedicarme a un oficio de mala fama a ojos de mi hermano.

Pero entonces comenzaron nuestros problemas.

Beltrán murió a los pocos meses de haberse iniciado nuestro espectáculo. El pobre viejo debió de sufrir algún tipo de ataque o convulsión y allí se quedó, en mitad del repecho.

Encontré su cuerpo sin vida tendido boca abajo y todavía aferrado a la viola. Una horda de curiosos se agolpaba alrededor y todo parecía indicar que unos maleantes le habían robado la bolsa con el dinero y la poca comida que llevaba encima; a mí ya solo me quedaba lamentar su muerte y sollozar sobre los restos de mi pobre amigo.

Tomé su cinto, un viejo bálteo algo grande para mi cintura pero con hermosos colores en el cierre que quise que me acompañara para no olvidarlo.

Un muchacho se acercó a mí y preguntó curioso:

—¿El instrumento no lo quieres? —Soltó con cuidado los dedos agarrotados de Beltrán de su querida viola y me la acercó—. Si estos no han querido llevársela es porque nadie sabe cómo se usa este pedazo de madera. Ya que te haces con el cinturón, toma esto también. Él hubiera querido que lo conservaras, estoy seguro.

Pensé que estaría en lo cierto, así que agarré la viola y me marché de allí con las prendas del pobre músico. A lo lejos pude ver cómo se llevaban el cuerpo de mi amigo y no quise mirar por no descubrir cómo se desharían de él.

Regresé a mi casa y evité encontrarme con mi hermano para no tener que explicarle lo sucedido.

Pasé unos días destrozada, llorando por la pérdida de aquel pobre hombre y de su música. ¡Ya nunca volvería a escuchar aquella melodía! Observé la viola de Beltrán allí delante de mí, apoyada contra el muro de mi dormitorio. Estaba cuidadosamente tallada con relieves en el cordal de color claro igual que el clavijero, y la madera de los bordes era oscura, rojiza. Un instrumento precioso, sí, pero ¿de qué me servía ahora si no sabía cómo hacerlo sonar?

Me lo llevaba conmigo en mis ratos de abandono a la danza, que comenzó a hacerse silenciosa. Apoyaba la viola con el arco contra un muro y me movía al compás de las músicas que jamás sonaban más allá de mi cabeza. Llegué a acostumbrarme a la presencia de las hijas de los campesinos de la zona y no me importaba que Clara, una joven discreta cuya familia procedía de Armeá y que nos ayudaba con el ganado, se entretuviera conmigo; a veces Clara se unía a mis danzas. Con ella quizás yo pasara algunas de las tardes más felices de aquella época, cuando venía a verme a la parcela que se abría delante del santuario de Tiobre. Era aquel un espacio de hierba, matojos, algunas piedras y lo que tímidamente podía considerarse el inicio del bosque que se alzaba ante la iglesia a pocos metros de distancia de la entrada.

Allí se nos iban las tardes inventando nuevas danzas.

—¡Lo tengo! Ven conmigo y te mostraré los primeros pasos, son muy sencillos. Solo tienes que posar con la pierna como si quisieras saltar un charco. —Yo me levantaba la saya con desparpajo y cambiaba de peso entre un pie y otro para enseñar a mi amiga el nuevo movimiento que acaba de descubrir—. Y ¡ya está! Cuando regresas al pie derecho otra vez, recibes el otro brazo agarrando la tela del vestido y saludas a tu acompañante. Es muy fácil. Ven, ¡repite conmigo!

Habíamos visto tantas veces en las fiestas del pueblo a hombres y mujeres cogidos de los brazos en bailes de parejas que el simple hecho de imitarlos no suponía ningún problema. Yo aprendía los pasos y Clara me seguía. Pero mi talle era tan fino entonces que cuando bailábamos juntas era yo quien podía moverme con el ritmo delicado y cadencioso de una dama porque Clara, aunque solo me superaba en tres años, era mucho más alta y regordeta, y debía ser ella quien hiciera de hombre para soportar mi peso en los momentos de apoyo.

Un día mi amiga me descubrió un detalle en el que nunca antes habíamos reparado:

—Aquí delante siempre pienso que nos podrían llamar la atención. Las danzas están prohibidas, María. —Clara, con talante cauto y previsor, aunque atendía a mis indicaciones, no quitaba un ojo de la puerta de la iglesia—. Dicen que es un dragón… ¿te habías fijado?

Me volví hacia el ábside y observé con cuidado la figura esculpida en piedra: se trataba de una bestia extraña que sostenía una espada.

—Bueno, ¡qué importa lo que cuenten las piedras! Esos monstruos no se mueven. Tú aprende este baile, que en la próxima fiesta estaremos allí para celebrar como es debido.

Pero, indiferentes a aquellas representaciones demoníacas, las dos bailábamos, reíamos, saltábamos entre el pie derecho y el doble giro con el brazo agitando la falda, sin sospechar que quizás alguien más estuviera asistiendo al espectáculo sin haber sido invitado.

Y si me dejo llevar por fabulaciones y leyendas tal vez debería decir que esos animales petrificados de la iglesia, molestos por la profanación del terreno sacro, habían querido tomar venganza ante nuestro desafío a las buenas normas de conducta; quizás fueron ellos quienes intercedieron con fuerzas misteriosas y favorecieron la repentina aparición del padre Payo justo en el momento en que yo tomaba a Clara de la mano para simular una reverencia.

Era un hombre grande, robusto, de espaldas anchas como el tronco de un *carballo,* que respiraba con dificultad y arrastraba una tos permanente; tenía dedos largos igual que ramas crujientes y solía acariciar con ellos su mentón antes de decir algo. Miembro de la orden cisterciense de los del monasterio de Monfero, no lejos de nuestra

casa, la tragedia por la pérdida de mis padres lo había vuelto especialmente atento a nuestras necesidades y no pasaban más de tres o cuatro días sin que mi hermano y yo tuviéramos noticias de él: que si queríamos que alguien nos ayudara en las tareas del servicio, que si estábamos bien abastecidos, que ojo con las crecidas del río, que en el monasterio les sobraba espacio… Mi hermano se empeñaba en alejarlo pero él insistía.

—Dejaos, padre. No hace falta que os preocupéis por nosotros, que bien sabemos llevar las riendas de todo esto. —Martín teñía de cortesía unas palabras cansadas por la constante presencia del clérigo en nuestros lares—. Id a pasear con mi hermana, si os place, que hace rato que la busco; si dais con ella, decidle de mi parte que venga a ayudarme con la división de la cosecha.

Unas veces con excusa y otras sin ella, el padre Payo me buscaba en los recovecos del jardín o del otro lado de la tapia que separaba nuestra casa de la granja vecina; casi siempre me hallaba en mitad de mis danzas, unas veces sola y otras acompañada de Clara, algo que me llenaba de sonrojo y hacía que nos quedáramos quietas inmediatamente. Así sucedió aquella mañana ante la iglesia. El padre Payo había comenzado a toser y nos sobresaltamos, dejamos de bailar.

—Por favor, ¡no lo hagáis por mí! —gritó—. Sería una lástima interrumpir tan bonitos movimientos juveniles al ritmo de una música que mucho me temo que, o no existe, o mi sordera es ya tan profunda que no la oigo.

—Lo lamento, padre —respondí, hecha un manojo de nervios—, sé que no está bien que bailemos y por eso lo hacemos en silencio.

Clara, asustada por la intimidante figura del clérigo, había enmudecido y tuve que ser yo quien hablara por las dos.

Según contaban, solo el maligno podía jactarse de arrastrar con sus garras al movimiento. La música, gran aliada de los pecadores, exaltaba los sentidos y alborotaba la moral de bailarines y vividores. No, no estaba bien que nosotras bailáramos, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? ¿Cómo si no iba a aliviar yo mis penas y mi soledad?

—Si confesáis vuestros pecados con la misma premura que reconocéis que la danza no es buena práctica, estoy seguro de que el Santísimo no lo tendrá en cuenta. —El clérigo nos bendijo con los dedos de su mano derecha y luego a mí me besó, apartando unas gotas de sudor de mi frente—. Fingiremos que nada ha pasado, que no has bailado nunca para ganar unas monedas más allá del pueblo vecino y nada habrá pasado, ¿de acuerdo, María?

Las dos nos miramos aterradas y Clara se tapó la boca para no gritar del susto. No sabíamos cómo, pero me había descubierto. Su tono de voz amenazante dio a entender que podía utilizar aquella información para hacerme caer en desgracia ante mi hermano y hundir la honra de

mi familia definitivamente si en el pueblo llegaban a saberlo.

—Yo… Yo solo bailaba por ayudarlo a él, padre. Era un buen hombre y necesitaba el dinero —me defendí como pude, aunque sabía que de nada servirían mis tartamudeos ante un monje de los de la orden cisterciense.

Eran los dueños de todo y había que estar de acuerdo con ellos fueran cuales fueran las circunstancias. Al padre Payo había que darle la razón. Las ramas de sus dedos iban directas a acariciar mi pelo o el hueco de mis hombros y cualquier excusa era buena para acercarse a mi piel y perdonarme el baile.

Después de aquel encuentro, mi amiga Clara no volvió a presentarse en nuestro rincón para bailar conmigo.

Pensé que mis momentos de confianza con la danza se habían perdido para siempre: era el padre Payo quien, sin embargo, sí que se sentaba y me observaba y yo dejaba que lo hiciera so pena de ir directo a contarle todo a mi hermano.

Por su parte, Martín también sufrió la influencia del monje.

En el trabajo diario, mi hermano no tuvo más remedio que aprender a delegar poco a poco en ciertos vasallos que pretendían ser tan precisos como él en los cálculos; a ellos confiaba parte de la gestión de la casa porque conmigo se había rendido. Tenía reuniones cada vez más frecuentes con el padre Payo y bien sé que de aquellos encuentros surgió la primera invitación a probar el zumo de los viñedos de los monjes.

—Vuestro padre cerraba tratos llenando las copas con este vino, Martín —explicaba el padre Payo—. No lo olvidéis, es el mejor y una herramienta infalible para terminar de convencer a vuestros compradores.

Dicho aquello, le servía otro poco, hasta que las mejillas le brillaban y, conducido por el mareo, en lo único en lo que mi hermano comenzaba a pensar era echarse un rato y descansar, olvidarse de sus obligaciones.

—Ciertamente exquisito, padre. —Y Martín le daba otro sorbo a su vaso—. Lleváis razón en esto.

—¡Y en tantas otras cosas! Sois tan joven que aún no os habéis dado cuenta. —El clérigo se acariciaba el mentón, observaba a mi hermano que, rendido, se recostaba en su asiento—. Recordad que tendréis siempre a vuestra disposición las tinajas que deseéis y en casa no os faltarán botellas para poder degustarlo a diario, yo mismo me encargaré de servíroslo como corresponde: nada más exquisito que este vino delicioso a tibia temperatura pero debéis consentir la cesión de ciertos bienes, Martín. La comunidad había tratado el asunto con vuestro padre y sería una lástima dejar a medias una relación tan próspera, ¿no os parece? Ahora sois el responsable y debéis tomar

decisiones.

El padre Payo miraba de reojo la enorme vasija que hasta hacía un momento estaba llena a rebosar y en donde se había introducido una vara de hierro calentado al fuego para subir la temperatura del líquido. El olor dulce e intenso de la bebida alcanzaba hasta donde yo me encontraba y se mezclaba con los alientos de los dos conversadores.

Aunque no estaba invitada a aquellos encuentros yo asistía a ellos a escondidas; arrimaba mi oído al hueco del muro que separaba la casa del jardín y desde allí, donde ellos creían que me entretenía bailando, en realidad lo escuchaba todo.

No me gustaba el padre Payo, sabía que hablaba en nombre de los monjes cistercienses de su comunidad, quienes ansiaban poseer el total de los terrenos que rodeaban al monasterio incluyendo nuestro pazo, pero, aunque había que reconocer que hasta entonces se había portado bien con nosotros y nos había ayudado con el buen funcionamiento de las tareas, yo sospechaba. Padre había hecho donaciones durante varios años a Santa María de Monfero, las justas para ganarse la confianza de los clérigos y honrar al Santísimo. Gracias a aquella cesión de terrenos, sabíamos que ahora, al haber fallecido, tanto él como madre tenían asegurada su alma en cielo de Nuestro Señor. La labor del monasterio era necesaria para todos, pero el padre Payo siempre quería más.

Una mañana cambié mis sesiones de danza por dedicarme a recoger las malas hierbas en el camino que bordeaba el río. Llevaba el bálteo y la viola conmigo, como siempre, pero los dejé bajo un árbol para tener más facilidad en la tarea de recortar hierbajos. El padre Payo vino y me habló de una forma nada habitual.

—Noto que eres capaz de quebrar la cintura al agacharte con una agilidad magnífica, María —observó—, ¿eso es debido al ejercicio de tus bailes secretos?

Sus ojos fijos en mis piernas, que yo llevaba al descubierto porque había recogido el extremo de mi vestido para facilitar la postura, me hicieron sentir extraña, incómoda.

—Bailo a menudo, padre —le respondí mientras me incorporaba—, lo sabéis, pero prometo que nadie me ve y que lo hago en silencio, que la música está dentro de mi cabeza, tal y como vos me aconsejasteis que hiciera.

Lo último que quería era una reprimenda, pero, por algún motivo, el tono en la voz del padre Payo no era de enfado, no parecía que fuera a regañarme.

—Dime, María, ¿tu padre te llevó alguna vez a la zona de Chantada?

Pese a la natural tendencia del comercio marítimo por vía del

puerto de La Coruña, que era la manera más rápida de comunicación con el exterior y a donde se tenía autorizado el acceso también en la villa de Betanzos, mi padre estaba acostumbrado y muchas veces prefería los viajes de un extremo a otro del reino; en su oficio comerciaba a largas distancias y a veces entregaba él mismo la mercancía y nos llevaba a Martín o a mí con él; pese a ello, no recordaba yo haber estado nunca en aquella zona llamada de Chantada, o si había estado, desde luego que no conocía la historia que el padre Payo iba a relatarme.

—Una graciosa iglesia, la de San Miguel, tiene en el tímpano de su fachada izquierda un relieve que te maravillaría si lo vieras. Contemplarte así, doblada la cintura y flexionadas las caderas, tal y como estás ahora mismo mientras recortas esos hierbajos me recuerda a esa imagen.

—¿De qué se trata, padre? Habéis despertado mi curiosidad.

El clérigo disimuló una carcajada llevando la mano a la boca; parecía disfrutar con la situación.

—Sobre una de las puertas puede verse una escena en la que un músico tañe la viola mientras dos bailarines lo acompañan con movimientos elásticos: uno es un hombre que sostiene un pandero, un juglar, y el otro una mujer, una soldadera, que dobla su espalda hacia atrás elevando los brazos por encima de su cabeza.

Se había aproximado a mí y con sus dedos afilados agarraba mi talle. Interpreté su acercamiento como necesario para proceder a la explicación detallada de la postura de aquella figura, pero pronto supe que me equivocaba. Tenía al padre Payo a dos palmos de mi cuerpo y comprendí que si no usaba mi fuerza él no iba a tener tampoco intención de soltarme. Sentí miedo. Di un paso hacia atrás, él deslizó sus garras debajo de mi vestido y las clavó en mis muslos.

—Las soldaderas son mujeres lascivas, María. Bailarinas que animan al pecado a quienes contemplan su lujurioso espectáculo. Su representación en un espacio sagrado advierte de los peligros de tenerlas cerca y eso es lo que tú haces cada vez que te mueves delante de mí.

—¡Padre! ¡No!

Me había sujetado el cuello para besarme y tuve que dar un tirón hacia atrás para evitar su boca pestilente sobre mis labios. Inmediatamente me abofeteó.

—Serás una ramera como lo fueron todas las que una vez bailaron y se contonearon ante los hombres. ¡No hay nada que pueda salvarte, María! Si no eres mía, ahora mismo no podré expiar esta culpa que me quema por dentro. ¡Túmbate y abre las piernas!

De un empujón lo lancé contra un árbol del camino, pero solo logré que tropezara y regresase sobre mí, esta vez con auténtica violencia:

volteó mi cuerpo y lo apoyó sobre el tronco del árbol, me rasgó la tela de la camisa y luego me sujetó por los brazos a ambos lados para inmovilizarme. Recordé que aún conservaba el cañivete con el que había estado cortando las hierbas en el bolsillo de mi delantal. Traté de alcanzarlo pero era imposible, no podía respirar con todo su peso sobre mí y, entonces, un milagro hizo que el padre Payo comenzara a toser en uno de sus habituales ataques descontrolados. Se separó de mí lo suficiente como para que yo me escabullera encogida y rodando por el suelo mientras él, entre convulsiones y ahogos, hacía lo imposible por recuperar la compostura.

Agarré el cinturón que descansaba todavía al otro lado de la base del tronco y aticé con él lo más fuerte que pude en la cabeza del clérigo. Tomé la viola y eché a correr.

Me había alejado y cruzaba el puente sin volver la vista atrás; él debió de recuperarse del golpe porque me gritaba, aunque quizás le costara moverse. Escuché todo tipo de insultos y amenazas. Dijo que me mataría.

Asustada y jadeante, solo era capaz de pensar en mi hermano: debía contárselo y que él me defendiera, pero ¿cómo decirle que su hermanita había ganado dinero bailando como una cualquiera durante todas aquellas semanas y a sus espaldas? La posibilidad de no contar con su apoyo y verme de nuevo enfrentada a la violencia del padre Payo me aterrorizaban.

Era muy probable que los argumentos del clérigo convencieran más fácilmente a Martín puesto que era un hombre y era poderoso y, efectivamente, nadie debía llevarle la contraria, pero Martín era mi hermano y había prometido que cuidaría de mí.

Hecha un nudo de preocupaciones viré mis pasos hacia el pazo para confesar lo sucedido al único miembro de mi familia que seguía vivo y dispuesto a protegerme, pero lamentablemente comprobé que había vuelto a equivocarme.

En cuanto me asomé por la cancela y me aseguré de que no me seguía nadie, me adentré en la casa y subí hasta la alcoba. No estaba allí.

Había pasado poco tiempo desde la comida del mediodía y me extrañó que no estuviera durmiendo la siesta. Regresé escaleras abajo y llamé a la puerta de la cocina que solo estaba entornada.

—Martín, ¿estáis ahí?

Un golpe brusco como de un material frágil que chocaba al caer al suelo me sobresaltó. Dejé la viola y el cinto sobre el poyete del corredor y abrí la puerta: al descubrir lo que allí había me quedé sin aliento.

Mi hermano estaba tendido en el suelo y rodeado de lo que parecían los restos de varios vasos de vino que habían sido dispuestos en fila

sobre la mesa.

—¡Hermano! ¿Qué os ha sucedido? No os mováis, vais a cortaros —Me agaché para recoger algunos pedazos de barro de las botellas y noté por su aliento que estaba bebido y que debía de llevar largo rato en ese estado.

—No te acerques, zorra.

Hablaba, pero su boca parecía la de un muerto, sin acertar a vocalizar y articular una palabra con la otra.

—Martín, ¿de qué estáis hablando? —Asustada, quise ayudarlo a incorporarse pero se zafó con un movimiento brusco de cuello y golpeó el labio con una de las copas. Comenzó a sangrar.

—El padre Payo me ha contado todo. No quiero saber nada de ti ni de tus secretos, ¡vete! —Me había apartado para levantarme y él quiso hacer lo mismo pero no podía moverse. De pronto le vino una náusea y llenó el suelo a su alrededor con su propio vómito.

Sentí que me mareaba. Aquel no era mi hermano y aquella no era mi casa. Todo se había convertido en una trampa y yo no podía seguir allí por más tiempo. Temí por las consecuencias de aquella influencia de los de Monfero en mi pobre hermano y confié en encontrar la manera de ayudarlo en algún momento. Agarré la viola de Beltrán y até el bálteo a mi cintura para no perderlo.

Padre y madre habían muerto hacía un año. Fue entonces cuando escapé de mi casa y prometí no regresar jamás.

* * *

No recuerdo cuánto tiempo estuve arrastrando mis pies cansados por el bosque. Cuando ya no podía correr más me detenía a recobrar el aliento pero entonces recordaba lo sucedido y comenzaba a sollozar, con lo que retomaba el camino, seguía moviéndome para no pensar y desesperarme. No sabía qué hacer.

Debieron de pasar horas porque se hizo de noche y comenzó a soplar un viento endemoniado; estaba agotada y decidí tumbarme a descansar en lo que me pareció el hueco que dejaban unos pocos arbustos entre dos rocas. Nunca me había sentido tan desamparada, aun así no perdía la esperanza de recuperar el afecto de mi hermano Martín que yo sabía que me había gritado presa de los efectos de aquel vino de los monjes.

A pesar del frío me quedé dormida. Aquella noche, como había sucedido a lo largo de mi caminata, sentí que el río era una suerte de acompañante para mí: su murmullo no había cesado desde que había perdido de vista la villa de Betanzos. El río en donde se habían ahogado padre y madre iba junto a mí en mi escapada hacia la salvación. El Eume, caudaloso, que subía y bajaba atravesando el

bosque en escalones y pequeñas cascadas que accidentaban el terreno, me hizo rememorar la leyenda tantas veces susurrada de boca en boca en el pueblo desde que éramos niños, su historia, la del Sor y la del Landro, los tres ríos hermanos de Galicia.

Contaban que Dios había prometido la entrega de un ser humano cada año al primero que se reuniera con el océano y de todos es sabido el interés que un riachuelo que se precie demuestra siempre por la posesión de un hombre, una mujer o un niño que sea ofrecido a perder la vida entre sus aguas, de modo que los tres emprendieron una carrera feroz a través de bosques y colinas, pero, hacia mitad del recorrido, a uno le entró sueño y quiso detenerse a descansar, en vista de lo cual, a los otros dos les dio envidia y lo imitaron. «Que el que antes se despierte dé aviso a los otros dos para continuar justamente en la competición», se dijeron, pero lo cierto fue que en cuanto el primero se sintió con fuerzas recuperadas optó por reanudar la carrera y aprovecharse de la ventaja sin decir nada a sus hermanos; lo mismo hizo el siguiente, dejando al Eume a su suerte y durmiendo a pierna suelta. Al despertar, viéndose burlado y abandonado, su ira fue tan grande que emprendió una embravecida carrera él solo arrasando con todo lo que se hallaba a su paso, y sí, llegó el primero, antes que los otros dos; ganó la carrera y el mar, cumpliendo con su promesa, le entrega desde entonces cada año al menos a una persona que pierde la vida ahogada entre sus fieras aguas, cuyas crecidas y corrientes son las más temidas de entre los ríos gallegos.

Mis padres habían sido parte del sacrificio, quise comprender.

Me desperté con una extraña sensación de movimiento bajo mi cuerpo y gotas de lluvia cosquilleando en mi rostro; ya debía de haber amanecido pero el cielo estaba oscuro, completamente cubierto de nubarrones que iban a reventar de un momento a otro, era lo que me faltaba. Supe en cuanto mi vista se acostumbró a la oscuridad, que me había quedado dormida sobre los fardos que transportaba un carromato y que en consecuencia yo había sido también arrastrada con ellos.

Me incorporé y me quité el delantal para envolver en él a la viola y me até el arco a la espalda. Me sentí como una guerrera, una cazadora. Consideré que mi aspecto, el de una niña con la ropa mojada y sucia de barro con un pesado cinturón colgando y empeñada en portar consigo un instrumento que ni siquiera era capaz de hacer sonar debía de ser incomprensible, pero ¿acaso había alguien allí para juzgarme?

Me moví con discreción por entre la carga de aquel carro; tuve miedo de ser descubierta por quien estuviera al mando de los caballos y aunque mi desorientación era absoluta, decidí no hacerme notar, no pronunciar palabra y aguardar a que en algún momento se hiciera un

alto en el camino para escapar de allí como mejor pudiera.

La parada no se hizo esperar.

De un salto me precipité a un lado de la calzada, abrazada a mi viola y con el arco cruzado en mi espalda. El suelo se tornó barrizal bajo mis pies y sin volver la vista, me limité a caminar aprovechando las primeras luces de un día que por fin comenzaba a borrar sus nubes del horizonte. Di las gracias en mi mente al desconocido que me había transportado hasta aquel punto de mi viaje y continué caminando. Cada vez era más difícil avanzar, por lo que esperé un rato a que amainara, acurrucada bajo un árbol y abrazando el instrumento. De nuevo volví a llorar.

Tenía muchísima hambre puesto que no había probado bocado desde el mediodía del día anterior, antes del ataque del clérigo. Consideré la opción de mordisquear unas hojas o unas bayas pero luego recordé los consejos de mi padre cuando nos llevaba con él en sus viajes: que hacerlo era peligroso, que algunas podían acabar con la vida de cualquiera de forma instantánea. Pese a que mi vida estaba en peligro desde hacía ya varias horas, prefería no tentar a la suerte y pensar que, quizás, en algún momento daría con un pueblo y alguien se apiadaría de mí para poder alimentarme.

Sucedió algo parecido.

La lluvia había cesado, así que avancé y me desvié del sendero hasta que fui a dar con otra carretera adoquinada. Por allí tuve la sensación de que de un momento a otro aparecería algún viajero como había sido mi padre, alguien a caballo o conduciendo otra carreta, esta vez sí que me presentaría, hablaría para pedir algo de comer. Mi inocencia de niña ignoraba que los caminos también son pasto para bandoleros y maleantes y que debía tener cuidado. A lo lejos vi a una muchacha alta, delgada y con la piel muy tostada por el sol. Una larga melena negra caía libre por su espalda y divertidos rizos le alcanzaban hasta la cintura. ¡Muy bonita! Estaba sentada a un lado de la vía con lo que parecía una faltriquera de viaje apoyada a sus pies y daba cuenta de un panecillo que acompañaba de una bota de vino. El hambre me privó de la vergüenza y me aproximé a ella por ver si podía mendigar un pedazo de aquel «manjar», pero entonces se le acercó un chiquillo.

—Cuidad vuestra bolsa, señora, no la perdáis de vista para hincarle el diente a ese desayuno. —El pequeño se acercó hasta su improvisado apeadero y comenzó a observar a la mujer mientras su amigo, otro niño a lo lejos, le hacía gestos para que regresara al juego—. Tiene muy buen aspecto, pero no parece del que hacen por aquí, ¿me daríais un pedazo?

Ablandada por el gesto dulce y el desparpajo de aquel diminuto caballero, ella arrancó un trozo del panecillo para él.

—Es lo único que me queda para pasar el resto de la jornada,

muchacho, así que no puedo ofrecerte más. Mejor será que vuelvas con tu compañero. —Hizo un gesto con la mano como para indicarle que se marchara—. Por cierto, puesto que lo preguntáis, os diré que no es de los que se hornean por aquí porque llevo toda la mañana caminando y el pan ha venido conmigo. ¿Tú eres de por aquí?

Tragando y asintiendo a la vez con su menuda cabecita, el niño dejó constancia de su conocimiento de aquellos parajes, por lo que volvió a insistirle en el problema relativo a la seguridad.

—Desde siempre de la tierra de Palas, señora, por eso os advierto que hay que tener cuidado con dónde abandona uno sus pertenencias porque es fácil que a una moza como vos se la asalte si se despista.

Sospechaba que me habían visto porque ambos se giraron hacia mí en cuanto vi que compartían aquella hogaza; debí de emitir algún tipo de sonido que no recuerdo, ¿o quizás fueron mis tripas? En cualquier caso, salí de mi escondrijo y me acerqué para hablar a la mujer.

—¿Decís que lleváis mucho rato caminando, señora?

Sus caras dieron cuenta de la sorpresa. El niño salió corriendo sin dar más explicaciones por lo que fui plenamente consciente de la imagen lamentable que tenía: debí de asustarlo. Ella, en cambio, se levantó y vino hacia mí para apartarme el pelo de la cara. En cuanto se acercó, abrió muchísimo los ojos y pude ver que eran de color claro y muy profundos, como nunca antes los había visto en nadie.

—Y tú ¿de dónde sales? Desde luego que este camino está lleno de sorpresas. No hace ni dos jornadas que me separé de mis compañeros y no dejan de sucederme cosas extrañas, pequeña. ¿Tienes hambre? —Abrió su faltriquera y de ella sacó nada menos que un pedazo de carne seca que cortó para ofrecerme una loncha—. Toma, y que no te vea el chiquillo de antes o me echará en cara que le he dicho que no tenía nada más. Estos pilluelos siempre se aprovechan de los peregrinos, pero en realidad no les falta alimento… Tú, en cambio, pareces enferma. Dime, ¿qué te ha sucedido? No tienes muy buen aspecto. ¿Dónde están tus padres?

Sentí el impulso de echarme a llorar en cuanto nombró a mi familia, pero tenía en mis manos un delicioso pedazo de carne que devoré sin demora. La tristeza era un vago recuerdo y hacía muchas horas que no comía nada.

—Vaya, sí que tienes hambre, sí… No hace falta que me contestes de inmediato, tranquila. Come lo que quieras. Hasta que llegue a la siguiente posada puedo aguantar, y está claro que esto lo necesitas tú más que yo. Ten, puedes comerte también el pan.

Me tendió el mendrugo y yo lo partí en dos.

—Os debo la vida, señora. Por favor, no quiero dejaros sin nada y es vuestra comida. Me quedaré con este trozo pequeño, es más que suficiente.

—Bueno, así que puedes hablar además de tragar. —Una dulce risa acompañó su comentario—. ¿Vas a contarme qué te ha pasado?

Con el estómago lleno, mis ideas volvieron a aclararse, pero el recuerdo de todo lo malo que me había pasado en tan poco tiempo me hundió los ánimos. Expliqué a aquella muchacha parte de mis desgracias, sin darle detalles de quién era por si conocía a algún vecino o ella era natural de la misma comarca que yo; debía proteger a mi familia y allí todos nos conocían.

—¿Y ese violín que llevas ahí escondido? ¿Es que eres música? Tan jovencita y tocando por los caminos… No me extraña que pases hambre. No voy a preguntar por el cinto, pero imagino que su origen está relacionado; muchacha, te queda enorme.

—Es una viola y no, no es mía. La tocaba un amigo, y yo… Bueno, yo le acompañaba en su espectáculo.

La joven se llevó la mano a la barbilla y torció el morro como si se estuviera dando cuenta de algo. Temí que me reconociera, que saliera a la luz el nombre de mi familia, mi hermano…

—¿No serás tú la bailarina del ciego en el camino hacia Betanzos, verdad?

Mis ojos se abrieron como enormes platos y me cubrí la cara con ambas manos, ¡estaba perdida!

—¡Maldición! ¿Es que sabéis quién soy? Creía que solo unos pocos caminantes de paso se acercaban a verme con Beltrán. Sí, supongo que soy esa a quien os referís: «la bailarina». —Solo el hecho de identificarme con ese nombre me puso la carne de gallina. Era la primera vez que me llamaban así.

Entre risas me explicó que no me había hecho tan popular como en un primer momento habría podido pensar, que podía estar tranquila, pero que ella misma, casualmente, se dedicaba al oficio de la danza con su grupo de compañeros. Le habían comentado que Beltrán, que sí llevaba varios años tocando su música por la comarca y era conocido por todos, se había dejado ver en las últimas semanas acompañado de una menuda bailarina que nadie sabía de dónde procedía pero que demostraba una gracia y un salero que eran dignos de admiración. Consiguió que me ruborizara.

—Como ya habrás imaginado, no somos muchos los músicos itinerantes y al final nos acabamos conociendo todos. Al menos aquí en Galicia nos contamos casi con los dedos de una mano. ¡Ahora no va a quedarte otro remedio que mostrarme esa gracia natural de la que tanto he oído hablar, pequeña!

Pero no tenía ánimos de ponerme a bailar para que me viera. Cuando le di la triste noticia sobre el músico, también se vino abajo. Supuse que lo conocía de mucho tiempo atrás.

—Bueno, muchacha, si quieres, lo mejor que puedo ofrecerte es mi

compañía hasta la siguiente posta en donde debo reunirme con los muchachos. Me alejé de ellos para visitar a unos familiares que habitan por esta comarca aunque viajamos juntos. No sé si habrá alguien en la posada que pueda hacerse cargo de ti, en cualquier caso, si estás dispuesta a ganarte la vida por tu cuenta, tal vez encontremos la manera de que hagas algo útil. ¿Qué me dices?

Sorprendida por la amabilidad de la desconocida, acepté el trato y aproveché para presentarme.

—Os lo agradezco muchísimo, señora. Cualquier cosa que haga por mi cuenta estará bien. Por cierto, me llamo María Pérez, ¿y vos?

—Yo soy Alegre, Alegre Guzmán. Un gusto conocerte, María. Tienes mucho que contarme.

Al poco rato, Alegre Guzmán y yo habíamos reanudado el camino por la vía adoquinada. Me sentí un poco más segura a su lado, al menos conocía aquellos parajes y llevaba un destino claro. Me habló de su trabajo, de la vida que llevaba junto a los otros artistas y me pareció maravillosa. No podía creer que se tratara de una auténtica soldadera, una de aquellas a las que se había referido el padre Payo poco antes de lanzarse sobre mí… Parecía tan normal y era tan amable conmigo, ¿por qué el maligno iba a escoger a una mujer como ella para manifestar su poder y tentar a los fieles? Le hablé a Alegre de las reprimendas del clérigo y de sus ideas sobre la danza.

—La Iglesia teme a lo desconocido, María —se explicó ella—. Llevo años dedicándome a esto y jamás he sentido mayor pesar y congoja en un espectáculo que cuando he sabido que había algún miembro de una orden religiosa rondando cerca. Bailar no hace mal a nadie, ¿a que a ti tampoco?

—¡No! Yo soy muy feliz cuando bailo y hasta me olvido de mis preocupaciones.

—Entonces espero no tardar mucho en poder ver cómo lo haces, si tan feliz te hace, amiga. —Y me estrechó contra sí al pasarme el brazo por encima del hombro.

Transcurridas unas horas dimos por fin con la posada a la que se refería.

Me sentí bien y recuperé la esperanza.

* * *

—¡Vamos, abrid la cancela que aquí hace frío y llevamos toda la jornada caminando, señor! —Alegre gritaba desde el otro lado de la puerta de entrada a la posada. Su energía me abrumaba: para tratarse de una mujer tan joven (como mucho quizás llegara a la veintena) no ponía reparos en dirigirse con seguridad a los demás. Se volvió hacia mí y me dijo—: Espero que mis compañeros hayan llegado ya, las dos

necesitamos descansar y estas postas siempre se llenan de peregrinos con prioridad para alojarse sin pagar. Si nos dice que no hay sitio, tú no abras la boca y déjame a mí, que sabré cómo conseguir un lecho para las dos.

Se abrió la cancela y asomó un hombre pequeño, regordete y con la cabeza cubierta con una cofia de trabajador.

—Llegáis pronto, Alegre. —La miró satisfecho, no era la primera vez que se veían, había confianza—. Vuestros compañeros todavía no se han dejado caer por aquí, así que podéis tomar acomodo… Un momento, ¿y esta niña quién es? ¿Va a quedarse?

El hombre me observó de arriba abajo y debió de sorprenderse por el mal aspecto que tenía. No había vuelto a llover desde que dejamos atrás el pueblo y el barro de mis piernas se había convertido en una suerte de corteza que caía a pedazos con cada paso.

—Se llama María y viene conmigo, cuento con que ello no suponga ninguna molestia… Pasará la noche con nosotros y mañana veré qué solución le damos a sus apretadas circunstancias, no os preocupéis. Y hablando de circunstancias, espero que no nos hayáis dado acomodo junto al establo.

—Me temo que sí, Alegre, ya conocéis las normas, pero ¡no os quejéis tanto! Peor es la intemperie.

A juzgar por la cara de mi amiga, la celda cercana al establo no debía de ser la más recomendable, aun así yo estaba encantada de tener un jergón en donde poder descansar esa noche y si había que compartirlo con las bestias de labranza, bienvenidas fueran.

Me sentí la persona más afortunada del mundo y por unas horas olvidé lo terrible de mi situación o, al menos, no le di la importancia que le había dado hasta entonces.

Al entrar en aquella pequeña celda lo primero que hicimos fue disponer ramas verdes y pajas para cubrir el suelo de tierra. Alegre se quitó las prendas del viaje y las cambió por un largo camisón de lienzo anudado por la espalda. Se sentó en uno de los jergones más alejados de la puerta del establo y dejó allí sus cosas.

—El resto de los miembros de mi grupo llegarán pronto, así que te aconsejo que tú también te hagas con una cama para que no te la quiten. Hazme caso, las vacas roncan, así que… tú verás en cuál te acomodas.

Abrí la parte superior de la puerta y comprobé que efectivamente era allí donde se apretujaba el ganado. Varias vacas y un par de caballos dormían o masticaban su cena, indiferentes a cuanto sucedía alrededor. El olor era intenso pero podía soportarse.

—Yo creo que primero me lavaré un poco porque estas prendas resecas de barro apestan. ¿Vos podríais prestarme un vestido?

El voluptuoso cuerpo de Alegre no era precisamente de las menudas

dimensiones del mío, pero rebuscó entre sus pertenencias y, por suerte, encontró algo.

—Toma, puedes quedarte esta camisa que ya no utilizo. Me va un poco justa y no es tan larga como un vestido. Tal vez con un nudo podamos darle forma adecuada.

Vestir con aquella prenda suponía para mí el primer paso a convertirme en soldadera, de modo que la estreché entre mis brazos y corrí a darle las gracias a su legítima dueña.

—¡Bueno, bueno, criatura! No exageremos, que solo se trata de una vieja camisa que te regalo. Algo tendrás que usar para sustituir esos andrajos. Venga, ¡cámbiate!

Feliz con mi nueva vestimenta, abrí la puerta para salir en busca del lavadero, pero lo primero que me encontré al otro lado fue a un joven que estaba a punto de entrar en nuestra celda.

Tendría unos catorce o quince años, no más. Una suave pelusa cubría su labio superior y sus cabellos se enredaban por detrás de las orejas. Desde sus ojos pequeños como de hurón asustado me miró extrañado.

—Hola. —Lamenté no haberme aseado todavía. El desastre que la lluvia y el largo camino a la intemperie habían causado en mi aspecto debieron de provocarle auténtico espanto. Claramente él fue lo primero en lo que se fijó—. ¿Te alojas aquí o debo avisar al dueño porque se ha colado una maleante muy pequeña y muy delgada en la posada?

Su frase me hizo gracia y se me escapó una risa tímida.

—¡No! Quiero decir ¡Sí! Sí que me alojo aquí. He llegado con un grupo de artistas… Bueno, en realidad, ellos todavía no están en la habitación asignada y… ya, es que no me he lavado todavía. —Sin duda acaba de toparse con una niña que había perdido el juicio, pensaría. Miré hacia mis andrajos y el rubor cubrió mis mejillas.

—De modo que no eres una maleante pero que sí que te alojas aquí. Entiendo. ¿Y dónde te has ensuciado tanto? Bueno, no importa. No es asunto mío. Yo soy Pedro, y creo que esta es la habitación que nos han asignado a mí y a mis compañeros, así que debe tratarse de un error.

Lo interrumpí, no era ningún error. Iba a explicarle lo que sucedía pero enseguida se asomó Alegre detrás de mí para aclararlo todo.

—¡Pedro! Por fin llegáis. Nos obligan a dormir otra vez junto al establo. ¿Podéis creerlo? Estos peregrinos siempre quedándose con lo mejor… Por cierto, ¿ya conocéis a María?

Me acarició la cabeza para indicar que hablaba de mí y noté que el tal Pedro se tranquilizaba. Estreché la mano al muchacho y me incliné con una breve reverencia.

—Para vestir con andrajos tienes unas maneras muy hidalgas… Espero ansioso que me cuentes todo lo que te ha pasado, y ahora, si

me disculpas, voy a darme prisa antes de que me quiten la cama.

Se abrió paso entre las dos y vi cómo se dejaba caer sobre uno de los jergones. A continuación llegaron los demás.

De uno en uno saludaron a Alegre, a quien, por lo visto, hacía unos días que no veían. Me sorprendió la confianza, el trato desprovisto de modales. Eran gente humilde y parecían muy felices de volver a reunirse. Me señalaron, besaron, dieron la mano y abrazaron como a una mascota de feria, y yo asentí y me retiré discreta para tratar de encontrar el lavadero. Era lo que más necesitaba.

Después de asearme y poner mis prendas maltrechas a remojo, enrollé el extremo de la camisa que me había dado Alegre en el cierre del cinturón y con eso acorté ligeramente el largo para que pareciera una falda de mis proporciones; el resultado fue bastante satisfactorio.

Cuando regresé a la celda oí que lanzaban voces desde la cocina. Eran en total unos seis hombres y sin duda estaban hambrientos tras la jornada. Por supuesto, además de llenar el buche, también habían comenzado a tocar sus instrumentos. Caminé hacia aquella zona a través del establo que nos separaba y tuve que pararme y escuchar: la flauta parecía un pajarillo trinando y el conjunto resultaba de lo más inspirador. Por un momento evoqué a Beltrán, y a pesar del agotamiento y el sueño acumulado durante aquel larguísimo día, mis pies comenzaron a balancearse de un lado a otro con tanto brío que casi golpeo a una de las vacas que ya se habían tumbado para entregarse al sueño de la noche.

«Un-dos-tres, dos-dos-tres…», era un ritmo similar al de la canción del ciego; cerré los ojos y me moví silenciosa al vaivén de aquella flauta tan alegre. «Tres-dos-tres, cuatro-dos-tres», bailaba feliz otra vez, feliz en mi soledad, tranquila y sin que ningún recuerdo interrumpiera mi comunicación con la danza, ni siquiera la ausencia de mis padres, ni siquiera las palabras rencorosas de mi hermano perdido en el alcohol, ni siquiera la violencia del padre Payo…

—¡Cuidado, María! Vas a chocar contra una viga.

De pronto apareció Pedro entre la penumbra y me tomó de la cintura para evitar que me golpeara contra el clavo oxidado de uno de los postes del establo. Fue como despertar de un sueño profundo. Lo miré sorprendida y me retiré unos pasos lejos de él.

—¿Estás bien? ¿Te he asustado? Lo siento, no quería interrumpirte pero llevaba un rato observando lo bien que te movías y me dio miedo que pudieras hacerte daño.

—Yo… Esto… Gracias, no… no sé qué decir. ¿Lleváis mucho rato ahí parado? ¿No deberíais estar participando en el recital?

Me miraba con ojos tiernos, sin duda le había caído en gracia y me aferré a esa sensación de ser apreciada por desconocidos.

—El suficiente para comprobar que eres una magnífica bailarina,

María. Por cierto, el vestido te queda impecable. —Se echó a reír y yo le seguí con una carcajada, tenía razón, mi aspecto era absurdo—. He venido porque yo solo voy a tocar la última de las piezas, esta noche es para lucimiento de Ramón, el flautista.

—¿Es que tocáis otro de los instrumentos? —pregunté con sorpresa.

—Sí —me contestó—, a veces interpretan con música algunas de mis canciones y otras soy yo quien las toca con el violín.

Me fijé en la marca de su cuello, típica de los que apoyan el instrumento contra la piel durante horas de ensayo, era como una media luna de color rojo oscuro formada por piel endurecida. Beltrán también la tenía. Extrañé de pronto a mi compañero y entonces, se me escapó un bostezo.

—Oh, lo siento mucho. Debería retirarme ya porque ha sido un día duro, no sabéis cuánto, y estoy cansadísima.

—Por supuesto, vete tranquila. Mañana puedes acompañarnos si no te marchas todavía; podrás asistir a nuestros ensayos, si quieres.

Asentí y agradecí a mi nuevo amigo todos sus ofrecimientos; no tenía ningún sitio adonde ir y la perspectiva de una jornada rodeada de artistas me hacía enloquecer de ilusión.

—Mañana os buscaré por la mañana. ¡Que descanséis, Pedro! Muchas gracias por todo.

Me dijo adiós con la mano y se inclinó, cortés, para ofrecerme una reverencia acorde con mi estilo refinado.

Entré en la celda y sentí un gran alivio porque, aunque los bultos, paquetes y demás enseres de los juglares estaban ocupando parte del espacio, los jergones estaban vacíos. Alegre era la única persona allí dentro que respiraba serena y disfrutaba de un estado de completo reposo. Me arrebujé en la cama contigua y abrazando mi cinto no tardé ni media canción en quedarme yo también sumida en el más profundo de los sueños.

Al amanecer me despertó el bullicio al otro lado de la puerta del establo. Me levanté y encontré la posada hirviendo de gentes de todas partes. Además del grupo de peregrinos y de algunos de los músicos de la noche anterior, reconocí al posadero y vi a varias personas que se ocupaban en las tareas en la *lareira* y la limpieza del jardín. Aquel era un negocio próspero, desde luego.

Desde lejos distinguí los cabellos revueltos de Pedro: me hacía señales alzando la mano para que me acercara, estaba rodeado de gente.

—¡María! Por fin te encuentro. Llevamos un rato buscándote. ¿Es ahora cuándo te despiertas? Pobrecita, debías de estar muy cansada.

Me acerqué a ellos un poco asustada. Eran un grupo variopinto de hombres y Alegre reía entre el gentío. Vino directa hacia mí para hablarme.

—Ven, baila conmigo. ¡Ramón, toca esa pieza de anoche, esa que decís que tanto gustó a los peregrinos!

Me tomó de la mano y me llevó con ella al centro de la cocina. Aunque había mucha gente, todos se apartaron para dejarnos pasar. Yo estaba aún medio dormida, hambrienta y avergonzada como si me hubieran despojado de mis ropas delante de todos pero no tenía más opciones que hacerle caso.

Comenzó la canción de la flauta que horas antes me había embelesado a solas en el establo y Alegre inició unas sutiles sacudidas de sus caderas. Llevaba varias cintas anudadas por debajo del ombligo que lucía al descubierto y sus pies pisaban el suelo confiados, apoyados tan solo en las puntas de los dedos. Yo no podía moverme: la sensación de saber que todos me miraban me aterraba. Palpé mi cintura y recordé que no llevaba puesto el cinto de Beltrán así que, después de disculparme ante todos, retrocedí unos pasos y regresé a la celda atravesando la cuadra. Sentí que la música cesaba y un incómodo silencio se adueñaba de la posada.

—Pero ¿qué ha sucedido? Pobrecilla, es solo una niña y le ha dado vergüenza —gritó alguien sin disimulo—. No creo que esté preparada para exhibirse en público. ¡Que continúe Alegre!

Animaban a la soldadera a contonearse y dejarse llevar por sus alegres pisadas; la melodía había vuelto a sonar y era cada vez más rápida; escuché aplausos, como los que me habían dado a mí en el pasado cuando bailaba para la viola de Beltrán y pensé que era mi momento, que si quería darme a conocer no iba a tener una oportunidad mejor por lo que abroché mi bálteo y regresé junto a los demás.

Avancé hacia el centro de la sala deslizándome entre el público, mis pasos seguían el ritmo de la canción y en cuanto Alegre notó mi presencia una sonrisa iluminó su rostro y me tendió la mano. Sin dejar de bailar, me susurró:

—Que no te asuste el público, querida, lo necesitamos para trabajar. Tú muévete y disfruta, sé que sabes cómo hacerlo.

Y supe que estaba en lo cierto. Todo encajó de repente: el repiqueteo de sus sonajas a cada golpe de cadera, mis brazos que se alzaban al cielo como alas de pájaros libres en el bosque, la flauta de Ramón y, a lo lejos, en mitad de la multitud, la presencia de mi nuevo amigo Pedro que asentía mientras me miraba y me llenaba de confianza.

Aquel fue el primero de varios recitales a los que me sumé antes de que, unida al grupo de juglares, abandonáramos la posada en busca de nuevas aventuras de camino hacia la corte.

1248 - 1256

De cuando fui bailarina

lcanzar la corte fue lo más emocionante que recuerdo haber vivido nunca. Desde el día en que abandonamos aquella posta y me uní a la compañía con Pedro, Alegre y los demás juglares, pasaron cientos de actuaciones. Recorrimos los caminos y senderos del reino haciendo paradas allí donde se juntaba un público más o menos nutrido para disfrutar de nuestro espectáculo.

Al principio, Alegre bailaba conmigo; me enseñó a moverme como ella, a mirar como ella y a resultar misteriosa igual que lo era ella aunque el espectáculo que dábamos en definitiva era casi siempre más cómico que sugerente porque ella era una hermosa mujer y yo, sin embargo, tan solo una niña.

—Debes permitir que asome la pierna hasta más arriba de la rodilla, María, pero jamás les enseñes el muslo. —Me enroscaba el vestido, ¡su vestido! con un par de vueltas en el bálteo y luego hacía un gracioso nudo a un lado de mi cadera—. Durante la danza tienen que poder ver todos tus movimientos y, sobre todo, tú tienes que sentirte cómoda pero no muestres más allá de donde lo permite el decoro o te confundirán, querida. Eso debes tenerlo en cuenta.

Nunca sonreía cuando me explicaba aquello. Alegre quería dejarme claro que ella era solo una bailarina, que era importante que yo asumiera cuanto antes aquella idea y me la aplicara a mí misma para no tener problemas en el futuro, aunque por entonces yo no era todavía consciente de las confusiones que aquella condición de bailarina podía provocar.

Conocí a más de una como nosotras, a las juglaresas o soldaderas que rondaban los burgos y, al igual que nuestro grupo, se dejaban ver con otros artistas cerca de la corte para animar las comidas o las cenas de sus majestades, para entretener al séquito y darle color a la vida cotidiana de los reyes y su cuerpo de vasallos.

Con recursos que se fundamentaban en la buena conversación y una supuesta amistad que no era tal, estas mujeres se ganaban la confianza

del mayordomo o el camarero, auténticos mandatarios en el gremio de servidores de la casa real, pero acceder a ellos no era tarea sencilla. Alegre, llevada por una actitud que podía parecer arisca a más de uno, propia de un carácter fuerte como el suyo, había fracasado en más de una ocasión y por eso, en nuestro caso, eran siempre Pedro o Ramón quienes interpelaban a la buena voluntad de los jefes del servicio para que nos permitieran actuar en la corte.

—Ese par de *coteifas* siempre se nos adelantan. Cuando lleguemos a Sevilla, habrá que darse prisa para hablar con el mayordomo antes que ellas —nos advertía así para que agilizáramos nuestras jornadas y a cambio de un buen madrugón, poder ser los primeros en llamar a las puertas del palacio—. ¡A ver si mañana no se os pegan las legañas!

—Alegre, sabéis bien que no es el presentarse allí a hora temprana la mayor de las ventajas con que juegan esas dos soldaderas. Tienen otros métodos… los mismos a los que vos no queréis ceder.

Hablaban de la Crespa y de otra de las juglaresas que iban de puerta en puerta ofreciéndose para cantar y bailar pero también para otro tipo de servicios que nada sospechaba por entonces. Decían que la liviandad de la Crespa y su afán de entrometimiento en la corte la habían hecho enemistar con el camarero, pero el mayordomo estaba rendido a sus encantos. Vestían estas mujeres con paños encarnados y jubones de lino fino tocados con alhajas de vistosos colores, lo que las volvía fáciles de identificar a lo lejos, en cualquier aglomeración popular como las que frecuentábamos en los mercados. Alegre no les quitaba ojo. Llegué a considerar que envidiaba la facilidad de estas mujeres para acaparar la atención de su público usando sobre todo la palabrería y el discurso deshonesto que se mofaba de todos sin respetar a nadie.

—Querida, la corte es un lugar magnífico para darte a conocer, pero las soldaderas no somos siempre bien aceptadas. —Mi amiga me tomaba el rostro entre sus manos para hablarme muy despacio al decirme aquello—. Es importante que lo sepas, María.

—¿No? Pero entonces, ¿qué lo hace tan magnífico?

—Pronto te darás cuenta de las bondades de trabajar con juglares respecto a otros gremios. De nuestro trabajo depende la diversión de otros y uno siempre quiere divertirse, ¡eso ya lo sabes! —Por supuesto que sí, aunque yo me divertía con ellos y lo que hacíamos me costaba percibirlo como un trabajo—. María, quiero que tengas muy presente lo siguiente, que no lo olvides nunca: tu manera de bailar es lo que te diferencia y te hace poderosa respecto a mujeres como la Crespa y otras tantas soldaderas que no tardarás en conocer. Preocúpate por hacerlo bien, por demostrar siempre que es lo que mejor haces y sírvete de ello para conseguir tus objetivos. Nunca cedas a otro tipo de peticiones, aunque llegado el momento te pueda parecer un camino

mucho más fácil… A la larga, sabrás que ese atajo te distancia del don natural que tienes. Que el baile sea tu herramienta, María, nunca dejes de aprender y mejorar.

Qué poco reparaba yo entonces en el peso de las palabras de mi mentora. Asentía y sonreía, la abrazaba para que supiera que entendía su mensaje, aunque iba a tardar muchas estaciones en descifrarlo por completo.

A mis doce años me había convertido en bailarina profesional y cruzaba el reino en compañía de artistas itinerantes que no tenían otra preocupación que la de esperar a que la noche siguiera al día y hacerse con algo de comida para compartir. Aquellos artistas no tenían casa, no poseían nada más que sus bártulos y por familia solo se tenían a sí mismos. La perspectiva de seguir con ellos por un tiempo indefinido me llenaba de ilusión pero no podía olvidar de dónde venía ni borrar para siempre el recuerdo de mi hermano. En algún momento iba a regresar, estaba segura, pero antes quería vivir mi propia vida.

La primera jornada que pasamos en Sevilla todavía la recuerdo con entusiasmo.

—¡Es la corte del rey Fernando, pequeña! —Alegre me estrechaba entre sus brazos y me animaba a comprender lo que sucedía para que no perdiera detalle—. Cuentan que el infante don Alfonso se desvive por conocer todo aquello que tenga que ver con las artes y que nunca faltan poetas entre sus cortesanos. Lo mejor que puede pasarnos es llegar hasta él y que nos conozca, que escuche las canciones de Pedro, su música, deleitarlo con nuestras danzas… tener tanto éxito que podamos asegurar más y más representaciones por el reino, aunque sean interrumpidas cada dos o tres días.

—¿Por qué no podemos actuar siempre en palacio, no sería más sencillo? —pregunté, puesto que aquel matiz me llenaba de sospecha —. Si al rey tanto le gustan nuestras piezas…

Entonces se deslizó la lona que hacía las veces de entrada en nuestra tienda y apareció Pedro, que añadió guasón:

—A los que no les gustan es a los que hacen las leyes, María. Su majestad cuenta con asesores que desaconsejan la presencia en la corte de personas como nosotros que solo animamos a la diversión. — Llevaba un cartapacio en la mano como si hubiera estado leyendo o escribiendo algún poema y se sentó en la tienda a observar nuestros ensayos—. Así que aquí me tenéis, bailarinas, dispuesto a solazarme con vuestras danzas, ¡mostradme en lo que habéis estado trabajando!

Se recostó sobre dos cojines y comenzó a cantar uno de sus poemas. Alegre me miró e inició sus movimientos habituales, por lo que la seguí, divertida.

Pedro, mi compañero en los recitales, quien componía música e hilaba los versos de las cantigas que nosotras bailábamos, se había

convertido en aquellos años en un mozo bien parecido y a menudo otras muchachas lo llamaban al terminar las actuaciones para convidarlo a unos tragos del vino de la casa en que sirvieran.

Solían ser criadas, jóvenes de su edad con formas de mujer y energía a raudales que les permitía asistir a la fiesta después de una jornada entera trabajando para sus amos.

—No os demoréis, que hay poco tiempo —le decían—. Venid hacia la venta que está cruzando el puente allí a la izquierda, os estaremos esperando para indicaros el resto del camino. Un juglar como vos debe estar acostumbrado a los paseos, ¿no es así?

Y Pedro aceptaba aquellas seducciones y se dejaba guiar por callejuelas hacia rincones en donde remataba las noches con la fogosidad que su juventud le permitía.

Ellas llegaban de dos en dos, a veces en grupos mayores. Se echaban sobre él para quitarle el violín de las manos y le atusaban los rizos con desparpajo mientras lo incitaban a una suerte de fiestas secretas entre el cuerpo de servicio de la casa que tocara en esa ocasión.

Pedro siempre acudía, y, a la mañana siguiente, aquellos vinos caseros hacían mella en sus ojeras y en la mirada somnolienta de quien ha dormido poco pero disfrutado mucho.

—No sois el mejor ejemplo para esta principiante, amigo. Deberías comediros en vuestros hábitos al menos una vez a la semana o la pequeña pensará que ella también podrá comportarse así cuando madure.

Ramón, el flautista, era la voz responsable, pero a Pedro le resbalaban sus palabras.

—Si María decide disfrutar de la vida cuando tenga edad para hacerlo, nadie debería reprenderla y mucho menos impedirle que lo hiciera ante sus compañeros de trabajo. —Ofendido, bajaba la cabeza y se dirigía a un rincón de la tienda para ensayar sus acordes sin que nadie lo molestara.

Y yo, ¿cómo me enfrentaba yo a aquel comportamiento diario entre los que eran mis mentores, mis amigos y mi única familia? Lo cierto era que no los juzgaba. Yo me preocupaba por aprender y pronto acepté que aquello también formaba parte de la vida del artista itinerante.

Así pasábamos la jornada hasta que un día, por fin, nuestras carretas alcanzaron al-Ándalus, un territorio en constante lucha y negociación con la corona castellana, y nos presentamos en Sevilla.

¿Qué eran aquellas laderas montañosas de tonos ocres? Acostumbrada al verde bravío de mi Galicia natal, estaba extrañada ante aquella belleza árida y exótica a la vez. Nuestros carromatos se abrieron paso entre la multitud y yo, asomada por una de las rendijas de la lona, curioseaba todo lo que por allí tenía a bien cruzarse: la más

importante, la que más visitantes recibe junto a Roma y Constantinopla, decían, la recién conquistada… La ciudad era un colorido hervidero, de gentío, de aromas que yo nunca antes había percibido.

Vi rostros diferentes, caras oscuras, narices aguileñas y sedas que cubrían parcialmente los cuerpos de las mujeres, tan distintos a los que yo había conocido; oía sus voces, sus gritos, sus risas, me adormecía con la música de sus instrumentos de cuerda y admiraba sus fuentes, ¡tantísimas fuentes que eran el ombligo de todas las plazas!

—No habías visto nunca nada así, ¿verdad, pequeña? —Alegre me animaba a abrir más el ventanuco junto a nuestro asiento para apreciar el esplendor de aquel lugar nuevo para mí—. Tenemos suerte de haber alcanzado Sevilla antes del verano o una jovencita hecha al frío como tú no habría soportado el sol que quema estas tierras.

—¿Y aquí está la corte? ¿Es aquí donde vamos a bailar para los reyes?

Me parecía que el conjunto de lo que se dejaba ver más allá de nuestro carro era ya una representación en sí mismo, un marco de bullicio y agitación que me atemorizaba y atraía a partes iguales.

En cuanto nos apeamos, me deslumbraron las fachadas de casas de un color blanco resplandeciente.

—Los moros disimulan la pobreza de sus viviendas con cal. Que no te engañe esta pureza aparente, María, detrás de estos muros no hay más que miseria. Son los vencidos y tendrán que decir adiós a estas barriadas algún día.

Pedro se refería a la reciente conquista del rey Fernando, librada con batallas cuyo origen se remontaba siglos atrás. Los vencedores habían iniciado una repoblación de lo que hasta entonces había estado ocupado y esas circunstancias daban a la ciudad un aspecto de mezcolanza cultural que a mí me parecía increíblemente atractivo. No veía la hora de irrumpir en los alcázares y comenzar a bailar delante de los reyes, ¡aquella era la ciudad perfecta para que apreciaran nuestro arte, no podía ser de otra forma!

—¡Aquí llega la más simpática compañía de artistas que en todo el reino habréis de conocer! ¿Quién desea saber con qué espectáculo de danza, poesía y canción nos regalaremos a nuestro público esta noche? ¡No se lo pierdan!

Ramón pregonaba nuestra llegada a gritos desde su caballo, a la cabeza de la primera de nuestras carretas. Gritaba con seguridad, convocaba a los curiosos e intercalaba sus mensajes con melodías alegres que tocaba con su flauta. Al entrar en la ciudad hubo unos cuantos que se detuvieron a curiosear, sorprendidos por los colores de las banderolas que adornaban la comitiva y el golpeteo de sonajas de

Alegre, justo a mi lado. Yo jamás me había visto envuelta en nada semejante.

Nos anunciaron que el rey estaría dispuesto a recibir por esa noche al grupo de artistas con su espectáculo, que un poco de música y entretenimiento aliviaría sus pesares ya que se encontraba agotado tras las campañas bélicas. Pedro se acercó a mí en cuando nos bajamos del carro y me dijo:

—Deberás estar preparada para tu gran oportunidad, María, del éxito de esta noche depende una segunda representación ante el infante y su esposa.

Me extrañó que a pesar de haber oído tanto sobre él, finalmente el infante don Alfonso no fuera a estar presente y me aclararon que se hallaba en mitad de la campaña por la conquista de Murcia.

—Entonces tendremos que impresionar a su esposa —contesté decidida—. ¡Confiad en mí, Pedro! Ni esta noche ni las siguientes pienso defraudaros.

No obstante, tampoco doña Violante iba a estar con nosotros en nuestro primer espectáculo en palacio, y aquello sí que iba a ser una auténtica revelación para mí. Contaban que al parecer se había retirado por un tiempo a una residencia más tranquila y alejada del ajetreo del pueblo, que por fin había quedado encinta después de años de haberse consumado el matrimonio y que, por tratarse casi de un milagro, la futura reina de Castilla tenía que cuidarse.

No me extrañó la noticia ni tampoco saber que solo los cortesanos, los nobles de la comarca, un grupo de siervos y el mismísimo rey iban a disfrutar con nuestras danzas y el arte de mis compañeros. Lo que me llenó de curiosidad fue saber que en algún momento, si nuestras actuaciones se repetían durante período prolongado, podría llegar a conocer a aquella próxima reina preñada del infante don Alfonso que, igual que yo, tenía solo doce años.

Y así fueron los comienzos.

Recuerdo que las primeras apariciones en medio del grupo de cortesanos habían estado cargadas de misterio; nunca sabíamos a ciencia cierta si el rey estaría satisfecho o si nuestro espectáculo se vería interrumpido de forma inesperada porque algo no hubiese sido de su agrado. Se mandaba preparar uno de los jardines para nosotros y los compartíamos con un público que mientras nos observaba se entretenía comiendo o incluso durmiendo ajeno bajo las sombras, indiferente a la diversión que nosotros les proporcionábamos. Un día dentro y al siguiente fuera, una noche en el castillo y otra amparados bajo nuestras tiendas en un descampado alejado de las inmediaciones reales.

Yo era feliz aprendiendo de ellos, sobre todo de Alegre. Admiraba su desparpajo y la seguridad que demostraba ante aquel público

compuesto en su mayoría por hombres mucho mayores que ella, quienes, sin ser yo plenamente consciente en aquel momento, la miraban con deseo.

—¡Esta noche arderán los pasillos sin necesidad de brasas! ¡Ya lo veréis! —gritaban así los que luego asistirían a la música cantada por Pedro y acompañada de nuestros movimientos sinuosos—. Bien vale una hora menos de reposo por permanecer despiertos ante las bellas soldaderas, ¿no os parece?

Escuchábamos rumores y nos animábamos para el momento de nuestra actuación. Si se desarrollaba con éxito y su majestad lo autorizaba, en cuanto los músicos daban por acabada la función y nosotros saludábamos agradecidos por el aplauso y el jaleo, entonces comenzaban a lanzarnos monedas y había que apartarse porque podían golpearnos en la cara; los nobles eran siempre los más dadivosos, los que con menos pena se desprendían de bolsas llenas de maravedís que desperdigaban a nuestros pies, pero eso no era todo.

Aunque el rey jamás obsequiaba monedas por sí mismo para los artistas y comediantes que pisábamos sus estancias, sí era cierto que consentía en que todos aquellos que así lo quisieran nos donasen prendas de abrigo, briales, camisas, pañuelos y todo tipo de regalos que nosotros recogíamos encantados.

—Es nuestra soldada, María. No dejes que se pierda nada. —Pedro, aun con su violín en la mano, me señalaba con el pie los objetos más menudos, a veces un broche o quién sabe qué menuda baratija que yo, recordando los consejos de Beltrán, me apresuraba a meter en mi faltriquera porque, como él me había dicho una vez, era el pago por mis servicios y siempre me valdría para algo.

El pobre Beltrán, cuánto llegué a echarlo de menos en aquella época. Pensaba que si hubiera llegado a saber de mi vida como danzarina de la corte se habría alegrado por mí, por mi logro, por algo que yo tanto había perseguido al ritmo de sus composiciones a pie de calle. Me admiraba por llegar tan alto y de forma tan inmediata puesto que no habían transcurrido ni cuatro años desde la última ocasión en que había bailado al son de su música para las gentes del camino.

Así que tantas y tantas veces me recogía en un apartado para no ser vista por curiosos y me recreaba recordando su música, en especial aquella primera canción del día en que nos conocimos, porque era mi preferida y porque jamás había vuelto a escucharla.

Como era de esperar, en una de esas ocasiones Pedro me descubrió.

Yo bailaba con los ojos cerrados en uno de los patios y entonaba la canción de Beltrán como si estuviera en mitad del repecho que ambos compartíamos y nuestro público lo formaran peregrinos que pasaban por allí. Pedro debía de llevar un rato largo observándome sin decir

nada cuando de pronto tuve que abrir los ojos sobresaltada: sonaba la canción, la misma que yo tarareaba ahora sonaba desde la viola heredada de Beltrán. ¡No podía creerlo! Parecía cosa de brujería.

De todos modos, comprobé al instante que no había hechizo alguno en aquella circunstancia sino más bien un gesto afectuoso de mi amigo que, conmovido por mi voz, había tomado el instrumento que yo siempre apoyaba a mi lado en esos momentos de privacidad y había comenzado a copiar las notas al hilo de mis dictados.

—Sois el primero que da vida a esa viola desde la muerte de su dueño, Pedro. No sabéis cuánto significa para mí.

—Lo he adivinado. No me ha costado mucho tocar la canción, puesto que, desde que os conozco, es la misma que lleváis en los labios siempre que os ausentáis del grupo. La he oído tantas veces que en algún momento tenía que tocarla para que la oyerais. ¿Acaso os ha molestado que tomara el instrumento sin vuestro permiso?

Estaba azorado. Noté que algo en él cambiaba por su manera de hablarme. Yo no reparaba en ciertas reacciones de los hombres ante mí. Me hacía mayor, mi físico cambiaba sin que yo me sintiera más madura, tan solo aspiraba a ser mejor bailarina.

—En absoluto. Por favor, Pedro, ¡haced tañer esas cuerdas siempre que tengáis ocasión! Es una lástima que tan hermoso instrumento enmudezca y yo jamás aprendí a tocarla. Estaré encantada de que la uséis.

De modo que regalé al juglar la apreciada viola que tañía Beltrán. Poco sentido tenía que siguiera acompañándome si no sabía cómo utilizarla. Pedro quedó encantado, y no solo por la viola; lo que hizo brillar la mirada de mi amigo era algo más, una emoción nueva que yo no era capaz de corresponderle, una forma de sentir que iba más allá de la amistad.

A partir de entonces, confiados en nuestro buen hacer como artistas del entretenimiento, no tardaron en darnos nuevas oportunidades también fuera de la corte. En el grupo había juglares y cómicos diestros en distintas disciplinas y siempre éramos requeridos para amenizar alguna velada, una fiesta o el paso de alguna romería por los pueblos vecinos.

Las tensiones por la ocupación del territorio andalusí eran cada vez más peligrosas pero incluso estando en la batalla éramos bien recibidos, en especial Alegre y, de forma gradual, también yo me convertí en reclamo.

—¿Qué fue de la pequeña danzarina de la corte, María? He oído por ahí que se os busca a menudo para que bailéis en lugares poco recomendables. Andaos con cuidado o pronto os confundirán con otro tipo de mujer. —Ramón el flautista, que tenía buen carácter aunque quizás se preocupara demasiado por mantener al grupo unido cual

rebaño de ovejas, me advertía responsable y severo—. Haced caso a Alegre, ella lleva muchos años en el oficio y no permite que nadie la confunda con aquello que no es.

—Tan solo me divierto, Ramón. No hay nada de malo en disfrutar de la danza bailando si también hay quien disfruta viéndola y además, mirad —le mostré mi bolsa llena hasta arriba de monedas—, todo esto es mío gracias a lo que Alegre me ha enseñado. Venid, ¡os invitaré a un trago!

Para tranquilizarlo y hacerle ver que no había peligro en el tipo de trabajo con el que yo me ganaba la vida también al margen del grupo, lo llevé a una bodega y pedimos una botella de vino de la casa. Podía pagarlo, quería convidarlo.

—Está bien, pequeña —aceptó agradecido—. ¡Brindemos por vuestros éxitos! Pero que no se os suban a la cabeza, que, igual que se eleva uno, también se desciende de lo más alto.

—Lo sé, Ramón, Alegre me lo ha explicado una y mil veces y, por favor, dejad de llamarme «pequeña», que ya no soy tan niña…

Entrechocamos nuestros vasos y bebimos satisfechos. No alcanzaba todavía los quince años pero me sentía mucho más segura. Me agradaba ser dueña de un dinero bien ganado y soñaba con juntar lo suficiente como para poder convencer a mi hermano de mi valía como persona y como bailarina. Algún día lo sería. Pero fue esa misma tarde y en aquella bodega donde nos dimos cuenta de que algo comenzaba a torcerse en mis vaticinios.

En una de las mesas del fondo, más cerca de la penumbra que de la luz de la enorme lámpara que colgaba del techo en el centro de la sala, había un grupo de hombres. Al igual que nosotros, portaban diferentes instrumentos pero no iban a dar ningún concierto, no al menos en aquella bodega y en ese mismo momento. Lo que nos llamó la atención fue lo mucho que gritaban. Ramón fue el primero en sorprenderse:

—Son trovadores al servicio del rey, María —dijo, señalando a uno de ellos—. Podéis distinguirlos por sus peinados, las calidades de sus prendas… Esa gente no frecuenta mucho este tipo de bodegas, algo traman si aquí se solazan. Escuchad, a ver si descubrimos entre los dos de qué están hablando.

Y efectivamente, aquella caterva no se había juntado solo a beber sino a investigar e informarse, codearse con el populacho para buscar inspiración.

Les oí hablar de mí y la sangre se me congeló de los oídos a los pies.

—Joven, lozana y ligera de principios morales —decían—. Así es la Balteira, amigo, así tal cual os la describo.

«La Balteira», esa era yo: me habían puesto aquel nombre por el cinto de Beltrán del cual nunca me separaba en ninguna de mis

actuaciones. Lucía con orgullo aquella reliquia de mi amigo y sabía que me había ayudado a ganarme un nombre, pero lo que no hubiera podido imaginar era aquella ristra de comentarios lascivos, crueles hacia mi persona, palabras llegadas de gentes que jamás había tratado. Calumnias ligadas a mi popularidad.

—Os digo que dejó de cantar y que en silencio se despojó una a una de las prendas que la cubrían hasta quedar completamente en cueros, ¡tal y como nuestro Señor la trajo al mundo! —Uno de los hombres alzaba las dos manos y sonreía con un gesto que contagiaba al grupo reunido junto a él en aquella mesa de aquel *recuncho*. Ellos se palmeaban la espalda y con ello animaban a que el otro prosiguiera con el relato, para que no interrumpiera los detalles más sucios y pecaminosos de lo que la bailarina de la corte había sido capaz de hacer en su presencia—. Su cuerpo era como la leche, nunca una blancura como aquella vieron estos ojos antes, os digo, yo no podía estar más asombrado.

—¿Y qué pasó después, Fonseca? —lo interrumpieron—. ¡Dejaos de cuentos sobre el color de la leche y decidnos si os dejó beber y comer de su cuerpo de pecadora!

Todos estallaron en carcajadas tras la intervención de este último, un campesino que hasta ese momento había permanecido acodado en otra mesa sin mediar palabra.

—Tranquilidad, amigo, las buenas historias merecen un reposo. —El orador se levantó y comenzó a caminar alrededor de la mesa mientras entraba en detalles—. Quiero que os imaginéis a esta hermosa bailarina cimbreando sus caderas ante mí, como si estuviera solo en aquella cámara, ¡cuando lo cierto era que me rodeaban los doce o quince miembros del séquito de mi señor y que entre escuderos y armeros abarrotaban la sala! Estábamos embobados…

Yo no quería seguir escuchando. Aquellas mentiras me habían dejado confundida. ¿Por qué esa rabia tan vulgar contra mí? Pero Ramón y yo seguimos allí sentados, mirándonos a los ojos mientras nos llegaban las voces de los trovadores y borrachos y enseguida supimos de qué se trataba el entuerto.

—Buscad a su compañera, ella os dará más pistas sobre cómo concertar unos bailes privados que, sin duda, os llenarán la cabeza de ideas nuevas para vuestras creaciones, amigo.

El tal Fonseca quería sosegar el ímpetu de sus oyentes. No iba a hablar más y le pasaba el testigo a «la compañera de la Balteira». No había dudas, se trataba de Alegre, mi amiga y mentora quien me había difamado y los había guiado a ellos hasta allí.

Ramón se levantó y con su mano me indicó que ya era hora de regresar con los otros.

—Nada bueno ha salido nunca de la boca de un borracho, pequeña.

Volvamos a casa, todo esto son burdas patrañas de envidiosos.

Le hice caso y me fui con él de vuelta a nuestro campamento; por el camino avanzábamos en silencio, pensativos y algo mareados por el vino.

Allí en la frontera, en donde se libraban luchas crueles y terribles por hacerse con uno u otro pedazo de tierra, también surgían tensiones y no derivadas de la conquista a los moros ni la repoblación del reino. Temí que la batalla tuviera que fraguarse también entre nosotros.

* * *

Desde la llegada al trono del nuevo rey don Alfonso, nuestra presencia en la corte se había hecho cada vez más y más frecuente. Compartíamos cámaras con bufones y goliardos que eran los favoritos de su majestad; allí nos acogían a veces hasta tres días seguidos sin necesidad de retirarnos, siempre a la espera de esa permanencia que nunca llegaba.

Se ganaba mucho más y se vivía infinitamente mejor rodeados de cortesanos que bajo la lona de una tienda, desde luego. Todos queríamos que esa ley absurda se modificara, pero era imposible. Decían que su majestad ponía en peligro su integridad moral y su concentración para el estudio si la fiesta y el regocijo ocupaban en exceso los pasillos del palacio. Las mayores amenazas venían siempre por el lado femenino.

—Sois sobre todo Alegre y vos quienes más revuelo causáis en palacio, María. —Pedro adoptó un tono grave para decirme aquello—. Ya conocéis las normas.

Para él, que entonces ya había conseguido un contrato como uno de los trovadores del Rey Sabio, era incómodo ver a sus amigos, a su única familia, entrar y salir del que se había convertido en su entorno cotidiano. Me hablaba con la tranquilidad de aquel que tiene un trabajo seguro en el mejor de los ambientes.

—Sí, lo sé, pero también sabéis que son los poemas en los que se vilipendia nuestra figura los que más divierten a los miembros del séquito real. ¿No os parece contradictorio? Deberíamos quedarnos siempre aquí. Las leyes deberían ser otras.

—Las leyes deberían escribirse iguales para todos, María, lo sabemos pero son las que son.

Estábamos de acuerdo, Pedro era mi amigo, mi persona de confianza y el mejor de los consejeros y yo para él seguía siendo alguien especial por quien no podía desarrollar un sentimiento similar. Pedro era el único que todavía me llamaba María, para todos los demás había pasado a ser la Balteira.

En cantigas y poemas populares se hablaba de mí igual que de otras mujeres artistas. Las soldaderas o juglaresas éramos muchas, se nos amaba y se nos odiaba con la misma intensidad, pero siempre estábamos ahí. Siempre en la boca de los poetas. Entre nosotras existían ciertos códigos de respeto.

Si bien era cierto que la tensión con Alegre había durado un tiempo, ella ahora estaba más preocupada por lograr que un rico noble la desposara que por la diferencia de edad y la envidia que me había tenido en años anteriores.

Desde la conversación en la taberna yo no había podido evitar sentirme tensa junto a la soldadera que me lo había enseñado todo de la profesión: la mirada de Alegre había dejado de ser la de una maestra para convertirse en la de una mujer que siente desplazada la atención hacia otra, que se desvanece con la edad sin que yo pudiera hacer nada por remediarlo. Mi compañera se había convertido en una rival para mí.

Con el transcurso de los meses mis formas de niña habían dado paso a un cuerpo firme y con curvas acusadas que llamaba la atención de los hombres. Por fin, el cinturón de Beltrán se ajustaba a mis caderas y daba una bonita caída a las telas de mis vestidos.

Antes de salir a nuestra representación a escena, me atusaba el cabello y colocaba cada retazo de tela de mis coloridos adornos para que nada decepcionara a mi público; eran muchos y venían a veces desde bien lejos para vernos actuar. Una noche, Alegre se acercó para ayudarme a rematar la tarea y, mientras anudaba los lazos de mi traje, me dijo:

—Ya no necesitáis enroscaros el extremo para no pisaros, querida. Dejad que esa bonita aljuba os arrastre un poco para que dé algo de vuelo durante vuestros giros. Merecerá la pena, aunque al comienzo os sintáis un tanto incómoda.

Inocente de mí, tomé aquellos comentarios de mi compañera por consejos cuando en realidad no fueron otra cosa que trampas envenenadas para ridiculizarme ante la multitud. Así lo logró en aquella ocasión y bien sabe Dios que jamás la perdoné por ello. Yo iba ataviada con una de mis prendas preferidas, una que había ganado de un noble admirador. Me llegaba hasta un par de pulgadas más allá de los pies y puesto que bailábamos descalzas acostumbraba a abrochar el bajo perforado en uno de los ojales del costado, por donde una serie de cintas anudaban la bonita abertura. Tras los consejos de Alegre decidí dejarlo suelto y arrastrando como una cola.

—Supongo que si lo agarro con la mano y lo levanto, el efecto será también hermoso —le dije—. Os haré caso.

Más cuál no sería mi sorpresa aquella noche cuando, al arrastrar mi pie derecho para dar un giro sentí que la saya fue a engancharse en

uno de los tablones de la tarima sobre la que bailaba y con ello, tropecé y caí de bruces en mitad del salón. Sus majestades Alfonso y Violante, confundidos ante la suerte de espectáculo que tenían ante sí y creyendo que yo era bufona en vez de bailarina comenzaron a aplaudir. Yo, enredada en mi propia vestimenta, encorvada como un gusano y sin saber cómo recomponer mi actitud, sentí que toda la sala se deshacía en abucheos y mofas, que batían con los pies en el suelo y me insultaban para que me incorporara.

—¿Habéis perdido el equilibrio, Balteira? ¡Levantaos y moved el trasero como sabéis!

Entonces yo no sospechaba que aquellas carcajadas venían de tiempo atrás, pensé que la confusión de mi torpeza había provocado sorpresa y simpatía en la audiencia, que bromeaban por verme allí tirada en el suelo pero que en ningún momento me habían considerado una simple bufona, y vaya si me equivocaba.

Mi amiga había dejado de serlo y a mis espaldas llevaba ya un tiempo cebándose en comentarios y rumores falsos sobre mi actitud «relajada» hacia los hombres que acudían en masa a verme bailar; Alegre les hablaba a todos de prostitución, de la venta de mi cuerpo y de danzas clandestinas a cambio de sumas notables que justificaban aquellos vestidos tan bien acabados que ella, sin embargo, no percibía. Ilusa de mí, aquella noche me recompuse, me levanté del suelo con dignidad y cuidado y reanudé mis movimientos como si nada hubiera sucedido y pensé, confiada, que los aplausos y el jaleo de los allí presentes se debían a mis dotes como danzarina.

Y pidieron más.

Hoy vuelvo la vista atrás a aquella época y me alegro de haber sido tan necia, tan inconsciente ante la verdadera situación en que me hallaba: de haber descubierto a tiempo que mi compañera y mentora era mi envidiosa enemiga hubiera sufrido mucho y, muy probablemente, hubiera dejado de bailar, algo de lo cual estaría ahora arrepentida. ¡Cuántos momentos de alivio me regalaba la danza! Bálsamo para mi dolor en todas las ocasiones en las que este aparecía, a través de los saltos, los juegos con las puntas de mis pies y el bamboleo del cuerpo al ritmo de la música de los juglares, yo lograba aislarme de todo y refugiarme en la auténtica felicidad. Nadie pudo robarme aquello, tampoco Alegre.

Pese a ello, otros acontecimientos vinieron a enredar mi joven cabecita de artista y nada tuvieron que ver con la mala fama que me había labrado.

—Si seguís a este ritmo no quedará nadie en el reino que no hable de vos, Balteira. Os estáis ganando a pulso un éxito sin precedentes y el espectáculo de esta noche ha sido exquisito. ¡Su majestad quiere que repitáis mañana y no deja de hablar de vos a sus trovadores!

Un mensajero me avisó de mis logros. Había llegado desde Galicia y aprovechó la ocasión para quedarse a ver nuestra actuación.

—Agradezco lo que me contáis, amigo —dije—, pero lo que verdaderamente me preocupa son las noticias de mi tierra. ¿Qué sabéis de Martín Pérez, mi hermano? ¿Está bien de salud? ¿Habéis visitado a los de Monfero?

Hasta Toledo, donde en aquellos años se habían establecido sus majestades y adonde les seguíamos nosotros como moscas a la miel, llegaban con frecuencia arrieros y comerciantes que cruzaban la península por sus negocios; siempre que alguno se decía procedente de Galicia, yo lo buscaba y lo asediaba a preguntas que no siempre podían responderme.

—Uy, señora. Imagino que os referís a la comarca que controlan los de Santa María de Monfero… Sí, algo he oído, pero no es muy bueno, señora.

Llevaba ya años escuchando noticias similares. Mi hermano hacía caso omiso de los mensajes que yo me empeñaba en seguir enviándole. Al principio, yo le dedicaba algunas cartas que aquellos amables intermediarios entregaban por mí pero nunca eran contestadas, por lo que me había rendido y dejé de insistir; solo se me daban tristes descripciones de cómo se estaba echando a perder el pazo y las viñas, los telares, los enseres, del dinero dilapidado por la vida de excesos de Martín Pérez que, al parecer, bebía demasiado.

—Si lo que vais a decirme es que tengo un hermano que me ignora, podéis ahorraros la noticia pero al menos, contadme, ¿sabéis si se encuentra bien de salud?

El pobre hombre me miró con ojos arrepentidos, se sentía responsable de portar tan desagradable mensajería y, vacilante, se resistía a hablar.

—Señora, solo sé que ha habido nuevas donaciones, que Monfero amplía con el paso de los años su influencia en los pueblos que rodean la ciudad de La Coruña y que, en muchos casos, se trata de cesiones de terrenos hechas por las familias.

—Entiendo. Poco puedo imponerme a este respecto. Si mi hermano decide deshacerse de lo que es de ambos a cambio de Dios sabe qué favores y mercancías brindadas por el cuerpo de religiosos, no habrá nada que pueda hacer para impedirlo. Agradezco en cualquier caso que me tengáis al corriente de este asunto, amigo.

Una vez más tenía que reconocer que «salvar» a mi hermano implicaba tener que salvar primero las posesiones de nuestra familia, pero no lograba dar con la forma de conseguirlo. En la distancia, lo único que podía hacer era ahorrar dinero, juntar la cantidad suficiente para un día poder enfrentarme personalmente al monasterio e interceder por el que era la única familia que conservaba, para

impedir que siguiera comportándose de ese modo. Las pérdidas nos afectaban a ambos, pero las decisiones solo eran tomadas por el que no había nacido mujer.

Como por entonces la manera inmediata de incrementar nuestros ingresos estaba ligada a la permanencia en la corte, pensé que quizás había llegado la ocasión de pedir yo misma que el propio rey don Alfonso nos concediera ese favor a su compañía de artistas preferidos. En cuanto se lo dije a mis compañeros, todos se echaron las manos a la cabeza por mi absurda osadía.

—Pero ¿cómo creéis que vais a conseguir que su alteza os haga caso, María? — Había logrado retener a Pedro en un momento durante el almuerzo y antes de que se retirara de nuevo a las estancias reales. Era la persona en quien más confiaba y por eso fue el primero en conocer mi plan—. Don Alfonso solo se deja ver en los momentos de diversión que siguen a las cenas y jamás se entrevista con comediantes, músicos, juglares o bailarinas, María. ¿Es que habéis perdido el juicio?

—No, no lo he perdido. Para vos es muy sencillo porque contáis con su apoyo y su respaldo. Componéis para él, trabajáis codo con codo en canciones que le inspiran a su propio trabajo creativo y percibís un dinero por ello, pero ¿y nosotros? ¿Qué hacemos el resto de los que éramos vuestros compañeros? Siempre entrando y saliendo de palacio, estamos cansados, Pedro, nuestras apariciones grupales escasean; aunque yo he ganado bastante, lo cierto es que necesito más, mucho más para poder ayudar a mi hermano. Si permanecemos juntos como hasta ahora y logramos al menos un espectáculo por noche cada una de las noches que su majestad pase entre las paredes de este palacio, ganaremos todos. Estoy decidida y hablaré con él, Pedro, con vuestra ayuda o sin ella.

Mis palabras rebotaron en el techo abovedado del comedor y una vez pronunciadas no obtuvieron réplica. Pedro, con una rabia que hasta entonces yo había desconocido, arrastró su silla y se marchó sin decir nada. Algo le impedía explicarme por qué mi decisión era tan absurda, por qué estaba tan convencido de que con ella yo no iba a obtener lo que quería y solo complicaría aún más las cosas; entonces yo no sabía que las cosas ya habían comenzado a complicarse por su culpa.

* * *

Como cada noche de festejo, en aquella ocasión ya sonaban las zanfoñas para recibir los primeros platos de la que se adivinaba copiosa cena. Era costumbre que la música no dejara de acompañar a la comida y que ambas se disfrutaran en armonía mientras se cantaba

y se bailaba alrededor de las mesas.

Las velas llevaban prendidas desde un par de horas antes de que los comensales ocuparan sus asientos y hacían que la estancia al completo, en todo el espacio que abarcaba desde el suelo hasta las cúpulas del techo, estuviera invadida de una niebla que no era tan espesa como para no permitir ver los rostros, pero que agraciaba las facciones de los comensales en una suerte de filtro que disimulaba fealdades, arrugas e imperfecciones. Todos estaban satisfechos con lo que se veía y lo que se servía allí; llegaban platos repletos de carne estofada y verduras cocinadas con cuidado al calor de las brasas de sarmiento. Puesto que se bebía en abundancia, no solo los estómagos iban ligeros sino que las mentes, secuestradas por los instintos más traicioneros, movían a los invitados a actuar de manera irreflexiva.

Entre ellos también se devoraban.

Llegué al salón cuando comenzaban a llevarse las bandejas vacías y se servían los postres: manjar blanco, dulce de jengibre y limón, toronja confitada, piñonates… Lo más delicioso se degustaba en mi presencia. Bailé para los reyes esquivando a los goliardos con las sacudidas de mi cintura, siempre frente a un público entregado al placer de los sentidos, para aquellos que ya habían comido y ahora deseaban regalarse los ojos con mis movimientos.

—Si no os apartáis os las veréis conmigo esta noche, Tarso, ¡dejad ese zanco de gallina, que os va a reventar el estómago!

Un juglar orondo a quien las gotas de sudor amarillento se le escurrían por la nuca estaba sentado en el escalón que unía el centro de la sala con la zona de las mesas que formaban un círculo a su alrededor. Daba cuenta de un pedazo de gallina al que había arrancado ya buena parte de la piel chamuscada y sorbía con pasión cada cartílago y cada pizca de salsa que pringaba las mangas de su camisa. No parecía tener intenciones de moverse de su sitio y con ello dificultaba mi danza, mas yo insistía en susurrarle y propinarle patadas.

—Apartaos os digo o esta noche no pienso dejaros dormir. —El goliardo alzó ligeramente el cuello y me mostró una sonrisa llena de restos de carne sebosa—. Os prometo que haré introducir a cinco ratas entre los lienzos de vuestro jergón si no me dejáis continuar.

—Menead las caderas, Balteira, es para lo que os dan vestidos. ¡No os quejéis tanto! Para esas filigranas vulgares que lleváis repitiendo todos estos años no os hace falta mi espacio y yo estoy ocupado comiendo.

Salté por encima de él. Mis pies descalzos y ágiles daban pequeños pasos entre las sillas y se dejaban acariciar por los invitados. Algunos ya se habían quitado varias prendas y se entregaban al manoseo lascivo de quienes tenían sentados más cerca.

Lo habitual.

Nada parecía especial ni extraño y había sido así durante muchos años desde nuestros comienzos en la corte, pero esa noche, pese a lo rutinario del ambiente, percibí que la reina estaba más pendiente de mí que de la cena, los invitados o su esposo, y eso sí era algo excepcional.

—¿A qué miráis con tanta insistencia, mi señora? —Una de las dueñas, preocupada por la ausencia de apetito de Violante, se acercó por si algo de lo que le habían servido no fuera de su agrado y notó que la reina, que de lejos parecía con la mirada perdida en el vacío, estaba en realidad absorta en mis danzas.

—Está todo bien —contestó Violante con frialdad—. Marchaos, estoy pensando.

Preocupada porque no había probado apenas ninguno de los cinco platos de la cena, la dueña insistió:

—¿Os podemos traer alguna otra cosa, mi señora?

—¡He dicho que no! ¿En qué idioma debo responderos?

Mentiría si dijera que aquella actitud de la reina no frenó un poco mi disposición para acometer la empresa que llevaba preparando durante los días anteriores: alzarme al acabar el espectáculo, apelar a sus majestades a voz en grito y exigir para mí y los míos el trato de permanencia que, después de todos aquellos años de trabajo, nos merecíamos como compensación. Vi cómo ella se retiraba antes siquiera de terminar el segundo plato y lo cierto es que su ausencia me tranquilizó.

Había logrado que Tarso por fin se apartara y contaba con los alrededores de las mesas para dar rienda suelta a mis movimientos preferidos, los que acompañaba de sonajas en los tobillos. Logré captar la atención de un público bastante ebrio y disperso a golpe de cascabel, con palmadas y breves gritos con cada nota aguda procedente de la flauta de Ramón y el vibrar de las cuerdas de la viola de Beltrán de la cual Pedro ya nunca se separaba.

Acabado mi repertorio, una ovación magnífica me regaló los oídos. Llovieron vestidos, bolsas de monedas, joyas y dulces envueltos en pequeños trozos de tela que me apresuré a recoger al tiempo que me inclinaba en reverencias de agradecimiento. Los comensales me lanzaban las flores de las vasijas que habían decorado las mesas y besaban sus pañuelos para tirarlos a mis pies embelesados por los encantos de mi juventud y mi belleza.

—¡Balteira! Dejad que veamos lo que esconde ese vestido. ¡Bailad para nosotros solo con vuestros cascabeles, soldadera!

Ignoré los comentarios y busqué con la mirada a mi amigo porque necesitaba asegurarme de que estaría allí en el momento de hablar, pero entonces descubrí que recogía sus bártulos, envolvía la viola y se

marchaba apresuradamente por una de las puertas del fondo del salón. Me armé de valor y respiré hondo para alzar la voz, para que todos me oyeran y, sobre todo, para que mis palabras llegasen a oídos del rey de Castilla, pero no fui capaz, no podía hacerlo si Pedro no estaba allí. De pronto sus consejos de nuestra última reunión regresaron a mí y me acobardaron. ¿Acaso no era él la persona en quien yo más confiaba? Sabía lo que iba a hacer y aun así me abandonaba a mi suerte… Debía ir a buscarlo.

Sin prestar atención a los enseres que ya Ramón iba recogiendo por su cuenta, avancé hacia el fondo de la sala. Los invitados, borrachos y sudorosos, se apretaban contra mí y me dificultaban el paso.

—Por favor, dejadme. Tengo prisa… no, por favor, ahora no…

Dedos largos y pringosos rozaban mi cuerpo, se agarraban a las partes más sobresalientes y me retenían para no dejarme avanzar.

—¿Adónde vais tan apurada, Balteira? Vamos, repetid el espectáculo, pero esta vez sin el vestido… Dejadnos ver ese bonito cuerpo vuestro.

Con esfuerzo y a tirones pude zafarme de las garras de aquella horda de viciosos y abrirme paso a codazos hasta llegar a la puerta por la que había visto a Pedro marcharse sin dar más explicaciones. Miré a ambos lados y a lo lejos pude ver todavía el extremo de su capa negra que se escurría al doblar la esquina del pasillo contiguo; lo seguí, corrí tras él.

—¡Pedro! Volved, os necesito, ¡por favor!

Pero mi amigo no me escuchaba. Caminaba rápido y sin volver la vista atrás, decidido en sus pasos hacia un destino que yo no era capaz de imaginarme.

Incómoda ante la perspectiva de llamar la atención con el ruido de mis sonajas, las desanudé de mis tobillos y las tiré en un rincón antes de reanudar mi persecución del juglar que ya se estaba convirtiendo en obsesión para mí. Miré hacia la puerta del salón y vi que los concurrentes estaban entretenidos en otro tipo de tareas proporcionadas por ellos mismos y que ya no acusaban mi ausencia. En cualquier caso, siempre había otra joven más dispuesta que yo para ceder a los deseos de los que ofrecían dinero a cambio, así que continué y fue entonces cuando vi de nuevo a Pedro que entraba nada menos que en la zona del alcázar reservada para las cámaras de sus majestades. No me pareció extraño porque, al fin y al cabo, mi amigo había sido contratado por don Alfonso, pero lo que no lograba entender era por qué, si el rey todavía descansaba en el salón donde habíamos dado el espectáculo, él ya se había retirado, dadas las horas tan avanzadas de la noche en que nos encontrábamos.

Dos guardias bien armados protegían de la amenaza de extraños y curiosos sobre aquella zona. Si quería franquearla debía usar mi

ingenio y es por esto que procedí de este modo:

—Perdonad, señor —me dirigí a uno de los guardias—. ¿Es por este pasillo que se llega a la alcoba de su majestad? —Lo miré seductora y dejé caer mis párpados como tantas veces había visto a Alegre insinuarse a sus pretendientes—. Os parecerá extraño pero creo que mis cascabeles del tobillo se han perdido allí mismo. ¿Creéis que podréis dejarme pasar para que los recupere?

El guardia no se movió, ni siquiera alzó la mirada para asegurarse de quién era yo y qué era lo que le pedía. Sin embargo, la idea de hacerme pasar por aquello que Alegre llevaba tanto tiempo inventando a mis espaldas resultó efectiva: sin saber que se me tomaba por puta actué como tal y se me dio paso al ala real y privada del palacio. El guardia se hizo a un lado. Yo, simplemente, caminé en la misma dirección en la que había visto a Pedro desplazarse, y fue allí donde lo vi.

Pedro había entrado en la alcoba de la reina sin preocuparse por cerrarla, convencido de que nadie a esas horas, y estando el rey disfrutando de la fiesta del salón, iba a molestarse en arriesgar su seguridad y dejarse caer por allí sin autorización. No obstante, yo vi lo que sucedía.

Mi dolor no vino por el despecho, ya que en ningún momento me había sentido interesada en Pedro ni en ningún otro de aquella forma: el deseo de los hombres era algo a lo que estaba tan acostumbrada que dejó de llamar mi atención desde bien pronto; yo les enloquecía a ellos pero ellos no significaban nada para mí. Mi dolor llegó desde otro sitio, desde la zona que se encuentra a medio camino entre la amistad traicionada por la mentira y la decepción; si Pedro era amante de Violante yo no tenía nada que objetar, era un hombre como todos y cedía a los mismos impulsos que tentaban a todos, pero era mi amigo y no había sido sincero.

Me asomé por la puerta entreabierta y descubrí a la pareja enredada en su frenesí amatorio. Sin poder evitarlo y movida por la pasión de la juventud lancé un grito que los dos oyeron para volverse hacia mí de inmediato.

—¡Maldición! —exclamó Pedro—. Pero ¿qué hacéis aquí, María? ¿Os habéis vuelto loca?

La reina envolvió su cuerpo en las sábanas de la cama deshecha y me lanzó una mirada de odio mientras Pedro, azorado y confuso, no paraba de gritarme para que me marchara.

—¿Qué hace esta ramera en mi alcoba? Llamaré a los guardias ahora mismo para que la echen.

Quise esconderme de nuevo detrás de la puerta pero ya era tarde, la reina me había visto y ahora debía enfrentar la situación. Aterrada, avancé de nuevo al interior de la alcoba. Los dos me observaban. Tapé

mi rostro y me agaché, no sabía qué hacer, era incapaz de articular palabra.

—Mi señora, yo… Lo lamento, no… Yo solo buscaba a Pedro, necesitaba que estuviera a mi lado para decir algo. No era mi intención entrometerme ni… ¡Oh, cuánto lo lamento, majestad!

—¡Silencio! —Envuelta en su sábana, Violante caminó hacia mí. Pensé que iba a morir en aquel instante, sentí que era el último rincón de la Tierra en donde debería estar y dejé que me hablara, acaté sus órdenes sin decir nada—. Sois vos la famosa Balteira, ¿no es cierto?

Con un gesto alzando la mano me indicó que me levantara y la mirase. Nunca, jamás me hubiera atrevido a hacerlo. ¡Dirigirme así a la reina de Castilla! De refilón pude apreciar que Pedro se había vuelto hacia la pared, probablemente avergonzado. Aquella situación no tenía sentido.

—Sí, majestad, soy soldadera y me conocen por ese nombre. —Me tomó de la barbilla pero yo fijé mis ojos en el suelo, me resistía a enfrentarme a aquella mujer tan poderosa a quien acababa de descubrir en medio de una situación tan vergonzante.

—¿Y qué es eso tan importante para lo que necesitabais la presencia de Pedro? Decidme.

Yo busqué a mi amigo, pero este permanecía al fondo de la alcoba. Se había vestido y no se dignaba venir junto a mí. No en aquellas circunstancias.

—Veréis, majestad. —Me aclaré la garganta con vergüenza. Todo lo que no había pronunciado frente al rey durante la cena me veía forzada a contárselo ahora a la reina en aquella incómoda situación—. Hace tiempo que mis compañeros y yo ejercemos el oficio de la juglaría y ya son años desde que llegamos por vez primera a la corte. Aquí se nos recibe con entusiasmo, pero cierta ley nos impide repetir nuestro espectáculo por más de dos noches consecutivas.

—Entiendo que si no actuáis en la corte entonces lo hacéis en las calles, claro. Proseguid.

—Sí, así es majestad. —Con sumo cuidado medí mis palabras antes de continuar—: El problema es que mi situación personal me impide administrar como yo quisiera aquello que gano y necesitaría poder ejercer el oficio con regularidad, de manera permanente en la corte.

—¿Puedo saber a qué situación os referís?

Me observaba fijamente, como ya había notado que lo hacía momentos antes, durante mis bailes en el comedor.

—Tengo un hermano en Galicia —le respondí— y debo hacerme cargo de sus circunstancias aportando cierta cantidad de dinero… Es difícil de explicar. Trabajar en la corte me permite ahorrar mientras que la calle apenas nos da para sobrevivir tanto a mí como a mis compañeros.

Sin cambiar el gesto, volvió a acercarse y tomar mi mentón entre sus dedos.

—¿Y cuántos años tenéis? —insistió.

—Diecinueve, majestad.

Al oírme, la reina soltó con desprecio mi rostro y se volvió hacia Pedro.

—De modo que no habéis alcanzado la veintena, no estáis casada, no tenéis hijos y os ganáis la vida con el baile, ¿es esto así?

—Sí, majestad, pero…

—¡No os atreváis a interrumpirme cuando os hablo!

Volví a agacharme. Estaba aterrorizada.

—Balteira, vuestra presencia aquí os ha hecho testigo de algo que nadie más sabe. Deberéis callar, ¿me oís? No solo estaríais arriesgando vuestra vida si contáis lo que habéis visto sino también la estabilidad de todo el reino. Le he dado una hija a vuestro rey y es lo que más necesitaba…

Aquello selló mis labios pero también me ayudó a tomar consciencia de cierto dominio de la situación. Sabía de las dificultades que había tenido aquella joven de mi misma edad cuando no era más que una muchacha para quedar encinta desde que se desposara con don Alfonso con solo diez años; recordaba perfectamente los falsos rumores extendidos en la época en que nosotros acabábamos de llegar a la corte, que si se había retirado para descansar, que si los aires de Levante le irían bien para el embarazo… y luego nada, porque se trataba de una niña igual que yo con la obligación de parir antes de que la naturaleza la dispusiera para ello. Aquellas circunstancias habían mermado la confianza de su esposo: don Alfonso, ambicioso y desesperado por convertirse en dueño de un imperio, se había planteado la anulación del matrimonio y la búsqueda de otra mujer fértil capaz de proporcionarle herederos.

El nacimiento de la pequeña Berenguela hacía solo un año había traído por fin la paz a los soberanos.

—Prometo que no hablaré de esto con nadie y que hasta donde de mí dependa nadie pondrá en entredicho quién es el verdadero padre de la infanta, majestad. —Me arrodillé implorante, acerqué mis labios a sus pies desesperada y continué—: Si está en vuestra mano, os ruego que accedáis a lo que os pido y que cambiéis esa ley para que podamos actuar cada día en la corte: creedme, necesito ese dinero.

A pesar de mis lágrimas, Violante me apartó de un puntapié y me indicó que me levantara.

—Está bien, soldadera, marchaos de aquí. Hablaré con mi esposo para convencerlo de la pertinencia de contar con una compañía de juglares y bailarinas permanente en los reales alcázares, pero no os aseguro que vaya a lograrlo; vos juradme que guardaréis el secreto.

Asentí discreta y me retiré, caminando hacia la salida sin volver la espalda, como era costumbre en señal de respeto a la realeza. Supe que había ganado la batalla.

Esperé a Pedro durante un rato en un rincón seguro del otro lado de la barrera que formaban los dos guardias que marcaban el límite con las estancias reales. Le di tiempo a recomponer su aspecto, tras lo cual se llegó hasta donde yo estaba y, tomándome del brazo, me susurró:

—María, no digáis nada, os lo ruego. Sé que cumpliréis vuestra palabra con la reina, pero no contéis esto a Ramón ni a ninguno de los otros, no os hacéis cargo de la gravedad de las circunstancias.

Por un momento me sentí rota de dolor y traicionada como amiga; no pude soportar la idea de tener que ocultar aquello a mis compañeros, pero luego, algo dentro de mí me empujó a apiadarme de Pedro y cedí a su petición.

—Por supuesto que me hago cargo, Pedro. ¿Es que acaso no me conocéis? La reina es quien verdaderamente os ha tomado para sí y sospecho que gracias a vos ha nacido la heredera del trono de Castilla. No hay nada que debáis explicarme y perded cuidado, si consigue que no tengamos que volver a salir de palacio para buscarnos la vida, guardaré esa información como una tumba.

Fue tras decir aquello que me tomó de los dos brazos y me acercó hacia él. Quise apartarme, no me sentía cómoda tan cerca de un hombre pero entonces, me dijo:

—No la amo, María. Sabéis tan bien como yo lo necesario que es encontrar una manera de salir adelante y yo la he encontrado así, porque gusté a la reina y me quiso para ella, pero en ningún caso es pasión… Cumplo mis servicios y hago lo que me pide.

Me solté y di unos pasos atrás extrañada. ¿Por qué me decía aquello?

—Pedro, lo que hagáis con vuestro tiempo no es asunto mío, ya os lo he dicho antes en la alcoba de la soberana y puedo repetirlo ahora: solo lamentaba que nos hubierais ocultado este suceso a nosotros, que somos compañeros y amigos, a mí, Pedro, que habéis sido mi mayor apoyo siempre, pero ahora lo comprendo. No hay necesidad de que os disculpéis. Ya no me importa.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas y se cubrió el rostro avergonzado. A continuación, hincó una rodilla en el suelo y me miró para decirme algo que me llenó de sobresalto.

—Pero a mí sí que me importa porque os amo a vos, María. —Su voz se había convertido en un hilo apenas audible. Pedro me tomó de la mano temblando—. Ese es el mayor motivo que tenía para ocultaros esto: que sois vos la única a quien quiero y lo he sabido desde que os vi bailar aquella primera noche en el establo de la posada. No confundáis las circunstancias, os lo ruego, sois demasiado importante

para mí.

Mi corazón se hizo pedazos porque no podía corresponderle. Sentí que a los diecinueve años me había convertido de golpe en alguien muy mayor y ya desencantada. Sentí que, una vez más, lo único que podría salvarme era la danza y sentí que, por encima de todo y pasase lo que pasase, no dejaría de moverme.

Incapaz de pronunciar una respuesta, hui de allí presa del espanto. Dejé a Pedro solo en mitad del pasillo y me refugié en las estancias reservadas para los artistas. Jamás contaría nada. Solo quería que amaneciera para volver a bailar.

* * *

En cuestión de días un edicto real nos informaba de que, por orden de sus majestades, ya nadie podría impedir que los juglares, trovadores, soldaderas, comediantes y cantantes que formaban nuestra pequeña compañía fueran expulsados de la corte. Habíamos logrado un trabajo para siempre y nos sentíamos dichosos. Otros artistas como nosotros y también los segreres, los zamarrones, los ministriles y los remedadores se nos echaron encima porque ellos seguían marginados mientras que el grupo que acompañaba a la Balteira estaba exento de cumplir aquellas leyes.

Los rumores aseguraban que aquel trato de favor se debía a que el rey estaba enamorado de mí y que era capaz de mover cielo y tierra por mantenerme cerca en aquella corte, pero yo sabía la verdad y también que aquellas habladurías eran convenientes para evitar males mayores.

Alegre nos había dejado en cuanto la corte se trasladó a Toledo, se casó con un hombre de dinero que la apartó de la escena y de la exposición al público y la retuvo para sí entre las cuatro paredes de su vivienda, a orillas del Tajo. Aquello facilitó mi ascenso y entonces sí que el nombre de la Balteira empezó a sonar con fuerza. A la envidia de las mujeres había que sumar la rabia de los artistas desprovistos de nuestros privilegios en la corte del Rey Sabio, el mayor impulsor del ingenio y la creación cultural que jamás hubiera conocido el reino de Castilla.

Yo, aceptadas las maledicencias e indiferente a ellas, en lo único en lo que pensaba era en curar mis pies maltrechos para seguir actuando.

La abundancia de actuaciones me encendía pero también me agotaba; por las noches masajeaba la piel endurecida de mis pies con aceite de romero que lograba generar una suerte de costra, una callosidad que los protegía e impedía que me salieran heridas y ampollas dolorosas. Todo ello se debía al suelo de la tarima en donde actuábamos: los tablones a veces se levantaban o estaban ligeramente

descascarillados por lo que con frecuencia me clavaba alguna astilla o me quemaba la planta o el talón.

—¿Por qué insistís en bailar descalza, Balteira? —me preguntaba Ramón lleno de desconcierto—. Usad escarpines, tenéis un millar que os han regalado y seguro que estaríais más cómoda.

El flautista, siempre preocupado por mí, me aconsejaba, ignorante de la verdadera naturaleza de la danza.

—Si todo dependiera del hecho de ir cómoda, Ramón, el espectáculo del baile no sería el mismo, creedme. Necesito pisar el suelo, saber que cada hueso se articula según se roce una determinada parte de mi pie u otra contra las tablas. Solo así soy capaz de mantener el equilibrio y girar. No podría usar zapatos.

—¿Cómo contradecir a una artista como vos, María? —claudicaba Ramón—. Bailad, bailad, aunque os quedéis sin dedos de los pies.

Y dicho aquello le mostraba mis nuevas invenciones para que acompañara con su flauta; apretaba la pelvis, retiraba mis caderas hacia atrás y alzando la barbilla comenzaba a girar sobre mi propio eje a lo largo del patio de columnas. Nunca como en aquellos días me había sentido tan libre y dichosa a pesar de hacer aquello para ganar dinero: era maravilloso dejarse llevar, respirar y saltar, no caer nunca, no detenerse.

Desde el día de mi conversación con Pedro apenas habíamos vuelto a vernos. Yo lo evitaba y él, notando mi recelo, prefería no insistir en sus afectos. Debí de hacerle daño y no fui capaz de retomar nuestra amistad con la inocencia de los comienzos.

Para mí era imposible mantenerme inocente ahora que sabía que todo lo bueno que le había sucedido a mi amigo en los últimos años se debía a sus vínculos con la reina; sospechaba que incluso el contrato hecho por don Alfonso era parte de la artimaña de ella para mantenerlo cerca. Me recordaba de vez en cuando sus palabras para dotarlo de humanidad, pero ¡qué dolor sentía si entonces volvía a ver su rostro lloroso suplicándome un amor que yo no tenía para él!

Y así pasaron los meses, y de aquel extraño otoño pasamos a un verano sofocante y cruel. Cientos de caballeros llegaron a la corte, retornados de la séptima cruzada, la de los treinta y cinco mil del rey Luis de Francia que se había iniciado seis años antes. Animada por la curiosidad, yo me perdía en los relatos de aquellos hombres pero también los de algunas familias enteras que, según contaban, se habían enrolado en la peregrinación a Tierra Santa de la mano de las tropas reales.

Supe que las propiedades de aquellos viajeros que ahora regresaban estaban protegidas a cambio del pago de lo que llamaban una «bula de cruzada» que podía tramitarse allí mismo, en Toledo, a raíz de los Concilios de Letrán; muchos abandonaban su vida y a su familia para

entregarse a la expedición desconocida, al encuentro con la Tierra Santa y el perdón divino animados por la experiencia previa de otros que sí lo habían logrado y que habían sido convencidos a su vez por terceros, porque allí se iba «a luchar y a vencer, a recuperar el Santo Sepulcro, a la guerra santa». Otros acudían con sus esposas y sus hijos, se llevaban todo consigo y partían con terror y esperanza hacia ese destino extraño que tanta leyenda arrastraba y en los que, campaña tras campaña, era difícil seguir creyendo pero cuyo espíritu era tan importante mantener vivo.

La séptima, capitaneada por el rey francés, aquella en la que se había intentado conquistar Egipto con devastadoras consecuencias para el propio rey, me había sorprendido ya ejerciendo mis funciones lúdicas para los soldados durante el reinado de don Fernando, padre de Alfonso el Sabio. Se habían recabado voluntarios para alistarse desde los confines de los diversos reinos y el de Castilla no había sido excepción pero entonces los ánimos eran muy distintos: tras la caída de Jerusalén y la masacre de tantos miles de cristianos, pocos confiaban en el éxito de una nueva incursión en territorio tomado por los sarracenos.

Los soldados franceses que paraban en la corte, los más avezados, venían a lanzarse sobre mí, «la famosa Balteira», con la fruición que podría suponerse que lo harían sobre el enemigo, con violencia; pugnaban por levantarme los volantes de la falda así como tocarme las piernas o los brazos y forzaban sus cuerpos contra el mío sin pedir permiso, como quien sabe que debe atacar sin anunciar su estrategia en la batalla.

—Lo que bajo las telas encontraréis no es mejor que lo que está a la vista, señor. Dejad de abriros paso por mi camisa. —Yo les apartaba las manos sin éxito, porque muchos de ellos no entendían mi lengua y solo pensaban en devorarme a mí.

Recordaba las historias de mi hermano cuando éramos niños, aquellas de la cruzada infantil más de cuarenta años atrás a la que miles de menores se habían unido animados por sus padres según un llamamiento divino. Luego observaba a aquellos hombres barbudos y malolientes que engullían la carne de la bandeja hasta casi hundir sus caras entre huesos y piel tostada en salsas de manteca y especias y trataba de imaginarlos enfrentados a la falta de todo durante el viaje, al miedo a perder la vida antes de llegar al destino.

—¿Creéis que una mujer podría sumarse a la campaña, señor? Quiero decir, una que no sea la esposa de uno de los soldados ni la madre de ninguno de sus hijos, una que quisiera garantizarse un lugar en el cielo después de su muerte empeñando sus bienes en la tierra. ¿Vos creéis que eso sería posible?

Había lanzado la pregunta a uno de los del séquito francés que con

acierto conocía mi lengua. Muchos como él buscaban algo de conversación, además de solazarse entre las piernas de una mujer como yo y escuchaban mis comentarios con cierto interés. Aquello había sido una auténtica sorpresa.

—Si os hacéis cargo de la naturaleza de tamaña aventura no advierto impedimento alguno que pueda frenaros, señora, pero debéis saber que no son épocas tranquilas allá en el territorio de Ultramar. Últimamente, además, batallan venecianos y genoveses entre sí por el dominio de la zona.

—¿Os referís a los cristianos instalados en San Juan de Acre? —Abrí los ojos de pura atención ante las explicaciones del soldado—. Imaginaba que al menos los fieles se cuidaban de mantener buenos tratos entre ellos.

—No, señora, os equivocáis. Marineros, burgueses, caballeros de los más diversos orígenes se disputan la mejor área para establecer sus viviendas y comercios en el puerto. Cuentan que el monasterio de San Sabas ha sido tomado por un almirante veneciano y los genoveses se han volcado en su recuperación con extremada violencia. No son tierras apacibles para una mujer, a no ser que esté dispuesta a batallar como hacen los hombres.

Por supuesto que yo confiaba en que podría hacerlo y me llenaba de esperanza la idea de viajar a Ultramar para salvaguardar mi alma, pero, sobre todo, me preocupaba por asegurar los bienes familiares y la estabilidad de mi hermano.

—Me habéis infundido el valor, señor. Ahora quiero saber más sobre los preparativos y las diligencias necesarias si acabo por alistarme en futuras expediciones.

—¿Pero es que estáis decidida a viajar como cruzada, Balteira? Nunca hubiera imaginado que una mujer como vos tuviera la valentía de someterse a ese sacrificio.

—No tiene por qué serlo si sé manejar mis cartas, y debéis recordar que en el juego no tengo rivales, señor.

A mí nadie me ganaba cuando del oficio de tahúr se trataba y eso era algo de lo que también los cancioneros se hacían eco.

Pensé que en algún momento quizás fuera interesante salvaguardar mis tierras de aquella forma. Era cierto que conservaba posesiones y estaba juntando dinero suficiente para salvar a corto plazo a mi hermano, pero las malas decisiones de Martín amenazaban constantemente nuestros dominios: no solo los lugares de Fiz y Armeá sino también más lejos de donde él vivía. Si yo me enrolaba como cruzada podría donar una buena suma como empeño a mi partida, la que me correspondía tras el reparto al morir nuestros padres y contar con la seguridad de que esas propiedades, parcelas hasta más allá del río y rendimientos variados de nuestras granjas y nuestros cultivos me

serían devueltos si regresaba sana y salva. De no actuar con premura Martín seguiría despilfarrando la hacienda común. ¡Dios sabe con qué triquiñuelas había sido persuadido hasta la fecha para ceder aquellos campos a los monjes de Monfero! Yo desde luego que me hacía cargo de su desmedida querencia por el vino de los viñedos adyacentes al monasterio pero, algo más debía de influir en él y dudo mucho que supiera a ciencia cierta las consecuencias de tan descontrolada gestión de lo que era común con su hermana y lo que no.

Llegado el momento supe que tenía la alternativa de marcharme en busca de un destino esperanzador. Mientras dejaba que el soldado acariciase mi entrepierna, fijé la mirada en el infinito. Ya había comenzado a tramar la mejor opción para evitar el único obstáculo de aquel plan perfecto, el que representaba mi propio hermano y su obstinación en ignorarme.

En cuanto me vi sola de nuevo me dispuse a redactar una carta para Martín que entregaría a mi arriero de confianza. Debía convencerle de la necesidad de que nos viéramos, concertar un encuentro en algún momento para hacerle entrar en razón. Tomar la cruz y empeñar las propiedades me parecía una decisión precipitada, ahora que gracias a la estabilidad en la corte comenzaba a ahorrar dinero, pero él debía saber que si no podía cuidar de sí mismo me tenía a mí y que yo me haría cargo de todo. ¿Cómo lograr que mis palabras llegasen hasta él? Hasta la fecha, en todos aquellos años jamás había obtenido respuesta alguna a mis mensajes, por lo que debía pensar otra forma de llamar su atención. Pasé la noche escribiendo hasta que me quedé dormida sobre mi propia escribanía.

A la mañana siguiente mis compañeros ya se preparaban para la próxima actuación de esa noche. Antes del mediodía solíamos dedicar unos dos o tres ensayos para pulir errores en las nuevas incorporaciones, sobre todo en lo que atañía a la música que siempre era la parte más variable. Pedro y Ramón coincidían pocas veces antes de aquellos ensayos, se intercambiaban las partituras y en general, trabajaban las piezas nuevas por su cuenta hasta el momento de juntarse con el resto de artistas, así que me armé de valor para ver de nuevo al que ya no podía considerar mi amigo. Aquellos ensayos eran siempre tensos.

Cuando llegué a nuestra sala de trabajo, él todavía no había llegado.

—El prestigioso violinista, una vez más llega tarde. —Las palabras de Ramón se cargaban de envidia por el trato favorable que todos pensaban que el rey le proporcionaba y cualquier falta se aprovechaba para relacionarla con ese asunto—. Pasa más tiempo en las estancias reales que aquí con nosotros donde aprendió todo lo que sabe…

Traté de desviar los malos humos del flautista hacia otros asuntos y me animé a comentar algunos de los detalles que había escuchado de

la fiesta de la noche anterior. Tras la cena y nuestra actuación, al contrario que en otras ocasiones, me había retirado temprano para escribir el mensaje que deseaba hacerle llegar a mi hermano y me había perdido los chismorreos que siempre sucedían a la postre.

—Seguro que llega enseguida, Ramón. No os enojéis si no hay motivo, algo lo habrá entretenido por el camino. ¿Qué podéis contarme del festejo de anoche? Estaba tan cansada que creo que me fui a dormir en el momento más interesante.

Entonces todos se volvieron hacia mí como si hubiera dicho algo inoportuno.

—¿En verdad no os han dicho nada de lo que sucedió tras la cena? —El bufón real dejó sus cascabeles sobre el cojín y caminó hacia mí con cara de circunstancias—. Fuisteis la comidilla hasta esta misma mañana. Todavía hay quienes no terminan de creer que la reina pudiera enojarse de esa forma por algo tan banal.

—¿Cómo decís? ¿Yo la comidilla? Querréis decir que se mofaron de la Balteira porque se retiraba antes de tiempo… Me lo puedo imaginar, son siempre las mismas chanzas y no me afectan, pero ¿a qué os referís con que la reina se enojó? ¿Con qué motivo?

En ese momento se abrieron los portones y un Pedro sudoroso y con los rizos revueltos entró en la sala respirando con dificultad.

—¡Por fin! La eminente figura a quien todos esperábamos tiene el detalle de honrarnos con su presencia. Solo os habéis retrasado lo que duran tres veces tres canciones del repertorio, Pedro. Espero que tengáis una buena excusa o juro que no volveré a trabajar con vos de aquí a que se acabe el verano.

Pedro jadeaba. Su rostro enrojecido daba a entender que había tenido que correr para llegar y aunque todos le lanzaban miradas hostiles que encajaban con los comentarios de Ramón, lo cierto era que él las esquivaba y solo trataba de fijarse en mí, como si quisiera decirme algo, algo importante.

—Lo lamento mucho, compañeros. La viola estaba debajo de una de las mesas de comedor y he pasado la mañana entera buscándola.

—Claro, después del jaleo de anoche es normal —advirtió Ramón—. Andaos con ojo en vuestros tratos con la realeza, que parece que las cosas por allí se están complicando y vos vais a aparecer en medio.

—¿Alguien puede explicarme, por favor, qué es lo que ha sucedido? —No podía soportar tanta incertidumbre por más tiempo—. ¿De qué jaleo habláis?

—Nada importante, María. Este pánfilo que algo dijo fuera de lugar e hizo que doña Violante estallara de rabia. ¡Os está bien merecido por entrometeros en un ambiente que no es el vuestro, Pedro! —Ramón apuntó a Pedro con su flauta—. Pero no demoremos más nuestro trabajo. Ahora que por fin estamos todos dediquémonos a preparar al

menos un espectáculo digno para esta noche.

Estábamos de acuerdo e iniciamos nuestro ensayo. Yo notaba que Pedro hacía amago de aproximarse a mí, que me miraba hasta el punto de ser agobiante por lo que, nada más terminar, le pedí que se explicara.

—Lleváis meses sin dirigirme la palabra y ahora parecéis obsesionado por encontrar el momento de decirme algo. ¡No os entiendo, Pedro! Sed sincero conmigo y decidme todo lo que ha pasado desde el principio, porque sospecho que el revuelo de anoche ha tenido que ver con lo que ambos sabemos.

Nuestros compañeros recogieron sus bártulos y abandonaron la sala al parecer sin prestarnos atención. Ramón se acercó y con un sorprendente aire amenazante hacia Pedro, le dijo:

—No olvidéis nunca que, si no es por ella, ahora estaríamos en la calle y nuestros pies no habrían pisado esta dependencia en donde podemos preparar nuestras actuaciones y por la que tan poco respeto mostráis al llegar tarde y cuando os apetece; no existiría, Pedro. Tratad bien a María y no compliquéis su vida con la vuestra.

Tras decir aquello se marchó erguido, con paso firme y a grandes zancadas, quería demostrarnos que despreciaba la actitud de Pedro, pero ambos sabíamos que ignoraba los auténticos motivos de todo lo que sucedía. Desde el momento en que su majestad había emitido el comunicado de permanencia de nuestro grupo, todos asumieron que había sido yo, de acuerdo con mis intenciones expresas, quien había intercedido para que se modificara la ley. Por ello me respetaban y estaban tremendamente agradecidos, mas yo no podía sacarles de su error porque así se lo había jurado a la reina y, sobre todo, al propio Pedro.

Nos miramos y sentí la preocupación en el rostro del juglar más allá de los comentarios hirientes del flautista. Colocó la viola en una de las sillas y, una vez que nos encontramos a solas, cerró la puerta de la sala y comenzó a hablarme. Yo le miraba muy quieta desde el otro extremo.

—Anoche me comporté como un estúpido. No pude evitar enojarme en cuanto alguien, un músico extranjero de tantos que están de paso por la corte cuando se les brinda oportunidad, arrancó a tocar una de las canciones en donde se habla de vos de manera poco conveniente.

—¿Os enojasteis? Pero, Pedro, yo no me tomo a mal esas fabulaciones, no son más que burlas sin fundamento de aquellos que en realidad poco han llegado a conocer sobre mi verdadero carácter. ¿Qué hicisteis? He oído que hubo un auténtico escándalo por parte de Violante y no quiero imaginar…

Me acerqué a él y sin llegar a terminar mi frase vi cómo asentía y me daba la razón.

—La reina lo sabe. Sabe que muero de amor por vos y ha caído presa de rabiosos celos. Anoche me levanté para impedir que el músico continuara con su repertorio indignante contra vuestra persona, no dije nada ni me delaté, pero ella se dio cuenta e inmediatamente alzó la mano y cesó la música.

—Entonces, ¿por qué hablan de un escándalo?

—Porque al alzar la mano portaba en ella el cuchillo con el que había cortado la carne. Todos se asustaron. Yo sabía que el gesto se dirigía a mí y me disculpé en el acto por la interrupción.

Imaginé el revuelo en mitad de uno de los momentos más afanosos de la noche. Cuando juglares y trovadores ocasionales interpretaban sus piezas siempre eran bien recibidas, se celebraban aportaciones de otros reinos, otras lenguas y jergas nuevas, pero si alguien de fuera traía una canción que era genuinamente nuestra eso significaba que allí en su terruño era también popular. En aquel caso, hasta allí había llegado mi fama como «la Balteira».

No quiso decirme más y salió por la misma puerta que se habían marchado los otros, me dejó sola en la sala y no tuve ánimos siquiera de recrearme en una nueva danza.

* * *

Lo que aconteció en las semanas siguientes al relato de Pedro fue tan precipitado que ahora lo recuerdo como un torbellino borroso. Tras la entrega de mi mensaje al arriero, un acontecimiento siguió a otro y antes de que pudiera darme cuenta estaba de nuevo comenzando una aventura.

Me cité con él al amanecer del día siguiente y le di un pergamino enrollado para que lo guardara discretamente entre sus mercancías.

—Confío en vuestra disciplina a la hora de entregar este recado, sabéis lo importante que es para mí.

—Yo nunca os he fallado, Balteira. Andad y cuidaos más de aquellos que viven a vuestro lado y menos de los que, como yo, vamos y venimos con nuestros negocios de una a otra parte de los caminos.

Tal vez la primera señal de que algo fallaba estuviera oculta en aquellas palabras del mensajero, pero entonces no les di importancia. Me despedí de él con la esperanza de volver a verlo tiempo después con mensajes y noticias de mi hermano, mas no podía yo andar más desencaminada.

Esa misma noche y las siguientes, la reina Violante se ausentó en todas y cada una de nuestras actuaciones. La excusa era indisposición. Se hablaba de otro embarazo y, como siempre, de la necesidad de ahorrarle incomodidades. Muchos pensaban que entre su majestad la esposa del rey de Castilla y yo misma, la Balteira, había un odio que

tenía que ver con los deseos del propio don Alfonso, más inclinado por mí que por su esposa. Bien sabíamos que esos rumores eran interesantes para la reina porque la ayudaban a acallar sospechas de otro tipo.

Fue tal vez a la segunda o la tercera actuación cuando mi mundo volvió a desmoronarse.

Nos habían lanzado todo tipo de regalos y, al igual que los demás, yo recogía con cuidado las prendas y baratijas para meterlas en mi faltriquera bajo la saya. Hubo entre todos los obsequios una bolsa de lona negra de cuyo cordel pendía una nota con mi nombre. La identifiqué enseguida y al recogí para abrirla cuando nadie me estuviera mirando, por no tener que dar explicaciones.

—¿Venís a celebrar los éxitos del espectáculo, Balteira? Hemos pensado en reunirnos con Alegre en una posada cercana a su nueva casa.

—¡Sí, enseguida os alcanzo, Ramón! —La perspectiva de volver a ver a la que fuera mi rival no me agradaba, pero debía hacer lo mismo que los otros, seguir la corriente festiva y disimular lo mejor que supiese.

Al abrir la bolsa en un diminuto pergamino enrollado podía leerse una citación:

> *Os espero a medianoche en la entrada a las caballerizas reales. No temáis, son buenas noticias*.

Firmaba aquel misterioso mensaje un sello que parecía de un noble, unas iniciales que no reconocía, pero que me llenaron de curiosidad. ¿Quién podría querer encontrarse conmigo a medianoche? Tal vez un galante admirador, como aquel que había perseguido a Alegre durante meses hasta convertirla en su esposa. De ser así no me interesaban sus propuestas en absoluto, pero ¿y si se trataba de información desde Galicia? Quienquiera que se comunicara conmigo hablaba de «buenas noticias», y quien me conociera sabía que solo ese tipo de mensajes eran lo que en aquel momento más podría llamar mi atención.

Me guardé la nota y viré mis pasos hacia la posada en donde me esperaban los juglares.

Al llegar allí, todos mis amigos reían a carcajadas y entrechocaban sus vasos de vino. Distinguí a lo lejos la larga cabellera de Alegre y fue ella la primera que vino a saludarme con una amplia sonrisa enmarcada en el rostro.

—Al no veros pensé que no vendríais, María. ¡Qué bien os encuentro! Hablan maravillas de vuestras danzas, sois afamada aquí y en todas partes, os felicito.

Me dejé estrechar por sus largos brazos y agradecí sus palabras,

aunque sospeché que en cierto modo iban cargadas de doble sentido y que aquellos elogios debía interpretarlos quizás como un intento de ponerme en evidencia.

Habían pasado muchos años, demasiados para que yo simulase una reacción inocente a sus embistes. Alegre, mi fuente de inspiración artística y mi única maestra, había sufrido más que nadie los golpes del paso del tiempo durante la época en que yo me desarrollaba como mujer a su lado: Ella, avanzada en una edad que se resiente especialmente en las de nuestro sexo, acusaba aquella diferencia de momentos vitales, se marchitaba y se desdibujaba a mi lado. Por todo ello dejó de entrometerse en mis actuaciones y de remover falsas acusaciones en mi contra: se buscó un marido y nos dejó.

Fue al volver a verla cuando comprendí que esa decisión, en parte, la había tomado por mi bien. Hasta ese día había recordado sus esfuerzos por interponerse en mi camino con un rencor natural, veces en las que, por su culpa, había caído al suelo en el más absoluto ridículo ante mi público. Alegre había dejado de brillar sobre el escenario y retirarse a tiempo había supuesto una inteligente reconciliación con su joven sucesora.

Acepté sus halagos con educación y me interesé por cómo había sido el resto de su vida hasta ese día.

—Muchas gracias, Alegre, pero sabéis tan bien como yo que sin este magnífico grupo de artistas no hay éxito que valga. Cuento con los mejores músicos del reino. —Y tras decir aquello busqué a Pedro entre la multitud para que supiera que me estaba refiriendo a él y a su genio con la viola de Beltrán. Al cruzarse nuestras miradas, alzó su vaso para brindar a mi salud y yo asentí satisfecha—. La buena acogida de esta noche se debe al trabajo de todos, así que ¡felicidades!

—En eso andáis acertada, María. No tengo dudas de que os acompañáis de los más talentosos artistas jamás conocidos —Alzó también su vaso y gritó con entusiasmo— ¡Porque mejor que yo no lo va a saber nadie, amigos!

Aplaudieron. Tras varias jarras de vino alguien me dio una pandereta y se abrió un círculo para que Alegre y yo pudiéramos repetir una de las danzas que tan populares nos habían hecho en el pasado. Nos dejaron un círculo abierto y nos dispusimos a danzar, y, tal y como habíamos hecho siempre, comenzamos a movernos en compases marcados por mi repiqueteo en la piel tensada del instrumento. Los más curiosos se agolpaban en los huecos que les dejaban libres nuestros amigos y observaban a las dos soldaderas, las mismas que desde hacía años no habían vuelto a reunirse para compartir una danza.

—¡Mirad, es la Balteira!

Alguien mandó callar a aquel atrevido para que Alegre no lo

escuchase: no ser reconocida en una noche como aquella habría hundido el orgullo de mi antigua compañera, por lo que seguimos moviéndonos sin hacer caso de los gritos y los aplausos.

Entre giros y cabriolas no pude evitar fijarme en lo cambiada que estaba la soldadera: su silueta había engrosado, mechones plateados apuntaban en el nacimiento de sus sienes y la piel de sus carrillos, antes hundida y mustia por el tono aceitunado que la caracterizaba, se había rellenado como síntoma de muy buena salud. Quizás no fuera ya la gran bailarina itinerante de la península pero se había convertido en una mujer hermosa en el esplendor de su madurez.

Al terminar, de nuevo nos abrazamos y sentí auténtica nostalgia en los gestos de Alegre; sin duda añoraba aquella vida y aunque ahora era una dama de respeto, no había quién la superara. Yo no era nadie a su lado.

—Sois la de siempre, amiga ¡no hay bailarina que pueda haceros sombra! —A mis palabras de admiración, el rostro de alegre reaccionó con rubor de principiante, agachó la cabeza y me besó las manos agradecida—. Decidme ¿cómo es la vida de una mujer casada con vivienda propia?

Las dos nos reímos del comentario: había muchos asuntos por los cuales podía haberle preguntado pero la permanencia en un lugar sabíamos que era cuestión que nos preocupaba desde siempre.

—Soy increíblemente afortunada, María: mi esposo es un buen hombre, talabartero, un artesano del cuero con taller propio y varios aprendices a su servicio. Me cuida y me adora y yo no hago otra cosa que devolverle el afecto como mejor sé.

—Y bailando para él, imagino —La interrumpí.

—¡Por supuesto, querida! Los más selectos espectáculos se los dedico en la intimidad de nuestra alcoba.

Y con un pícaro movimiento de sus hombros me dio a entender a qué tipo de espectáculos se refería. Desde luego que habían pasado los años pero era la misma Alegre que me había descubierto en el camino hacia Palas de Rey y con quien había compartido el más delicioso mendrugo de pan de mi vida.

Volvieron a reclamarla y yo me quedé en el centro de la sala junto a los músicos, disfrutando de las alegrías del reencuentro.

Cuando mejor lo estábamos pasando recordé mi cita. Para no tener que decir adónde iba me escabullí silenciosa por la puerta trasera que daba al patio ajardinado y caminé rápida de regreso al palacio.

El vino me había mareado un poco y me palpé el pecho para recuperar la nota: quería volver a leerla por si había algún detalle que no hubiera visto, así que me detuve al llegar a las caballerizas y comencé a rebuscar sin éxito debajo de mi vestido, pero entonces, entre las sombras, surgió una figura masculina que me llamó por mi

nombre.

—¿Sois María Pérez?

Me detuve en seco y busqué los rasgos de aquel que me llamaba por el nombre que ya nadie asociaba a mi persona.

—Sí. ¿Quién me busca? —respondí temerosa—. Venid hacia la luz, quiero saber con quién hablo.

—Permitid que la noche guarde mi nombre, señora. Acercaos vos, no temáis; os dije que eran buenas noticias.

—¿Son noticias de mi hermano? ¿Es que llegáis desde Galicia?

Quién sabe si el alcohol o mi inocencia me habían vuelto especialmente confiada, pero, en cualquier caso, caminé imprudente hacia aquella sombra que me hablaba y sentí, antes de poder reaccionar para evitarlo, cómo una mano enfundada en guantes igual de oscuros que el resto de la vestimenta de aquel hombre me tapaba la boca y me empujaba contra el muro de piedra.

—No, soldadera, son buenas noticias para la reina, que me ha encargado que os mate esta misma noche. —Hablaba pegando sus labios a mi oreja y el recuerdo del padre Payo regresó a mí desde los años de mi niñez para golpearme con fuerza. Aquel desconocido comenzó a toquetearme y por mucho que yo intentaba gritar su mano derecha no se despegaba de mis labios—. ¡Estaos quieta! Antes de cortaros el cuello quiero probar esa carne de la que todo el mundo habla.

Rompió mi camisa igual que había hecho el monje aquella vez contra el árbol; de una patada me abrió las piernas para buscar entre ellas aquello que más deseaba y recordé la repulsión que me provocaba el manoseo del padre Payo de niña, el ímpetu semejante, mi impotencia… Quise morderle, pero su fuerza era mucho mayor que la mía. Estaba perdida. Me había entregado a mi destino sin oponer resistencia, vencida por aquello que sabía que iba a acabar conmigo hiciera lo que hiciese, pero entonces algo se movió detrás de mi agresor y saltó sobre sus espaldas.

—¡Alejaos de ella, bastardo!

Pude zafarme de su puño que me había oprimido la cara hasta magullarme el mentón en cuanto aquella otra figura tiró de su cuerpo hacia atrás para liberarme. Ahora veía a los dos hombres que, bajo la luz de la antorcha, se mataban a golpes. Reconocí al que sostenía un cuchillo y con horror asistí al momento en que le clavaba la hoja afilada al otro de un extremo a otro de su garganta; la sangre comenzó a brotar como lo habría hecho un tonel de vino, salpicándolo todo entre los estertores de la víctima que se retorcía hasta perder la vida en mitad de la calle.

Pedro acababa de salvarme.

—Esto se os cayó mientras bailabais. —Me tendió, empapado en la

sangre del que había querido asesinarme, el pequeño pergamino que daba cuenta del lugar exacto en donde encontrarme aquella noche, a esa misma hora—. Debéis huir, María. La reina no cejará hasta veros muerta.

* * *

Pensé que el único lugar en donde podía refugiarme era aquel del cual había huido hacía más de diez años. Decidí que tenía que regresar a Galicia junto a Pedro para escapar de una muerte segura. Después de haber matado a mi agresor, el trovador sabía que no tardarían en poner precio a su cabeza al asociarlo con el crimen y ambos decidimos emprender nuestro camino juntos, mas tuvimos que hacerlo siendo muy prudentes.

—Quizás regresar a Galicia sea la solución, Pedro. Venid conmigo, entre los dos seremos más fuertes. ¿Qué sentido tiene que busquéis otra salida? Nuestros años aquí se han terminado y se trata de un destino lo suficientemente alejado como para que allí no vayan a buscarnos.

Aunque no estaba muy convencida de esto último porque era muy probable que fuese aquel el primer lugar en donde empezaría a indagar por mandato de la reina, convencí a mi amigo (o tal vez debiera llamarlo mi enamorado, entonces) y desesperados, nos aferramos a una remota posibilidad de salvación lejos de la corte.

—Me temo que no tengo otra escapatoria, María. Si me quedo me matarán a mí también y la perspectiva de huir con vos es mucho más atractiva que la de perderme solo en la noche sin saber adónde ir. Hagámoslo, pero tendremos que ser otras personas, ¿lo entendéis?

—Lo entiendo, Pedro. Seremos cautelosos. Viajaremos hasta Betanzos y allí buscaré la manera de ser atendida por mi hermano Martín, que sin duda podrá ayudarnos.

Me pareció que, en cierto modo, las cosas no podían resolverse de una manera más oportuna: si Martín no respondía a mis misivas, aquella era una magnífica oportunidad para ir en persona a reclamarle una contestación. Me preocupaba que estuviera en peligro y sentí que tenía doble motivo para viajar a Galicia.

De modo que resolvimos nuestra empresa lo más rápido que pudimos, antes de que nadie comenzara a acusar nuestra ausencia; en cuestión de horas nos echamos al camino con nuestros bártulos en la espalda.

Aunque me había hecho con lo indispensable, las prendas justas para caminar ligera y llevaba el bálteo abrochado a la cintura debajo de varias capas de ropa para que nadie lo reconociera, mi bolsa pesaba muchísimo porque guardaba en ella todo el dinero ahorrado.

Me preocupaba que no fuera suficiente para afrontar las pérdidas de mi hermano y, a la vez, sobrevivir en el camino ahora que Pedro y yo no teníamos nada más. Entre los dos debíamos encontrar una solución para salir adelante.

Los problemas nos acuciaron antes de que tuviéramos tiempo de llegar al siguiente pueblo.

—Necesitamos un par de caballos, María. A este ritmo no tardarán en encontrarnos.

Agotados por haber caminado durante toda la noche, temíamos que la luz de la mañana nos sorprendiera sin haber dado con un lugar seguro en el que poder descansar. Aquella incertidumbre me recordó mi huida siendo una niña, el miedo de aquellas jornadas a la intemperie se repetía ahora en compañía de Pedro en una suerte de familiaridad incómoda, como si mi destino quisiera burlar mi suerte. Tras escuchar las palabras de mi amigo me dejé caer al suelo, no podía soportarlo más: mis pies se habían convertido en dos trozos de carne sin fuerzas.

—Seguid sin mí, Pedro, yo ya no puedo avanzar. Soy quien os ha metido en este embrollo y no quiero cargar también con el peso de la culpa. Sabéis que no es la primera vez que me veo en esta situación, podré apañármelas. ¡Marchaos!

Y tras decir aquello, me eché las manos a la cara y comencé a llorar desesperadamente, con lo que mi agotamiento se vio multiplicado.

—¿De qué estáis hablando, María? Yo jamás os abandonaré y, por favor, dejad de repetir esa idea absurda: no sois una carga y no me habéis metido en ningún embrollo, he querido ayudaros y conocéis los motivos. —Apartó la mirada por no volver a declarar sus sentimientos, no eran aquellas las mejores circunstancias para enfrentar de nuevo un rechazo—. Venid, aquí debajo podréis dormir un rato mientras yo vigilo por si alguien se acerca.

Pedro había amontonado unas ramas y colocado su capa a modo de lecho; me invitó a que me tumbara allí, al abrigo de un árbol que se inclinaba sobre nosotros, y yo le seguí.

Cuando abrí los ojos ya se había hecho de día y estaba sola en mitad del bosque.

Me incorporé asustada porque temí que algo o alguien hubiera apartado a Pedro de mi lado; miré a mi alrededor y tampoco encontré mi bolsa, con lo que terminé de alarmarme.

Fue entonces cuando al dar un par de pasos hallé la bolsa de mi compañero apoyada junto al tronco en el que la habíamos dejado antes de quedarme dormida pero ni rastro de la mía. Temí lo peor y no respiré aliviada hasta que oí la voz de Pedro cerca del camino de donde nos habíamos desviado. Hablaba con otro hombre, y antes de hacerme notar, preferí agazaparme cerca de ellos para saber qué era

exactamente lo que sucedía.

—Lo extraño es que no os hayan herido, señor —decía el caballero, ataviado con una túnica blanca que cubría hasta las rodillas su armadura—. Son vías de comunicación que cruzan diferentes rutas y, de haberos sorprendido a plena luz del día, es probable que los asaltantes hubieran sido varios.

¿Asaltantes? Ahora sí que necesitaba que Pedro me explicara qué había pasado mientras yo dormía; me arrepentí por haber sido tan irresponsable dejándolo solo. Deduje, por lo que veía, que mi amigo, después del ataque de algún bandolero, se habría visto privado de todo nuestro dinero y que pediría luego ayuda a un caballero que pasaba por allí. Permanecí a la escucha, fijándome en lo que contaba aquel hombre.

—Ayer mismo otro grupo de jovencitas fue asaltado y aunque no portaban gran cosa los atacantes se aprovecharon de sus cuerpos sin comedimiento. Debéis estar alerta vos y vuestra esposa, señor.

—No sabéis lo mucho que nos habéis ayudado. Si hay alguna forma en la que podamos compensaros, no tenéis más que decírnoslo. — Pedro hizo una reverencia, y el caballero procedió a amarrar un caballo a uno de los árboles que bordeaban la vía.

Entendí que cuando hablaba de «su esposa» con toda probabilidad se estaría refiriendo a mí y, como vi que se despedían y Pedro hacía el amago de retirarse, me dirigí al lecho rápidamente para fingir que seguía dormida antes de que me descubrieran en mi escondrijo.

—Veo que os habéis despertado e imagino que estareis confusa. Dejad que os cuente qué ha pasado y, antes de que me digáis nada, sabed que tenemos un corcel para proseguir nuestra ruta.

Me sorprendió de pie en mitad del claro que había servido de dormitorio improvisado. Portaba una navaja en la mano y me asusté.

—¿Pero qué ha sucedido? ¿Estáis bien? ¿Nos han atacado? ¿Dónde está el dinero? Y, por el amor de Dios, ¿qué significa ese cuchillo?

Mis preguntas se atropellaban en un discurso agitado que daba muestra de lo nerviosa que estaba. Me alegraba saber lo del caballo, pero no comprendía lo que estaba pasando, así que me senté y dejé que se explicara. Necesitaba que lo hiciera.

Toqué los hombros y las piernas para reconocer que no había magulladuras o heridas en ninguna parte de mi cuerpo. Pedro comenzó a reírse.

—¡Pobre Balteira! Ciertamente habéis descansado y en ese sueño profundo no os habéis percatado de nada. ¡No ha habido ningún ataque!

—¿Cómo que no? ¿Y entonces de qué hablabais con el caballero que estaba en el camino hace un momento? Me pareció que decíais que unos bandoleros nos habían atacado.

—¿Me espiabais? —Pedro levantó una ceja suspicaz y desde detrás de unos matojos recuperó mi bolsa con el dinero contante y sonante en su interior, luego continuó—: Supongo que no puedo culparos por ello. Habíais despertado en la más completa soledad y buscabais respuestas, no me ofenderé, María. —Me tendió la bolsa, que abracé con alivio—. Aquel caballero era un templario de los de la orden que protege las rutas de peregrinación hacia Compostela. Debemos de estar cerca de una de ellas porque al poco de haberos quedado dormida, distinguí a un grupo y a gritos llamé su atención para que vinieran; escondí la bolsa y me hice pasar por vuestro esposo, espero que eso no os moleste. —Tras decir aquello bajó la mirada y tuve que animarlo a continuar con su relato—: Apenado, también inventé que acababa de desvalijarnos un maleante en el camino, que vos estabais encinta y descansando tras el susto y que necesitábamos desesperadamente un caballo para poder avanzar hasta la posta más cercana.

Mi rostro debía de ser en aquel momento la viva estampa de la sorpresa.

—¿Vos habéis elaborado toda esa pantomima mientras yo dormía?

—¿Acaso os sorprende, María, que los juglares compongamos historias? Recordad que estas no siempre se basan en la realidad.

Los dos estallamos en carcajadas y nos abrazamos en señal de celebración. Ahora debíamos reanudar nuestros pasos a lomos de aquel caballo regalado. Por un momento habíamos olvidado nuestras preocupaciones, pero allí permanecían: a él lo estarían buscando por orden de la reina y a mí querían matarme. La idea regresó a nosotros como un nubarrón de tormenta.

—Tenéis razón, sois un auténtico fabulador y gracias a ello ahora tenemos un caballo. —De nuevo miré para el cuchillo que seguía sosteniendo en la mano derecha y señalándolo, inquirí—: Respecto a esto, ¿es que pensabais dar caza a un jabalí antes de que me despertara?

Sin embargo y a pesar de las risas, la respuesta de mi amigo no iba a ser agradable de oír.

—No, María, veréis, he pensado que no debéis continuar el trayecto con ese aspecto. —Se aproximó todavía más y tomó unos mechones que se escapaban de mi recogido en una trenza cubierta con redecilla —. Habrá que cortaros el cabello si queremos que no os reconozcan.

Al decirlo el pánico se adueñó de mí y lancé un grito horrorizada ante la idea de ver que iban a despojarme de mi hermosa melena.

—¿Es que no hay otra solución? ¿No podemos simplemente disfrazarnos y continuar bajo otros nombres hasta llegar a Galicia? — Con mis manos palpaba el tocado en un intento desesperado de retener mi querida cabellera conmigo—. Decidme que sí, Pedro, por lo

que más queráis, ¡se trata de mi cabello!

Pero el trovador torció la boca y negó; sin dar pie a otra reacción por mi parte, me soltó los alfileres uno a uno hasta dejar que la suave y brillante trenza cayera libre sobre mi espalda y, a continuación, la cortó con su cuchillo desde la raíz, a la altura de mi nuca.

Mi melena se deshizo de aquel nudo en el suelo del bosque; al verla imaginé que con ella todos los años de mi infancia, aquellos en los cuales yo la había visto crecer, se escurrían y se alejaban de mí para siempre.

Lloré desconsolada y palpé mi cabeza ligera, extraña y del todo irreconocible.

Ahora debíamos continuar nuestro camino. Me sentía otra persona.

1257 - 1264

De cuando fui fugitiva

ómo explicar la transición de sentimientos que nace de la desesperación de dos almas que solo se tienen a sí mismas para sobrevivir? Pedro y yo salimos adelante después de aquello, cuando parecía que ya nada de lo que nos habíamos propuesto iba a suceder según nuestros planes. La mentira se convirtió en nuestra principal aliada y, al igual que con el asunto del caballo y el falso bandolero, hubimos de hacer frente a terribles situaciones de las que ambos salimos victoriosos gracias al hábil manejo de la palabra de mi amigo.

Esquivamos a nuestros perseguidores haciéndonos pasar por un matrimonio de peregrinos hacia Compostela. Con tal licencia, cada vez que nos deteníamos en una posada se nos daba de comer o de cenar y había siempre un jergón para nosotros que compartíamos con el respeto de dos amigos y sin llegar a acercamientos que Pedro sabía que podrían incomodarme.

Por fin dimos con nuestros pies en Galicia; después de muchas jornadas de viaje alcanzamos la villa de Betanzos en donde yo esperaba encontrar a Martín y acabar de una vez por todas con el silencio de todos aquellos años, pero las circunstancias, como no podía ser de otro modo, también allí tuvieron que complicarse.

—Dejad que sea yo quien hable primero con él —dije—, será lo mejor. A pesar del tiempo que ha pasado sigue siendo mi hermano y sabré cómo tratarlo.

Aunque estábamos preparados para lo peor y nos imaginábamos que la situación de Martín debía de ser angustiosa, motivada por sus malas gestiones, a juzgar por las noticias que yo había tenido hasta entonces por parte del mensajero de la corte, la realidad superó con creces nuestras expectativas, y a quien encontré viviendo en nuestra casa familiar fue a un auténtico monstruo, aunque no era el único.

Al llegar a la puerta, los jardineros nos recibieron con una mirada hostil, no parecían acostumbrados al hecho de recibir visitas.

—¿Es esta la vivienda de Martín Pérez? —pregunté cautelosa, por miedo a que me reconocieran, no debíamos delatarnos tan pronto—.

Venimos en nombre de un viajero interesado en cerrar ciertos negocios con el dueño de la casa.

—¿A quién debemos anunciar, señora? El dueño no está en casa en este momento, pero le haremos llegar vuestro mensaje en cuanto regrese.

Miré a Pedro e inclinando la cabeza le pedí que me siguiera la farsa antes de responder:

—Decid que se trata del matrimonio Gonçalves —dije muy convencida—. Nos hospedamos en la posta de la plaza principal, allí podréis localizarnos.

Confiaba en que oír un apellido extranjero fuera suficiente para despertar la curiosidad de mi hermano sin levantar sospechas, de modo que nos retiramos a la espera de noticias.

Optamos por buscar un alojamiento en calidad de nobles y no con la identidad de peregrinos que nos había acompañado durante el trayecto, aunque para ello tuviéramos que desprendernos de algunas de nuestras monedas ahorradas.

—Las recuperaremos, perded cuidado, Pedro. Estoy segura de que mi hermano reaccionará al mensaje. Esta vez sí que lo hará…

Admitiendo conmigo que el plan era casi infalible, el juglar se dejó guiar hasta la zona en donde yo sabía que encontraríamos dónde pasar la noche, pero pronto mis sensaciones se volvieron extrañas al recorrer el pueblo. Había personas que nos miraban y no con la naturalidad de quien ve a un par de peregrinos como tantos de los que se dejan caer por la zona. Temí que me reconocieran y nuestra estrategia se fuera al traste.

—Me he puesto el brial de seda más llamativo, ya que tengo que parecer adinerada. ¿Vos creéis que sería mejor cambiarlo por algo más austero? Debemos aparentar, pero ahora dudo. —Miré a mi compañero esperando sus consejos porque en ningún caso quería que nadie allí supiera que yo era María Pérez.

—Sois la estampa de la ostentación, María, es cierto, pero debéis descartar la idea de que puedan reconoceros: recordad no solo que habéis perdido la melena sino que la última vez que se os vio por estas tierras no teníais más de diez años. ¿Acaso no sois otra mujer?

El bueno de Pedro tenía razón, pero, aunque quería sosegarme, pude notar que él también se sentía observado por quienes caminaban a nuestro lado. Algo no marchaba bien.

Aceptaron hospedarnos en un albergue a las afueras a cambio de unos pocos maravedís, los que cabían en una pequeña bolsa de las que yo utilizaba para guardar mis ungüentos.

—Podréis descansar en una celda para los dos solos, señora. Aquí no tenemos demasiados lujos y la casa está en su mayor parte ocupada por peregrinos.

Sin poner pegas, aceptamos y subimos a nuestro cuarto. Allí dispusimos nuestros bártulos. Estábamos vaciando las bolsas cuando de pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

No queríamos abrir sin asegurarnos primero de que no habría peligro, de modo que al oír la respuesta nada nos hizo sospechar.

—Alguien que desea ver a la señora de Gonçalves os aguarda en el recibidor. —Reconocí la voz del hombre que nos había atendido a nuestra llegada—. Podéis bajar cuando os plazca.

Hice un gesto a Pedro y él se adelantó a abrir la puerta. Yo esperé detrás.

—Mi esposa bajará en un momento, muchas gracias. ¿A quién tendrá el gusto de recibir?

—Portan mensajes de la casa de los Pérez, señor. Es todo cuanto sé.

Tras decirnos aquello, el hombre se escurrió escaleras abajo y regresó a su puesto de trabajo.

—Os acompaño.

Pedro no necesitó decir más para asegurarme que no me expondría sola ante ningún peligro. Enseguida bajamos las escaleras. Yo iba expectante ante el posible reencuentro con Martín, pero al ver quién nos aguardaba allí no pude menos que volver a sorprenderme.

Llevaba el pelo recogido bajo un pañuelo oscuro y su cara, menos redondeada de como yo la recordaba, más madura y afilada, revelaba una expresión seria, quizás demasiado dadas las circunstancias. No había vuelto a ver a mi amiga Clara desde la vez en que el padre Payo nos había descubierto a las dos entregadas a nuestras danzas en el patio de San Tiobre y estaba muy cambiada. Por algún motivo no parecía alegrarse de verme.

—Supe que erais vos en cuanto os vi llegar esta mañana, pero no podía creerlo, vuestro cabello… —Miraba a Pedro de reojo, con curiosidad y asombro, y a mí como quien contempla una escultura o la representación sagrada en un altar—. ¿Cómo os atrevéis a regresar, María? ¿A qué habéis venido?

—Pero Clara, ¡sois vos! La última persona que esperaba ver. ¿A qué os referís? ¡Oh! Ha pasado tanto tiempo, tantas cosas que contaros… —Me emocioné como una niña al reencontrarme con mi amiga, gesticulaba nerviosa y me reía sin motivo—. He venido a ver mi hermano. ¿Sabéis cómo está?

Olvidé la compostura, dejé de fingir y abandoné el aura de misterio en la que Pedro y yo nos habíamos envuelto para no ser descubiertos y reconocidos, ante ella ya no tenía sentido.

—Esta mañana, cuando preguntasteis al jardinero por vuestro hermano, yo estaba allí, trabajando en el patio y pude oíros. Reconocí vuestra voz y no podía creerlo, así que corrí hacia la entrada pero ya

os habíais marchado. —Clara mostraba un semblante preocupado y aunque no podía disimular una emoción semejante a la mía por el reencuentro, hablaba con angustia—. No os aconsejo que permanezcáis en Betanzos, María, aun os recomiendo menos que pongáis un pie en la casa de vuestro hermano. Aquí todos sabemos quién sois y lo que hacéis.

Sentimos golpes cerca de la puerta de entrada al albergue y Clara interrumpió su discurso. Varias personas gritaban el inconfundible nombre de Balteira desde el otro lado de la calle.

—Pero, ¿qué es todo esto? —Miré a Pedro, asustada, y él salió, esquivando de un manotazo a los curiosos que ya habían organizado un corrillo alrededor de nosotros—. ¿Veis algo? ¿Qué sucede?

—Son solo unos mocosos con ganas de molestar. ¡Eh! ¡Fuera de aquí! —Dijo aquello asomándose a la entrada y enseguida sentí el correteo de varios niños que azuzaban al gentío desde fuera, tarareaban algunas de las cantigas en donde se me mencionaba entre risas y gritos. Se estaban burlando de «la desvergonzada de la Balteira».

Mi orgullo me impedía seguir soportando aquella crueldad.

—¡Dejadme pasar! —le dije a Pedro, y salí a la calle dispuesta a enfrentarme a la concurrencia. Debía demostrarles que no podían intimidarme con sus insultos y patrañas.

—María, no, ¡no lo hagáis! —Clara quiso frenarme, pero yo no hice caso de sus consejos y me dirigí al gentío que voceaba.

Una vez en la calle observé sobrecogida que no se trataba de unos chiquillos, como me había dicho Pedro, sino de un auténtico gentío que me gritaba cosas que yo no lograba entender. Tomé aire y recordé el día de mi discurso frustrado ante el rey: esta vez no iba a acobardarme porque Pedro estaba conmigo.

—¡Aquí estoy! ¿Qué sucede? Más os vale decirme cuál es el problema. —Por un momento aquella masa popular pareció sosegarse. No esperaban que yo saliera a hacerles frente y en cuanto me vieron algunos cesaron en sus gritos. Aproveché aquel silencio para reanudar mi discurso, después de tomar aire—: He regresado a mi casa, llevo años lejos de aquí y he vuelto al lugar al que pertenezco. ¿A qué se debe el alboroto? ¿Os gustan esas canciones? Debéis saber que quienes las compusieron no llegaron siquiera a conocerme en persona.

Alguien entre la multitud se animó a responderme:

—¡Sois la puta de la corte! Aquí no tenéis nada que hacer. Regresad a vuestras faenas de cortesana. ¡En Betanzos somos gente honrada!

Alargué el cuello y afiné la vista para tratar de ver quién era aquel que me insultaba con descaro, pero entonces la jauría se dispersó: vi a un hombre alto y corpulento que se movía con dificultad y cojeaba en mi dirección; la gente cedía el paso atemorizada. Me señalaba y

murmuraba palabras incomprensibles. A medida que se acercaba comencé a reconocer sus facciones, ajadas y desmejoradas pero que pertenecían a la inconfundible figura de mi hermano. Entre sus balbuceos fui capaz de leer sus labios y entender lo que me decía:

—No sois bienvenida.

Estuve a punto de desmayarme. ¡Aquella alimaña era Martín! Estaba borracho y apenas lograba sostenerse en pie, pero quería alcanzarme y mostrarme su más profundo desprecio.

Quise articular una pregunta, miraba a mi hermano y no lograba comprender por qué me trataba de aquel modo. Asustada por una muchedumbre iracunda que no hacía otra cosa que rechazarme, retrocedí varios pasos hasta palpar la presencia de Pedro; este me susurró que nos fuéramos de allí enseguida y al pronunciar aquello sentí los primeros golpes: huevos, agua, la sustancia viscosa de a saber qué desperdicios animales… aquellas personas, con mi hermano al frente, me lanzaban su rabia y su odio y no solo ensuciaron mi vestido, trataban de borrarme también a mí de su memoria, me expulsaban del pueblo y se negaban a reconocerme como la artista que tanto esfuerzo me había costado llegar a ser.

Mi cuerpo temblaba y estaba asustada, pero permanecí allí clavada delante de aquellas personas que me repudiaban, incapaz de moverme. Pedro me tomó en sus brazos para ayudarme a entrar en el albergue, pero el dueño, que ahora ya conocía mi verdadera identidad, se negó a darnos cobijo por miedo a los desperfectos si los habitantes continuaban con sus mofas y ataques.

Fue Clara quien nos tendió una mano y nos llevó hasta su casa.

—Mi familia y yo vivimos con humildad y no tenemos mucho espacio, pero por esta noche os ha de servir. Prometedme que mañana os marcharéis, María. Que sigáis aquí resulta demasiado arriesgado.

Yo sabía que hablaba también por su propia seguridad, no quería ponerla en ningún compromiso, pero no teníamos ningún sitio adonde ir. Le di mi palabra de abandonar su casa al día siguiente.

Con la premura que fuimos capaces recogimos los pocos bártulos que traíamos y marchamos en pos de Clara, que nos señalaba el camino hacia su casa a lomos de su caballo.

Lo que aconteció después fue fruto de la más absoluta desesperación. Nuestra presencia en Betanzos estaba desvelada y, aunque no habíamos vuelto a tener noticias, sospechábamos que todavía debíamos de ser dos personas perseguidas por la reina. La situación extraña en la que me encontraba me llevó a recurrir a la última de mis estrategias, aquella de la que me había hablado el soldado que entonces me pareció tan remota pero que ahora comenzaba a tomar forma de posible salvación. Sin otra alternativa, me decidí a hablar con Pedro para contárselo.

Desde nuestra partida de la corte no habíamos vuelto a compartir ningún baile ni música y ya habían transcurrido semanas. Busqué a Pedro al amanecer tras aquella primera noche en la vivienda de Clara y le rogué que tocara para mí, nos vendría bien a los dos.

—La música os hace bien a vos, María, pero no siempre es la solución para otras personas.

No estaba acostumbrada a aquella reacción por parte de mi amigo, mi compañero, mi principal aliado… Pedro, abrumado por las circunstancias, ahora no deseaba compartir conmigo lo que tantas otras veces nos había hecho felices. Su expresión seria distaba mucho de la relajación de otras veces.

—¿Es que estáis enfadado conmigo?

Me miró con asombro. Si todo aquel revuelo a mí no me importaba tanto era porque conservaba esperanzas, tenía una última forma de intentar resolver nuestra huida y todavía no la había compartido con él. Su tristeza me conmovió hasta tal punto que, sin pensarlo dos veces, le hablé de mis planes de partir como cruzada.

Tuve que explicar a Pedro aquella conversación que mantuve con el soldado antes de nuestra partida, esa en la que se me informó de la necesidad permanente de voluntarios para alistarse en las campañas.

—Venid conmigo. Juntos será más sencillo afrontar el largo viaje y sus dificultades; cuentan que no son pocas y que hay que estar preparado.

En cierto modo, me sentí egoísta por pedir a mi amigo que me acompañara. Él podía quedarse allí, seguro en una villa gallega donde nadie lo rechazaba, pero sabía que haría por mí lo que fuese necesario.

—¿De verdad os estáis cuestionando la posibilidad de abrazar un destino de cruzada en San Juan de Acre? —exclamó Pedro, lleno de asombro—. ¿Y cómo pretendéis sobrevivir allí?

—No ha de ser tan complicado, Pedro. Me han hablado de un viaje tortuoso, sin duda. Será largo y habrá obstáculos que ahora mismo no imagino, pero ¿es que la opción de esconderme para siempre en un reino en donde se me trata como escoria es acaso mejor? Decidme, ¿a vos no os tienta un futuro de esperanzas como ese? La vida en Oriente, un mundo desconocido, familias enteras se entregan a la conquista de Tierra Santa…

Y en cuanto hube pronunciado aquellas palabras me di cuenta de mi error. Recordé lo que hasta entonces había dejado aparcado en el pensamiento: que Pedro me amaba y que en ningún caso él y yo éramos una familia como las que yo acababa de mencionar.

—Conocéis las circunstancias y aun así habláis ligera… Me pedís que arriesgue todo lo que tengo por ir con vos, pero me negáis el afecto por el cual me desvivo. María, sois cruel.

Cierto que lo era. Me arrepentí de tratar así al pobre Pedro. Callé en aquel momento, no dije nada más y me retiré para buscar a Clara, incapaz de pedir perdón a la única persona que me había salvado la vida.

Pero estábamos solos en aquella casa y mi antigua amiga debía de encontrarse lejos, cumpliendo con sus obligaciones y trabajos, tratando de reanudar una vida normal y sin complicaciones como la que había llevado hasta que nosotros habíamos regresado a Betanzos. Nos había ofrecido aquella noche y luego debíamos irnos. No tenía más opciones, así que me cubrí lo mejor que pude con un manto oscuro y salí en dirección a Monfero, decidida a poner solución a los problemas que se agolpaban en mis espaldas. Pedro me retuvo antes de subir al caballo.

—Esperad, no puedo dejaros ir.

Me detuve en seco. Pedro negaba con la cabeza y me pedía que no me marchase sin él. Reconocí que por muy dura que fuera nuestra situación, siempre habría forma de seguir adelante, avanzar aunque fuera hacia el abismo para resolver cómo esquivarlo y nunca dejar de moverse.

—Yo no puedo obligaros a hacer nada contra vuestra voluntad, Pedro. Sé que no me he portado bien y no dejo de estar en deuda por vuestra ayuda, pero tampoco sé corresponderos. ¡No como lo hacéis vos! —Mordí mis labios antes de continuar—: Yo no os amo y si esperáis que un día lo haga estaréis echando a perder vuestra vida conmigo.

Mi amigo regresó al interior de la casa para volver a salir cargado con nuestras bolsas. Las acopló a la grupa de uno de los caballos y acudió a mi lado.

—Nunca volváis a decirme lo que debo o no debo hacer, soldadera. En esta cruzada estamos juntos.

* * *

Desde lo lejos podía distinguirse el imponente monasterio de Sobrado; su poder se extendía en toda La Coruña y más allá de sus muros. A los monjes de Sobrado se les permitía introducir vino y venderlo en la ciudad y también podían participar en los diezmos del portazgo; otros monjes y caballeros tenían terminantemente prohibido establecerse como vecinos en La Coruña pero los de Sobrado contaban con el privilegio de asentamiento que les había permitido además adquirir varias casas en la ciudad. Eran muy poderosos. Pedro y yo nos dirigíamos hacia allí con nuestras esperanzas puestas en la ayuda de la poderosa comunidad de frailes quienes, al contrario de los de Santa María de Monfero, carecían de vínculos con mi familia. Aunque más

alejado de la comarca, era un lugar seguro y tal vez el más oportuno para llegar a un acuerdo para salvar mis propiedades.

—Ante todo, aseguraos de que la relación de bienes sea la correcta; cualquier error podría volverse contra vos si Martín se hace eco de este acuerdo.

Pedro tenía razón y me advertía de los peligros pero yo había tomado las precauciones adecuadas y, desde el momento en que había comenzado a considerar la opción de enrolarme como cruzada, con la ayuda del arriero había recogido documentos, papeles y enumeraciones interminables de bienes de los cuales sabía que disponía allá en Monfero.

Recuerdo lo sucedido como un auténtico relato que formara parte de mis ensoñaciones.

El helado invierno ya se había echado encima y complicó el desplazamiento: los animales debían parar con mayor frecuencia para alimentarse y calentarse, pues los caminos estaban resbaladizos por el hielo o escondidos entre la espesa nieve. Cubiertos con mantas de piel y con el repiqueteo de los caballos contra la tierra por toda compañía, mi compañero y yo avanzábamos con decisión. En el fondo me sentía dichosa, confiaba en los buenos presagios que meses antes había consultado con el rigor habitual de cualquiera antes de emprender un viaje, en mi caso, al clérigo y trovador Pedro Amigo de Sevilla. En la corte era de los pocos poetas en quienes podía confiar y aunque sabía que al revelarle mis intenciones de ir de cruzada la noticia se propagaría de inmediato, no dudé en tomarlo a él como «vocero» de aquellas nuevas. De todos modos, consideraba que, de emprender dicho viaje, iba a estar bien lejos para cuando la noticia llegase a oídos de su majestad y así podría ahorrarme el vituperio y escarnio habituales. Entonces no imaginaba que las verdaderas condiciones en las que me vería envuelta serían las de una auténtica fugitiva.

Muy probablemente cuando el padre prior oyó que llamaban a la puerta se extrañaría de una visita mediado el día. No era habitual ni tampoco contaban con el encuentro concertado de ningún benefactor por lo que la única opción que consideraría, dada la hora, sería una improvisada parada de un peregrino despistado en su ruta. A juzgar por la tardanza, quizás dejó que el fraile con la celda más cercana a la entrada se ocupara de atenderlo y animarlo a que no se entretuviera demasiado para poder proseguir con su labor de escritura en los márgenes de algún enorme volumen de textos sagrados que habría iniciado en los días previos y que, con toda probabilidad, lo había mantenido terriblemente entretenido hasta ese momento. Sin embargo, al rato volvimos a reclamarlo, por lo que habrían vuelto a golpear en su puerta.

—Disculpad la interrupción, padre. —El joven monje asomó la

cabeza con timidez por la puerta entreabierta de la celda—. María Pérez y Pedro d'Ambroa os solicitan audiencia. Han viajado desde Betanzos para entrevistarse con vos.

La escribanía crujió en cuanto el padre apoyó sus codos para volverse a la puerta de su celda y asentir ante el mensajero.

—Enseguida. Gracias…

Sin duda debía de tratarse de un asunto importante para la familia, pensaría. A sus oídos había llegado la noticia de que, tras la tragedia de los padres, la menor de los Pérez había puesto tierra de por medio y, conociendo la oscura relación entre los hermanos, si regresaba sin siquiera avisar, algo grave estaría tramando.

Algo muy grave y muy urgente tramaba, efectivamente.

El clérigo dejó sus escrituras y caminó hacia el refectorio.

—Sed bienvenidos —nos dijo.

Yo lo aguardaba sentada en uno de los bancos bajo la bóveda de la estancia y me puse en pie nada más verlo entrar. Pedro había preferido esperarme en una habitación contigua, una actitud discreta; sabía que me daría confianza.

—Gracias por atenderme, padre. —Me incliné levemente y él me indicó que me sentara de nuevo para unirse a mi lado—. He venido directamente para plantearos un asunto que también concierne a mi hermano, pero prefiero hablarlo a solas con vos, si no os importa.

Yo no quería que Martín interviniera en mi toma de decisiones, pero, puesto que imaginaba que en algún momento se enteraría de la noticia, dije todo lo que tenía en mente sin pararme a pensar si era demasiada información para el padre prior.

Hablé de todo lo que tenía que ver con mi incursión hacia Tierra Santa, de todo lo que suponía la cesión de mis bienes, mis propiedades y lo que restaba de la herencia de mis padres a la orden para garantizar su recuperación al regresar de San Juan de Acre sana, salva y con derecho a culminar mis días en Galicia.

Todo lo mencioné sin el consentimiento de Martín Pérez quien, de haberme escuchado, se habría revuelto en el fuego de sus entrañas al imaginar la pérdida de aquello que en el pasado había sido propiedad compartida conmigo, de una vez y para siempre.

Hasta ese día yo había dirigido mis esfuerzos hacia el bien común y había ahorrado cuanto me había sido posible para ayudarlo, para poder regresar y administrar juntos de manera juiciosa aquello que padre y madre nos habían legado pero, tras el incidente en Betanzos, el miedo me había animado a tomar aquella nueva decisión: mi hermano me repudiaba y si yo ya no podía hacer nada por salvarlo a él, al menos debía salvar eficazmente lo que todavía era mío. ¿Me convertía con mi actitud en una hermana egoísta? Le daba vueltas y trataba de razonarlo poniendo en una balanza los aspectos favorables

y aquellos que con toda probabilidad me perjudicarían pero por mucho que me empeñara en disculparlo la conclusión era siempre la misma: yo no era egoísta y ya nada más me quedaba por hacer en beneficio de Martín. Supuse que mis padres habrían comprendido mi actuación y perdonarían mi iniciativa: mi hermano ya no me consideraba parte de su vida y por tanto, ya no existía el bien «común» por lo que debía rescatar mi parte.

El documento se firmó sin mayores complicaciones a la mañana siguiente y reunidos los diferentes representantes de la autoridad competente: de una parte los alcaldes Pedro Peláez y Pedro Befam y los jueces Franquineiros y Domínguez, mientras que de otra, en representación del monasterio, el bodeguero mayor de Sobrado y su sirviente, el bodeguero de Cines, el maestro de Carballo Torto y un gran número de monjes y curiosos que no querían perderse un momento como aquel. A todos ellos se unieron cinco clérigos seculares en calidad de testigos neutrales.

Con aquel acuerdo yo ganaría doscientos sueldos a cambio de emprender mi viaje a Ultramar en condición de cruzada pero, si finalmente no lo lograba, recuperaría las rentas de mi granja familiar en la zona de Carballo Torto, así como el valor de mis prendas y diez sueldos más de ayuda. Era un trueque equilibrado, al menos hasta ese punto.

A partir de aquella firma, al padre le pareció justo exigir que se garantizase la herencia del lugar de Armeá y una entrega anual de manteles de estambre de nueve varas de longitud y cinco palmos de anchura para la granja de los cuales había clara necesidad.

—La calidad de esos tejidos no tiene comparación con nada de lo que podamos encontrar en las inmediaciones de La Coruña, María, y vuestra familia ha conservado varios rollos intactos durante todos estos años. Debéis ser generosa con la hermandad, pues nosotros estamos siendo generosos con vos.

Yo asentí, todo con tal de saber que al regresar no tendría que lidiar con nadie y podría tener un sustento para mí y para Pedro: eran mis *heredades* y podía hacer con ellas lo que deseara sin consultarlo con nadie.

Sostuve la pluma entre mis dedos y miré a los ojos a mi amigo que asomaba por el vano de la puerta y estampé el nombre en el pergamino. Fue como despertar de un mal sueño.

* * *

Ahora ya solo necesitábamos la oportunidad adecuada para enrolarnos en una expedición a Ultramar.

Regresar a los caminos fue una cuestión que ninguno de los dos

quiso discutir, no teníamos opciones.

—¿Qué será de nosotros, Pedro? ¿De qué viviremos?

Con cada paso que dábamos mis inseguridades aumentaban; temía que nos capturasen y no ser capaces de emprender una vida sin restricciones. Durante aquellos días descubrí la fortaleza de mi amigo: el trovador se revelaba mucho más fuerte que yo ante las adversidades y siempre tenía una frase de apoyo en cuanto sentía que mis ánimos mermaban.

—María, has sobrevivido a circunstancias mucho peores. ¿Acaso no recuerdas cuando nos conocimos? Demuéstrame que sabes seguir adelante sin caer, que quieres avanzar. ¡Nunca hay que parar! No lo olvides.

Caminar y no dejarse caer, levantarse, continuar… la vida como una danza constante: no hay que rendirse, no hay que detenerse. Aquellos pensamientos nos guiaron en las primeras semanas de nuestra huida.

Aunque la firma del contrato me daba cierta seguridad, aún no sabía si podríamos hacernos con los salvoconductos necesarios para entrar en uno de los barcos y, en cualquier caso, estábamos en mitad de la ruta por el norte de la península. Tendríamos que encontrar el modo de ganar dinero o jamás llegaríamos a nuestro destino.

Valiéndonos de nuestra habilidad para hacernos pasar por peregrinos, pudimos sortear con picardía las primeras semanas, pero luego no nos quedó otra opción que volver al ejercicio de aquello que mejor se nos daba: la música y el baile.

Las numerosas posadas dispuestas en el recorrido por el norte de la península eran de nuevo nuestro espacio para trabajar. Bajo el falso nombre de matrimonio Gonçalves, dimos recitales y amenizamos las veladas de los grupos que viajaban, peregrinaban, trabajaban en la región o querían curiosear a nuestro paso y, como siempre, teníamos éxito.

Pero aunque nos hacíamos con ciertos bienes y alguna moneda que nos daba para sobrevivir, nuestras aspiraciones eran más ambiciosas y tuvimos que reconocer que aquella forma de vida no era suficiente para arreglar nuestro futuro en la cruzada.

Habría transcurrido medio año desde la huida de Galicia cuando, de nuevo adentrados en el calor del verano y caminando esta vez por los parajes montañosos del valle del Ebro, la fortuna quiso que tuviera lugar un encuentro provechoso a nuestros objetivos.

—¡Alto! Deteneos.

Un guardia que estaba parado en el cruce de dos caminos se acercó para hablar con nosotros y temimos que hubiera que pagar portazgo. No era la primera vez que nos salíamos con la nuestra dando un rodeo a las zonas donde obligaban a pagar este impuesto de modo que, en cuanto vimos que se nos acercaba, a punto estuvimos de dar media

vuelta. Sin embargo, aquel caballero no venía con ánimos de obligarnos a desembolsar dinero alguno.

—Buenas tardes, señor, ¿a qué se debe esta parada? —Pedro había desarrollado una soltura admirable para dirigirse a los desconocidos.

—Buenas tardes, peregrino. Es mi deber informaros de lo que sucede pasado el cerro que veis allí a la derecha: se celebra una reunión entre vecinos de la zona a cargo de los frailes de la casa de Santo Domingo del río Oja. Están convocando a los fieles para prédicas relacionadas con los interesados en tomar la cruz.

Magnífica iniciativa. Si no fuera porque nosotros ya estábamos convencidos de sumarnos a la campaña. No obstante, eran buenas noticias: nos darían cubierto y un poco más de información no nos vendría mal a nuestros planes.

—Ahora mismo acudimos, caballero. Os agradecemos vuestro mensaje. —Pedro debía de haber pensado lo mismo que yo—. María, este desvío no vendrá nada mal a nuestros estómagos, ¿qué opináis? Se habla de buenas gallinas en esta zona y no me gustaría perder la ocasión de degustarlas si acompañan a la prédica de la que nos hablan. Vayamos.

—*Quod omnes tangit ab omnibus approbetur!*[1].

El sermón se escuchaba desde bien lejos. Había en efecto una multitud congregada a las puertas de la iglesia pero en principio no parecía que fueran a dar de comer a nadie.

—Esas gallinas —dije, con el rumor de mis tripas arrullando el hambre terrible que me poseía desde hacía un buen rato—, ¿creéis que las servirán a los fieles después del discurso o solo a aquellos que finalmente decidan sumarse y tomar la cruz? Las habéis mencionado y ya no puedo pensar en otra cosa.

—Acerquémonos primero. Si no nos hacemos pasar por gente reacia a lanzarse a Ultramar tampoco tratarán de convencernos, ¿lo entendéis?

Por supuesto. Caminamos hacia la enorme fachada de piedra y buscamos un sitio entre la horda de campesinos, curiosos, religiosos y seglares que se apoyaban a la entrada de la iglesia. Me estremecía pensar que de entre toda esta gente saldrían candidatos como nosotros que huirían por salvar su alma y poner de su parte en la guerra santa. Me arrimé a una de las mujeres.

—Perdonad, acabamos de llegar y no estoy muy segura de entender esta convocatoria. —Miré de reojo a Pedro y él asintió animándome a que continuara en mi papel de despistada—: ¿Lleváis mucho tiempo escuchando? ¿De qué hablan?

—Tratan de convencernos para partir con las huestes de cruzados a Ultramar; el rey Jaime de Aragón está convocando una cruzada a Palestina para la que dicen ya se han alistado más de dos mil

hombres. Su santidad apoya la guerra santa y espera contagiar con su entusiasmo al mayor número de voluntarios pero aquí todos tenemos nuestras reservas.

Sonreí agradecida, aunque sentía una absoluta confusión.

—¡Claro! Por supuesto… —Al parecer, era especialmente difícil poner de acuerdo a una turba de campesinos para que accedieran a peticiones de ese tipo y aunque la figura del papa era ampliamente respetada, las crisis en la sucesión de pontífices previos había llenado de escepticismo a un gran número de fieles pero «la fe mueve montañas», y por la salvación del alma «el hombre habrá de batirse siempre en las guerras que sea menester» de modo que, aunque tardasen en convencer a la multitud, encontrarían voluntarios.

Pedro y yo éramos ejemplo de ello.

—Han venido desde Calahorra. Pretenden que sus ánimos sean suficientes —continuó la mujer, que parecía decepcionada por las palabras que estaba escuchando—, pero ¿viajar a Ultramar? Entregarse a la guerra por la salvación eterna… A mí me entran escalofríos solo de pensarlo.

Asentí comprensiva ante sus dudas y continué escuchando aquellas prédicas entusiasmadas que también se hacían eco de una campaña en el sur peninsular:

—*Que si por ventura fuese que tuviéramos que entrar en guerra contra los moros de España, que están en la frontera de Castilla y León, que todos aquellos que se unieran a nosotros en nuestra ayuda, que obtengan esos mismos perdones que son otorgados a los que van a la tierra de Ultramar*[2].

Mi desconcierto iba en aumento. De acuerdo con aquel anuncio, sería gracias a las bulas otorgadas al Rey Sabio que este podía convocar una cruzada de características similares sin cruzar el océano.

Muy a pesar de la confusión, buscar un buen bocado de estofado que pudiera convencer a nuestros estómagos maltrechos se convirtió en mi prioridad.

Las voces del orador se escuchaban a lo lejos, pero yo no lograba entender a lo que se refería con sus gritos. Entre la gente había muchos emocionados que aplaudían y completaban sus frases; no era el caso de la mujer a quien acababa de preguntar, que ya se había dado media vuelta y regresaba, quizás, a su casa.

Entonces distinguí el olor, la suave mezcla de grasa y especias que tuesta la piel del ave característica de la zona. Tenía que de haber un horno cerca y presentí que Pedro lo había encontrado antes que yo. Entonces lo vi.

—¿A qué estáis esperando, María? Venid, ¡acercaos! Quiero presentaros al padre Gil.

Caminé hacia Pedro que en ese momento parecía en animada

conversación con un clérigo algo mayor de pelo blanco y muy rizado y mofletes sonrosados; el intenso olor del delicioso manjar me impedía pensar en cualquier otra cosa. Confié en que esta presentación estuviera relacionada con algo de comida después. Era tanta la necesidad de llevar alimento a mi estómago que sentí que, si no me presentaban pronto aquellas gallinas guisadas, podría desmayarme de manera fulminante.

—Para serviros, padre. —Incliné mi cabeza ante los dos hombres y distinguí oro y plata en los anillos de las manos del tal padre Gil.

—Una exquisita compañía, d'Ambroa… sin duda entre los dos debéis ofrecer un entretenimiento magnífico en celebraciones concurridas como lo es esta. Acompañadme al refectorio, íbamos a comer aprovechando el interludio de las prédicas y la verdad es que se están extendiendo demasiado, así que podemos comenzar. ¿Vos habéis comido ya?

Mi rostro revelaba impaciencia ante la respuesta de Pedro. Abrí los ojos, suplicante, y él negó a su interlocutor antes de contestarle.

—No, padre. Buscábamos la oportunidad de degustar las famosas gallinas de la comarca. —Me lanzó una mirada de reojo—. Mi esposa está hambrienta tras tan largo periplo, así que, si no os importa, nos uniremos a esa comida que mencionáis.

—Perfecto, podremos ultimar detalles sobre vuestra próxima incursión catalana. Estoy deseando que me contéis.

Pedro, apoyado en su creatividad para inventar historias que de nuevo pudieran salvarnos el pellejo, se había presentado al clérigo como artista itinerante y a mí, por supuesto, como su esposa, o eso me pareció hasta que a través de sus conversaciones percibí que tal vez se conocieran de antes. En cualquier caso, no era de extrañar. Muchos trovadores, como Pedro Amigo de Sevilla, habían sido frailes anteriormente y viceversa. Eran, en cualquier caso, dos personas reencontradas y que ahora se enzarzaban en amigable conversación. Me pareció interesante que Pedro, desde que nos habíamos echado a los caminos, hubiera decidido tomar la iniciativa y erigirse en protagonista de cada encuentro con otras personas, desplazando así la atención que pudiera recaer sobre mí por precaución. Cuanto menos me hiciera notar, mejor.

Si me detengo ahora en este recuerdo con tanta precisión es porque el toparnos con el padre Gil en aquel momento resultó definitivo a nuestros objetivos. Gracias a él, se nos dio trabajo en uno de los pagos de la zona, cerca del valle que rodeaba el monasterio de San Millán de la Cogolla.

En las magníficas propiedades de los monjes, comparables a las de Monfero y Sobrado, se criaba una variedad de uva muy apreciada por su majestad don Alfonso y ello propiciaba negocios constantes con la

realeza. Nos pareció oportuno a la vez que práctico poder ganar unos dineros trabajando allí donde, de forma indirecta, también podríamos tener noticias de lo que sucedía en la corte sin necesidad de investigar demasiado.

—No puedo garantizaros que sean las mejores condiciones para un matrimonio, pero entiendo que os agradará poder abandonar la vida itinerante durante una temporada y ganaros el jornal de una forma menos pintoresca y más sosegada. —El clérigo exponía sus suposiciones mientras palmeaba la espalda de Pedro, que me miraba de reojo y me rogaba silencioso que nada dijera por miedo a contrariarlo y perder aquella oportunidad—. Se os dará un alojamiento y seréis responsables del cuidado y mantenimiento de las propiedades de una rica benefactora de la zona, percibiréis la justa cantidad de maravedís para mantener a vuestra familia y aprenderéis un oficio que es tradición en la comarca.

Poco podía yo imaginar entonces que aquella temporada a la que se refería el padre Gil se iba a prolongar los tres años siguientes. El oficio de la vendimia y el cultivo de la uva nos dieron sustento y seguridad. Fue una etapa de cambios y todos favorecieron aquello que más adelante habría de conducirme hasta el punto en el que me encuentro hoy día.

Pero seguiré con mi relato según fueron aconteciendo nuestras vivencias.

Diré que tras aquella conversación se nos acogió en las inmediaciones de San Millán de la Cogolla y que fuimos muy bien tratados por los campesinos que trabajaban las posesiones adyacentes a las de aquella terrateniente a quien comenzamos a servir.

Aceptamos una forma de vida que en absoluto encajaba con nuestras experiencias anteriores pero que nos proporcionaba seguridad y esperanzas para hacer realidad el sueño que abrigábamos.

—La ocasión del viaje a Ultramar solo se podrá dar si tenemos sustento, María; los tiempos de ganarse el pan con la música y el baile tal vez hayan terminado.

—¿Terminado para siempre, decís? —La idea de abandonar la danza me hacía flaquear las rodillas, no podía imaginarlo—. Esto será solo una etapa, una temporada, y más adelante podremos regresar a los caminos o tal vez trabajar para algún noble en festejos palaciegos. No me digáis que todo ha terminado porque sabéis bien que no podría vivir sin bailar, Pedro.

Mi amigo me abrazaba con cariño y consolaba mis preocupaciones con la promesa de un buen futuro en el que, de una forma que no era la ligada al sentimiento amoroso, él y yo estábamos juntos.

Mas entonces sucedió lo inesperado. Fue durante una mañana de otoño; yo bailaba silenciosa en nuestra vivienda, una humilde casucha

de madera con techado de bálago dependiente de la hacienda contigua y a la espera de Pedro que recogía los frutos de la vid durante horas. Había regresado a aquella costumbre de infancia y disfrutaba moviéndome en soledad, libre y distraída, sin más preocupaciones. El trabajo de mi amigo era el más duro e intenso que jamás había desempeñado y estaba muy agradecida por ello, ya que, por mi parte, solo me correspondía mantener y cuidar el jardín del patio de los monjes y ello no me causaba los dolores de espalda ni el agotamiento que, por el contrario, sí afectaban la salud de mi amigo, entregado a la vendimia y la cosecha de las tierras de aquella señora.

Así que, sin buscarla, llegó a mí la manera de compensar aquella desequilibrada división de los esfuerzos y, con mis habilidades de danzarina, arreglé la oportunidad de ganar lo más parecido a una soldada y enseñé a bailar a la dueña del señorío.

Llamó a nuestra puerta aquella mañana y yo me sorprendí; no era costumbre que una mujer de aquel rango se presentase en casa de sus siervos si no era por alguna queja grave y nada habíamos hecho que pudiera enojarla, así que deduje que su visita tenía una motivación secreta y guardé discreción.

—Mi señora, sed bienvenida. —Con una reverencia me incliné ante ella y la invité a pasar a nuestro modesto cuartucho que se ubicaba en una de las casas del terreno de su propiedad—. ¿Hay algo que pueda hacer por vos?

Avanzó tímidamente al interior de la habitación observando cada detalle.

—Gracias, Clara —prestado del de mi amiga, aquel habíamos acordado que fuera mi falso nombre de casada—, sois muy amable al atenderme. Si estáis ocupada en alguna tarea del hogar puedo regresar en otro momento…

—¡Oh, no, señora! De ningún modo. Acababa de terminar con los arreglos florales del jardín y estaba ordenando un poco, así que por favor, decidme de qué se trata.

No quiso detenerse en los detalles, pero había sabido por las habladurías de dos de los criados a sus servicio que yo era experta en baile, aunque prefirió llamarlo «movimientos corporales».

—No he venido para regañaros y pediros nada que no sepa que podéis ofrecerme: necesito aprender a cimbrearme como vos, como un junco.

Aliviada al comprobar que no se trataba de nada malo sino más bien de una magnífica oferta de trabajo, sonreí a la dama y prometí ayudarla en todo lo que hiciera falta.

Sin embargo, mi señora carecía por completo de todo sentido del ritmo o eso era lo que me habían contado las otras campesinas a su servicio. Al parecer, ella se había propuesto terminar de una vez por

todas con las habladurías y dejar de ponerse en ridículo en las verbenas, por lo que, tras conocer de mis habilidades, vino a consultarme y me propuso que yo la instruyera.

A partir de entonces, cada día, cuando el sol se encontraba en el punto más alto de la mañana mi señora llegaba hasta nuestra modesta vivienda, llamaba a mi puerta y yo le daba la bienvenida para comenzar con nuestras sesiones de danzas. A mi señora le divertía verme, pero he de decir que, por mucho que se esforzaba en imitar mis movimientos, la pobre era muy torpe y no tenía ninguna gracia. Cuánto me recordaba a la época en la que yo aprendía con Alegre a soltar las caderas sobre las tablas improvisadas de nuestros espectáculos.

—Relajad los hombros, señora, el control del movimiento debe estar siempre centrado de cintura para abajo. Dominad el ombligo y tendréis el eje para equilibraros. —Guiaba mis manos hacia el vientre de mi señora y le pedía que apretase justo aquella zona—. ¡Contraed esta parte del cuerpo!

—Pero si me obligáis a apretar el estómago entonces no puedo respirar, Clara, ¿cómo lo lográis?

Me alejaba unos pasos de ella y le explicaba cómo hacerlo: la fluidez de los hombros, la elevación del torso… Los consejos de Alegre venían a mi memoria: «Alzad de la coronilla, María, como si llevarais un cordel enganchado que tirara de vos», me decía. Ahora yo volcaba ese conocimiento en alguien que deseaba aprender.

—Es hermoso veros girar con esa ligereza. ¡Yo siento que me mareo y me caigo, Clara! ¿Creéis que algún día conseguiré moverme como vos?

Mi señora me conmovía con aquellas palabras. Ciertamente se alegraba de verme bailar y deseaba emularme; yo veía dificultades para lograrlo pero la animaba a continuar. Algo conseguiríamos, y teniendo en cuenta que a cambio de cada clase yo me hacía con unas monedas, me convenía mantener la esperanza.

—Por supuesto que sí, señora, con práctica y ejercicio lograréis mejorar y seréis el centro de atención de todos los bailes. ¡Recordad el ombligo!

Gracias a los tropiezos de aquella buena mujer a quien servíamos, pude ahorrar algo de dinero que sumamos a lo que ganaba Pedro con la cosecha. Creo que la iniciativa por mi parte fue determinante a la hora de cambiar las circunstancias entre nosotros: yo también aportaba mis esfuerzos, la bolsa de dinero para marchar en una expedición crecía gracias a los dos. Algo cambió en mi manera de ver las cosas, en la forma en que lo percibía a él; un nuevo sentimiento me guio y no tardé en reconocerlo como amor.

¿Cómo sucedió? Puede que de manera paulatina. Quizás noté por

primera vez que un hombre se preocupaba por mí, el hombre que había arriesgado su vida por salvar la mía ahora, además, se esforzaba por labrar un futuro en común. Un día, simplemente, sucedió.

Él regresó a la caída del sol, como cada día, exhausto y sudoroso. Aun así, tenía tiempo para regalarme una sonrisa, para preguntar qué tal había ido mi día, para ser amable con su compañera.

—Dejad que os ayude a lavaros, Pedro. Debéis de estar agotado. —Y mientras le preparaba un barreño con agua que había puesto a calentar al fuego, sentí a mi espalda que se despojaba de sus prendas y aguardaba tímidamente en un rincón de la habitación—. Dejadme ver vuestras manos —le dije, y tomé sus palmas para comprobar las ampollas y las durezas cuarteadas que la poda y la recolecta le habían provocado en su jornada.

—Ya casi no me duele. Mirad, puedo moverlos sin molestia. —Y sacudió las muñecas y articuló los dedos para demostrarme que estaba bien, que no debía preocuparme.

—Pero ¡con esas manos magulladas no podréis volver a tocar la viola, Pedro! —Acerqué sus palmas a mis labios y besé en silencio aquellas marcas—. Venid, os limpiaré la sangre seca. Si se infectan será peor.

Nos sentamos junto al fuego en donde el agua hervía lenta y constante; yo le masajeé con suavidad utilizando el ungüento de romero que tan bien había servido siempre a mis pies de bailarina.

Sentí la cercanía y un sentimiento nuevo y desconocido avanzó por mi estómago para animarme a darle un beso. Miré a mi amigo y él no pudo contenerse: me tomó suavemente por la cintura y me estrechó contra él para besarme con dulzura. Notaba su cuerpo rozando mi piel, sus labios salados por el sudor reconocían los míos y algo me guio para abrazarlo y pedirle más sin decir una palabra.

Pedro y yo nos amamos aquella noche y las siguientes. El sexo abrió en mi pecho una alegría desconocida: a veces la risa me sorprendía aunque estuviera sola en mitad de nuestro hogar. Me sentía muy feliz pero también muy absurda. Antes, cuando nadie había tocado mi cuerpo, me tomaban por prostituta, se burlaban de mis movimientos y despreciaban el tipo de vida que llevaba ante los ojos de todos. Ahora, sin embrago, vivíamos en la clandestinidad, ocultábamos nuestra identidad verdadera y hacíamos del sexo un auténtico alimento para sobrevivir y pese a ello, ¡qué puros éramos entonces! Nuestra vida no podía ser más contradictoria.

Éramos felices, pero los esfuerzos de Pedro me preocupaban.

—No quiero que volváis al campo —le dije, inquieta—. Busquemos otro trabajo. ¡Regresemos a las calles con nuestros nombres!

—Pero ¿cómo vamos a regresar? Sabéis que es peligroso, querida. Debemos aguantar un poco más o lo que hemos ahorrado de todos

estos años lo dilapidaremos en poco tiempo.

Mi amigo, mi amado, se enorgullecía por su voluntad y fortaleza, pero yo sabía que tarde o temprano esas heridas lastrarían sus capacidades como intérprete musical y no podía consentirlo. Yo deseaba volver a nuestras actuaciones, echaba de menos los pasos de baile, mi cuerpo en tensión, los aplausos, la música, la algarabía, la multitud.

—No, Pedro. Pediré ayuda a la señora. Ahora que por fin ha logrado progresar en las danzas que le he enseñado y que sé que está satisfecha, aprovecharé para tantearla. ¿Quién sabe? Es una mujer con muchísimos amigos y quiere mejorar su imagen en los eventos a los que asiste a través del baile. Seguro que conoce a alguien que puede echarnos una mano para seguir adelante.

A regañadientes, conseguí que Pedro cediera a mis súplicas y en menos de una semana estábamos viajando hacia la prometedora ciudad de Barcelona en el reino de Aragón dentro de uno de los carros de un artesano de la zona, un amigo de mi señora a quien no le importó llevarnos como si fuéramos un bulto más entre sus mercancías.

Mi señora estuvo triste durante algunos días porque iba a echar de menos nuestras clases, pero había aprendido bastante y demostraba una destreza que, en sus comienzos, ninguna de las dos había podido imaginar.

Agradecidos por su ayuda, nos despedimos en la puerta del establo, mientras el artesano terminaba de disponer la colocación del cargamento sobre el vehículo.

—Os deseo mucha suerte en vuestra vida en el reino de Aragón, Clara. Recordaré vuestros consejos —Y palpándose el vientre, me repetía—. El eje de todo está aquí. El verdadero equilibrio.

Sí, allí se gestaba todo.

Partimos al amanecer.

* * *

Regresamos a la interpretación de las cantigas y a mis bailes para muchedumbres por las callejuelas y las plazas de la ciudad. Hubiéramos sido felices. Aquellos años de trabajo en la activa y próspera ciudad de Barcelona nos hubieran dado la felicidad. Mucho disfrutamos las jornadas a pie de calle, los recitales seguidos de aplausos entre personas que, al contrario de lo que había sucedido en la corte, sentíamos iguales a nosotros: hombres y mujeres de la ciudad, artesanos de gremios que se especializaban en una tarea y la realizaban con esmero y dedicación a lo largo de sus vidas, familias que vivían de lo que trabajaban para otros… Todos ellos habitaban la

ciudad rodeada por una espléndida muralla de ochenta torres que era grande y hermosa. Allí supimos de la inminente partida de naves capitaneadas por su majestad el Conquistador hacia la Tierra Santa de San Juan de Acre y allí resolvimos nuestra partida con los peligros derivados de la actividad clandestina.

Pedro se hizo con un salvoconducto: lo robó limpiamente, a plena luz del día y sin levantar sospechas. Llegó una tarde de verano hasta la acequia en donde yo me encontraba con un grupo de lavanderas; aprovechábamos el antiguo canal de riego romano de la ciudad para lavar nuestras prendas y era también un lugar de encuentro con las vecinas de la judería. Pedro se acercó hasta mí y me susurró muy quedo:

—Se ha abierto la puerta, María. Por fin podemos partir.

Y solo con esas palabras, igual que cuando me daba pie para comenzar a bailar o adelantaba unos acordes en la viola antes de que yo arrancara con una canción determinada, supe que volvíamos a ponernos en marcha.

Miré a mi amado con complicidad, él venía a darme la noticia que cambiaba de nuevo el rumbo de nuestras vidas y yo no podía hacer otra cosa que seguirlo.

—¿Tenéis los documentos?

—Tengo todo lo que nos hace falta para poder unirnos a las huestes reales, así que preparémonos para abandonar Barcelona. No hay tiempo que perder, ¡por fin a Ultramar!

Nos abrazamos ante la curiosa mirada de mis compañeras, a quienes no dijimos nada por no retrasar la partida con preguntas que nos forzarían a desvelar mucho más de lo que debíamos.

—Cualesquiera que sean los motivos de vuestra dicha, si no los decís ahora sabed que lograremos que nos los contéis luego. ¡Regresad esta tarde con noticias! —me gritaron, y yo asentí silenciosa.

Eran entrometidas hasta el extremo, así que debíamos ser muy cuidadosos con nuestros secretos. Pedro y yo nos fuimos de allí sin decir nada. Miré a las lavanderas con una afable sonrisa y, tras agitar la mano en señal de despedida, nos perdimos a lo lejos.

Nunca íbamos a regresar, pero entonces aún no lo sabíamos.

Esa mañana la dedicamos a desmontar lo que había sido nuestro diminuto hogar durante aquellos años: un improvisado refugio donde comíamos, dormíamos y pasábamos parte de la jornada, cuando no estábamos en la calle ganando unas monedas, allí habíamos guardado pocas pertenencias y muchas esperanzas, allí nos habíamos mantenido a salvo y a la espera hasta la llegada de esa señal, de nuestra oportunidad para escapar a otro destino.

—Habrá sitio de sobra en el navío, así que podremos llevarlo todo con nosotros, envolver nuestra vida en paquetes y trasladarla a otras

tierras. ¡Decidme que vos también os sentís entusiasmada, María! Todos estos años han tenido un sentido, podemos emprender la aventura que deseábamos.

—¡Claro que sí, querido! —contesté dichosa aunque aturdida—. Es que no dejo de pensar en que si pasa demasiado tiempo hasta que por fin podamos embarcar, tal vez esos legajos que habéis conseguido pierdan validez y, de momento, no se han anunciado más que entradas y salidas de embarcaciones de transporte de víveres, especias y demás. ¿Será pronto esa expedición de la que hablan?

Mis dudas eran justificadas. Aquellos años habían estado marcados por un ritmo frenético en la costa peninsular y muy especialmente en el norte, en lo que afectaba a la Corona de Aragón. Se hablaba de expediciones, pero muchos de los viajes no eran marítimos sino hacia el interior, hacia las guerras del sur y no a Ultramar, como Pedro y yo planeábamos. No tuvimos más remedio que prepararnos y esperar un poco más. Mientras tanto debimos continuar con nuestro trabajo musical entreteniendo a los paseantes.

Así que esa misma tarde regresamos a la plaza del mercado en la parte trasera a la basílica de Santa Cruz, que era el espacio que mejor favorecía a nuestro espectáculo, y cantamos y bailamos como habíamos hecho siempre. El gentío nos recibió con aplausos y nos despidió con agasajos, nos lanzaron prendas, monedas y obsequios y todo iba de maravilla hasta que el ejército irrumpió con cuatro soldados a caballo y nos obligaron a parar.

—¡Ya basta de divertimento! Apartad. Por órdenes reales, estas dos personas quedan detenidas y serán llevadas a la corte de inmediato.

Uno de los hombres, que cubría parte de su rostro, espantó a la multitud y vino hacia nosotros sin bajar del caballo mientras dos escuderos se nos echaban encima para inmovilizarnos. Nos agarraron por los brazos y ataron nuestras muñecas con cordel. Se hizo un cerco a nuestro alrededor y varios de ellos, provistos de lanzas, se agolparon en círculo. Nadie podía acercarse más de la cuenta.

—Pero ¿qué está pasando? Es una plaza y no molestamos a nadie, ¡¿a qué viene todo esto?!

Pedro estaba asustado y se empeñaba en hacer preguntas que yo sabía que no nos responderían. Trataba de zafarse y no fue hasta que cruzamos nuestras miradas que se sosegó un poco. Yo asentí, le pedí que se calmara, que pronto se aclararía todo, que debía de haber un malentendido.

Se nos reclamaba en la corte de Barcelona. Su majestad don Jaime nos convocaba, dos simples artistas callejeros que ningún daño habíamos hecho a nadie… o eso es lo que se sabía de nosotros, el matrimonio Gonçalves, pero aunque huyésemos de la verdad, esta siempre nos perseguía.

—Debe tratarse de un error. Mañana estaremos de nuevo en la calle y no se nos podrá acusar de nada, Pedro. Ha pasado demasiado tiempo para que… —Con miedo a desenterrar con mis palabras aquello que durante lo que parecía una eternidad nos habíamos prohibido mencionar, opté por callar.

—Pero ¿vos creéis que alguien lo sabe? Han pasado casi seis años, María. ¡Ya nadie nos busca!

Estábamos asustados pero no podíamos negar que la curiosidad nos pellizcaba también por dentro. Una vez en palacio, a trompicones y maniatados, nos dejamos conducir hasta el salón principal en donde el rey iba a recibirnos. Nos dijeron que nos arrodilláramos, que no levantásemos la cabeza salvo en caso de ser interpelados por la autoridad. Yo iba con mis ropas de bailarina, con una falda cubierta por varias cintas de color verde y una cofia que cubría parte de mi cabello, siempre recortado y recogido en una pequeña trenza. No llevaba el bálteo, no había vuelto a utilizarlo desde que adoptamos la nueva identidad. Me agaché y observé de reojo a Pedro, a quien uno de los guardias sujetaba por el cuello con una violencia que no era necesaria. Tuve que reaccionar:

—¡No le hagáis daño! No ha hecho nada, no es justo que le apretéis así.

Y de un bofetón me empujaron al suelo. Vi el rostro de mi agresor a una distancia ridícula de mi cara y sentí una impotencia que no puedo describir. Pegué cuanto pude mi cara a la fría piedra a nuestros pies y me quedé allí tumbada sin decir nada, sin moverme. ¿Por qué nos hacían aquello? Temí que el robo del salvoconducto no se hubiera hecho tan limpiamente como Pedro decía y rogué a Dios para que no se nos castigara con la pena máxima. Solo podíamos esperar a que el rey llegara en algún momento y expusiera los cargos de los que se nos acusaba. Alargué el brazo para tratar de rozar con mis dedos los de Pedro y él me devolvió el gesto aferrándose a mi pulgar; no podíamos vernos pero permanecíamos juntos.

Una corriente de aire batió el tapiz al fondo de la sala en cuanto se abrieron las puertas con la comitiva; sentimos los pasos del rey y dos o tres personas más que lo acompañaban. El grupo se detuvo justo delante de nosotros: las puntas de los pies casi podían rozar nuestras coronillas, como si fuéramos ratas, alimañas a las que matar de una pisada o un golpe seco en la cabeza. Fue cuando habló y dictó nuestra pena cuando reconocimos que no era don Jaime quien hablaba, sino su hija, Violante de Aragón y reina de Castilla.

Se dirigió a mí con frialdad de puro hielo:

—He oído que vos, la *coteifa* sin suerte más deslenguada y más famosa del reino, no desea otra cosa que embarcarse a Tierra Santa. He oído que la puta de la Balteira ahora quiere ser cruzada y que no

piensa viajar sola, sino con el amante de otra. —Violante revelaba un timbre nervioso en su voz, como si hubiera preparado su discurso desde hacía tiempo, pero la emoción de salirse con la suya le impidiera por fin declamar con gravedad y amenaza—. Llevo años detrás de vos, ramera, asesina y mentirosa. No merecéis vivir, Balteira. Sin embargo, yo os voy a conceder vuestros deseos.

Ordenó que nos alzaran de nuevo para que pudiéramos verla mientras se explicaba. Me hablaba a mí y quería que Pedro fuera testigo de esta humillación pública.

—¿Y vos? Os veo muy desmejorado, Pedro. ¿Es que no os trata bien esta zorra que vive a vuestro lado? —Se agachó para comprobar que tenía una herida abierta en la mejilla y varias magulladuras en el cuello; le tomó de la barbilla y después de mirar hacia mí con la rabia dibujada en sus pupilas, tomó a mi compañero y lo besó con pasión sin que él pudiera hacer otra cosa que permanecer quieto, muy quieto para no alterarla—. Sabéis igual que siempre, pero lleváis la marca de una mujer que no os merece. Me encargaré de poner fin a este absurdo de una vez por todas… ¡Que preparen una cabalgadura para él!

—¡No! ¿Adónde os llevan? ¡Pedro!

No pude reprimir un grito. La impotencia se abría paso por mis entrañas. Separaban a mi amado de mí. ¿Qué debía esperar luego? ¿Mi propia muerte?

—María, no… Debe explicarse, no la enojéis más. Si no acatáis sus ordenanzas os matará. —Pedro trataba en vano de sosegarme. Sabía igual que yo que nuestros destinos iban a separarse irremediablemente, pero consideraba que lo mejor era no resistirse para evitar mayores daños.

Violante interrumpió nuestros susurros y alzó el brazo para que nos separaran. Levantaron a Pedro para sacarlo de aquella sala y a mí me dejaron en el suelo a solas con la reina.

Solo mis llantos cortaban el silencio de aquel enorme salón, no podía entender lo que se proponía. Violante me miraba y respiraba con agitación haciendo subir y bajar el escote de su brial. Estaba determinada a explicarme algo y no quería que Pedro lo supiera.

—Dejad de lloriquear. No tenéis edad para arrastraros por las lágrimas, Balteira. Sois una mujer con carácter, ¿a qué viene ahora esa flaqueza? ¡Levantaos! Quiero que prestéis especial atención a lo que voy a deciros.

Apoyándome como pude en las rodillas doloridas, me alcé ante ella. No podía reprimir el llanto, estaba completamente abatida por su actitud, su empeño en separarnos y hacernos sufrir.

Nos habíamos quedado solas en la imponente estancia del palacio. Ella se acercó a mi lado, se cruzó de brazos y sin dejar de observarme me explicó que iba a encomendarme una misión y que solo si la

cumplía podría volver a ver al trovador.

En silencio, mi respiración se entrecortaba por la angustia de mis sollozos. Era terriblemente injusto y me atreví a hablar.

—Majestad, yo… no comprendo a qué se debe vuestro odio, alteza. —Y de nuevo caí arrodillada y a punto de desmayarme—. ¿Adónde lo habéis llevado?

—Eso no es asunto vuestro y os aconsejo que dejéis ya de lamentaros, pues no os servirá de nada. Dejad de quejaros, ¡desde este momento tenéis una misión que cumplir en beneficio de vuestro reino!

Y pasó a explicarme con detalle.

Me habló de los infieles, los violentos que habían tomado Murcia: hordas de hombres ataviados con turbante y de orejas perforadas por decenas de argollas y baratijas exóticas, aguerridos porteadores de sables afilados que montaban a la jineta y se lanzaban contra aquel que tuviera la mala fortuna de encontrarse en su camino, en mitad de una callejuela o sentado a la sombra de un árbol en un poyete de una esquina. Asediada por las llamas causadas por incendios provocados por las huestes enemigas de don Alfonso, la ciudad había dejado de ser un lugar seguro y tranquilo y los moros se habían negado en ese momento a seguir siendo gobernados por aquel rey de *su* al-Ándalus.

Ibn al-Ahmar, rey de Granada, se había aliado con comunidades rebeldes de la zona del Guadalquivir y, poco a poco, lo que parecía una fallida tentativa de conspiración contra el rey Alfonso había acabado convirtiéndose en una seria amenaza. Ante el miedo a una sublevación todavía mayor, ella misma había optado por pedir ayuda y actuar con el fin de prevenir peores consecuencias, más violencia y muerte injustificada.

Violante de Aragón, por mediación de Beltrán de Villanueva, había escrito a su padre.

Se decía de él que era «excelente, virtuoso, valiente… Muy gracioso, benigno, piadoso y muy maravilloso batallero… padre de niños huérfanos, guarda y defensor de viudas, abastecedor de pobres y sostenedor de varones desheredados». Así hablaban del Conquistador, el generoso. Pero don Jaime, rey de Aragón, había recibido el mensaje de su hija y, tal vez movido por cuestiones más prácticas que sentimentales, se había negado a ofrecer esa ayuda. Violante me refirió aquella carta en la que más o menos había debido de expresarse lo siguiente:

Socorro os pedimos, padre. Mandad refuerzos y ayuda porque el reino se muere. Son demasiadas tareas, mucho el esfuerzo que mi esposo está haciendo por sostener la unidad de un pueblo que Dios misericordioso parece que quiera abandonar a su suerte. La resistencia decae. Se cuentan por miles las familias asediadas, las casas saqueadas y las

iglesias, padre; iglesias a las que les han prendido fuego y que arden y se desintegran como polvillo en manos de los infieles. Que hagáis algo os ruego, aunque sea mi última petición en esta vida, porque estamos desesperados y porque confío en la fuerza de vuestros ejércitos en Aragón.

Tras mucho empeño e insistencia a un padre reticente en atender las plegarias de su hija, había acabado por ceder:

Debéis entender que la campaña a la cual aspiráis que me haga cargo es sumamente arriesgada, hija mía. Las Cortes de Aragón no aprueban su participación y temo que el empeño y voluntades que me animan por el cariño que tengo por vos y por mis nietos no sean suficientes.

A pesar de todo, una vez que Barcelona había cedido al respaldo en la campaña, el rey y las milicias de varias órdenes militares, entre las cuales se contaban los templarios, habían acudido a socorrer la rebelión de los moros. Por intercesión de una mujer fueron hombres quienes convocaron a las tropas y hombres quienes las capitanearon hasta sus últimas consecuencias. Se había avanzado desde Valencia, por Játiva y Biar hasta alcanzar Murcia hacia el sur de la península, y allí todos habían entregado sus fuerzas por recuperar la unidad de la Corona. En cambio, en Granada la violencia era cada día mayor.

—Llevaba dos semanas rogándole al mismísimo rey de Aragón una ayuda que creía merecer por ser su hija —prosiguió Violante—. «Si no podemos solos, los nuestros nos han de ayudar» pensaba, pero, a cada petición, la realidad me devolvía un desplante, una falta y un rechazo. ¡Mi propio padre! ¿Lo entendéis? —Yo estaba sobrecogida con su discurso. Asentí silenciosa y dejé que continuara contándome en qué suerte de estrategia quería involucrarme—: El mismo que me había entregado a un matrimonio siendo una niña incapaz todavía de dar fruto, ese padre mío…

Violante caminaba de un lado a otro de la sala, oprimía las manos, parecía querer arrancarse de cuajo los padrastros de las uñas y de cuando de cuando se miraba en un espejo. Yo atendía y escuchaba porque sus palabras me embargaban de una emoción insospechada: podía entender sus pesares, la recordaba como niña cuando había sido desposada por el infante Alfonso porque tenía la misma edad que yo y porque por entonces ambas, cada una a su manera, nos enfrentábamos solas a una situación completamente nueva en nuestra vida. Aquella primera vez en que yo bailé en la corte y supe de ella sentí curiosidad y lo más parecido a una comprensión de hermana ante la figura de aquella princesa sin niñez.

—Mi cometido no es ser hermosa —insistía Violante—. Mi cometido

es dar apoyo al que gobierna y tiene el poder y si ni siquiera soy capaz de ejercer esas funciones, ¿entonces qué me queda? —Observaba sus rasgos angulosos, su nariz afilada y el cabello largo hasta la cintura siempre fosco e indomable que le hacía pensar en esos hombres replegados al dominio de su esposo en la baja Andalucía—. ¡Malditos! Si los estatutos fueron aprobados en su momento, ¿a qué vienen ahora a envalentonarse con sus ansias absurdas de independencia?

Abrí mucho los ojos y me incorporé sin comprender a qué se refería. Mis funciones en la corte se habían ceñido siempre al entretenimiento y la distracción de los otros, no estaba preparada para tomar parte en actividades que tocasen los asuntos del gobierno.

—Majestad, no sé si comprendo bien…

—Por supuesto que no lo hacéis —me interrumpió—. Porque aún no he explicado lo que quiero de vos. Es sencillo, no os alarméis. Quiero que hagáis por la cristiandad aquello en lo que mejor sabéis luciros. En Murcia el caos está sembrado con una sublevación contra el poder de la Corona que escapa de todo sentido; han caído casi la totalidad de fortalezas fronterizas pero, aunque me ha costado, los ejércitos de mi padre ya están dando cuenta de ello. Lo que vos haréis será un trabajo minucioso que no precisa de armas ni de soldadesca. Os meteréis bajo las faldas a los líderes rebeldes de la nobleza local, a quienes llaman Escaliola y lograréis que entren en razón para que acepten las condiciones que habían sido pactadas años atrás y comprendan que no hay motivos para que ahora las cuestionen.

Tragué saliva sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Y a quién queréis que yo seduzca, señora?

—Todavía debo pensar en ello para que sea una maniobra limpia y certera. Debemos dar con el flanco más poderoso para hundirlo por completo, pero os juro que si lográis los objetivos no seré yo quien ponga impedimento en que Pedro y tú marchéis a donde sea que queréis marcharos a bordo de un barco.

Escuchar aquellas palabras de labios de quien me había maldecido tantas veces me llenaba de desconcierto, pero no tenía elección. Violante me mataría o me convertiría en su cebo para intervenir en el gobierno de la Corona. Sabía bien de nuestras intenciones, todos aquellos años se habían difundido nuestras cuitas y peripecias en los cantares y los rumores de siempre y a nadie podíamos engañar. Recordé mi compromiso con Sobrado y cerré los ojos para confiar en que la fortuna, quizás en ese momento, por fin habría de jugar en mi favor. La posibilidad de un futuro seguro con mi amado me animó a resignarme ante la reina.

—Así lo haré, mi señora. Si esa es toda la ayuda que puedo ofreceros, contad con ella.

1264 - 1268

De cuando fui puta

… este poder ante tenpo del-Rey
Don Fernando ja lhi vyron aver,
mays non avya poder de soltar;
mays foy poys hu[n] patriarcha buscar,
fi-d' Escallola, que lh' o fez fazer
[…] *que o poder que Deus en Roma deu,*
que o Balteira tal de Meca ten.
[…] *á-x' en Meca seu*
poder, e o que Deus en Roma deu,
diz Balteyra que todo non é ren. [3]

Vasco Pérez Pardal, B[4]*1509*

l viaje desde Barcelona hasta la corte sevillana nos tomó jornadas larguísimas durante las cuales no se me permitió hablar con nadie. Pedro había desaparecido: lo habían alejado de mí desde el momento en que Violante nos había citado en el palacio y no volví a saber de él ni de su destino. Tuve que aceptarlo y confiar en el buen resultado de mi misión porque solo aquello podría reunirme con mi amado en el futuro. Ahora todo dependía de mí.

Una vez en Sevilla, ciudad que me costó reconocer debido al asedio continuado de milicias bárbaras procedentes del norte de África, me acomodaron por dos noches en el monasterio de San Clemente. Allí iba a estar a salvo. La reina en persona vino a darme órdenes precisas de lo que debía hacer cuando llegase a Málaga:

—Volveréis a viajar sola en un carruaje y sin manceba porque no quiero que nadie os reconozca.

Yo incliné la cabeza y pronuncié en un susurro:

—Imagino que tampoco queréis que me tomen por el premio a un soborno bien negociado, lo que en realidad soy.

Violante, dotada de un fino oído, había escuchado mi murmullo y sin mediar palabra estampó su mano contra mi mejilla.

—¡No os atreváis a responderme, Balteira! Haréis lo que os digo, cumpliréis con la encomienda, y si todo se desarrolla convenientemente, podréis marcharos adonde os plazca con vuestro juglar.

De nuevo tragué mis opiniones y acaté su mandato.

Me entregaron exquisitos ropajes y al segundo día me vi metida en un carruaje tan discreto como también lo era mi cometido.

Me llevaron a Málaga bajo el más absoluto secretismo, como quien esconde una piedra preciosa entre los tafetanes y terciopelos plegados dentro de un baúl, con la diferencia de que a mí no se me consideraba una gema valiosa sino más bien una moneda de cambio. Sentada en el interior de aquella cabina que se sumaba a una larguísima caravana

de más de mil soldados dirigidos por el noble castellano al servicio de su majestad, don Nuño González de Lara, al que apodaban el Cuervo Andaluz, pasaba desapercibida entre el ejército de caballeros y se me llevaba a manos de arráeces rebeldes. Me ajusté las calzas de color rojo a la altura del muslo, no acostumbraba a verme tan cuidadosamente ataviada. Un mantón de piel blanco, tan inmaculado como el que solo vestían los muy altos miembros del escalafón social, cubría mis hombros. Era un mes de noviembre frío y se agradecía la suavidad del acabado. Por primera vez me veía a mí misma como un premio: al parecer la Balteira era un regalo exquisito.

La reina había dado las indicaciones convenientes para que nada ni nadie se llevara a confusión en aquella campaña: era yo quien habría de aparecer ante los dos caudillos; me presentaría en el palacio anunciándome como una «amiga de su majestad el rey Alfonso» y entraría directa adonde me informaran que los dos gobernantes subordinados deberían estar reunidos, adornada con los lujos que la propia Violante había escogido para la ocasión.

—Quiero que os vean envuelta en fina muselina y seda transparente —me había dicho antes de partir—. Lo que quiero es que vuestras formas de mujer se entrevean por debajo de las capas de tela. Haced como siempre, María, pero esta vez no os entreguéis hasta que tengáis la seguridad de que se ha cedido convenientemente a la negociación.

Porque Violante consideraba que yo era una de esas mujeres que se daban al placer de los otros a cambio de beneficios, premios, lujos o un simple bocado con el que llenar el estómago, y que ese tipo de hembras éramos reacias a mantener la distancia con los del sexo opuesto. Si para nosotras era habitualmente todo tan mecánico y directo que no solíamos hallar argumento que nos diera razón para renunciar a esas pautas, esta situación debía ser otra bien distinta.

—No olvidéis que sois un puro trueque, María. Si os dais antes de tiempo, antes de afianzar los pactos, corremos el riesgo de perder esta batalla.

Y la expresión no era del todo figurada.

Yo, impasible, asentía a las palabras de Violante sin cuestionar por qué había querido que fuese yo y no otra la «emisaria» para la ocasión. Eran muchas las cortesanas, las queridas, niñas recién llegadas a los salones reales que hacían perder la cordura de los hombres con un simple pestañeo, pero la reina Violante se empeñaba en que fuese yo, la Balteira.

—Lleváis media vida aprendiendo a derrumbar a los del otro sexo, así que remilgos los justos, María. No me fallaréis ahora que de vos dependerá la rendición absoluta de ese par de gañanes.

Ellos, los caudillos que apoyaban a los del levantamiento granadino, los representantes del poder en Málaga, a ellos les enviaban ya un

caramelo femenino envuelto en finas prendas translúcidas. Era mi cuerpo con lo que querían comprar su cambio de parecer y el favor a la corona de Castilla.

Habría de iniciar mis danzas y mis movimientos sin mediar palabra ni explicaciones, sin dar pie a los dos arráeces de Málaga a reaccionar, porque Violante quería que me viesen hermosa y tentadora; confiaba en que no podrían resistirse a mis encantos.

Después de aquello esperaban que la calma regresase a tierras de Andalucía.

Dentro del vehículo acariciaba el pelo de ese manto con el cual me habían envuelto; no era mío, pero que el simple hecho de vestirlo me convertía en un ser valioso y casi poderoso.

—La siguiente parada nos tomará tiempo suficiente para almorzar, señora. ¿Vais a querer apearos o preferís descansar dentro? —El carro se había detenido y el criado a las riendas me informaba ignorante de verdadero «contenido» de la carga que transportaba.

Aparté la cortina de lona y bajé del carruaje tomando la mano del lacayo. Observé a uno y otro lado de la vía y pude apreciar el caos pese a tratarse de una zona a medio camino entre dos grandes urbes: decenas de hombres recogían lo que podrían considerarse aperos de labranza, pero que también podían ser herramientas para el trabajo artesano o para el trato y crianza del ganado, no lo tenía claro (tampoco lo había visto tantas veces anteriormente).

—¿Dónde estamos? ¿Acaso queda aún mucho viaje para alcanzar Málaga?

Resultaba agotador tener que aguantar la jornada embutida en unas calzas que me comprimían los muslos y no me habían proporcionado más prendas para cambiarme. Por mucho que cerrara los ojos e intentara llevarme mecida por el traqueteo de la caravana, aquella opresión me obligaba a cambiar de postura, a recomponerme y moverme sin parar; tenía que encontrar la manera de librarme de esa parte de mi vestimenta.

—En Morón de la Frontera, señora. —Distinguí a la lejos un enorme castillo fortificado de estilo exótico, de los que sin duda habían sido tomados para el concejo de Sevilla en tiempos del rey don Fernando.

—¿Creéis que llegaremos a Málaga antes del amanecer? —Me interesaba saberlo. En caso negativo pensaba que podría aprovechar para liberarme de aquellos refajos tan molestos y pasar el resto del viaje con las piernas al descubierto; nadie iba a notar la diferencia. De ser así aún tendría tiempo de volver a recomponer mi «envoltorio» y llegar a Málaga en perfectas condiciones.

—No creo que logremos alcanzar nuestro destino en menos de seis horas, señora. Llegaremos después del amanecer. Con total probabilidad, calculo que ya habrá despuntado la mañana en el

momento en que entremos en la ciudad pero aún hemos de realizar un par de paradas más. ¿Es por vuestro descanso? ¿Preferís que no os demos aviso? Va a ser mejor que nos detengamos en Fuente de Piedra. Allí podéis aprovechar para beber de las aguas medicinales si así os complace, cuentan que conceden no pocos beneficios a la salud y preservan la juventud y la belleza. —El cochero hizo el comentario en un tono que no me costó identificar con el escarnio. «Juventud» y «belleza» eran sin duda las dos armas perecederas con las que contaba para hacerme valer en mi trabajo y a estas alturas de mi vida iban menguando y desdibujándose de mi estampa.

Respondí con una negación de cabeza y añadí:

—Perded cuidado en lo que concierne a mi descanso, pero, por favor, os ruego que no me llaméis en las próximas veces que vayáis a detener el carro. Pienso que será más seguro si no me dejo ver demasiado en las postas del camino, ¿no os parece?

El muchacho pareció convencido con mis argumentos de cortesana y no preguntó más. Amarró a los caballos y caminó hacia el hospedaje para echar un trago en la taberna. Yo tomé otra dirección.

Avancé hacia el río envuelta en una de las mantas que había en el asiento para abrigarme del viento que soplaba con fuerza. Me había atraído el sonido del agua; era murmullo refrescante y hacia el borde mismo del riachuelo avancé para soltar la lazada que comprimía mis piernas.

—¡Oh! Maravilloso… —Consciente de mi soledad en medio del paraje, dejé caer mi espalda sobre el tronco de un roble que de tan grueso me habría atrevido a decir que era centenario—. Lo que no habrás visto tú, aquí en un cruce de caminos y bordeando el río, nada menos. Ojalá pudieras decirme adónde me conduce el mío y si alguna vez lograré ser verdaderamente libre como bailarina y como mujer.

Escondí las prendas bajo el mantón y luego, regresé al carruaje: estaba hablando con un árbol, no era conveniente para mi sensatez si aquella charla se prolongaba en demasía.

—¿Ya habéis acabado con vuestras «obligaciones», señora?

No podía concebir un trato tan grosero. ¿Por quién me tomaba? ¿Qué pensaba aquel lacayo que yo había estado haciendo junto al río? Incluso un sirviente me faltaba al respeto. El grito del cochero llegó desde la puerta de la taberna y lo ignoré por no llamar la atención de los que por allí deambulaban.

—Meteos en vuestros asuntos y haced el favor de llevarme a donde se os ha indicado.

Me acomodé de nuevo y eché la lona para tratar de conciliar el sueño.

Todavía quedaban horas y debería abrazar la mañana con el aspecto de un tierno manjar saludable y apetitoso al cual un hombre quisiera

hincar el diente. Solo de eso debía ocuparme.

* * *

Rebelión ¿qué rebelión había sido aquella? Para cuando llegué a Málaga la ciudad era un torbellino de violencia y en ella reinaba el más absoluto descontrol entre sus habitantes. Yo que jamás había puesto mis pies en aquel lugar, tras verlo así, devastado y asolado, no podía imaginármelo como una ciudad tranquila para la convivencia. Me llevaron directa al palacio que llamaban alcazaba, pero en mi recorrido hasta allí, entre callejuelas y descampados pude ver que aquello había dejado de ser un espacio seguro y que más me valdría tener éxito en mi actuación o yo tampoco lograría salir de allí con vida.

Me presentaron como un «obsequio» de su majestad don Alfonso.

Fui conducida por interminables pasillos cubiertos de un mármol que relucía como un espejo. El olor de lo que me parecían especias y que más tarde identifiqué como incienso y perfumes de sándalo invadía las habitaciones. Tras apartar las dos capas de grueso cortinaje negro que guardaba la entrada de una de ellas, los guardias me indicaron que entrase. Allí me estaban esperando.

—Vaya, una nueva compañera para los juegos nocturnos, ¡qué sorpresa! —El caudillo, un hombre alto y delgado de tez oscura y ojos enormes, miró mi cuerpo de arriba a abajo para evaluar mi aspecto, mi presencia—. Sois menuda y bien parecida… Pero poco sorprendente. Decidle a vuestro rey que ya estamos servidos con el material autóctono y que no necesitamos nuevas amistades.

Tenía una barba que apuntaba su mentón hacia arriba en forma de media luna y aquellos ojos destacaban enmarcados entre espesas cejas que le daban un aspecto huraño; pensé que mi llegada los había incomodado, que había interrumpido alguna charla importante y me encogí bajo mi manto.

Eran ellos los arráeces Escaliola, los que lideraban la nobleza local y gobernaban en las localidades de Guadix, Málaga y Comares; hombres poderosos —miembros de aquella raza orgullosa de su independencia que se había fortalecido en el carácter cruel de sus guerras contra los cristianos— estaban allí, junto al fuego y me dieron miedo. Apenas levanté la cabeza para devolverles la mirada, estaba absolutamente intimidada.

Junto al que había hablado había dos hombres más, los tres sentados alrededor de una mesa en una sala iluminada toscamente por el fuego de una chimenea al fondo. Pude ver mi propia sombra titilante que se proyectaba sobre sus rostros. Aunque inmóvil, el reflejo juguetón se movía al ritmo de la danza del fuego, adelantando

lo que sería mi dedicación en los días siguientes en los que bailaría y bailaría para embaucarlos a todos. Era lo que mejor sabía hacer. Era lo que Violante quería que hiciese por el reino.

Uno de ellos, el que parecía más joven, se levantó y se acercó a mí. Llevaba una larga túnica con reflejos dorados que flotaba tras él a medida que se aproximaba. Vino a tocarme la cara y sentí el tacto frío de uno de sus anillos sobre mis labios.

—Muy bonita, padre: dientes blancos y pequeñas proporciones. Dejadme ver las manos. —Me apartó el manto de los hombros y lo tiró al suelo para tomarme los brazos y observarme en detalle—. Tenéis un cuerpo grácil para haber dejado de ser una niña, ¿es que os ejercitáis a menudo?

Aquel hombre continuó palpando mi torso y bajó las manos por mis pechos hasta mi vientre. Al llegar a las caderas me agarró para apretarse contra mí y comenzó a reírse.

—Sois flaca. Me gustáis. Quiero apreciar ese «don de fluir» que dicen que os caracteriza. Vamos. Moveos…

Y entonces tuve que improvisar en las puntas de mis pies unos movimientos sinuosos delante de aquellos tres desconocidos. Aparté de una patada el manto y me despojé también de la falda, dejando solo la larga camisa que cubría mi cuerpo hasta las rodillas.

Hice lo que me pidieron.

Se habían dirigido a mí con desprecio, pero pronto cambiaron de parecer y decidieron no enviarme de vuelta, dejar que me quedara en Málaga por unos días.

Pasaron cuatro años.

Al principio me comporté como una cortesana entre aquellas alcobas envueltas en cortinas de tejido de Damasco y olor a esencias florales. Poco se me diferenciaba a mí del resto de adornos y fruslerías en las estancias: decían que era bonita, silenciosa y que con mis danzas daba al ambiente un toque de exotismo que completaba el entretenimiento de aquellos hombres obcecados en recuperar poder y control sobre el reino y sus divisiones. Si Ibn al-Ahmar, rey de Granada, notaba que sus aliados en la zona de Málaga relajaban su actuación en el campo de batalla, con ello se debilitaría su ofensiva y, a largo o medio plazo, no le iba quedar otro remedio que retirarse y cesar en sus revueltas.

Yo pensaba que aquellas eran mis obligaciones: ser suave y dulce, dejarme observar, ceder al deseo de aquellos hombres y entregarme para que me usaran según sus más variadas y perversas apetencias. Entretenerlos para que olvidaran los motivos de su desazón. Así fue, ya digo, durante las primeras semanas, pero un día noté algo diferente en el ambiente del palacio.

Tenía prohibido alejarme más allá del patio y, por supuesto,

tampoco podía franquear el muro para salir a la ciudad, por lo que mi conocimiento de lo que sucedía al otro lado de la fortaleza era escaso y llegaba clandestino por parte de algún guardia o soldado al que sonsacaba a cambio de complacencias de tipo sexual. Me di cuenta de lo fácil que era obtener casi cualquier cosa de un hombre si una estaba dispuesta a darse de todas las formas posibles, pero también de que no era la única que lo hacía y de que aquel palacio estaba repleto de prostitutas.

¿Qué me diferenciaba a mí de todas ellas? Lo más evidente era la edad, puesto que rozaba la treintena y ya no era una jovencita de carnes turgentes; también mis orígenes peninsulares, mi idioma, era de una raza distinta a la de las muchachas que campaban medio desnudas por los pasillos y que venían del norte de África con otro color, otro olor y otras maneras de ser mujer, pero, sobre todo, yo sospechaba que si por algo me tenían allí recluida era porque sabía moverme de una manera distinta a aquella en la que lo hacían las esclavas de los arráeces. Mi presencia debía de parecerles estimulante. Poco a poco me regalaron su confianza en conversaciones tímidas que yo salteaba con chistes sobre mis anteriores experiencias como bailarina en las calles y los mercados. Encontraban mis anécdotas deliciosas y atendían encantados a lo que les contaba para, a continuación, observarme contoneándome y acabar entrando en mi cuerpo con fogosa desesperación.

Fue así como encontré la forma de comunicarme con el exterior: ellos hablaban de estrategias de ataque, disponían sus inminentes movimientos en la zona fronteriza y yo atendía bajo una aparente indiferencia mientras me entregaba al contoneo de mi cuerpo con el ritmo de mis sonajas. Luego se lo comunicaba al guardia y el guardia se lo transmitía a los mensajeros de la Corona de Castilla.

Nadie sospechó en ningún momento y llegué a creer que para eso me habían enviado allí, que ser los oídos de los reyes era la verdadera faceta encubierta de aquel nuevo cargo de prostituta impuesto por Violante y, sin embargo, no podía estar más equivocada.

En menos tiempo de lo imaginado, los que eran aliados se tornaron insurgentes: los arráeces de Guadix y Málaga emprendieron la más dura de las ofensivas contra el reino de Granada gobernado por Ibn al-Ahmar. La Corona de Castilla estaba de su lado y ahora eran más fuertes.

* * *

Compartía los días con las esclavas y sirvientas y durante las noches, en un gesto que muchas interpretaban como privilegio pero que yo sabía que se trataba de curiosidad exótica, se me conducía en soledad

hacia la cámara del hijo del caudillo, el más joven, a quien llamaban Abu Ishac. A veces estaba reunido con otros hombres y otras noches estaba solo; allí se me pedía que bailara y luego, dependiendo de la noche, que me entregara a otro tipo de servicios.

—Balteira os llaman, ¿verdad? ¿Dónde habéis aprendido a articular así vuestros huesos? Jamás he conocido a nadie tan flexible. ¿Estáis segura de que no os sobran piezas en esa columna que se marca en vuestra espalda? —Acariciaba mi piel y se detenía en las zonas blandas que alababa por su suavidad.

Ishac tomó una de las velas prendidas alrededor del lecho. La acercó a la parte baja de mi espalda y comenzó a soplar hasta que unas gotas de cera derretida cayeron sobre mis partes blandas. Me mordí la mano para ahogar un grito.

—Shhhh, Balteira. No hagáis ruido. A estas horas todos duermen. Volveos hacia mí. Quiero repasar cada pulgada de vuestro cuerpo para no olvidarlo mañana.

Me tendí boca arriba. Estaba completamente desnuda y el temor a que repitiera el goteo de la vela ahora sobre mi pecho me estremeció. Sentí cómo se erizaba mi piel y él, al percibirse de ello, se animó continuar con su juego.

—Sois una obra de arte, soldadera. Tenéis una piel digna de contemplarse por una multitud. ¡Soy un privilegiado por teneros solo para mí! Vuestro rey ha sido muy generoso al entregaros. —Y entonces, en vez de volcar el líquido hirviendo a lo largo de mi cuerpo tomó uno de sus sables y comenzó a introducir el arriaz curvo y caído de su empuñadura por mi sexo—. ¿Lo sentís? ¿Queréis más?

Aquella y otras prácticas lascivas se convirtieron en habituales durante las noches en la alcazaba. Ishac se encaprichó de mí y eso me generó algún que otro percance.

Fue a la mañana siguiente, en el baño que compartía con el resto de esclavas, cuando una de ellas se acercó para hablarme.

—Debéis rasuraros por completo, al señor no le gusta ver pelo en otra zona que no sea la cabeza, Balteira. Tomad. —Khadija era una de las mayores, quizás la menos niña de todas ellas y aunque no alcanzaba los treinta años como yo, estaba ya lejos de los quince que tenían muchas. Me ofreció una navaja para deshacerme del vello de mi pubis—. No os dolerá y él verá que os habéis adelantado a sus preferencias. Si lo hacéis sin que os lo pida estará contento.

—Pero yo jamás he cortado el pelo de esa zona… ¿Es necesario para que me vea bailar?

Khadija soltó una carcajada y algunas de las muchachas que se refrescaban en la bañera anexa a esa estancia se volvieron para escuchar nuestra conversación.

—Si bailáis desnuda acabará notándolo, ¿no os parece?

Le hice caso y tomé la cuchilla para «atusarme» la entrepierna tal y como se me estaba aconsejando. Era uno de los días de mi sangre por lo que tuve que hacerlo con cuidado. El vapor procedente del baño reblandeció la piel de la zona y facilitó el paso de la cuchilla hasta el borde mismo en donde se abría mi sexo. Una de las esclavas observó algo.

—¡Fijaos! No está marcada.

Por un momento todas las muchachas allí reunidas, la mayoría en cueros y otras apenas cubiertas con ligeras gasas húmedas por el vapor del baño se acercaron a mí para recorrer mi cuerpo con la mirada, sin perder detalle. Khadija se encargó de alejarlas.

—Ya basta. ¡Volved a vuestras tareas! Todavía es nueva y no estará mucho tiempo entre nosotras… Quizás no quiera marcarla como propiedad o, quién sabe, tal vez solo se trate de tiempo.

Esa misma noche comprendí a lo que se referían mis compañeras. Me llamaron a la hora acostumbrada, pero, en lugar de conducirme al salón con los señores, esa vez se me pidió que esperara en la cocina donde el fuego crepitaba. Me extrañó porque era muy tarde, no eran horas de comer.

No fue la cocinera quien se ocupó de atenderme sino que vinieron tres hombres a los que reconocí como marmitones y mozos de cuadras.

—¿Es que hoy no me requieren en la cámara con el señor?

Hice mi pregunta al vacío, ignorando si me darían respuesta o si debía resignarme a callar y obedecer a lo que me indicaran sin resistirme. Uno de los ayudantes de la cocina me habló de este modo:

—Esta noche no bailaréis, Balteira. Las esclavas nos han hablado de vuestra indisposición y hemos considerado que era un momento oportuno para proceder al marcaje.

Tras decir aquello los dos mozos me sostuvieron con sus brazos fornidos para inmovilizarme. El marmitón me levantó la falda y me retiró un zapato.

Vi una vara larga como una verga de ballesta que apartaban del fuego en donde refulgía al rojo vivo y vi, aunque ya no recuerdo nada más porque el dolor me hizo caer desmayada, cómo la aproximaban a mi tobillo para quemar mi piel y dejar una señal eterna en la superficie que nada ni nadie podría borrar jamás.

* * *

Pasaron los meses y mis huesos, afectados por el paso del tiempo de una forma que solo quien ha dedicado su vida a la danza podría comprender, comenzaron a dolerme. Hasta mediado el día no comenzaba a sentirme por fin cómoda en mis movimientos, como si

necesitara engrasar mis articulaciones: igual que se humedece la masa de pan cuando se le añade unto para reblandecerla, para que no se seque, para que se sienta jugosa al paladar una vez cocida. Mi cuerpo, agotado por todos los años de trabajo a los que lo había expuesto, que hasta entonces había callado y no se había manifestado para reclamar un poco más de cuidado, quiso entonces avisarme: «María, os queda poco tiempo, tratadme bien».

Mi herramienta se rebelaba contra mí.

En el sur las cosas se habían relajado, pero, al contrario de lo que había prometido Violante, nunca vinieron a buscarme para llevarme de vuelta con Pedro. Jamás una señal, un mensaje… Tras los primeros seis meses junto a los dirigentes moros, a finales de aquel verano supe por los guardias que el Rey Sabio había establecido una tregua con el de Granada y que ambos habían firmado un pacto en las inmediaciones de Alcalá de Benzayde, pero a mí nadie me dio permiso para abandonar la alcazaba. Ansiaba el poder viajar hasta Sevilla para, como quien llama a la puerta de una casa, avisar así a la entrada de los reales alcázares, gritar que había vuelto y que la reina me devolviera a los brazos del trovador, pero no me lo permitieron. Yo seguía sin saber cuál había sido el destino de mi amado, e Ishac, el hijo del caudillo, me quería junto a él.

Todas las noches debía someterme a sus perversas peticiones y no hacer ruido, no molestar a nadie.

—Os deseo cada día más, Balteira.

Comprendí que yo no era un premio temporal ni un entretenimiento para embaucarlos: entendí que había sido un puro trueque. La reina había vendido mi cuerpo y mis servicios a cambio del favor en la guerra y ahora que por fin se había establecido un acuerdo ya jamás podría regresar. Estaba marcada y me había convertido en propiedad Abu Ishac.

No era la primera vez que lo hacía y sabía que podría conseguirlo: después de cuatro años recluida a merced de los caprichos de aquel caudillo, me vi con fuerzas y escapé.

Alcancé al guardia que era mi enlace con la Corona a tiempo de pedirle que me llevara con él y sus compañeros esa misma mañana a la hora habitual de las abluciones de las esclavas.

—Podéis venir con nosotros pero buscaos la vida, Balteira. Tenéis medios para ganar dinero. La corte no es la mejor salida ni la única. —Por todo consejo, los guardias a los que había ayudado para informar a la casa real de lo que sucedía en Málaga me alentaban a irme lejos, lo más lejos que pudiera de la influencia de los reyes.

—Pero debéis ayudarme a regresar. Debo reunirme con alguien y emprender un viaje de vital importancia, vos no lo entendéis.

—¿De qué estáis hablando, soldadera? A nadie interesa vuestro

regreso. Ahora mismo lo único que revuelve las mentes de sus majestades es la boda de su hijo. Hace mucho que no escucháis lo que acontece al otro lado de la frontera andalusí, ¿verdad, Balteira?

Me hicieron sentir como una loca, una mujer que ha perdido el seso después de una vida de abandono, lujuria y excesos. Aquellos hombres no podían saber que lo único que quería era salvar mis tierras en Galicia e irme con Pedro a San Juan de Acre, que ahora se me presentaba como una tierra ignota, más propia de mis ensoñaciones que de la realidad del mundo. Sus comentarios me llenaron de turbación.

—¿Tras las mil batallas que se han librado por la reconquista de toda esta zona, ahora lo que preocupa a los reyes es un casamiento?

—Así es. ¡En Burgos! Si os dais prisa, puede que hasta os dé tiempo de llegar al convite.

El soldado se rio a carcajadas ante mi ignorancia.

De modo que no me quedó otro remedio que emprender una nueva etapa por mi cuenta.

En cuanto me vi lejos del grupo de muchachas conducido por Khadija, salté la cancela de la puerta del León y corrí lo más rápido que pude hasta llegar adonde me esperaba el soldado con el resto de sus compañeros.

No miré atrás.

Me forcé a no pensar en los gritos de las demás esclavas al notar mi ausencia ni la rabia de Abu Ishac al percibir que le faltaba su entretenimiento nocturno preferido. Imaginar que me perseguirían me llenaba de temor, pero merecía la pena arriesgar lo poco que me quedaba a cambio de una libertad completa y por eso avancé a ciegas junto a los soldados, recogida en varias capas oscuras que disimulaban mi identidad.

Me acompañaron por lo que calculé que fueron un par de horas para abandonarme a mi suerte en un cruce de caminos.

—Por esta vía hacia la derecha llegaréis a Sevilla, pero no os aconsejo que la toméis, no seréis bien recibida.

Agradecí su consejo y los vi partir envueltos en la polvareda que los caballos levantaban en la carretera. Era libre, y lo que más deseaba era reunirme con mi amado; si nadie estaba dispuesto a ayudarme, entonces me valdría de mis propios medios. ¡Aquellos fueron mis pensamientos y resoluciones en cuanto abandoné el palacio! Pero no podía estar más errada.

* * *

La vía se tendía hacia la línea del horizonte en serpenteantes formas, subidas y bajadas de nivel. Estaba todo tan tranquilo que por

momentos dudé de si había llegado a quedarme dormida mientras caminaba, hasta que, de pronto, oí algo.

Por las sonajas de los caballos pensé que podría tratarse de una celebración. Era extraño que en mitad de una loma se festejara nada, pero aun así me dirigí hacia allí y me acerqué lo suficiente para despejar mis dudas: no había ningún festejo, eran solo un grupo de cíngaros, vendedores de paso sin residencia fija que viajaban con sus familias al completo entregados a los más diversos negocios.

Conté unas diez personas entre hombres, mujeres y niños que, acompañados de burros, caballos y perros, ocupaban toda la calzada, en aquel tramo perfectamente adoquinada al estilo romano primitivo. Se habían detenido, y algunos, los primeros que yo había avistado a lo lejos, estaban sentados sobre tapices acolchados en lo alto de una loma al borde del camino. Tocaban el tambor y varios tipos de flautas que reproducían una melodía semejante a la de los pájaros cuando arranca la mañana o se tiende la tarde, una suerte de jaleo controlado que me atrajo porque me recordó otra época, cuando yo también era otra.

—Si solo vais a mirar y a escuchar nuestras canciones haceos a un lado, señora. —Uno de los hombres avanzó hacia mí con intención de empujarme, pero al momento otra mujer, tal vez su esposa y en quien yo no había reparado por encontrarse de pie junto a uno de los animales de carga mientras los ayudaba a beber de un cubo, apartó la mano antes de que esta rozara mi cuerpo—. ¡Ca! Déjame, ¿no ves que estorba y nos impide que otros puedan acercarse a comprar lo nuestro? —El golpe impactó directo en mi costado pero fue ella quien cayó al suelo—. No te metas, que bien sé de quién librarme. Esta viene de miranda y no parece que cuente con monedas para cambiar por estas telas que tanto toquetea, ¿a qué no?

Estaba abrumada. Una pobre mujer cayó a mis pies por evitar que el manotazo me fuese dado a mí y todo por querer oír y ver con un poco más de cercanía a aquel grupo itinerante. Tendí la mano a mi inesperada protectora y la ayudé a incorporarse.

—No hagáis caso de este desgraciado, señora. —Por lo grueso de su talle adiviné que podría estar encinta, un motivo más para sentirme en deuda con esta mujer. En cuanto se puso de nuevo en pie, con una agilidad sorprendente en una hembra en su estado, me animó a acompañarla hacia la zona de los animales—. Si gustáis de alguna prenda, yo os puedo mostrar más. Tenemos el género más exquisito en aquel carro, justo allí delante.

Allí había otra joven que sostenía a un bebé de no más de un año en sus brazos. En cuanto llegamos, se lo pasó a la otra y me conmovió su fertilidad puesto que, a la vista de su silueta, en unos pocos meses esa mujer iba a estar de nuevo de parto.

Observé al chiquillo que iba envuelto en una de aquellas magníficas piezas de tela y me acerqué para acariciarle el rostro.

—¿Queréis tomarlo un rato, señora? Está a punto de dormirse, pero si gustáis… —Debió de notar la ternura de mis gestos, y asentí para que me permitiese llevarlo en mi regazo a mí también.

—Es tan pequeño… —dije, como observación evidente pero que no dejaba de sorprenderme.

Sin poder evitarlo, el contacto con la criatura, su olor y la sensación de que se durmiera poco a poco entre mis brazos me animó a mecerlo y con ello, a bailar suavemente para acompañar su descanso.

—Qué bien lo acunáis, señora, al hacerlo os movéis de forma hermosa. Ahora no creo que quiera separarse de vos. —Y diciendo aquello tendió de nuevo las manos para recuperar a su pequeño, que había caído en un sueño profundo.

Me señaló una pila de sacos amontonados en un carromato, algunos estaban rasgados y del interior sobresalían flecos multicolor. Nunca había visto telas de un brillo semejante: rosas intensos se mezclaban con verdes y azules que recordaban a las plumas de los pavos reales. ¿Había yo escuchado antes historias sobre esos animales que se paseaban por las remotas tierras de Ultramar? Quise tocarlas todas y la mujer abrió un saco para que me recreara en la suavidad de sus acabados.

—Es magnífico. ¡Qué maravilla! —comenté, admirada—. ¿Cómo puede brillar tanto un pedazo de hilos entramados? —No pude evitar el colocarme al cuello lo que parecía un pañuelo enorme; sonreí en cuanto sentí que esa seda de perfecto acabado rozaba mi piel, áspera y quemada por el sol.

—Tenéis buen gusto, señora. Os habéis envuelto en un retal sobrante del patrón con el que se hizo uno de los vestidos más hermosos que hubierais podido imaginar jamás. Su dueña lo encargó personalmente y es un regalo que le ha hecho su majestad.

—¿Pero es que acaso confeccionáis prendas para la realeza?

—Sí, señora. Veréis, la dama en cuestión, haciéndose eco de nuestros afamados tejidos, se empeñó en esta seda teñida con brasa, grano de escarlata y quermés, decía que no le valía otra y nos buscaron para el encargo. —Aquellas palabras me dejaron sin comentarios porque no entendía de lo que me hablaba aquella mujer. En mi familia se habían fabricado telas desde siempre, pero aquellos remates de la trama, esos colores magníficos no tenían parangón. Se esforzó por recrearse acerca de lo excepcional de su producto y yo la miraba con un resplandor peculiar en los ojos, una chispa que me animaba a tocarlo todo y dejarme convencer de lo privilegiado de aquel lujo a mi alcance—. ¿Os dais cuenta? ¿Apreciáis el cambio de color a contraluz? Haced la prueba. —La vendedora tomó el extremo

del pedazo de seda y me lo colocó delante de la cara, orientado hacia el sol: efectivamente, los colores saltaban de una trama a otra dependiendo de hacia qué dirección se moviera el retal. Era algo mágico.

—De modo que venís de la corte sevillana…

—De allí mismo, señora, y tenemos un largo recorrido hasta la ciudad de Burgos en el norte.

—Ojalá pudiera vestir yo también con estos brillos y tornasoles. Esa dama a quien os referís debe de ser alguien importante en la corte.

—¡Nada de eso! Una vulgar juglaresa, señora, pero cuentan que tiene al rey loco por sus bailes y por su hermosa voz. Dicen que canta en varias lenguas, y que cuando lo hace para el rey este la esconde en su cámara para que nadie más pueda disfrutarla.

Sus palabras me atravesaron como una espada que cruzara mi pecho de arriba abajo.

—Perdonad, ¿puedo saber de quién habláis? ¿Es que el monarca tiene una juglaresa favorita en su recámara a quien premia con tan hermosas prendas?

Cuando yo formaba parte de aquella corte, todos daban por hecho que era a mí a quien se agasajaba con los privilegios de un monarca partidario de la moralidad relajada. Si ahora don Alfonso se encargaba de vestir con sedas y estambre a otra era en pago por el buen hacer de su trabajo, aunque a oídos extraños llegasen solo las habladurías más perversas y menos consideradas. Aquello me resultaba tan familiar que sentí arcadas solo de pensar que me hubieran olvidado para siempre, todos ellos, Pedro también. Aquella juglaresa percibiría en vestidos lo que a otros se les daba en maravedís y mucho me constaba que ahora sí se le permitiría alojarse en la corte con ese rey que supuestamente tanto la quería: ella, soldadera, podía pasar más de tres días seguidos allí sin necesidad de buscarse quien la guardara y le diera cobijo.

Todo aquello había sido posible gracias a mí.

Pero esas cosas no las contaban.

—¿Puedo quedarme con este trozo? —le dije, sosteniendo un pequeño retal—. Aquí tengo todavía unas monedas, os las doy a cambio del pedazo del tamaño que consideréis justo.

La cíngara dejó a su niño en un capazo, me tomo la mano derecha y la volvió con la palma hacia arriba para señalar en ella lo que quería garantizarme como un destino afortunado.

—No sé a dónde os dirigís, señora, pero debo advertiros de que tengáis cuidado en vuestro peregrinaje. La tela os la regalo, no me debéis nada, pero que no os vea ese desgraciado que antes me tumbó en el suelo, no sea que acabéis en el mismo sitio. —Con el dedo índice recorrió una de las líneas que parten de los dedos hasta la muñeca—.

Aquí se lee todo lo que no os va a cantar ningún trovador, señora. Sois afortunada y llevaréis larga vida si, como os digo, os guardáis de los envidiosos que querrán tomaros como peldaño para subir hasta el poder. ¡Cuidaos de la mala gente!

Me apresuré en cerrar el puño y di un paso hacia atrás asustada.

—Os agradezco el regalo, pero prefiero ser justa y daros las monedas. Me habéis brindado compañía y además, la buena noticia de una «vida larga y afortunada», así que qué menos que pagaros con lo que tengo. Os deseo lo mejor para lo que está por venir. —Me palpé el bajo vientre para indicar que había notado su embarazo y con una modesta inclinación de cabeza, me despedí y reanudé mi camino sin pasar de nuevo por delante del marido (lo fuera o no, lo último que deseaba era que de un guantazo me estampara contra el suelo).

* * *

Me había alejado del grupo y proseguía mi ruta por el sendero sin tener muy claro hacia dónde me llevaban mis pasos. Ahora que sabía que en la corte habían encontrado con quien sustituirme, y así caer en el olvido, no podía pensar en otra cosa. Mi orgullo estaba herido. ¡Cómo había podido confiar en una persona tan manipuladora con la reina Violante! Jamás podría regresar junto a mi amado. No tenía más remedio que aceptar mi soledad como definitiva.

Pero de pronto sentí que alguien desde el campamento que acababa de dejar atrás se dirigía a mí a gritos:

—¡Eh, señora…, volved! —Al darme la vuelta identifiqué a un chiquillo acompañado de un perro que babeaba con la lengua colgando de medio lado; me llamaba para que regresase junto a ellos y ambos corrían hacia mí. Cuando por fin me alcanzó, el niño se expresó entre jadeos—. Disculpad, os he visto mientras os probabais las telas de mi madre y me he fijado en la marca del tobillo.

Efectivamente, aquella señal con la que se me había clasificado como parte de las propiedades del caudillo saltaba a la vista en cuanto alzaba un poco mi vestido. El muchacho era observador.

—He bailado en la alcazaba durante años, sí. Supongo que mi tobillo os ha revelado una parte de mi pasado que de otra forma nadie habría llegado a conocer.

Me levanté un poco el vestido y señalé la marca rosada, ligeramente abultada en su cicatriz e imperecedera.

—He pensado que quizás como bailarina podríais acompañarnos. Mi madre no puede ejercer hasta que dé a luz y, bueno, os he visto sola. Tal vez estéis buscando un trabajo para ganar algunos dineros.

Observé a aquel joven mensajero y a su perro que continuaba con la lengua fuera y pensé que tal vez no fuese una idea tan descabellada la

que me proponía. En el reino era posible que no abundaran las oportunidades de trabajo. La gente se había desplazado hasta Sevilla o a tierras del norte en busca de su salvación y su futuro. ¿Qué podía hacer yo para ganarme un sustento y una forma de alcanzar la corte? Podía volver a ofrecerme como bailarina a mi suerte, pero a nadie le interesaba ver bailar a una danzarina en una época aciaga como la que pasábamos. Por supuesto, el cuerpo de una mujer seguía siendo la llave para un gran número de puertas en la vida, aunque no todas; con mi físico podría avanzar, pero no por mucho tiempo.

—¿Hacia dónde viajáis, pequeño?

—Nos desplazamos hacia el norte cruzando toda la península, señora. En Burgos van a festejarse los desposorios de una princesa francesa con el infante Fernando de la Cerda. Nadie quiere perdérselo y mis padres pueden sacar unos dineros con la venta de su mercadería.

Imaginé que aquellas gentes de aspecto pícaro sortearían el pago de alcabalas y demás imposiciones durante la venta de sus productos, pero, a pesar de los riesgos y puesto que hacía tiempo que la clandestinidad había dejado de ser mundo desconocido para mí, me sentí tentada de acompañarles. Por otra parte, bailar en la boda de los infantes sería una prueba delicada, pero a aquellas alturas ya me tenía por mujer valiente. Violante estaría allí; Pedro, quizás, también. Tal vez hubiera llegado el momento de encararme a mi enemiga y rendir cuentas de lo que me había prometido. Nada debía frenarme.

—Sin duda, la fiesta por ese casamiento es todo un acontecimiento.

—¡Claro que sí, señora! Y siempre son bienvenidos los bailes para animar a la concurrencia. ¿Venís con nosotros?

Aquello terminó de convencerme para viajar yo también hasta la celebración de la famosa boda real en donde habría de reunirse lo más selecto de la corte. Podría volver a los caminos, a bailar y hacer lo que mejor sabía y, de ser ciertos los rumores, el rey debería de estar muy ocupado con su amante para atender a los escarceos de su esposa, por lo que consideré que Pedro formaría también parte de la comitiva. Era la ocasión perfecta para regresar, aunque debería ser cuidadosa.

—Si os dirigís a Burgos, entonces me sumaré a vuestro grupo, muchacho.

Tomé su mano y volví mis pasos hacia el campamento. El perro nos guiaba en avanzadilla, satisfecho por la presa a la que acababa de dar caza.

* * *

De nuevo me hallaba en el camino y otra vez entregada al oficio del arte itinerante, con nuevos compañeros, con un par de piernas resentidas por la madurez pero que aun así se reanimaban con cada

actuación y cada baile al cual las sometía y con la ilusión de estar cada vez más próxima a Pedro.

Alcanzamos lo que parecía un castillo tomado por alguna orden militar, y allí delante, más allá del foso que bordeaba los muros, extendimos las tiendas y alzamos nuestro campamento.

Aquella familia, que con su forma de vida burlaba cada ley y cada impuesto de la Corona, se abstenía de los denominados «documentos de contabilidad» y vendía sus productos también en horas nocturnas, una práctica prohibida.

—Es más fácil despistar a los controladores durante la noche si nos colocamos en rincones del centro de la ciudad, María. —El muchacho del perro, a quien reconocí como el hijo mayor de la familia, me explicó las tretas que manejaban desde hacía tiempo para sobrevivir en su negocio—. A la entrada y a la salida establecemos el campamento, luego llevamos las mercancías a escondidas y se las ofrecemos a los caminantes de paso con cuidado de no llamar la atención. Durante el día es más sencillo, pero por la noche hay menos competencia —aseguró.

Poco podía yo opinar al respecto. Asentí y escuché con atención.

—Siempre resulta una buena ocasión tener cerca a los soldados, ¿no os parece? ¿A cuántos de estos no creéis que atraigan nuestras piezas musicales y el colorido que desprenden nuestras actuaciones? —La cíngara, de nombre Drina, tenía razón: eran muchos hombres encerrados en aquella robusta e imponente construcción fortificada y si nosotros llamábamos la atención de los aldeanos, alguno de aquellos caballeros no tardaría en sumarse curioso al colorido espectáculo o quizás fuera a la inversa—. Contadme, María, ¿estáis segura de que vuestro Pedro forma todavía parte de la comitiva regia?

Le había hablado de mi romance con el trovador, de las idas y venidas de nuestra tortuosa historia que se había iniciado con una amistad infantil bien alejada del sentimiento amoroso, pero a la que, inesperadamente, la rutina había otorgado la forma del amor más puro y más noble, aquel por el cual el ser humano es capaz de traspasar las leyes y hasta de arriesgar la vida. Su pregunta no me sorprendió, yo misma en tantas otras ocasiones me la había planteado en aquellos pensamientos que reservaba para mí, pero escucharla por boca de otra persona le daba gravedad.

—A estas alturas de mi vida lo cierto es que no estoy segura de nada.

—Pero tenéis fe en que volveréis a reencontraros y eso es lo importante. Si él os ama con la misma fuerza se hará la voluntad divina, ya lo veréis. —Drina no quería otra cosa que animarme con sus palabras. Tomó una bolsa de las que llevaba en las alforjas de su borrica y me invitó a que me sentara con ella cerca del fuego—. Lo

más importante es que preservéis un buen aspecto para revivir la pasión en cuanto os reencontréis, María. ¿Veis esto? —De dentro de la bolsa sacó lo que parecía una botellita diminuta cerrada con un tapón de corcho, la abrió para mí y me la ofreció—. Zumo de ruda y piel de granada. Son las mejores esencias para conseguir un rojo sano y vigoroso, ya no solo a los labios sino a la carne de toda la encía. Fijaos. —Y señaló con la boca abierta lo bien enrojecidos que tenía lengua y paladar gracias a este brebaje.

Sin duda su aspecto era admirable para tratarse de una mujer que pasaba la mayor parte de su vida bajo una tienda de lona en mitad del campo abierto.

—¡Oh! Qué magníficos afeites —dije, sorprendida ante aquel despliegue de ungüentos maravillosamente perfumados unos y de dudosa pestilencia otros—. ¿También os dedicáis a comerciar con ellos?

—Por supuesto. Conozco cientos de fórmulas, mezclas especialmente preciosas para las mujeres. Si nos hacemos con una garrafa de vino, os explico algo más.

Me contó que al hervir un manojo de varias hierbas entre las que mencionó romero, espliego y laurel, unas hojas de menta y pétalos de rosa, se obtenía un caldo que, mezclado con una cuarta parte de vino resultaba ideal para bañarse en ayunas si una quería oler como los ángeles. Esa y otras pociones se habían convertido en fermentaciones habituales en los fogones de los suyos.

Los consejos de Drina suavizaron aquellas duras jornadas durante los campamentos itinerantes de nuestra ruta por la península. Diferentes a las costumbres que yo recordaba del grupo de juglares al que había pertenecido de jovencita, esta familia aprovechaba cualquier sitio mínimamente despejado para acomodarse sin problemas. No necesitaban postas ni posadas. Los animales pastaban, se refrescaban en el abrevadero y regresaban a sus caravanas mientras ellos no tenían reparos en dormir y pasar el día a cielo abierto, en armonía con la naturaleza, aunque se tratase de un espacio agreste o salvaje. Era otra forma de vida completamente novedosa para mí y a ella también me acostumbré.

Sucedió que transcurridas varias semanas, en una noche de lluvia y temporal como pocas habíamos sufrido hasta entonces, tuvimos ocasión de parar cerca de una de aquellas casas regentadas por un posadero que no tuvo inconveniente en darnos cubierto por dos noches a cambio de una de las ovejas que teníamos. Tal y como él nos había indicado, la llegada de viajeros había disminuido debido a tantas revueltas y continuos enfrentamientos.

—Sois unos cuantos —dijo, calculando mientras observaba la caravana—, eso es bien cierto, pero no habrá problema en daros

acomodo.

Aproveché para tantear a aquel amable caballero acerca de las últimas noticias con respecto al importante evento que iba a celebrarse en Burgos.

—Allí nos dirigimos, esperamos que sea una gran ocasión.

Dije aquello con ánimo alegre y mientras abrazaba a Drina. Ellos confiaban en poder sacar buenos dineros y yo, en reencontrarme con mi amado. La respuesta del posadero me colmó de sorpresa:

—¡Oh! Tened por seguro que una ocasión señalada va a ser, sí… Llevo semanas oyendo hablar de ella y no hace ni dos días que paró por aquí parte del séquito de nobles; por supuesto que les alojé igual que hago con vosotros, porque, como os he dicho, escasean los viajeros, pero ¡menudos caraduras!

—¿Qué problema hubo, señor? —Temí algún tipo de comportamiento violento. Aquellos hombres, aunque fueran nobles y adinerados, en sus maneras bien los conocía, podían ser toscos como el arado.

—¡No imagináis cómo me dejaron la casa! —Señaló hacia la despensa en la que aparecían unos pocos víveres desperdigados por los estantes—. Aquellos desalmados se comieron todo mi pan, acabaron con los maderos que tenía reservados para prender fuego en la chimenea y ni se molestaron por reparar o darme una compensación por los desperfectos en las celdas. ¡Incluso destrozaron mi pobre jardín!

Lamenté mucho oír aquello. Nos contó que los vecinos de las aldeas y los pueblos cercanos estaban obligados a dar alojamiento al séquito real si su casa coincidía con el itinerario, que tratándose de aquella boda los asistentes estaban llegando por cientos, pero dadas las maneras que manifestaban, todos temían su presencia.

—Vaya, nosotros cuidaremos bien de vuestra casa, señor. Perded cuidado.

—Gracias, señora. Os lo agradezco. No son tiempos prósperos para nadie y no podemos negar cobijo cuando nos lo ordena la casa real. En cualquier caso, agradezco que por estas dos noches seáis vosotros y no ellos quienes durmáis en la posada… Espero que descanséis.

Se despidió de nosotros y nos dejó allí reunidos al calor de la lumbre de la celda. Me dormí enseguida y soñé con una boda fastuosa, cientos de invitados y algunas de las personas a quienes más deseaba volver a ver en mi vida.

* * *

No dejaba de sorprenderme la antelación y planificación que se dedicaba a aquel enlace matrimonial por parte de soberanos y

políticos de reinos vecinos. En nuestro periplo hacia Burgos y sin necesidad de preguntarlo recabábamos por los feudos todo tipo de rumores acerca de los preparativos de los fastos del enlace. Los padres de los contrayentes habían firmado las capitulaciones, pero habían tenido que esperar a que los novios maduraran cual frutas que no han caído del árbol y no pueden ser recogidas.

Aquella circunstancia me devolvía el recuerdo de los primeros años de Violante en la corte, aquellos que también habían sido los primeros para mí. Ahora, la reina, madre de siete hijos de don Alfonso, ya no sufría por aquella «incapacidad», que no era otra cosa que las circunstancias de un vientre de niña que no estaba formado aún para gestar; ya no temía que él la abandonase para desposarse con Cristina de Noruega y mucho menos ocupaba ya sus pensamientos con la preocupación por no tener a su amante pendiente de una vulgar soldadera gallega.

Violante ahora se preparaba para la boda de su hijo primogénito. Los acuerdos conyugales se habían establecido cuando el varón heredero apenas llegaba a cumplir once años de edad y su prometida, la infanta Blanca de Francia, que había nacido en territorio de Ultramar durante las campañas de cruzada de su padre, el rey Luis, contaba catorce.

—Se dice que han debido dejar pasar nada menos que tres años porque los niños no alcanzaban la edad púber para poder consumarse el matrimonio. —Drina me hablaba apasionada de aquello que conocía por sus buenos contactos entre la gente que prestaba servicio a la corte—. Yo apenas he podido descansar entre partos y crianzas desde que nació mi primer chiquillo, ¡y ya tengo cuatro, señora! ¿Imagináis esas delicadezas en familias como la nuestra? Yo me casé en cuanto me vino mi primera sangre y mi esposo me doblaba la edad; no tuvieron remilgos para pensar si era momento o no era momento de traer hijos al mundo.

—Tenéis una hermosa descendencia, no os atormentéis ni os comparéis con la realeza…

Aunque decía aquello convencida porque la cíngara tenía cuatro chiquillos bien parecidos, era verdad que admiraba su fortaleza, su buena salud y la lozanía propia de su juventud.

—¿Cuántos años tenéis, Drina?

—Diecisiete, señora. Hubo un tiempo en que era bonita y menuda como vos, pero los partos me han hecho ganar algo de carne —dijo, agarrando un pellizco de su abultada cadera.

—¿Como yo, decís? Querida, hace años que superé la treintena. Mis formas delgadas se deben a que vivo entregada al baile.

—¿Es que vos nunca habéis deseado tener hijos?

Negué con premura absolutamente convencida de no haber sentido

nunca la inclinación por ser madre.

—No, no habría sabido cuidar de ellos. ¡Tampoco sé dar órdenes, Drina!

Y nos reímos porque era evidente que el carácter de la cíngara brillaba por su autoritarismo respecto a aquellos chiquillos inquietos que nos seguían a remolque en el viaje y preguntaban impacientes si habíamos llegado ya a Burgos cada vez que nos deteníamos para hacer noche.

—Tenéis un cuerpo hermoso, María. Yo no dejo de ganar peso y ya casi no puedo bailar. Si no es porque estoy preñada es porque las carnes se me agolpan todas en la cintura y me cuesta cada vez más ayudar en nuestro espectáculo; antes bailaba, pero ahora solo participo tocando las tejoletas. ¿Vos sabéis manejarlas?

Al decirle que no, me entregó un par de aquellos graciosos pedazos de madera que yo había visto dominar en distintas ocasiones a juglaresas como la Crespa y, tras enredarlos con el cordel del extremo, comenzó a agitar los dedos para hacerlos sonar rítmicamente con suaves golpecillos.

Habíamos alcanzado las frondosas orillas del río Oja; conocía esos parajes de cuando había vivido allí junto a Pedro. Me invadió la nostalgia y un cierto sentimiento de tristeza al comprender que aquellos dos infantes deberían someterse a una unión forzada en beneficio de sus reinos y comparar esas circunstancias con las mías, porque yo había descubierto el amor muy tarde pero de forma sincera y nadie me había obligado a tener descendencia.

Establecimos nuestro campamento no lejos de un cenobio bien rodeado de cosechas y viñedos y tras un sinfín de actuaciones, aplausos y celebración por parte del público, logramos, por fin, alcanzar la ciudad de Burgos.

* * *

Burgos hervía con los colores del festejo popular.

Faltaban largos meses para la celebración del ansiado enlace y las calles estaban inundadas de curiosos pero el ánimo general era de excitación anticipada. Nosotros solo nos preocupamos por conseguir una buena plaza en una zona más cerca de la montaña que del centro urbano. Los más jóvenes de la partida se afanaron en levantar las tiendas y amarrar a las bestias en puntos estables mientras que Drina y yo nos alejamos para husmear entre las callejuelas; yo temía por la cercanía de los reyes, puesto que si Violante me descubría, muy probablemente mi vida correría un serio peligro. De todos modos, tenía al mismo tiempo una sensación venturosa: nuestros caminos volvían a cruzarse y mi deseo de reencontrarnos era tan vehemente

que casi podía sentir la presencia de Pedro.

Anticipándose a los festejos las fachadas de algunas casonas se habían engalanado con piezas inmensas de telas: crespón carmesí con entramado de hilos de oro y plata, banderolas con la representación de los escudos reales de las dos coronas y lo que parecían larguísimas sogas trenzadas que se enroscaban de un hueco de ventanuco a otro, de un balcón a una galería… Drina y yo observábamos boquiabiertas aquellos brocados magníficos.

—Para confeccionar este tronchado se han tomado años, María. Mirad —ella pasó la mano por el tejido de uno de los pendones de la calle, con intención de voltearlo—, ¿lo veis? No tiene nudos, está rematado a la perfección. ¡Estoy segura de que una vara de este material no cuesta menos de cinco sueldos! Qué riqueza.

Admiré con sorpresa los detalles a los que se refería mi amiga porque aquellas telas, de un lujo inusitado, nunca podían haber sido trabajadas en un taller como el de mi familia; entonces se nos hubiera multado por aceptar encargos que incurrieran en la ostentación y el exceso, nunca por más de doscientos maravedís, nos decían. Pese a todo, recordé el estambre que conservaba todavía como empeño para los monjes de Sobrado, que seguía siendo de un valor nada desdeñable; esas varas habrían de cubrir por el gasto de embarcarme a Ultramar tan pronto como tuviera ocasión de hacerlo.

Inmersa como estaba en este tipo de cavilaciones, no reparé a tiempo en el ruido procedente del galope de un caballo que se aproximaba.

—¡Alto! ¡Soltad la tela!

Un soldado avanzó en nuestra dirección. Portaba una espada que brillaba en su costado y temimos que estuviera dispuesto a empuñarla contra nosotras.

—Disculpad, solo admirábamos los acabados. Nosotras no… —Me temblaron las rodillas. Solté el tapiz de inmediato y abracé a Drina para protegerla—. No nos hagáis daño, señor, mi amiga está encinta…

El soldado frenó en seco y bajó de su cabalgadura para observarnos con detenimiento.

—¿Y qué hacen dos mujeres solas por las calles si no aprovechar para robar o engañar a los incautos? —Alargó el brazo y rozó con la espada la barriga abultada de Drina para volver a colocarla en su costado—. ¡Marchaos! Y que no vuelva a veros hasta que terminen las ceremonias, ¿me habéis entendido? La ciudad debe estar limpia y nadie ha de perturbar el buen transcurso de los acontecimientos. ¡Fuera de aquí!

Las dos asentimos para que no quedasen dudas. Nos alejamos a paso ligero y aunque mi amiga, que asustada se acariciaba la tripa, apenas hizo el amago de girar la cabeza para asegurarse de que el hombre no

nos seguía, a mí en cambio sí me dio tiempo de observarlo bien. Algo en sus maneras me hizo sospechar: se mesaba la barba y no apartaba la vista de nosotras. Allí, entre los dos pendones de telas tejidas y escudos reales, distinguí su silueta y el modo en que me miraba pensativo.

—Tratemos de ir más rápido, Drina. Sospecho que este hombre haya podido reconocerme. —Y tomándole el brazo, la azucé ligeramente para que caminase ligera.

—¡Oh, no digáis eso! No puede ser… ¿No llevamos aquí ni medio día y ya sentís que os han descubierto? Yo no lo creo así. Simplemente os observa porque sois bonita. Motivo suficiente para no perderos de vista.

Sonreí ante la ocurrencia de mi amiga. Nos desviamos en la segunda calle que se estrechaba a nuestra izquierda para no volver a mirar atrás.

Puede que solo fueran imaginaciones mías, pero aquel soldado muy bien pudiera ser el primero en conocer y anunciar que la Balteira había regresado.

* * *

Pensé que lo mejor para calmar los ánimos en un primer día tan agitado como aquel podría ser beber un poco de vino. Así que, en cuanto dejé a Drina de vuelta en el campamento, no dudé en regresar a una de las tabernas por las que habíamos pasado de largo, para remojar el gaznate.

—Tendrás que volver antes de que se haga de noche, María. No te entretengas con apuestas que mañana nos espera un día intenso.

Las palabras del hijo mayor de Drina me llenaron de ternura. Se preocupaba por mí y, a pesar de su corta edad, me acompañaba siempre junto a su perro, venía a todas partes y no permitía que nadie me molestara.

—Descuida, muchacho, estaré aquí antes de que tengáis ocasión de echarme de menos.

Y tras propinarle un beso en la frente, me marché de allí con el propósito de callejear en soledad.

Me ajusté un tabardo que me aseguraba la protección ante miradas de extraños y un sombrero de ala ancha bajo el cual nadie me reconocería como otra cosa que no fuera una peregrina de paso. Con aquel aspecto me encaminé hacia la ciudad y en cuanto di con la posta señalada me pedí un trago de vino de la casa. Me hacía cargo de la extrañeza de la situación y precisamente por eso cubrí mi rostro lo mejor que pude, para ahuyentar miradas y las críticas relativas a mi conducta ligera. De casualidad, resultó que fue en aquel anodino lugar

donde la fortuna vino a darme una pista magnífica para encontrar lo que estaba buscando.

Me senté cerca de la ventana. Mientras veía pasar a la gente más variopinta daba pequeños sorbos al vaso y, enseguida, el calor familiar del vino fue subiendo por mi garganta hasta animarme a quitarme el sombrero y otear a mi alrededor. Con los ánimos encendidos, quise unirme a alguna partida de dados que se diera en las mesas vecinas, pero me extrañó que nadie jugara como antaño había sido tan habitual en las tabernas.

Aquella, no obstante, estaba concurrida: había dos hombres cerca de mi mesa que discutían por algún motivo que ignoraba y un grupo de músicos afinaban sus instrumentos de cuerda al fondo del establecimiento. Entre ellos adiviné las formas menudas de una bailarina y pedí otra jarra de vino al posadero. No quería perderme el espectáculo que estaba a punto de comenzar.

—¿Una segunda jarra decís? ¿No será mejor que regreséis a vuestra casa, mujer?

El atrevimiento de un hombre a mis espaldas me puso de mal humor pero fingí no haberlo escuchado. Él sí que parecía borracho, y desde luego que jamás había conocido a la Balteira: dos jarras de vino a mí solo me servían para empezar a quitarme la sed.

—Os sugiero que comencéis a dar cuenta de las que bebo y preocuparos a partir de la cuarta, o meteros en vuestros asuntos, señor —le devolví el comentario sin ganas de enzarzarme en una absurda discusión, aunque aproveché sus ganas de hablar para preguntar por el asunto del juego—. Por cierto, ¿es que aquí nadie os ha enseñado a tirar las cartas de la baraja? ¿No tenéis dados en las tabernas de Burgos?

El desconocido soltó una carcajada que hizo volver la mirada a los que estaban sentados al fondo de la sala. A continuación, me explico qué sucedía:

—Barajas decís… Señora, ¿de dónde habéis salido? ¿Acaso no estáis informada de las multas que el rey ha establecido para tahúres y jugadores de dados? Hablad más bajo porque podrían denunciaros: no solo se sanciona con hasta cien maravedís al que es capturado en una apuesta, sino que quien denuncia el delito percibe además una parte de los dineros. —Se había levantado de su asiento en la mesa contigua y ahora venía hacia mí para ocupar el hueco a mi lado en el largo banco corrido—. ¿Os importa si me siento aquí con vos? Quiero esperar esa cuarta jarra de vino para comprobar qué efectos produce en una mujer tan hermosa.

Sus aduladoras palabras resbalaron en mí como de costumbre, y me arrimé un poco para cederle asiento. Estaba sorprendida por el asunto de las denuncias y asumí que no me vendría mal tener cerca a alguien

con más conocimiento que yo de los usos y costumbres de una sociedad de la cual me había distanciado durante mi «retiro forzado» en la alcazaba de Málaga. Las cosas desde entonces habían cambiado bastante.

La música comenzó y uno de los juglares arrancó con unas estrofas dedicadas al escarnio de un trovador con quien debía de estar enfrentado. Su nombre no me sonaba, lamenté más que nunca haber pasado tanto tiempo lejos de la corte y sus entresijos y observé con detenimiento a la bailarina que comenzó a moverse sinuosa acompañándose de una pandereta que alzaba por encima de la cabeza. Tenía buena técnica además de una coordinación acertada y sus movimientos, ligados a una expresión sonriente, se veían armónicos. Muchos de los asistentes comenzaron a batir palmas para acompañar sus saltos y el conjunto del espectáculo me pareció estupendo, digno de un lugar mucho más fastuoso que aquella apestosa taberna perdida en un camino aledaño al centro de Burgos.

Aplaudía yo también aquella danza tan admirable cuando de repente, y ante la atenta mirada de todos los que estábamos allí reunidos, la muchacha se despojó de su falda y comenzó a acariciar su trasero sin comedimiento.

Mi estupor evidente animó a mi acompañante a aclarar lo que sucedía:

—Un retrato que hace justicia a las representaciones en la iglesia —me susurró—. Tarsiana es famosa por incitar al público a la lascivia. No perdáis detalle, os gustará el entretenimiento.

Sin comprender a qué se refería con su comentario, me quedé boquiabierta al ver a aquella soldadera: la que me había parecido una dulce muchacha que brincaba y doblaba su cuerpo con un claro sentido del ritmo se había transformado en la viva imagen de la concupiscencia. Se había desabrochado también el barboquejo con el que sujetaba el velo a la cabeza y ahora su melena rubia se le ensortijaba sobre los hombros.

Aquel hombre me explicó que se trataba de la juglaresa favorita del rey, que juegos eróticos como aquel al que estábamos asistiendo habían sido reproducidos, labrados en piedra, en varios de los canecillos y modillones de las iglesias vecinas. No dudé en identificarla con la mujer a quien había mencionado Drina el día en que la conocí. Aquella joven debía de haberse convertido en mi sustituta durante los años en que había estado ausente, aunque, en vista de su juguetona exhibición, me superaba en la variedad de recursos sobre la tarima.

Cuando acabaron, tras cuatro o cinco canciones animadas por los contoneos de la muchacha que había descubierto por completo la parte inferior de su cuerpo dejando al aire el sexo para deleite de los

asistentes, me acerqué al grupo de músicos y les pregunté:

—Disculpadme, ¿puedo hablar con vos? Estoy muy sorprendida por lo que acabo de ver. ¿Sois de por aquí o estáis de paso por Burgos?

El juglar se volvió hacia mí y agachó la cabeza agradecido, pero fue la soldadera que tanto me había llamado la atención quien se abrió paso entre sus compañeros para responderme nada más ver que me interesaba por ellos. Había vuelto a colocarse la falda y mientras la prendía se dirigió a mí:

—Actuamos en la corte habitualmente, señora, pero estos días aprovechamos que se está engalanando la ciudad y que vienen muchos forasteros para dejarnos ver también en las posadas en las que se hospedan. —Tenía vivos ojos marrones y una cabellera rubia y brillante que ahora volvía a sujetar con una cinta alrededor de la frente le caía por la espalda hasta la cintura, ligeramente humedecida por el sudor. Su entusiasmo al expresarse era contagioso, se notaba que disfrutaba de su trabajo y no pude reprimir un pellizco de envidia al verla. Era bastante joven.

—De modo que sois habituales en las fiestas de la corte… Sin duda deben de ser ocasiones especiales. ¡Nada que ver con esto! —Y miré a mi alrededor arrugando la nariz, con un gesto que daba a entender lo inconveniente del ambiente—. Pero decidme, ¿hace cuánto que se os requiere en palacio para danzar allí?

Mi pregunta, teñida de inocente curiosidad, iba encaminada a obtener información precisa sobre Pedro, y ¿quién mejor para hablarme de un juglar que otro juglar? Antes de que la bailarina tuviera tiempo de contestarme, se le adelantó uno de los músicos, un flautista de encrespado pelo rojizo sobre la frente que le daba un aspecto de diablillo; habló en nombre de todos cuando dijo:

—Puede que dos años hayan pasado desde que empezamos a actuar en la corte, señora, pero lo cierto es que el auténtico reclamo de nuestras actuaciones es ella. —Y señalando a la bailarina, consiguió que se ruborizara—. ¡No hay un solo hombre entre el séquito de sus majestades que no haya caído rendido a los encantos de Tarsiana!

La joven era francamente hermosa y al oír las alabanzas de su compañero no dudó en reírse; bien se notaba que estaba de acuerdo con lo que acabábamos de oír. Conocía sus encantos y, aunque de aspecto inocente, sus bailes demostraban que sabía perfectamente cómo aprovecharse de su lozanía.

Me propuse no perderla de vista.

Al darme cuenta del tiempo que había transcurrido, decidí regresar al campamento para almorzar con mis compañeros de partida. No quería que se preocupasen por mí y, puesto que había dado con el mejor de los enlaces en la corte, me fui de allí no sin antes acordar un nuevo encuentro para los días siguientes. Caminé hacia donde aquella

soldadera, Tarsiana, estaba recogiendo sus bártulos y me la llevé a un apartado para preguntarle sin tener testigos:

—¿Cuántos días seguiréis en Burgos? —Abordar directamente el asunto era la única opción que me quedaba—. Veréis, me acompaño de un grupo de vendedores, músicos y artistas y querríamos aprovechar la ocasión para ofrecer nuestro espectáculo en las calles, pero no querríamos coincidir con vosotros… Ya me entendéis: justa competencia. —Mostrarme afable ante una bailarina desconocida era esencial para forjar una buena relación—. ¿Vos podríais indicarme a quién debo dirigirme para lograr entrar en palacio?

—Sus majestades están en Toledo, señora. La corte no creo que se instale en Burgos hasta dentro de unos meses, cuando se celebre el enlace. —Volvió a fruncir el entrecejo—. ¿Es que acaso vos también sois soldadera? —Agradecí su discreción al no comentar nada, pero me hacía cargo de que se sorprendía de ver a una danzarina que superaba la treintena—. Imagino que ya sabéis lo complicado que es establecerse en la corte, señora. Poco puedo hacer yo por ayudaros.

Aunque sincera, la joven tampoco debía de estar muy animada por echar una mano a una rival en las tablas, de modo no me dejó otra opción que la de decirlo claramente:

—En efecto, fui soldadera en la corte, Tarsiana. Quizás hayáis oído hablar de mí.

Al decir aquello, de pronto su atención dejó de estar en las bolsas y los adornos que iba recogiendo del suelo y se volvió a mí para centrarse en lo que iba a decirle.

—¿Soldadera en la corte de don Alfonso? ¿Hace cuánto tiempo que os marchasteis? —Se delató en cuanto miró mi cintura con un gesto rápido y mal disimulado: supe que buscaba el famoso bálteo de María Pérez—. Vos no seréis…

—Soy María Balteira, ¿os dice algo mi nombre?

Tarsiana dejó caer su bolsa al suelo y a continuación se precipitó inconsciente sobre sus espaldas, a tiempo de que sus compañeros y yo misma la recogiéramos para que no diese con la cabeza en la tarima.

* * *

Lejos de lo que yo había llegado a suponer, en la corte nadie me había olvidado, muy al contrario, la leyenda de la Balteira aún corría de boca en boca por los pasillos y sobre las mesas de los banquetes señoriales. La sombra de mis danzas y acrobacias se recordaba en poemas, auténticos cancioneros que, a pesar de las burlas que me dedicaban, también ensalzaban mi destreza como bailarina sin parangón.

—No imagináis lo importante que habéis llegado a ser, María. Yo

misma no estaría aquí ni podría ejercer mi oficio como lo hago de no haber contado con vuestro precedente, así que no puedo estaros más agradecida por haber sido como erais… —Inmediatamente se corrigió —: ¡Por ser como sois, quiero decir!

—Fueron tiempos complicados —le respondí—. Eso no lo puedo negar, pero también diré que los disfruté como ninguna otra etapa. El descubrimiento de la danza para mí fue algo revelador.

Tarsiana, ya completamente recuperada, me contó que yo había alcanzado tal popularidad que muchos hombres continuaban contando historias en donde se me mencionaba, y aunque yo sabía que aquellas alusiones eran vulgares y soeces, lo curioso era que a ella le parecían dignas de una heroína y me hubiera sorprendido de no haber sido testigo unos momentos antes del tipo de espectáculo que ella regalaba a su concurrencia.

No necesité ni dos semanas para meter la voluntad de aquella muchacha en mis bolsillos. La pobrecilla quería parecerse a mí y por eso le invadió una profunda emoción cuando le revelé mi identidad.

En una ocasión, Tarsiana atropellaba sus palabras mientras masticaba con el fervor de la juventud la carne de cerdo guisada que yo le acababa de ofrecer sobre una gruesa rebanada de pan. La había invitado a nuestro campamento y nos habíamos sentado juntas para almorzar con el resto de los artistas. Durante varios días había hecho lo posible por introducirla en mi mundo y extraer toda la información que ella podía brindarme del suyo.

Drina, al enterarse de mi historia, no pudo evitar su sorpresa.

—¿Conque María es toda una celebridad? Nadie lo hubiera dicho aquel día en que tanteasteis las telas en el camino. —Miró a los otros para describirme en aquella ocasión—. Recuerdo que fue tan modesta y silenciosa que jamás habría podido llamar la atención de nadie.

—No os confundáis —dije, tratando de sonar grave y seria—, siempre he sido discreta, lo que ocurre es que cuando bailo me libero de mis miedos como si me transformara y quizás por esto parezca otra persona.

—Entonces es que no os hemos visto bailar lo suficiente.

Y sin mediar palabra en ese momento alguien inició los acordes de un salterio y enseguida se acompañó del repiqueteo constante de las tejoletas de Drina.

Tarsiana se separó por un momento de su plato de carne, tomó un pañuelo azul que colgaba del muestrario de mis amigos y comenzó a zarandearlo por toda la tienda.

—¡Adoro este paño! Es el mismo del vestido que os encargamos hace un año, ¿verdad? El que me regaló su majestad. —Se lo acercó al rostro y lo olió como si se tratara de un ramillete de flores frescas—. Es tan suave que podría vivir envuelta en él el resto de mi vida.

Bailó para nosotros y me alegró reconocer en ella a una digna sucesora, aunque continuaba sin comprender qué extraños motivos la impulsaban a mostrar su sexo en público durante la danza de la otra ocasión. Fue un alivio comprobar que delante de nosotros se abstuvo de desnudarse.

Al terminar, me uní a la familia que aplaudía entusiasmada; incluso el perro del hijo mayor de mi amiga celebró la diversión con sus ladridos.

Algunos de los días siguientes sería yo quien la seguiría a ella en sus espectáculos callejeros mientras que, otros, se vendría ella a nuestro campamento para compartir con nosotros la jornada.

Con gestos como aquel me gané su confianza. Tarsiana me contó algún que otro detalle más de la vida de sus majestades en la corte de puertas para adentro.

—Por cuanto conozco de ese muchacho —explicó, refiriéndose al infante don Fernando de la Cerda—, puedo deciros que es alto y esbelto como una pluma de pavo real, más bien silencioso y tímido, de maneras comedidas y tono de voz aflautado. A la francesa que le han buscado por esposa no la he llegado a conocer, pero me consta que la traerán unos días antes y que habrá de alojarse en Logroño, por aclimatarse al país, supongo… Asuntos de la realeza.

—Veo que en estos dos años habéis tenido ocasión de conocer los intríngulis de la familia real. ¿Puedo preguntaros si es cierto lo que dicen? ¿Acaso don Alfonso os ama a vos y desdeña a su esposa ante cualquiera?

Aunque la pregunta era arriesgada yo debía formularla si quería hablar claro con la soldadera. Podía haberse ofendido, pero, por suerte, no fue lo que sucedió.

—¡Oh, por supuesto, María! Hace tiempo que don Alfonso está rendido a mis encantos. ¿Cómo pensáis que me gané aquel vestido azul confeccionado con las telas de Drina? —Su media sonrisa acompañó un levantamiento de cejas que solo podía significar complicidad conmigo—. Con contoneos, querida. Los contoneos son la herramienta más útil que Dios ha dado a la mujer.

Tenía veintidós años y estaba mucho más experimentada que yo a su edad en las artes de la seducción. Observé a Tarsiana y reconocí en ella la frescura de la juventud en una mente más propia de una mujer que comienza a marchitarse, como era mi caso. Sabíamos casi las mismas cosas pero a ella nadie le había cuidado la inocencia como había hecho Alegre conmigo. Tampoco parecía que hubiera sufrido zancadilla alguna ante su público y, sin embargo, podía decirse que como la amante del Rey Sabio estaba en lo más alto del escalafón al cual podía aspirar cualquier cortesana.

—Si su majestad tanto os valora sin duda es porque bien lo valéis,

Tarsiana. ¿O es que pensáis que él ha sido el único? Estoy segura de que antes ha habido otros hombres que bebieron los vientos por vos. —Formulé mi pregunta dando un rodeo, aunque mi intención era diáfana: necesitaba saberlo—. Otros juglares quizás, miembros del séquito…

—¡Oh, sí, desde luego! Pero ninguno me trató con las atenciones que el rey dejó claras desde el primer momento. —Tarsiana alzó la mirada como para hacer memoria y luego me explicó—: Hubo trovadores y nobles, hombres decentes y algún malandrín de mala vida que quisieron aprovecharse de mí, pero ninguno llegó a conquistarme.

—En ese caso, habéis hecho bien en dejaros seducir por don Alfonso, muchacha. Ningún otro os merece.

Yo seguía sin saber nada de Pedro y comenzaba a impacientarme, pero me parecía prudente no insistir.

La joven sonrió a mis preguntas y se miró en un espejo para admirar sus bonitas formas. Si a su edad me lo hubieran preguntado hubiera respondido sin dudarlo, pero entonces, observando a Tarsiana con detenimiento, no supe qué pensar. ¿Aquella joven realmente disfrutaba bailando? ¿Qué la animaba a dedicarse en cuerpo y alma a este ingrato oficio?

Una tarde en la plaza del mercado, justo después de asistir a sus giros y cabriolas con los músicos habituales, me acerqué para ofrecerle una capa de abrigo. El aire frío era un mal compañero después del sofoco de tanta voltereta. Aproveché para preguntarle abiertamente:

—Decidme, Tarsiana, ¿vos por qué bailáis?

Mi pregunta la hizo sonrojarse.

—¿Que por qué bailo, señora? ¿Lo preguntáis vos? Yo quiero ser como la Balteira, quiero que hablen de mí…

Pobrecilla. Sin pretenderlo, aquella muchacha admiraba y perseguía algo que no existía, una quimera, un reflejo de mí misma en el que no lograba reconocerme…

—Pero ¿es que acaso no disfrutáis? ¿No se os enciende el pecho cuando os movéis al ritmo de los violines y sentís una felicidad inmensa al dejar llevar los pies en libertad? ¿No tenéis esa sensación?

—Bueno, yo no lo siento así, señora… Aunque no puedo negar que me gusta el baile.

Supuse que aquello era lo natural. Igual que Beltrán tocaba para ganar unas monedas, aquella joven danzaba para sobrevivir y perseguía el convertirse en una leyenda a través de aquel «camino sencillo» del cual me había advertido Alegre cuando yo era niña. Habían tenido que pasar décadas y yo había de haberme sometido a la venta de mi cuerpo por mandato regio para llegar a comprender sus palabras.

Envuelta en una repentina tristeza, prometí no volver a entrometerme en su adornado quehacer.

* * *

A pesar de la decepción, no podía reprimir por más tiempo mi curiosidad sobre Pedro. ¿Cómo era posible que Tarsiana supiera a la perfección quién era yo, pero, en cambio, ignorase mi relación con el trovador que había sido el ojito derecho de su majestad? Una tarde en que me estaba ayudando a recoger el puesto de telas en el mercado volví a insistir:

—Y respecto a la vida en la corte, imagino que de cara a la galería sois bien aceptada en el entorno cotidiano ¿diríais que andáis en buenos tratos con la reina Violante, a pesar del vínculo que os une a su esposo?

A aquellas alturas era muy probable que todos aceptaran los amoríos de su majestad incluida la reina pero, si además ella misma tenía un amante, era casi seguro que no le molestarían lo más mínimo los devaneos de su esposo.

Tarsiana sostenía uno de los enormes pañuelos de seda por el extremo mientras yo avanzaba hacia ella para entregarle el otro y así doblar la pieza. Fue al juntarnos cuando me respondió, tajante:

—La reina hace tiempo que no se deja ver por nadie y que solo admite la compañía de sus hijas en sus aposentos. Ni yo ni ninguna otra cortesana puede hablar con ella.

Muy seria de pronto, me pareció que le importunaba mi pregunta. Amontonábamos los retales por colores y texturas, y los metíamos en diversos sacos para diferenciarlos. Drina observaba desde el carro, atenta a nuestro trabajo; toda conversación que tuviera que ver con los hijos de los reyes la llenaba de curiosidad y podía sentir su mirada clavada en mi nuca mientras conversábamos.

—¿Solo sus hijas? —le dije—. ¿No será que ella ha buscado un amante que la entretenga y la consuele de los desplantes de su esposo?

—¿A qué os referís? La reina no recibe a nadie nunca. La reina siempre está sola…

Preferí no insistir porque estaba claro que aquella niña no sabía de lo que le estaba hablando. Si la muchacha que había llegado a conocer más íntimamente al rey de Castilla no sabía que Pedro dormía en la cama de la reina, yo no tenía más remedio que reconocer que Violante había hecho un soberbio trabajo de ocultamiento ante el resto de los mortales.

O bien podía ser que se hubiera deshecho del trovador para siempre.

Terminamos de replegar la tienda con ayuda de los muchachos y

entonces me percaté de una música que llegaba desde alguna calle cercana a la plaza. La identifiqué de inmediato.

Al comprender lo que afirmaban aquellas estrofas estuve a punto de perder toda esperanza. Vi con claridad que si existía alguna rival a la cual debía enfrentarme esa la encarnaba la reina Violante: ella me había tendido una trampa y se había aprovechado de mis servicios para poder desecharme a continuación.

Al parecer, se trataba de una pieza muy popular que se cantaba por todas partes, un soniquete pegadizo que a mí se me antojaba angustioso por lo que rezaba, lo que repetía como una verdad con la que se podía hacer escarnio y divertimiento:

O que Balteira ora quer vingar
das desonrras que no mundo prendeu,
se ben fezer, non dev'a começar
en mi, que ando por ela sandeu;
mais começ' ant'en reino de Leon,
hu pres desonrras de quantos hi son,
que lh'as desonrras non queren peitar.
Ca en Castela foi a desonrrar
muit mal home, que non entendeu
o que fazia, nen soube catar
quan muit'a dona per esto perdeu;
e, quen a vinga, fezer con razon
d' estes la vingue, ca en ssa prison
and'eu e d'ela non m'ei d'enparar.
E os mouros pensse de os matar
ca de todos gram desonrra colheu
no corpo, ca non en outr logar;
e outro tal desonrra recebeu
dos mais qu'á no reïno d'Aragon:
e d' este la vingu' él, ca de min non,
pois á sabor de lhi vingança dar[5].

Pero lo que terminó de hundirme el ánimo fue descubrir que aquella canción, según decían, había sido compuesta por el propio Pedro d'Ambroa.

Tarsiana me habló de Pedro por primera vez. Dejamos que Drina y los demás nos adelantaran de camino hacia el campamento; nosotras nos detuvimos a escucharlos porque yo no salía de mi asombro.

—Si no lo he mencionado hasta ahora ha sido por prudencia —me dijo la joven, algo nerviosa y arrepentida—. María, os pido perdón. Todos aseguraban que Pedro llevaba el corazón en un puño desde que os habíais marchado a Málaga. No me había atrevido a preguntároslo,

pero, ya que lo decís, ¿vos llegasteis a amarlo realmente? En la corte pensábamos que eran habladurías, las propias de su talante fanfarrón… Ese trovador siempre andaba inventando historias que ya nadie creía. Lo tomábamos por loco.

—¿Nadie las creía? —Aunque me sentí furiosa, comprendía que aquella chiquilla, convencida de que me estaba sucediendo en una gesta admirable como era la de ser amante del monarca, no podía imaginar que un vulgar poeta como Pedro pudiera haber sido el objeto de mis atenciones—. Y ¿cuánto tiempo ha estado Pedro proclamando a los cuatro vientos sus lamentos mientras todos vosotros os divertíais a su costa?

—No lo sé, yo lo recuerdo desde siempre y hace un par de años que me muevo por la corte. Pero no lo entiendo, ¿por qué os enojáis, María? ¿Es que es cierto lo que contaba el triste juglar?

Sin pensar dos veces en lo que hacía, dejé a Tarsiana con la palabra en la boca y avancé hasta los músicos que continuaban con su recital. Esperé a que terminaran para acercarme a uno de ellos y preguntarle por el origen de sus versos.

—Curioso relato el de ese pobre enamorado… —dije, tratando de parecer misteriosa—. No seréis vos quien con tanto dolor reclama justicia a quien le ha partido el corazón, ¿verdad?

—No, señora, esta cantiga fue compuesta por un pobre lunático allá en la corte, uno a quien decían d'Ambroa, que sufría por una puta que lo abandonó por un rey moro hace ya años…

Por fin me acercaba a la verdad que tanto tiempo llevaba persiguiendo. Continué preguntando a aquel músico mientras Tarsiana me esperaba al otro lado de la vía:

—Vaya, pobre desgraciado. Debe de llevar una vida muy miserable si así lo cuenta en sus poemas. ¿Qué más sabéis de él?

El joven ladeó la cabeza.

—Poco más que lo que pueda deciros cualquiera que haya vivido aquí en los últimos años, señora. ¿Es que sois extranjera? La historia de Pedro d'Ambroa se conoce en todo el reino. Cuentan que abandonó las dependencias reales para tomar la cruz. Aquella *coteifa* debió de partirle el corazón porque, según dicen quienes llegaron a conocerlo en persona, en la corte no le faltaba de nada y tenía un puesto asegurado entreteniendo a sus majestades. Una triste historia, sin duda.

—¿Y tenéis idea de hacia dónde puso rumbo el trovador?

—Muy probablemente se haya trasladado a Aragón, señora. Desde hace un año hierve la voluntad de don Jaime por alzarse contra los mamelucos y es ahora cuando por fin cuenta con el apoyo que tanto necesitaba por parte del kan mongol y sus secuaces.

—Vuestras explicaciones me aturden, señor, pero agradezco la

disposición y buen conocimiento de los hechos.

Confundida y emocionada, tras decirle aquello me despedí del juglar, no sin antes concederle una moneda por tan valioso relato. Mis ánimos debían debatirse entre la alegría y la tristeza: sentí que el cielo se tornaba gris plomizo como solo recordaba haberlo visto siendo niña en mi Galicia natal y, con él, mis pensamientos volaron hacia las nubes más negras que se adivinaban en el horizonte. Pedro me enviaba un mensaje en la distancia: él ya se había puesto en camino y yo solo tenía que seguirle.

1269

De cuando fui cruzada

Maria Pérez, a nossa cruzada,
quando veo da terra d' Ultramar,
assi veo de pardon carregada
que se non podia con el en enger;
mais furtan-lho, cada u vai maer,
e do perdon já non lhi ficou nada[6].

Pero da Ponte, B*1642*, V[7]*1176*

caso no había prometido el Señor que los mansos iban a convertirse en dueños de la tierra? ¿No había predicado que los pobres serían los primeros en entrar en el reino de los cielos? Y con aquella soflama como principal impulso, ¿no se habían lanzado a la conquista de los santos lugares miles de aldeanos de los reinos extranjeros hacía más de doscientos años? ¿Qué me frenaba entonces a mí para emprender por mis propios medios el viaje con los otros a aquel territorio asediado por los infieles? Lo cierto era que nada, ya nada, podía impedir que yo continuase con mi proyecto.

Llegaba a un punto en mi vida en el que, además de dejarme salpicar por abusos e injusticias sin obtener nada o muy poca cosa a cambio, mis creencias, mi convencimiento en un futuro más próspero en el que tendría libertad para ser una bailarina en otro mundo se sentía más posible que nunca. Mis ilusiones habían cobrado forma y yo casi podía palparlas con mis dedos.

Pensé de nuevo en las palabras del soldado que hacía tantos años me había hablado de sus experiencias en la batalla de Ultramar. Durante aquella época en la que yo había vivido en la corte, aunque alentada por una valentía más bien propia de la juventud y con el deseo de proteger a mi hermano como principal obsesión, también era cierto que ignoraba qué cosas malas iban a sucederme en el futuro ya que, hasta ese momento, no había tenido apenas experiencias negativas que poner en la balanza de la comparación con la perspectiva de una vida haciendo frente a los infieles en Tierra Santa. No me habían robado, no me habían traicionado, no había tenido que prostituirme ni había sufrido las inclemencias por la falta de alimento, en aquel tiempo todavía no.

Sin embargo en Burgos, regresando a aquellas conversaciones con la perspectiva de los años, me veía capaz de encarar ese destino y casi cualquier posible adversidad que viniera sobre mí.

Aun así, dudé al acordarme de aquella historia de hombres de orígenes diversos entregados a un futuro común e incierto que el

soldado me había descrito con pelos y señales. Si boyeros, campesinos, hombres de vida modesta, fugitivos e incluso mujeres se habían animado a emprender el peregrinaje con el fin de liberar el Santo Sepulcro, entonces yo era una más y debía hacerlo, tan solo debía rezar con fuerza para que a mí no me sorprendiera el pillaje y la saña de los más desalmados durante la travesía.

Solamente eso.

Muchas de aquellas personas habían muerto a manos de los más crueles en ciudades del dominio franco. Se les había prometido el cielo y ellos, en cambio, no hallaron otra cosa que la más brutal de las despedidas de este mundo. Frailes, prostitutas, mendigos y vasallos que aspiraban a una salvación de su alma con la llegada al Santo Lugar se habían tenido que enfrentar en un ataque a manos de sus semejantes, quienes los habían desmembrado para esparcir luego sus cuerpos entre burlas por las calles de algunos pueblos adonde aquellos habían llegado en busca de cobijo durante el viaje.

Pero ¿qué razones tenía yo para pensar que iba a sucederme algo tan terrible? Yo, que había superado todos los sinsabores de la lucha por la vida no tenía nada que perder y tampoco temía ya nada.

Desde la noticia de la huida de Pedro de la corte no había dejado de pensar en la mejor forma de marcharme yo también a Barcelona. Tarsiana y los otros sospechaban que algo rondaba mi cabeza porque me mostraba esquiva y ausente en las conversaciones y ya solo me interesaba por identificar en los espectáculos a viajeros provistos de algún medio de transporte. Necesitaba alcanzar el reino de Aragón y buscaba ayuda en todo aquel que me indicara que se desplazaba hasta aquellos dominios.

Al culminar cada espectáculo y recoger las limosnas y obsequios de nuestro auditorio, aprovechaba para entablar conversación y si era posible continuarla luego en las tabernas; acompañaba a quienes me lo permitían y les asediaba con todo tipo de preguntas:

—¿Estáis de paso en la ciudad? —decía a veces, cuando las prendas de peregrino me revelaban que aquella persona iba de regreso desde Galicia a cualquiera que fuese su lugar de origen—. ¿No conoceréis por casualidad a nadie que viaje hacia el este por las rutas de la Corona de Aragón?

—No, señora, ¿a qué se debe vuestro interés por aquellas tierras? ¿Es que no se os da bien la vida aquí en Burgos? Los dominios de don Jaime no parece que estén atravesando una época tranquila, debéis saberlo: anda empeñado en una campaña militar en Ultramar…

Insistía en dar con la persona adecuada, un viajero con una ruta similar a la que yo me había trazado hasta que me rendí a la espera y decidí emprender por mi cuenta el camino esperando encontrar ayuda sobre la marcha. Me despedí de mis amigos una mañana en que nadie

se imaginaba lo que estaba a punto de suceder. La noticia los tomó de sorpresa y Tarsiana se abrazó a mí envuelta en lágrimas de pura tristeza.

—¡No podéis hacerme esto, María! Sois el mejor ejemplo que puedo seguir y nos abandonáis. ¿A quién tomaré yo ahora como inspiración?

Sus palabras me conmovieron, pero la pobre muchacha debía entrar en razón tarde o temprano. Para ella yo era un ejemplo desviado, un pálido reflejo de la imagen que se había formado de mí y en absoluto se correspondía con la verdadera Balteira. Debía saberlo y había llegado el momento. Le hablé con firmeza:

—Seguid trabajando, Tarsiana, es cuanto puedo aconsejaros. Os deseo el mayor de los éxitos durante los fastos de las bodas reales. Debéis prometerme que jamás olvidaréis lo que he tenido ocasión de compartir con vos durante estos días.

Arrullada por sus sollozos, me dejé emocionar también por el hijo de Drina, que se aferraba a mis piernas y no me permitía avanzar.

—Jamás he conocido una mujer tan inquebrantable como vos, María. No os rendís con facilidad. —Drina me miró acariciando su abultado vientre, le quedaba poco para alumbrar a su próximo hijo y sin duda le admiraban mis ansias de libertad—. Cuidaos de los peligros y mucha suerte en todo, soldadera.

Le di un beso a mi amiga en la frente, otro a su hijo en la coronilla y en cuanto me vi con las piernas liberadas de su abrazo, tomé las pocas pertenencias que me quedaban y abandoné Burgos.

En estas estaba cuando, mientras me alejaba por el camino de salida a la ciudad, me salió al paso una inesperada solución a mi acuciante problema.

* * *

Me pareció un arriero y casi se me echa encima al adelantarme, con tan mala fortuna que lo vi empotrarse contra un alcornoque. Los dos caballos que lo conducían habían caído al suelo aturdidos por el golpe y, desde dentro del caos de ruedas, tablas y lona que había volcado sin remedio había salido un hombre con aspecto de monje (su cabello crecía desigual en la zona que debió de encontrarse rasurada no hace mucho). El hombre se llevó la mano al cuello y gritó de dolor.

—¡Ayuda! —Asomaba la cabeza fuera del amasijo accidentado y se arrastraba por el suelo para sentarse y apoyarse a la sombra del alcornoque contra el que acababa de chocar. Al verme alzó la mano para que me detuviera—. ¡Aquí, socorro! Buen peregrino, ¿no llevaréis agua con vos en vuestra esportilla?

Me confundía con un hombre. Bien podía ser mi ocasión de entablar una conversación interesante con alguien, por fin, si el pobre no

hubiera estado tan maltrecho. A lo lejos intuí que debía de estar bebido, pero una vez a su lado, el olor intenso que salía de su boca confirmó mis sospechas. Entonces me di cuenta: no podía estar más sorprendida, no se trataba de un arriero sino de un monje, un monje ebrio que conducía un carromato y acababa de empotrarse contra un árbol, que me tomaba por peregrino y que pedía que me detuviera para que le diera un poco de agua. No salía de mi asombro. Caminé hacia el pobre desgraciado para poder ofrecer mi ayuda.

—¿Sabéis si hemos llegado ya a Carrión? —Tenía las orejas como si las hubiera colocado en la parrilla con San Lorenzo y el rostro no es que clareara mucho más. Me miraba con los ojos entrecerrados. Se había golpeado la frente y de una herida le brotaba un hilillo de sangre del que no parecía haberse dado cuenta—. Decidme, ¿es este el famoso cruce de caminos que ensalzaba al dios de los romanos? —Su delirio de frases me confundía. Por suerte sí que llevaba un odre con agua alojado entre mis bártulos así que con él procedí a humedecer el extremo de mi camisa y limpiarle la frente.

—Debéis sosegaros. No sé a qué os referís ni lo que estáis buscando, pero creo que Carrión de los Condes lo hemos dejado atrás hace rato. Tomad, bebed un poco, os despejará. —Le acerqué el pellejo a los labios y sin mirarme, lo tomó y tragó desesperado. Para ser hombre de oficio religioso no parecía amigo de las contenciones y las fórmulas de cortesía—. ¿Mejor así?

Fijó la mirada y entonces se dio cuenta de que no era el peregrino que había imaginado. Yo retrocedí un par de pasos, no quería tomarme demasiada confianza ni que la cercanía aturdiese aún más a quien acababa de golpearse con tanta intensidad. Él se incorporó tambaleante, me devolvió el frasco y me observó suspicaz; debía de estar recobrando la cordura, lo dejé asimilar su nuevo estado.

—Si no sois un peregrino entonces estáis conmigo en mi aventura, señora. Os agradezco el trago. Vengo mareado de mi último escondite y se han encabritado los caballos en aquella curva. —Se volvió y me señaló la vía por la que ambos habíamos caminado. Recta y lisa como una mesa de carpintero, no supe a qué curva se refería, pero asentí y lo animé a seguir, ahora no pensaba en otra cosa que en saber de qué o de quién se escondía este personaje—. Bueno… no importa, había una curva y yo me incliné demasiado y este par de jamelgos viejos no han sabido obedecer al tirón que he dado, así que ya habéis visto el estropicio en que hemos terminado.

—Lo importante es que estáis bien. —Su aspecto, pese a todo, había mejorado bastante. Temí que no pudiéramos decir lo mismo de los dos caballos que yacían con la respiración entrecortada bajo el árbol. Los miré con preocupación—. ¡Pobres rocines! ¿Podéis ayudarme a levantar el carro? —Entre los dos conseguimos alzar una de las ruedas

y diríase que las bestias lo agradecieron, pero el golpe había sido portentoso y debían descansar.

—No merecen la pena. Son viejos y no obedecen a mis órdenes, pero son los únicos que he conseguido traerme sin riesgo de que se los echara de menos. —Entendí con esto que los había robado y mi curiosidad se desató de inmediato—. ¿Acaso vos también os habéis dado a la fuga? A mí podéis contármelo, prometo guardar el secreto de confesión. —Dicho esto comenzó a reírse como un chiquillo, por lo que me sentí en la obligación de reírme yo también y responderle.

—Más o menos, pero si yo os revelo el misterio de mis incontables fugas prometedme que vos haréis lo mismo y le daréis lógica a esta cadena de acontecimientos de la cual comienzo a ser testigo porque nada me parece normal y me encantaría escuchar vuestro relato.

—Está bien, amiga, por lo solícita que habéis acudido en mi socorro y en vista de que no nos conocemos de nada, comenzaré diciendo que mi nombre no es lo importante en esta historia sino el hecho de que me busca un arcipreste y he de hacer lo posible por evitar que me encuentre.

—¿Es que habéis colgado los hábitos? —No podía creer que acabara de toparme con un renegado de la orden a la cual en otro momento había decidido consagrar su vida.

—¡No, señora! Soy abad, y a mucha honra tengo el oficio de siervo de Dios, pero puede que haya hecho algo que a ojos del Santísimo pueda considerarse imprudente o incluso censurable y ahora traten de pedirme que rinda cuentas. ¡Yo lo que quiero es disfrutar de la vida! ¿Me entendéis? La celda es muy aburrida y teniendo como teníamos un convento amigo a poca distancia, pues…

Temí que su relato iba a resultarme familiar. No lo interrumpí, pero esa vida disoluta al amparo de una estabilidad que solo el ambiente religioso concede a sus miembros me recordaba algo que conocía bien y que dejé allá en Monfero tantos años atrás.

—Sí, así es, la carne tienta también a los que vivís entregados a la oración, padre.

Se rio con confianza y le dio un nuevo trago a mi bota. En cuanto recuperó el aliento y se limpió los labios pasando la manga despreocupado por todo su rostro, se volvió a hacia mí y me invitó a que me sentara a su lado para escuchar los motivos de su escapada.

—Venid, no creo que os alarme lo que tengo que contaros.

Por algún motivo, aquel abad veía en mí a una mujer curtida en usanzas y con oídos hechos a todo tipo de relatos libidinosos que él estaba deseoso por contar.

—Lo cierto es que busco acompañante para ir a Barcelona, padre, y es cierto que un tramo sobre ruedas no me vendría mal para ganar jornadas y reposar un poco. Os advierto que nada de lo que queráis

confesarme me va a sorprender, ya que yo misma hui en su momento de los dominios de un monasterio en donde los santos sacramentos se profanaban con más frecuencia de la que Nuestro Señor hubiera juzgado oportuna. La carne… lo sé. Los monjes se alimentan bien y los conventos, a veces, se convierten en la mejor fuente para abastecerlos.

—Ay, los conventos, señora… ¡Tanta monja licenciosa y tanta hambre que pasamos!

Me preparé para prestar atención a su parlamento. Enganchamos de nuevo los caballos al carro que habíamos logrado recuperar a duras penas de la maleza y reanudé con él la marcha hacia Barcelona.

* * *

No tardé en darme cuenta de que me había encontrado con un abad vicioso y pendenciero al que le encantaba relatarme con todo lujo de detalles lo que había hecho y deshecho a las hermanas del convento cercano al monasterio en donde él vivía.

—No vayáis a pensar que era yo quien las perseguía. ¡En absoluto! Poco se cuenta de los deseos no confesos de las religiosas, con sus sofocos y sus querencias nocturnas… y diurnas. Veréis…

¿Acaso le había preguntado yo? Acepté viajar con él por lo cómodo y rápido de compartir dos caballos pero, en cuanto reparé en el hecho de que no había quien le hiciera cerrar la boca, comencé a sentir mareos y quise saltar del carromato.

—No, si no lo he imaginado nunca. Es que bien conozco la causa, señor. De donde vengo, en Monfero, había cierto personaje con fama de insaciable en asuntos que poco tenían que ver con la comida y más bien mucho con los encantos de las hembras. No es nueva para mí esta circunstancia.

Pareció que mi respuesta lo decepcionaba porque, sin duda, era una de esas personas con afán por alarmar a quien le prestaba oídos a más que por entretener con ellas a una audiencia. A mí poco me impresionó. A mí ya nada ni nadie que quisiera relatarme algo que estuviera relacionado con los deseos de un hombre hacia el sexo de una mujer me podía impresionar, alarmar o despertar curiosidad, no después de haber vivido mi vida.

—Eran jugosas como una cereza madura, muy especialmente en los días que iba yo a buscarlas y al levantarles el hábito me forzaban a apartar la mano con fingido recato. «Que no son días, hermano… que debemos mantener la limpieza y alejarnos hasta la semana próxima, marchaos». Eso me decían, las muy necias, mas luego bien que se me retrepaban por la espalda arrimando el pecho y rozando contra la tela lo erecto de sus cuerpos ocultos. Menuda piara de desvergonzadas…

—Si no digo yo que fingieran más vergüenza de la que realmente

tenían, pero creo que no me apetece conocer vuestros detalles.

Intentaba cortar su pegajosa cháchara. Los ojos se le habían enrojecido y noté que había en su declamación un ritmo atropellado, frenético, como si se fuera excitando con su propio relato a medida que avanzaba en el recuerdo de los revolcones con religiosas, desde novicias hasta abadesas. Yo solo pensaba en llegar pronto a la siguiente venta, confiar en que fuera lo suficientemente grande como para albergarnos a los dos alejados el uno de la otra y disfrutar por fin del añorado silencio…

—No parecéis tan joven como para ignorar este tipo de encuentros, señora. ¿Es que acaso os incomoda que sea entre religiosos piadosos frailes y compasivas hermanas? Ya veis que poco tenemos de qué avergonzarnos. El hombre es un animal hipócrita hasta para esto.

Supe que aquel mendrugo no iba a comprender nunca el punto en el cual me encontraba y yo tampoco sentí ganas de aclarárselo. De hipocresías conocía quizás más de lo que esta pieza de desecho había llegado a saber en toda su vida.

—Sí, es eso… No podéis estar mejor encaminado en vuestras teorías: me extraña que abades y abadesas retocen como conejos a espaldas del arcipreste de turno y comprendo que escapéis. La condena no será mesurada, imagino.

Poco imaginaba mi conductor los sinsabores que había tenido que superar yo en mi juventud. Ni lo supondría, seguro. Hablaba pero yo ya llevaba un rato sin escucharlo porque no quería recordar al padre Payo, aquella mala bestia, aquel animal sin juicio alguno.

Se quejó de lo injusto de la vida célibe y de los desproporcionados castigos que se imponen a quienes burlan las leyes divinas y gozan del sexo a pesar de los hábitos. Se lamentó de ser él tan inclinado a los regocijos terrenales y que su amor por Nuestro Señor le obligase a ser persona que reprimiera tales maravillas de la existencia del hombre.

—Por eso lo mejor es disfrutar aquí lo máximo que uno pueda y jugar al despiste con las autoridades religiosas; ya se encargarán los designios divinos de darme justo castigo una vez muerto. No me asusta el juicio final. No lo creo peor que las guerras que vivimos cada día de nuestra pobre existencia…

Miré al horizonte en donde parecía que terminaba la calzada y me dejé mecer por el traqueteo de los jamelgos y el vaivén del carro mientras él hablaba y hablaba. ¿Acaso sería él quien, contra todo pronóstico, me ayudara en la empresa que me había propuesto? De pronto sentí que había sido iluminada por una magnífica idea.

—Padre, perdonad que os interrumpa. —Reconocí que las mejores ideas no debían dejarse morir en la fantasía de nuestras ensoñaciones y me propuse decírselo cuanto antes—. ¿Es que os constriñen las duras leyes de la vida monacal? Me preguntaba si no habéis considerado la

opción de abandonarla y embarcaros en una aventura diferente, algo que quizás os anime y a la vez os libere sin privaros de los placeres mundanos.

Me miró extrañado. El abad se calló y su silencio pareció que llenase de pronto el aire que ambos compartíamos sobre aquel carromato. Solo se escuchaba el rítmico trote de los caballos, la madera que crujía, las piedras que se levantaban del polvo del camino…

—No sé si entiendo bien a lo que os referís —replicó, tras meditar un rato su respuesta—. Ya os he dicho que la vida religiosa no me desagrada ni me planteo abandonar la comunidad, es solo que prefiero «divertirme» mientras tanto.

—Pero ponéis en peligro vuestra fe a ojos de Dios, ¿no os parece? Considerad este ofrecimiento que os hago: si viajáis conmigo a Tierra Santa, prometo ser vuestra sirvienta. Los dos ganaríamos en tal circunstancia, ya que así me aseguraría tener un motivo para que me permitan embarcarme. —Sabía que sola iba a encontrar mayores y más complejas dificultades. Necesitaba a un hombre que me acompañase—. Solo así a ambos se nos garantizaría la indulgencia al llegar a San Juan de Acre.

Rogué por lo más sagrado que me dijera que aceptaba, que se atrevía a aventurarse en lo desconocido y seguir la estela legendaria de los que batallan por recuperar el Santo Sepulcro llamados a la guerra santa.

—Y ¿queréis que me aliste con vos en los ejércitos de don Jaime? ¿Es eso lo que me decís? Pero ¿quién va a querer contar con un hombre débil y amante del vino entre su soldadesca? Miradme bien, no soy pasta de regimiento.

En cierto modo, no era el hombre más aguerrido que había visto en los últimos meses, pero pensé que no se rechazaría a los voluntarios así como así.

—Si mostráis vuestra voluntad de alistaros, dudo mucho que nadie os rechace, Padre, ¡hagámoslo! Las huestes de su majestad necesitarán consejeros espirituales. A cambio, prometo atenderos en todo aquello que necesitéis durante la travesía y hasta alcanzada la bahía de Acre. ¿Qué me decís?

Sellamos nuestro pacto estrechándonos la mano y él me miró fijamente antes de advertir:

—Recordaré vuestras palabras cuando sea menester, amiga; «todo lo que necesite» es verdaderamente todo… No lo olvidéis.

No me iba a dejar olvidarlo.

* * *

En la primera noche que pasamos juntos compartiendo alojamiento me di cuenta del tipo de bruto que había tomado como compañero de aventuras. Se nos dio cobijo en un monasterio. Yo fui presentada como la sierva del abad y él no encontró impedimentos para que nos proporcionaran hospedaje esa noche y alimento al llegar la mañana. Peregrinos y frailes tenían garantizado el alojamiento en estos lugares, por lo que acepté hacerme pasar por quien cuidaba de sus servicios.

Al día siguiente, el abad apareció relajado y satisfecho: lo encontré degustando una pieza de fruta que goteaba sobre su regazo; enseguida se percató de mi presencia en el comedor.

—Ha despertado por fin nuestra remolona viajera… Señora, ya os dije que debías procuraros un descanso profundo para poder partir pronto. La jornada que nos espera es larga.

Lo miré sin responder antes de darme la vuelta y buscar un pocillo para servirme algo de leche caliente como desayuno. Lo cierto era que estaba cansada, había pasado la noche medio despierta, inquieta ante las aventuras ignotas que estaba a punto de abrazar en mi cruzada particular.

—Estoy bien, padre. —Preferí regresar al asunto que más me importaba—: Decidme, ¿habéis pensado en lo que os propuse ayer?

Me tranquilizaba saber que no había ningún monje testigo de nuestra conversación y que su respuesta no iba a estar condicionada por la discreción.

—En efecto, María, creo que vos y yo vamos a ser grandes compañeros de aquí a San Juan de Acre. —Se relamió las comisuras de los labios y a continuación mojó sus dedos pringosos en una copa de agua que alguien había dejado sobre la mesa. Acto seguido tomó mi mano para decirme—: No habrá nadie que interrumpa nuestros buenos tratos, que ya sabéis a lo que me refiero. Vos seréis mi sierva y como tal habréis de acompañarme y cumplir con lo que os pida; a cambio os garantizaréis ese salvoconducto a Tierra Santa que tanto os inquieta.

—Me parece un trato justo pero no demoremos más nuestra partida: pongámonos en marcha y que sea yo quien amenice el trayecto con mi narración, si os parece bien.

Debí de haberme expresado convincente porque el abad salió raudo hacia su celda para recoger los pocos bártulos que lo acompañaban sin llegar a responderme.

Poco después ya habíamos retomado el camino.

—¡Oh! Pocas cosas mejores que el sol del amanecer en la espalda cuando se tiene el estómago satisfecho, ¿no creéis?

—Imagino que sí. Yo solo he podido apurar un poco de leche tibia, padre, pero me alegro por vos.

Se atrevió a eructar sin disimulo antes de continuar con su tema

preferido de conversación. Debía de haber olvidado su intención de escuchar los motivos de mi viaje, así que me resistí a interrumpirlo.

—Bueno, algún placer más también es comparable a la buena comida y el calorcito en el cuerpo. ¡Sabéis de lo que hablo! —Lo sabía. Lo llevaba escuchando desde hacía horas—. Hubo una vez una abadesa solo algo mayor que vos que antes de retozar conmigo tenía la costumbre de ingerir media rebanada de pan con manteca y ajo, ¡que no sabéis lo que le apestaba el aliento a la condenada! —Se reía y se tocaba la nariz y luego me palpaba a mí la rodilla—. Vos no seréis aficionada a los sabores intensos, ¿verdad, María? —Por toda respuesta sonreí apretando los labios porque no encontraba en absoluto divertidas sus historias y ya estaba más que harta, pero mi obligación era ser cortés. Había aceptado sus condiciones—. Imagino que no, si por todo desayuno os conformáis con unos sorbos de leche y me parece bien, ¡muy bien! Así las digestiones no serán pesadas y podréis estar ligera en cualquier momento. —Entendí que con eso se refería a mi disposición para sus caprichos, el muy sucio…—. Creedme, a veces se dan la mano ambos placeres y se puede degustar un buen bocado directamente del cuerpo de una hembra. ¡Oh! Solo de pensarlo me entran picores bajo los hábitos. Aquellos miembros palpitantes en mi boca que se humedecían al contacto con la punta de mi lengua… —Rogué al Cielo que se callara. No pedía más—. Aunque no eran excepcionales tampoco los entresijos de las monjas que resultaban amargos al gusto y malolientes. Os lo digo, María, creo que en los conventos hay quizás una tendencia desmesurada a alimentarse con verduras del huerto y en muchas ocasiones esta dieta provoca un regusto amargo en los fluidos internos y quien pone sus labios allí donde salen las gotas, pues veréis, advierte el sabor y no es agradable.

Su cháchara sí que era nauseabunda. No tuve más opción que fingir que me quedaba dormida. Pensar en que me quedaban nada menos que largas semanas hasta nuestro destino…

Supliqué al Santísimo que no llegara a mis oídos por más tiempo aquel relato vergonzoso de las conquistas de cama en cama de ese hombre que se tenía por religioso pero era menos santo que las suelas de mis escarpines. Era tan desagradable como lo había sido también el padre Payo y no podía imaginar siquiera lo terrible de enfrentarme de nuevo al sometimiento que había vivido en la alcazaba, al silencio y a la disposición permanente a los deseos lascivos de un hombre.

Oré para mis adentros esperando que sucediera y yo no lo sintiera, que acabase pronto y que yo pudiera pasar de puntillas por sus peticiones y atenderlas sin vivir el suplicio; sin resistirme y con indiferencia, como hacía con el caudillo en aquellas noches en que llegaba y me buscaba entre todas sus esclavas porque solo pensaba en usarme a mí, tocarme a mí, forzarme a mí y a mi pobre cuerpo ya

insensible de haber sido tantas veces torturado.

Que sucediera de este modo, pedía, porque sabía que solo así podría llegar hasta donde se encontraba Pedro: vendiéndome a ellos.

—La mano entera, ¡y porque me pedía ella que la introdujera! Y yo empujaba y empujaba y goteaban sus humedades hasta mi codo. Todo mojado. Tenían que cambiarse los hábitos. Qué mujeres…

Qué animal.

* * *

Allí se alzaba de nuevo, imponente, la muralla de la ciudad. Reconocí los pináculos y una inmensa sensación de alivio se adueñó de mí. Supe que mezclados con las idas y venidas del jaleo callejero, me podría alejar discretamente del abad y que esa distancia me daría una nueva perspectiva, una suerte de libertad.

Absorta como estaba en la contemplación del paisaje, me sobresalté cuando el viejo, que llevaba un rato callado, me interpeló con un comentario nada esperanzador.

—Manteneos cerca de mí, María, que esta ciudad es demasiado grande y está demasiado abierta al exterior como para que no os tienten las ansias de liberación. Como mi sierva, es prudente advertiros al respecto y que no os pierda de vista.

Aquella mañana su calvicie daba a la superficie de su coronilla un brillo tan intenso como repugnante. El abad sonreía malicioso, apenas torcía la comisura derecha de su boca y apretaba el labio superior, reprimiendo la mofa, regodeándose en su poder sobre mí.

Sí, era verdad que yo lo necesitaba a él para embarcarme, pero no menos cierto que la idea del viaje a Ultramar había sido mía por lo que podía desdecirme si así lo quería. Opté por seguirle el juego y fingir que acataba sus mandatos para escabullirme en cuanto se diera la ocasión y en mitad de una ciudad que conocía perfectamente.

—Me hago cargo de los peligros, padre. ¡No imagináis lo que agradezco el poder tener a un hombre cerca capaz de protegerme de cualquier amenaza!

Y dicho aquello nos apeamos de la cabalgadura en cuanto cruzamos por la vía que rodeaba al monasterio de San Pedro de las Puellas. Temí por que el abad, en su insaciable lujuria, insistiera en acercarse a «visitar» a las novicias, pero, por suerte, la naturaleza del convento le pasó desapercibida y pudimos continuar avanzando.

Qué distinta encontré Barcelona desde la etapa en que la había disfrutado junto a Pedro. No era solo la presencia de mi lascivo acompañante lo que modificaba mi manera de sentirme en aquel ambiente, aunque inevitablemente eso influía, lo cierto era que la ciudad bullía; crecía y se llenaba de trabajo, se nutría de viajeros y

enviaba lejos, gracias a la puerta que ofrecía el puerto, a muchos de sus habitantes permanentes y de paso. Me sentí miembro de aquel intercambio comercial, como si sus gentes fueran parte del trueque. Estábamos allí para marcharnos a otro lugar.

—Para esta primera noche se nos dará asilo en el convento que dicen de Framenors, María —indicó el abad—. Tal vez necesitemos abusar de la confianza de la orden y debamos permanecer con ellos por más tiempo, pero, sea como fuere, me consta que estaremos bien.

—¿Os referís a los de la orden de San Francisco de Asís, padre? —aunque estaba casi segura, pregunté por salir de dudas: los franciscanos han sido siempre monjes de buena voluntad y eso me daba confianza.

—Los mismos, sí, aquellos que siempre están dispuestos a dar consuelo a quienes sufren por su situación de hambre y miseria. Conservo una buena relación con ellos y no pondrán reparo alguno en acogernos.

De modo que hacia el primero de los portales de la enorme muralla nos dirigimos. El convento estaba ubicado justo al lado, en las inmediaciones del puerto y donde también se encontraban el espacio reservado a las atarazanas reales; cientos de trabajadores seguían las órdenes del alarife para tallar las piedras y levantarlas, dando forma a los futuros arsenales. El abad y yo nos paramos para contemplar a aquella masa en movimiento compuesta por un centenar de labrantes.

—¡Admirable esfuerzo! Sin duda estas bestias acostumbradas al más rudo desempeño a la hora de cargar, tallar y enripiar la piedra han de ser hombres de extremo vigor, María. ¡Que no os encandile su fisonomía!

Aquel hombre no podía pensar en otra cosa. Dejé que hablara como había hecho durante todo el recorrido hasta allí y miré hacia otro lado.

Supuse que allí se construían los barcos que se echarían a los océanos los años venideros. Era un amplio espacio y contaba con la mejor de las ubicaciones a mar abierto. Aquello me pareció interesante, pero lo que de verdad me preocupaba era encontrar a quienes pudieran alistarnos para las galeras de su majestad.

Al llegar al convento fuimos recibidos por uno de los frailes. Iba vestido con un humilde hábito que anudaba a la cintura con cordel de rafia y las sandalias con que iba calzado, desgastadas en los bordes, dejaban ver unos pies resecos y agrietados que ponían de manifiesto los esfuerzos de aquella congregación por perpetuar los hábitos de vida de su fundador: Francisco de Asís, el santo de los más necesitados.

—Sed bienvenidos, hermano. ¿Venís de muy lejos? No son tiempos propicios para los largos desplazamientos. —El fraile, que se

expresaba con una sonrisa pánfila como de estatua labrada en cuarzo, hacía demasiadas conjeturas—. ¿Os acompaña una pariente?

Después de dedicar una mirada a repasar mis facciones en detalle, el fraile tomó la bolsa del abad y me animó a pasar a mí también cerrando el portón tras de sí.

—Se trata de mi sierva, hermano. Me acompañará en estos días hasta que demos con quien pueda ayudarnos a embarcarnos rumbo a nuestro próximo destino.

Las palabras de mi acompañante quedaron suspendidas en la bóveda del convento. El fraile no volvió a preguntar por mí (al menos no lo hizo en mi presencia) y así fue como tuve mi primera noche de sosiego, perfectamente aislada de la figura del abad.

Me dieron una celda que compartiría con alguien más, en lo que parecía la zona del monasterio reservada a los mendigos. El olor intenso a algo agrio que se pudría en algún sitio lejos de la vista me dio arcadas, pero agradecí el verme lejos de aquel hombre y, sobre todo, de tanta palabrería trivial y soez.

Para mi sorpresa, al fondo del habitáculo resultó que se hallaba una mujer; estaba acurrucada sobre su costado; el pelo revuelto y sucio hasta la altura del pecho le cubría parte del rostro que, pese a la oscuridad del espacio, me pareció mugriento, acaso tiznado de hollín, porque solo adiviné sus enormes ojos que se abrieron en cuanto me vieron llegar.

—¿Vos también venís a los *drassanes*? —me dijo—. A este paso no van a tener soldada para tanta gente.

—¿*Drassanes*? Disculpadme, pero no sé a qué os referís. En realidad, estoy acompañando a un abad, espero que por poco tiempo. En cuanto tenga ocasión, embarcaré para irme lejos.

La mujer se incorporó para escucharme. Parecía algo más joven que yo y, en cuanto se apartó la melena, pude comprobar que no solo la cara sino el conjunto de sus prendas estaban también cubiertas de suciedad. Me contó que era nodriza, que no le faltaba trabajo alimentando a los hijos de los judíos, que había varias mujeres que no podían hacerlo y ella, desde que había perdido a su criatura, no había dejado de producir la leche materna.

—No es mucho lo que me aportan por esa labor pero al menos da para alimentarme.

—¿Y puedo preguntaros entonces por qué habitáis en esta celda? —El aspecto andrajoso de aquella mujer no indicaba, a simple vista, que pudiera gozar de privilegio alguno.

—Los frailes son bondadosos también con quienes ejercemos el trabajo clandestino —se acarició la tripa y me miró—. Hace tiempo que perdí el seso y la cordura por un hombre, el capataz al mando de las obras en el puerto. Él fue quien me dejó encinta y que me

abandonó en cuanto tuvo noticia de mi estado. Más tarde perdí a la criatura que se revolvía entre fiebres y dolores, como si escogiera la muerte antes que una vida de desgracias.

—Lo lamento muchísimo. —A pesar de la tristeza de su relato, aquella joven permanecía inconmovible, como si me hablara de otra persona—. ¿Es que esa familia cuyos hijos alimentáis no os da cobijo?

Ignorante de los últimos edictos, yo desconocía la prohibición de ser nodriza cristiana de hijos de judíos o moros, así como de la situación inversa, que también se daba, al parecer, con no poca frecuencia.

—¿Y recibir azotes como sanción al incumplimiento de la ley, señora? Bastantes palos he recibido ya como para querer más, ¡o que me expulsen de la ciudad! La comunidad franciscana se apiada de mujeres como yo, y así sobrevivimos.

Pensé en lo que acababa de decirme y recordé todas las veces en las que yo también había quebrantado las normas y me había expuesto a una vida de riesgos, una lucha por la supervivencia, una danza con la muerte de la cual, hasta la fecha, había salido airosa.

—Y ese capataz que decís, ¿era responsable en los *drassanes* que antes mencionabais? —inquirí, por cambiar de tema—. Entiendo que es así como decís en vuestra lengua.

—Sí, eso es, las atarazanas en construcción. Pronto serán el espacio de reparación y trabajo de los barcos, buques y galeras reales, pero aún quedan muchos meses, quizás años y no dejan de demandarse voluntarios para sumarse a la obra. Por eso os preguntaba, porque por aquí han pasado muchos.

—¿También mujeres? —me sorprendió la información—. Lo cierto es que no busco un oficio, pero me interesa conocer que podría ejercer ese si quisiera.

—Bueno, señora, ya sabéis a qué me refiero. No es el mismo oficio que el de labrar la piedra, cortar y desplazar la madera, eso es cosa de los hombres, pero mujeres siempre se solicitan para otro tipo de tareas.

Comprendí a qué se refería.

Aquella mujer tenía buenos tratos con la comunidad judía, y eso era lo importante.

Busqué el hueco reservado para un pequeño montón de paja y deduje que se trataría de mi lecho para esa noche y las siguientes. Enseguida me dormí, agradecida por mi fortuna.

* * *

—¡Despertad! Vamos rápido, si os dais prisa llegaremos al primer reparto de comida y creedme que os hará falta para el resto del día. ¡Vamos!

Mi compañera de celda me sacudió, empeñada en que me despabilara para ir con ella.

—Pero ¿de qué estáis hablando? Aún no ha despuntado el día, ¿y os vais a trabajar? ¿Y qué os hace pensar que yo voy a ir con vos? Ya os dije anoche que estoy aquí acompañando a alguien…

—Sí, a un abad, y también me dijisteis que en cuanto tuvierais ocasión trataríais de buscar vuestro propio camino. ¡Ese momento ha llegado! Venid conmigo y os ayudarán. Solo tenéis que esconderos hasta que los frailes me abran el portón y estar ágil para escurriros por el hueco antes de que lo vuelvan a cerrar detrás de mí. Estos religiosos madrugan para sus oraciones más que las gallinas y están igual de alertas que ellas.

Me sorprendía la buena voluntad de aquella pobre desdichada que, sin necesidad de explicarle mi situación, ya se había hecho cargo de las circunstancias.

—Os agradezco mucho la ayuda, señora, pero no voy a ir con vos porque me debo a la presencia del abad y he de cumplir sus encomiendas como sierva —dije—. Tal vez no sea la mejor de las compañías, pero dio su palabra para abrir la puerta que necesito.

—Como queráis, no obstante, sabed que la familia para la que trabajo está bien dispuesta y no tendrá problemas en dar de comer a una boca más.

Al decir aquello me pareció útil poder conocer a aquellos judíos. Pasado el tiempo confirmé que, indagando sobre ellos, había hecho lo correcto.

—¿Y cuál es el nombre de vuestro patrón?

—Si en algún momento os lo pensáis mejor, podéis acompañarme, solo tenéis que preguntar por Benjamí de Gadar. En la aljama todos lo conocen. —Ya se disponía a marcharse, pero se volvió al recordar algo que había pasado por alto—. Mi nombre es Eulalia, si no volvemos a vernos antes, aquí me tendréis esta noche. —Se inclinó con una reverencia y respondí en los mismos modos—. Que paséis una buena jornada.

—Igualmente, Eulalia. Yo soy María, para serviros…

Por el bien de las dos esperé que no se equivocara, y por el suyo, que su nombre no fuera una señal de correspondencia con la mártir cristiana. Abandonó la celda y me dejó sola a la espera de mi «salvoconducto» a Ultramar, al menos hasta ese momento.

No fui capaz de recuperar el sueño, así que me levanté y busqué por los pasillos el lugar señalado para dar alimento a los peregrinos y desamparados. No tardé en encontrar un amplio comedor provisto de cinco mesas rodeadas por bancos corridos; aquella habitación bien podía albergar a unas cuarenta o sesenta personas y en esos momentos se encontraba vacío. Era muy temprano.

Reparé en uno de los frailes que portaba una vasija con agua y cruzaba la sala a tiempo de que lo alcanzara con la mirada.

—¡Buen día, hermano! —había elevado el tono de voz y mi llamada retumbó en toda la estancia lo cual hizo que me sonrojara—. Oh, disculpad, estos techos tan altos… tal vez vos sepáis quién puede darme un poco de pan, no he comido nada desde la tarde de ayer tras llegar agotados de tan largo viaje.

Dejó la vasija en una de las mesas y vino hacia mí para tomarme de las manos.

—Buen día tengáis. Entonces sois vos la que llegó ayer con el abad castellano. —Él también me observó con detenimiento antes de continuar hablando—. Entiendo que estéis hambrienta. ¿Habéis podido descansar? En un rato el cocinero comenzará a servir unas gachas para que podáis recuperaros.

En efecto el fraile no se equivocaba: tras agradecerle la información, me senté junto a un pequeño grupo a esperar en uno de los bancos y no tardó ni un suspiro en aparecer el que debía ser el cocinero con una bandeja de la que sobresalía un puchero humeante que sin duda contenía mi desayuno y el del resto de las personas alojadas en el convento.

Comprobé cómo todos los que nos habíamos reunido junto a aquella mesa éramos provistos de aguamaniles y frazalegas para asearnos antes de la primera comida del día, una costumbre que solo recordaba haberla visto en las estancias reales, demasiado tiempo atrás.

Di cuenta de aquella argamasa espesa de harinas y miel cocida. Una vez recuperada, juzgué con nuevas esperanzas la propuesta de mi compañera de celda. Me estaba animando a seguir sus indicaciones y arrimarme al portón para escaparme en cuanto viera que se abría cuando de pronto vi entrar a un grupo de frailes que se dirigieron hacia donde yo me encontraba; traté de distinguir entre ellos la calvicie familiar de mi acompañante, pero no estaba. El que encabezaba el grupo fue el primero en hablarme:

—¿Sois vos la sierva del padre Antonio?

Creí no conocer a ningún padre Antonio, hasta que caí en la cuenta de que el abad no había tenido nombre propio para mí a lo largo de todo nuestro viaje; ambas circunstancias vinieron a confluir mágicamente y asentí a lo que se me preguntaba.

—Sí, claro que sí, el abad es a quien debo mis servicios. ¿Por qué lo decís? ¿No se encuentra bien?

El grupo se revolvió entre murmuraciones de las que no logré discernir sentido alguno; parecían nerviosos y entonces el mismo fraile me aclaró lo que pasaba.

—Debéis saber que el padre Antonio ha sido impedido en el ejercicio eclesiástico por quebrantar los votos de su orden en varias

ocasiones.

La sorprendente noticia me colmó de satisfacción dadas sus groseras confidencias, pero quise saber más.

—¿Es que ya no podrá oficiar misas ni ejercer las labores propias de un clérigo? ¿Qué ha sucedido?

—Baste con que sepáis que una abadesa lo ha identificado como «asaltante violento» en varios conventos, por lo que, de momento, estará aquí retenido hasta que la justicia decida con qué pena castigarlo. Vos, a partir de ahora, quedáis liberada del vínculo de servidumbre que os ligaba a él.

Me levanté de mi asiento y miré alrededor para asegurarme de que aquello era cierto y de que podría irme adonde quisiera, tal y como me decían. Una alegría extraña me estalló en el pecho y quise gritar, pese a que ignoraba cómo podría hacer realidad mis sueños, ahora de nuevo en soledad.

* * *

Supe que un visitador había sido acogido en aquel convento de los frailes menores, con tan mala fortuna para el lascivo padre Antonio que lo reconoció por las descripciones que le había dado una abadesa al denunciar sus abusos. Lo habían prendido de inmediato y a mí me permitieron pernoctar bajo el cobijo del monasterio una noche más y para partir a la mañana siguiente en busca de mi destino.

Así que la ciudad de Barcelona era ahora mi hogar, el ámbito para mis quehaceres y una puerta hacia la salvación de mi alma en Tierra Santa. Todavía podía conseguirlo.

La lluvia de aquella mañana de agosto se batía en duelo contra el calor del verano que poco a poco nos iba a abandonar para dejar paso a la estación siguiente. Yo no tenía nada, ni dinero, ni atuendos para el futuro frío que me aguardaba y tan solo una herramienta para ganarlos que andaba vieja y en desuso: mi propio cuerpo.

Abandoné el convento y me dirigí hacia el descampado de las atarazanas reales en donde Eulalia me había indicado que tantos desventurados encontraban un oficio en el que poder ocuparse. A medida que me aproximaba a la zona iba escuchando, cada vez con más intensidad, los gritos e indicaciones a los canteros proferidos por el alarife. Pensé en la historia de mi compañera de celda y, pese a mi acuciante necesidad de trabajar en algo que pudiera alimentarme en los días sucesivos, lo cierto fue que tantos hombres valiéndose de su fuerza me intimidaron; observé a las cuadrillas que se intercambiaban algo de comida y bebida en lo que parecía un improvisado descanso y, sin acercarme demasiado, me paré a escuchar a un grupo resguardado tras un árbol.

—Pretende salir a la mar con una escuadra de no menos de treinta naves, ¡treinta naves! —el obrero se llevaba las manos a la cabeza y exclamaba exaltado—. Veremos cuántos de los caballeros en la infantería son más tártaros que francos.

—Con treinta naves bien puede armarse una auténtica guerra sin importar si quien batalla es de sangre nuestra o de cualquiera. Yo iría.

Me pareció que hablaban de la expedición real que su majestad llevaba tanto tiempo planificando y quise intervenir, pero el miedo me paralizó y permanecí a la escucha un poco más, mientras aquellos hombres se recreaban en su descanso.

—El rey de Sicilia se propone dominar todo Oriente y es claro que don Jaime no va a permitir semejante osadía. ¡Echará al mar las naves que sea menester!

Los tres hombres se reían con desatado descaro, animados por lo que adiviné que sería vino que bebían de un par de botas.

—Al precio que han ascendido las fonsaderas bien se pueden pagar esas naves y galeras, ¿no creéis?

—¡Por la armada de su majestad!

—¡Y por los tributos que la cubren!

Alzaron las botas y brindaron entre risas hasta que un responsable llegó para interrumpir su celebración y obligarlos a regresar a su dura faena.

Me quedé pensativa tras aquellos comentarios. La partida de la flota se sentía inminente y todavía no había encontrado cómo mezclarme con ella para viajar por fin. Seguí a uno de los hombres que se había apartado de los otros dos para recoger las bolsas y le pregunté:

—Buen día tengáis, caballero. Perdonad mi intromisión pero no he podido evitar escuchar vuestra plática. —Me incliné en una reverencia y sonreí tímidamente para mostrarme amable—. ¿Vos vais a participar en la expedición de don Jaime a Tierra Santa?

El hombre interrumpió su labor, soltó la bolsa y alzó la cabeza para reconocer con extrañeza a una mujer en aquel entorno tan varonil.

—¿Se puede saber cuánto tiempo lleváis ahí escondida? Marchaos de aquí o llamaré a los soldados para que os detengan. ¡Andrajosa! —Dio un paso y de un golpe en el hombro me hizo caer de bruces sobre los restos de la comida que había tomado con los otros—. ¡Qué os importará a vos lo que hablemos entre nosotros! Si sois ramera, buscaos tarea en otro sitio, y si venís a robarnos más os vale ir a merodear por la judería; aquí poco vais a encontrar y estamos atareados como para atender vuestras estúpidas preguntas. ¡Fuera!

No contento con el golpe aún me propinó una patada cuando me tenía en el suelo manchada con los restos del almuerzo. Después se alejó y yo permanecí allí durante unos instantes, los justos para darme tiempo a recomponer mis harapos y, siguiendo las rudas indicaciones

del obrero, llevar mis pasos hacia el barrio judío.

* * *

Eulalia me había dicho que en la casa en donde ella alimentaba con su leche al bebé de aquellos judíos yo también podría trabajar, y aunque no podría cumplir las ocupaciones de una nodriza supe que algo se me ocurriría; solo debía dar con ese Benjamí de Gadar que tan popular decía que era en aquella comunidad.

Pensé que podría coser, por ejemplo. Había visto coser a Drina en numerosas ocasiones y yo misma, siendo niña, había jugado con los hilos de los tejidos que fabricaban mis padres; todavía conservaba unas manos ágiles y menudas y el pulso no me temblaba del todo. Quizás aquella fuera a ser mi solución.

Mi primer problema fue encontrar a Eulalia, claro. Me adentré en la ciudad dejando atrás el puerto y seguí la ribera de la acequia que se prolongaba hacia el centro urbano. La mañana hacía horas que había terminado de despuntar y las lluvias iniciales habían dado paso a un sol que mordía las nubes poco a poco, aunque no lograba calentar el día. Mi vestido estaba húmedo y tuve que sortear los charcos y el barro repartidos por el camino a medida que me aproximaba al convento que, más adelante, supe que correspondía a los mendicantes dominicos. Las calles estaban invadidas por carromatos, cajas apiladas con mercancía variada y pequeñas tiendas que improvisaban mercados; me pareció un ambiente que bullía entusiasmado, que crecía por momentos. El tiempo me daría la razón y aquel barrio pronto se convertiría en uno de los más dinámicos; me aproximaba a la aljama y los judíos no se encontraban lejos.

Lo primero que me impresionó fue que las acumulaciones de agua bajo mis pies, los pozos y lodazales que venía esquivando desde que me había alejado de las atarazanas, ahora se habían vuelto de color bermellón. Acababa de llegar a una de las puertas de la muralla en donde se daba cabida a la popular carnicería que frecuentaban ciudadanos cristianos y también, para mi fortuna, judíos. Comprendí que aquellos charcos eran de sangre de los cuerpos de los animales sacrificados que se vendían por piezas en aquel concurrido lugar.

Pese a la hora bien temprana había allí no menos de treinta compradores que se llevaban los pedazos más jugosos y frescos de las reses sacrificadas, tal vez las mejores del día. Pensé que aprovechar tanto gentío sería bueno para preguntar allí por el tal Benjamí, así que me acerqué a uno de los empleados para consultarle.

—¿Venís a la carnicería a preguntar por Gadar? —Un aire de sospecha se distinguía en el alzamiento de sus cejas—. ¿Quién pregunta? ¿Es que buscáis trabajo? Con esas pintas ya me lo imagino.

Se había apartado del mostrador; justo del otro lado una hilera de ganchos permitían a la clientela observar la abundancia de animales muertos dispuestos para el despiece y él había estado separando con una navaja de gran tamaño las partes comestibles de un estómago de las vísceras que iba desechando en un barril a su lado; las manos goteaban sangre espesa y se había limpiado en el lienzo de su delantal antes de hablar conmigo. Me impresionó su agilidad y comprobé que allí todos los empleados portaban su propio cuchillo. Su destreza me llevó a concluir que, en caso de darse una pelea o desencuentro entre ellos, nadie diferenciaría la sangre de un hombre de la de un cordero.

Sumida en mis desordenadas cavilaciones, no oí la llamada de una voz familiar y hasta que me tocó el hombro y me habló casi pegada a mi oreja, no reconocí a una de las vecinas con quien tantas horas de conversación había pasado lavando prendas en la acequia durante mis años con Pedro en la ciudad.

—¡Clara! ¿Sois vos? ¿Qué os ha pasado?

Desde aquel horrible momento, cuando fuimos prendidos por Violante, jamás la había vuelto a ver. Habíamos desaparecido y ahora me llamaba por mi falso nombre, por eso no me daba cuenta de que era a mí a quien gritaba.

—Sí, soy yo, no os equivocáis. —Aterrada ante la simple idea de narrar mis desventuras a aquella mujer tan dada a la murmuración y el chisme con otras vecinas, preferí inventarme una excusa para alejarme de allí, pero el carnicero me delató.

—Está buscando a Benjamí de Gadar, Elvira. ¿Sabéis si se encuentra en la ciudad?

—¿Benjamí? Por supuesto. No hace ni una hora que estuve con una de sus hijas. ¿Y por qué queréis encontraros con ese usurero, Clara?

Comencé a agobiarme ante las preguntas de aquellos dos. Sentía la sangre de la carne que goteaba a nuestras espaldas cada vez más densa y quise alejarme de allí cuanto antes.

—No es nada importante —dije, en un intento de parecer despreocupada—, era para darle un recado de parte de una amiga, pero no tengo prisa. Volveré en otro momento.

—No, de ninguna manera, Clara. ¡Han pasado largos años y no os dejaré marchar así como así! Si queréis, os acompaño hasta la casa de Gadar y si no, adonde sea que os dirigís, pero no desaparezcáis de nuevo. Por cierto, ¿dónde está vuestro esposo?

* * *

Evité contarle a Elvira ninguna de las circunstancias que me habían llevado hasta allí después de todo aquel tiempo y, especialmente, nada que tuviera que ver con Pedro.

—Mi marido está bien, descansa en Burgos después de unos meses arduos con los preparativos para el festejo nupcial. No ha querido viajar conmigo por no perder nuevas oportunidades de trabajo —mentí—. Gracias por preguntar.

La lavandera se quedó conmigo durante toda aquella mañana. Mientras caminábamos por las callejuelas que rodeaban el llamado *Castell Nou* no paró de hablarme de sus hijas, de la desgraciada muerte del bebé de una de ellas y de otros asuntos que a mí poco o nada me interesaban, hasta que se puso a tratar de las tensiones por la inminente partida del rey, entonces sí que le dediqué toda mi atención.

—Creo que vuestro Benjamí es uno de los principales prestamistas en esa empresa que trae de cabeza a mi señor.

Aquello me llenó de curiosidad: la comunidad judía andaba en excelentes relaciones con el rey don Jaime, que los protegía con ciertos privilegios a cambio del dinero que él tanto necesitaba para financiar su ansiada expedición. Era extraño que aún hubiera hombres recelosos de formar parte de esa aventura hacia la Tierra Santa.

—¿Es que no desea alistarse en la cruzada? —pregunté. El amo de Elvira, por lo visto, era un noble venido a menos y poco dado a la manifestación violenta. No lo imaginaba batallando al frente de ninguna guerra—. Cuentan que serán más de treinta buques.

—¡Y aunque fuesen cincuenta naves! El caso es que está empeñado en mandar a mi esposo en su lugar y eso sería una auténtica desgracia.

—Pero vos podríais ir también —respondí convencida—. Son grandes oportunidades en Ultramar y no es necesario que vuestro esposo se dé a la batalla.

Aquella pobre lavandera no parecía muy dispuesta a creer en mis palabras ni en la campaña del monarca. Había asistido a pocas prédicas de los frailes, en cualquier caso muchas menos de las que había conocido yo en todos aquellos años y concebía la expedición como el final de las oportunidades de quienes la emprendían en vez de como su verdadero comienzo.

—Nunca me atrevería a poner en peligro mi vida y la de mi familia, por mucha promesa celestial que se me haga a cambio.

Era fácil adivinar que no me pondría de acuerdo con aquella mujer, así que no insistí más en el asunto hasta que llegamos a la vivienda de Gadar. Me despedí de ella antes de entrar en la casa porque no quería encontrarme con Eulalia y asistir a la confusión de identidades entre quien Elvira creía que era yo y quién soy realmente. Por ello, con la excusa de tener que tratar un asunto delicado, le pedí que se fuera al poco de llamar a la puerta.

—Pero querida, ¡no volváis a marcharos sin despediros! Sabéis dónde encontrarme y en la medida de mis posibilidades estaré

dispuesta a ayudaros siempre que lo que necesitéis.

No era una mala persona, pero su entrometimiento podía acabar con mi paciencia. La vi alejarse y golpeé la puerta hasta que fui recibida en los aposentos de aquel misterioso prestamista.

* * *

Fui atendida directamente por quien había sido mi compañera de celda la noche anterior: las cosas parecían tornarse cada vez más sencillas.

—Buen día tengáis, Eulalia. Ya veis que no me ha costado dar con la dirección. —Balbucí las palabras sin darle tiempo a reconocerme, en cuanto la tuve en el vano de la puerta con la mirada clavada en esa desconocida que llegaba sin avisar a primera hora de la mañana—. Soy María… ¿es que en solo unas horas ya os habéis olvidado de mí?

La joven se echó las manos a la cabeza en cuanto se dio cuenta de la situación y me invitó a pasar.

—¡Por supuesto, amiga! Es que no contaba con que cambiaseis de opinión en tan poco tiempo. ¿Qué os ha animado a tomar la decisión de venir? Os dije que no habría impedimento. ¡Entrad! Esta mañana están todos en casa, por lo que podréis hablar con el señor Benjamí directamente.

—Si os cuento en detalle lo sucedido muy probablemente no me creeríais, así que baste con que sepáis que ya no debo someterme a la compañía de ningún abad y que busco una forma honrada de mantenerme hasta que pueda enrolarme en la expedición a Ultramar.

Eulalia sonrió, tal vez admirando mi coraje o, simplemente, satisfecha al verme libre. Su aspecto era mucho más aseado que aquel con el cual la había conocido la otra noche, me extrañó y supuse que tal vez se hubiera visto envuelta en algún altercado a su regreso al convento al finalizar el día; luego recordé mi poca fortuna junto a los constructores solo momentos antes en las atarazanas y mis piezas encajaron.

Del otro lado de la puerta, la vivienda se veía espaciosa y recargada de adornos; dividida en salas que concedían una intimidad inusitada a sus habitantes, en aquella familia se notaba que no faltaban comodidades. El tal Benjamí debía de ser persona de buenos recursos; quise conocerlo cuanto antes.

Aunque me habían hablado de los usos y costumbres de la comunidad levantada en torno a la aljama, lo cierto es que nunca antes me había relacionado con los del distintivo amarillo; corrían demasiadas habladurías respecto a su naturaleza malintencionada y vengativa y había quienes incluso se privaban de beber en las fuentes de la ciudad por miedo a que los judíos las hubieran contaminado con

sus venenos. Yo nunca lo creí, ni en mis tiempos junto a Pedro ni tampoco entonces quise hacer caso de aquellos rumores, pero me manejaba con prudencia y sentía mucha curiosidad por aquel prestamista que no tardó en aparecer en cuanto Eulalia me dejó sola en la sala aguardándolo.

Era un hombre pequeño, sorprendentemente pequeño y a simple vista, de aspecto insignificante para tratarse de una personalidad tan poderosa en la ciudad; cubría su cabeza con el característico sombrero amarillo que los hebreos estaban obligados a usar y que, gracias al remate puntiagudo, lo hacía parecer un poco más alto. Caminaba encorvado y envuelto en una capa de paño oscuro que le alcanzaba casi hasta los pies. Me miró apoyado en un bastón y alzó una ceja para reconocerme. No hizo falta explicarle a qué había venido, inmediatamente se dirigió a mí del siguiente modo:

—Nada malo hay en quien desea ganarse la vida y pone medios para ello. Sois una mujer valiente… ¿María? —Se volvió hacia Eulalia para confirmar mi nombre y ella asintió—. Me han dicho que estáis dispuesta a ofrecerme vuestros servicios, así que veamos qué tenemos por aquí. En esta casa se precisan manos para cuidar a los más pequeños, atender a la limpieza y, en general, mantener el orden que me permita a mí trabajar en mis ocupaciones sin distracción. ¿Creéis que podréis haceros cargo de alguna tarea?

Tras decir aquello se escuchó el llanto de un bebé al fondo del pasillo; Eulalia se inclinó con una reverencia y desapareció tras la cortina dejándonos solos. Comprendí que era el momento de pedir aquello que verdaderamente necesitaba.

—¿Y a vos os parece de valientes solicitar trabajo a quien tiene medios para emplearme? Más os sorprendería descubrir adónde pretendo conducirme en cuanto tenga ocasión.

—¿Conduciros? Pero ¿no es una tarea en esta casa lo que venís a pedir? —El usurero se mesó la barba, encrespada desde las orejas hasta el extremo más sobresaliente de su mentón, para mirarme luego sorprendido—. Explicaos mejor, María.

Debía ser clara y no andarme con rodeos si quería ganarme los favores y colaboración de aquel hombre, por lo que me mantuve prudente y obré con cautela. Le expliqué los motivos que me habían animado a sumarme a las tropas del rey y que lo que en realidad pretendía no era ganarme unas monedas limpiando las suciedades de su casa sino abandonar la península cuanto antes para seguir la estela de mi amado y liberarme de una vida de frustraciones y maltratos para asentarme lejos, allá en la Tierra Santa.

—Comprended que si la espera hasta que la expedición por fin se decida a partir es muy larga necesitaré manutención, por eso os pido un trabajo, aunque no sea ese mi último cometido.

—De modo que perseguís a un hombre y osáis lanzaros al ignoto mar mezclada con una caterva de soldados por dar con él.

—No, señor, yo abrazo la cruzada. Hace años que empeñé mis posesiones en la comarca gallega de La Coruña y allí, al cuidado de los monjes del monasterio de Sobrado, aguardan a que regrese sana y salva para recuperarlas o a ser entregadas definitivamente si mis huesos se pierden en San Juan de Acre.

—Y ¿por qué entonces habláis de ese tal Pedro, quien, al parecer, ya ha puesto los medios para viajar como cruzado sin esperaros? —me preguntó lleno de sospecha—. ¿Es que no es por él que deseáis abandonar el reino?

Sus palabras me obligaron a recordar por qué había firmado aquel contrato: evoqué la figura ya borrosa de un hermano que me repudiaba, la necesidad que tuve de asegurar las heredades por no confiar en su sentido para la tutela de lo que era de ambos y las esperanzas que volqué, ciega, en Pedro d'Ambroa, el único hombre que había cuidado de mí y que me había mirado a los ojos sin ver únicamente a la Balteira.

—Me temo que no, señor, aunque desearía reunirme con él y cumplir juntos con la empresa que juntos ideamos.

Benjamí se sentó a reflexionar unos instantes antes de hacerme su propuesta. No tenía objeciones en que yo trabajara en su casa igual que lo hacía Eulalia, aunque debería ocuparme de otro tipo de labores distintas de las que desempeñaba ella con los críos; en lo que no parecía confiar era en mis iniciativas de cruzada.

—Dejadme unos días para que me reúna con mis colaboradores en la corte y tal vez pueda deciros cuál es la mejor forma de que os alistéis. Hasta entonces, pedidle a Eulalia que os indique cuáles son las alcobas por las que podéis comenzar a limpiar.

Benjamí de Gadar no se equivocaba y calculaba que aún faltaban unos meses para ver partir a los buques de su majestad don Jaime por lo que más me valía mantenerme ocupada si quería sobrevivir en aquel ambiente. Esperé sus noticias y me retiré en busca de mi nueva compañera.

* * *

Al cabo de una semana de haber iniciado mis jornadas de trabajo en casa de Gadar llegaron por fin noticias de la corte.

Ayudada por Eulalia se me dio a mí también alojamiento en el convento de los frailes menores, a quienes conmovió el relato desesperado que me había llevado a ofrecerme como sierva del abad Antonio. Tenía un lecho en donde pasar las noches, alimento en casa del prestamista y unos contados maravedís que percibía por mi ayuda

en las tareas de limpieza de su hogar, monedas que yo guardaba en mi faltriquera como si las hubiera ganado con el baile en aquellos años de mi juventud.

Todo parecía que fluía a la perfección y era cuestión de tiempo que un día llegase el anuncio de la salida de los barcos con el cual arrancaría la cruzada a Ultramar del monarca. Sin embargo, aquel devenir sencillo de los acontecimientos se tornó complejo entramado de obstáculos y dificultades en la misma mañana que fui convocada por su majestad.

—¡No les hagáis esperar, María! —gritó la joven nodriza desde el otro lado del pasillo y apurando una carrera hacia mí—. Daos prisa. El castillo no se encuentra muy lejos, pero quizás os entretengan en la calle. ¡Corred!

El entusiasmo de Eulalia ante la noticia doblaba con creces el mío propio. Benjamí había llegado a primera hora de la mañana para decirme que me esperaban en las estancias del patio nuevo de palacio antes de que mediase el día y tuve que marchar.

—Tal y como os prometí, he podido hablar con su majestad y ahora debéis presentaros allí inmediatamente para rendirle tributo en la campaña. Los detalles los desconozco, María, pero no falta ni un mes para que zarpe esa flota que tanto ansiáis.

Septiembre aún no había comenzado, el verano se nos pegaba a los pliegues de las túnicas y yo llevaba algo más de una hora arrodillada limpiando los pasillos de la casa, por lo que, haciendo caso a los ánimos de mi compañera, dejé los paños empapados en agua hervida y jabonosa con los que me afanaba sobre el suelo y, tras atusarme un poco el peinado y recomponerme con un tocado de babera que cubriría mis cabellos con discreción, salí de la vivienda de Gadar para correr rumbo a palacio.

Sorteé como pude varios carros tirados por bueyes que se habían detenido en mitad de la calle para evacuar sus necesidades y lo mismo con las personas que se amontonaban en recovecos y dificultaban el paso. Parecía que se habían puesto de acuerdo para volcar las aguas en cuanto yo iba a pasar.

—¡Tened más cuidado! —grité a una mujer que lanzaba sus suciedades por la ventana poco después de que yo cruzara por debajo —. Algunos llevamos varias horas trabajando. ¡Podíais vaciar vuestras letrinas cuando todavía no ha amanecido! ¡Sucios!

Por suerte, mis vestidos estaban intactos, solo unas marcas de rozadura en los bajos, pero nada de lo que el rey pudiera alarmarse o lo llevara a rechazarme en sus huestes.

Llegué al castillo, ansiosa de ser recibida por su majestad. Fuera lo que fuera que debían comunicarme, resultaba fundamental que mi atavío transmitiera dignidad y valía. De todas formas, a medida que

me aproximaba a la entrada del palacio me daba cuenta de la magnitud de aquella convocatoria y de que yo, al parecer, no era la única a quien aguardaban.

Las calles que circundaban la plaza estaban atestadas por una multitud de hombres y mujeres que, formando pequeños corros, dificultaban el acceso.

—Disculpad —inquirí, sirviéndome de mis codos y a discretos empellones—. Me esperan en palacio, debo alcanzar la puerta principal. ¿Sabéis si es aquella junto a la escalinata?

Me dirigí a uno de los hombres que, decidido, se abría paso entre la gente; me pareció que él también trataba de acceder al castillo.

—En palacio hoy solo se recibe al ejército de voluntarios. ¿Estáis segura de que hay alguien que os espera allí? —Se volvió hacia mí y durante unos segundos se detuvo para observarme—. ¿Os han convocado a vos también?

—En efecto, señor. Antes de mediado el día y en el patio nuevo.

El hombre me tomó de la muñeca y tiró de mí para que avanzara a su lado a través del rumoroso gentío.

—Pasaréis conmigo, a mí también me esperan allí.

Cuando por fin logramos franquear la barrera humana que se había formado alrededor del muro, rodeamos la enorme columna que presidía la entrada y caminamos hacia el jardín, un patio recientemente ordenado construir por don Jaime, una superficie ocupada por árboles y recortada por unos soportales que permitían privacidad a la vez que refrescaban el ambiente y, desde luego, en aquellas circunstancias bien era necesaria la ventilación del entorno. Se hacía imposible contar cuántos hombres se habían agolpado allí y en las salas contiguas pero muchos de ellos, sentados en el suelo o apoyados contra los troncos, ya se habían quedado dormidos a la espera de instrucciones. Busqué una esquina desocupada y me senté yo también para aguardar las novedades que hubiere; el hombre que me había ayudado a entrar y aún permanecía a mi lado descolgó un curioso instrumento de cuerda, una suerte de laúd o cítara diminuta que llevaba a la espalda y, sin mediar palabra, comenzó a tocar una canción y consiguió, para sorpresa de todos, que se hiciera el silencio a su alrededor.

—¡Cerverí se viene a la cruzada! —Se oyó un grito procedente del fondo del patio y todos lo acompañaron con aplausos—. Cantad una bella melodía para llamar la atención del rey, Cerverí. ¡Que atienda pronto a sus soldados o perderemos la paciencia!

El tumulto irrumpió en estridentes carcajadas y mi acompañante dejó por un momento de tañer las dulces cuerdas para alzar la voz y responder:

—No os alarméis, caballeros. Pronto tendremos noticias. Debéis

creerme cuando os digo que nadie tiene más deseos de embarcarse a Ultramar que su majestad. —Tras decir aquello se volvió hacia mí y me preguntó—: Entonces vos también habéis sido convocada porque vais a sumaros a la tropa, ¿Es así? Debo decir que me impresiona ver a una mujer sola mezclada entre rudos soldados, no resulta nada habitual. ¿Puedo preguntaros a qué os dedicaréis en la travesía?

Para entonces yo ya sabía que las mujeres, meras acompañantes en la flota de su majestad, podían ser familiares de soldados, prostitutas, lavanderas… pero nadie señalaba el papel de las juglaresas. Me resistía a señalar mis oficios en la campaña como ligados a otros propios de los varones, nunca había sido así a lo largo de todos los años en los que me había desempeñado como bailarina y no tenía por qué serlo ahora, así que respondí a aquel juglar de la siguiente forma:

—Viajo para que la batalla más dura también tenga su momento de descanso y divertimiento posterior, señor. No acompaño a las tropas, sino que formo parte de ellas, soy bailarina, soldadera.

* * *

Guillermo de Cervera, apodado Cerverí, era uno de los trovadores más respetados en la corte de su majestad don Jaime. Movido por la relación estrecha y de confianza que lo ligaba al rey tras décadas a su servicio en la corte, había sido invitado a participar en la expedición hacia San Juan de Acre, y aquella mañana quiso la casualidad que nos encontrásemos a la hora señalada para la recepción de voluntarios.

—Pocos nos dan la importancia que merecemos, señora. Durante meses he viajado junto a las tropas con mis canciones por caminos inhóspitos y muy a pesar de las inclemencias del tiempo: la lluvia, el viento, la nieve y, por supuesto, el calor insoportable. Don Jaime cuenta conmigo para las grandes travesías, pero en esta ocasión yo no me sumaré a la campaña. Me alegra saber que habrá juglaresas que den solaz a la milicia —al decir aquello sonrió complacido.

—Os felicito por esa relación que al parecer conserváis con su majestad —le respondí, francamente impresionada por su confianza—. En mi caso, hace años que me distancié de la corte, no por mi propia voluntad sino por distintas circunstancias… Alguien en Castilla quiso que yo…

A punto estuve revelar más información de la conveniente y de enzarzarme en el relato de mis desgracias en la alcazaba malagueña con aquel desconocido cuando, de pronto, un sordo rumor atravesó el patio y las cornamusas sonaron solemnes para anunciar la llegada del rey.

Su alteza se dirigió a la concurrencia con frases cargadas de ánimo y entusiasmo. Nos hablaba de un proyecto que habría de tomarnos

meses, pero que, de llevarse a cabo con éxito y hasta sus últimas consecuencias, contribuiría notablemente a restaurar el orden y la estabilidad de un territorio asolado por la desgracia y desgraciadamente en manos de los infieles.

Las palabras de don Jaime iban dirigidas a una multitud que desconocía la naturaleza de sus servicios en la expedición más allá de la lucha, el desafío y la reconquista de Tierra Santa.

—Hace ya más de veinte años que fui invitado por su santidad a participar en una nueva cruzada, pero las continuas revueltas y batallas en la península me han ido distanciando de mis objetivos hasta hoy y por fin ha llegado el momento. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Tras pronunciar aquello, los allí presentes se alzaron en un grito unánime y repitieron la frase como si de una oración se tratara. La excitación y el júbilo resultaban contagiosos y yo también me sentí presa de esa energía que aunaba todas aquellas voces. Algunos corrillos se arrancaron en aplausos y fueron seguidos por otros que jaleaban el entusiasmo con gritos y silbidos. Había un ansia desbordada por echarse a la mar y emprender aquella aventura más allá de nuestro mundo conocido y yo sentí que formaba parte de ella. Entonces de pronto algo interrumpió la algarabía. Una voz de mujer resonó desde el otro lado del estrado preparado a la sazón para don Jaime: su hija Violante acababa de entrar en el recinto. Tuve que contener un grito que se desató en lo más profundo de mis entrañas en cuanto me pareció ver que su mirada se cruzaba con la mía. La multitud enmudeció, nadie contaba con su presencia.

—Os doy la bienvenida a esta campaña tan anhelada y agradezco la voluntad que os ha traído hasta aquí —comenzó la reina—. Vuestra actitud devota es digna de respeto y debéis saber que estáis a punto de embarcaros en una expedición de gran alcance: la cruzada os hará merecedores del perdón y la indulgencia divinos. Vuestra determinación os ha convertido ya en el ejército victorioso, pero no esperamos de vosotros nada menos que el éxito rotundo así que partid en paz y que el Señor os guíe hasta veros vencer frente al enemigo. —La ovación hizo retumbar el suelo. Los asistentes batían con los pies y con las palmas de las manos, jaleaban y silbaban entusiasmados ante las palabras de la reina de Castilla. Esta volvió a alzar la voz—: Que la Balteira venga junto a mí, ¡de inmediato!

No podía ser cierto. ¿Cómo sabía que me encontraba allí? Los asistentes comenzaron a murmurar entre ellos, extrañados por la petición de doña Violante y yo quise que un foso se abriera bajo mis pies para que me tragara y desaparecer de allí para siempre.

—Quiero que ahora mismo la Balteira suba al estrado y se presente ante vosotros porque sé que está aquí y porque va a formar parte del

ejército así que, ¡Balteira! No me hagáis utilizar la fuerza para dar con vos. No hay tantas mujeres en este patio. Venid, ¡rápido!

Cerverí me miró boquiabierto y leí en sus labios la frase «no lo hagáis». Los que estaban a nuestro lado pronto repararon en mí y se alejaron o me señalaron. Poco a poco, el espacio se amplió a mi alrededor y mis rodillas temblaron de puro miedo; no sabía a qué me enfrentaría, pero sí que Violante abrigaba un profundo odio desde hacía tiempo, demasiado tiempo. De nuevo me habían tendido una trampa y no tenía más remedio que entregarme.

Ante mí se había abierto un hueco que marcaba el camino hacia el estrado en donde la reina se erguía victoriosa. La miré y grité:

—¡Aquí me tenéis, majestad!

Decidida, porque sabía que ya no me quedaba nada que perder, caminé hacia ella. Me volví para mirar a Cerverí. Negué con la cabeza, completamente rendida a la voluntad de la poderosa monarca. Hubo quien aplaudió mi iniciativa y quien lanzó gritos y abucheos en cuanto mi silueta se hizo visible entre la multitud. De nuevo me estaba convirtiendo en el reclamo, el entretenimiento, el blanco de las burlas. Una vez más.

Allí, frente al estrado y a los pies de los reyes, me incliné en una reverencia. Vi reír a Violante: una sonrisa de victoria y satisfacción se dibujó en su rostro ajado por el paso del tiempo y las turbulentas experiencias en el gobierno de la Corona.

—Aquí tenéis a la bailarina que por fin verá colmadas sus ansias de guerrera. —Violante me agarró del brazo y lo levantó para que todos me vieran, ridícula, desvalida—. Tomad su cuerpo y disfrutadla, porque os será útil en el camino. La Balteira bailará y cantará para vosotros porque es cuanto sabe hacer y ha hecho durante toda su vida. No sirve para nada más. Que nada os frene a tomarla para vuestro disfrute. ¡Aquí os la entrego!

Tras decir aquello arrimó sus labios a mi oreja y me susurró algo que todavía punza mis sentimientos si me atrevo a rememorarlo. Me dijo que él había muerto y que ya era hora de que dejara de buscarlo:

—¿Es que creíais que Pedro cavilaría que, después de todos estos años alejada de la corte, ibais a regresar a su lado? ¿De veras lo creíais, Balteira? ¿Cómo una furcia puede ser tan inocente? Vuestro hombre se marchó y no regresará.

—Pero, señora… —Debí morderme la lengua hasta hacer sangre con el esfuerzo por no vociferar allí mismo toda la rabia que se amontonaba en mi interior—. ¿Cómo sabéis que está muerto? ¿Cómo estáis tan segura de que no se encuentra aquí entre el gentío?

Mis ojos anegados por el llanto miraron alrededor a esa masa de hombres que balbucían y murmuraban en conversaciones imposibles de comprender. Pedro debía de estar entre ellos. Yo no me daba por

vencida.

—Y en ese caso, ¿qué lo habría frenado a buscaros ahora que os he hecho visible a todos los asistentes? —La reina puso los ojos en blanco y suspiró, decepcionada por mi candidez—. Sois estúpida, Balteira. Todo este tiempo trabajando para ellos y todavía no habéis llegado a reconocer la verdadera naturaleza de los hombres.

Me alejé de ella. Me acurruqué en una esquina donde muchos fueron a buscarme para arrastrarme de nuevo al oficio de mi cuerpo.

—¡Dejadla! Todavía no se ha iniciado la campaña. ¡Apartaos! Esta mujer no puede moverse. —Cerverí hacía esfuerzos por disuadir a aquellos bárbaros, por convencerlos para que me dejaran en paz—. Venid conmigo, María. Os ayudaré.

Y me tomó de la mano para conducirme lejos del castillo, donde esperaba poder disponer mi pronta partida hacia Tierra Santa.

* * *

Fui prendida por los guardias en el mismo momento en que la muchedumbre se dispersaba abandonando el patio del castillo, mediado el día, de acuerdo con la hora prevista.

La reina dio claras instrucciones de que se me mantuviera apartada, en las bodegas, hasta el día de la partida de los barcos; para entonces yo habría de sumarme a la expedición, sería un miembro más de aquellas tropas de soldados, ejército de infantería y caballería. Iba a convertirme en «objeto de distracciones» de aquellos hombres y como tal se me iba a entregar al viaje hacia San Juan de Acre.

—¿No eran estos vuestros deseos, Balteira? ¿No queríais bailar y ser cruzada? —Violante me tomó de la barbilla al decir aquello—. Fijaos en que soy complaciente pese a lo mucho que os detesto. Aquello que pedís yo os lo concedo.

Y con una cruel carcajada me soltó para dejarme derrumbada en el suelo de aquella habitación, una oscura estancia de piedra recubierta de moho, junto a las barricas de vino que abastecían a la corte.

—Para vos he conseguido además un lugar a solas porque no quiero que os mezcléis con los demás presos en las mazmorras —añadió—. ¡Bien podéis estarme agradecida!

Apenas tenía voluntad de alzar mi cuello para mirarla, devolverle el gesto, dar por comprendido su mensaje. El orgullo pesaba sobre mis hombros casi tanto como las cadenas que me amarraban a aquella pared. Luché contra mi agotamiento y me levanté para responderle con una reverencia.

Me dejó allí a mi suerte, sola en un espacio tan solo iluminado por una vela prendida en un rincón, sin más compañía que la de los roedores y sabandijas que bullían por los muros del castillo.

En unos días me enviarían a la cruzada, tal y como yo tanto había deseado. La reina me castigaba y se empeñaba en asegurar mi sufrimiento: ridiculizarme, entregarme para el placer de los otros, despreciarme y recordarme que también él, Pedro d'Ambroa, había dejado de creer en mí y me había abandonado.

Al final todos lo hacían.

A punto de rendirme en mis intenciones de seguir y avanzar siempre, por encima del dolor, la rabia y la frustración, la tarde me alcanzó recluida en la bodega, cavilando sobre el viaje que me aguardaba.

Al cabo de unas horas, no supe calcular cuánto tiempo había pasado, pero me había dormido y todavía estaba cansada, se abrió la portezuela para dejar pasar a Cerverí, él único que había tenido un gesto de delicadeza conmigo desde que llegué a ese maldito patio del castillo. Traía una escudilla con caldo. La dejó en el suelo a mi lado y se sentó para sacar de su faltriquera dos pequeños mendrugos de pan con queso que también colocó a mis pies.

—La sopa ha sido consentida por la reina. Del queso y lo demás me he encargado yo, por mi cuenta y riesgo. Debéis alimentaros, María…

Aquel hombre había simpatizado conmigo o, tal vez, solo estuviese conmovido por mis apretadas circunstancias y quisiera ayudarme, por caridad. Me incorporé para tomar el recipiente entre las manos y al primer sorbo, el sabor reconfortante del alimento me asentó el estómago y serenó mis ánimos.

—No quiero poneros en un aprieto, Cerverí. Os agradezco de veras el esfuerzo, pero quizás no sea buena idea que estéis aquí.

—¡No hay peligro, María! —El trovador introdujo de nuevo la mano en su bolsa, sacó una manzana y tras darle un mordisco, continuó explicándose—: Puede que la reina os tenga cierta inquina que no ha pasado desapercibida a ninguno de los que estábamos esta mañana en el patio, pero también puedo aseguraros que don Jaime está de mi lado, así que no temáis.

—¿Él os ha dado acceso a la bodega?

Cerverí me miró conmovido. Al parecer era el artista preferido de don Jaime y a quien en no pocas ocasiones había hecho confidencias; el trovador gozaba de una buena reputación al servicio de la corte y, después de lo acontecido en la convocatoria se sentía en la obligación de ayudarme.

—Veréis, su majestad me ha permitido tenderos una mano hasta que su hija regrese a Castilla. Estos días estaréis aquí, pero yo me ocuparé de que no os falte alimento, abrigo o cualquier cosa que os sea necesaria. En cuanto a la campaña hacia Tierra Santa, me temo que no tengo forma de interferir en ella.

—¡No, no lo hagáis! —Un grito ahogado me levantó del suelo en

cuanto comprendí que aquel buen hombre estaba tratando de ayudarme impidiendo que hiciera lo que en realidad yo más deseaba —. Yo debo marcharme. Quiero viajar a Ultramar por un asunto familiar que hace años que arrastro conmigo. Os agradezco la intención, Cerverí, pero no os molestéis por mí. Sabré cuidarme a bordo de la nave.

A decir verdad, sabía que en cuanto me mezclara con aquellos salvajes estaría perdida, pero ¿es que la vida no me había enseñado ya a salir del paso de situaciones que parecían no tener solución?

—Sois valiente, María. Una auténtica soldadera guerrera. —Me estrechó la mano con respeto y yo incliné la cabeza agradecida.

—¿Y qué es lo que os mueve a tomar la cruz, María? ¿Son asuntos que podáis compartir conmigo o preferís ser discreta?

Lo miré con confianza y suspiré de puro alivio porque estaba segura de que pese a los obstáculos en el camino, llegaría siempre allí donde me lo propusiera.

—Mis ansias de bailar, Guillermo. Pase lo que pase, eso es algo que nadie me ha podido impedir todavía.

* * *

El 4 de septiembre, después de largas jornadas recluida en la penumbra de la bodega del castillo se me liberó de mis cadenas, se me dio permiso para juntar mis pertenencias y de partir junto a los otros. Todo estaba dispuesto para la gran empresa del monarca en Tierra Santa.

—Tenéis dos horas para preparar vuestros bártulos y regresar —me dijo un guardia—. Yo mismo me aseguraré de que no erráis en el trayecto y estáis presta a la hora de la partida. ¡Vamos! No hay tiempo que perder.

Entre empujones fui conducida a la salida. Sabía que aquella agresividad era un mensaje de la reina, pero me sentía dichosa por la protección que su padre me ofrecía al mismo tiempo.

—Señor, no tengo nada que llevarme en mi viaje, pero si me lo permitís quisiera despedirme de algunas personas —dije, pues en casa de Benjamí me habrían echado en falta todos aquellos días y acaso ellos no sabrían las noticias de mi apresamiento tras el desprecio de Violante y la mojiganga generalizada en el patio del castillo—. No me entretendré demasiado, es aquí cerca.

Llegamos a la puerta de la vivienda del prestamista y la joven Eulalia salió a recibirme. Con un fuerte abrazo, me hizo saber que la noticia de mi reclusión les había llegado murmurada de boca en boca unas horas después de la afrenta pública de la reina. Me invitó a pasar para poder comentarme tranquilamente lo sucedido sin el asedio del

vigilante que me acompañaba, pero no me dejó sola en ningún momento y hubo de referirse a aquellos asuntos con cuidado y en susurros que no hicieran sospechar al guardia.

—Sabíamos que no tardaríais en regresar con la noticia de vuestra marcha y celebro que por fin podáis ver cumplidos vuestros deseos, María. Tomad, os he preparado un paquete con carne seca, galleta y algunas prendas que os harán falta en el viaje. ¡Prometedme que os cuidaréis!

Eulalia me entregó todo aquello para mi sorpresa: apenas habíamos tenido tiempo de conocernos y su ayuda no dejaba de sorprenderme felizmente.

—Sois una pura bendición, amiga. Dad las gracias a Gadar y a los hermanos franciscanos. Sin vuestra generosidad no sé qué habría sido de mí en esta empresa.

Nos miramos emocionadas y ella fue la primera en responder.

—Muy probablemente habríais encontrado la manera de esquivar los obstáculos, María. Habéis demostrado que sabéis bailar sorteando los peligros en cualquier situación por compleja que esta sea.

Tomé a mi compañera de las manos, le agradecí sentidamente y le deseé lo mejor. Luego me guiaron hasta el puerto.

Treinta naves y cinco galeras aguardaban la salida y se cargaban con una tripulación de más de ochocientos hombres y algunas mujeres. El bullicio era ensordecedor. El guardia me soltó a solo unos pasos de distancia de una enorme fila de soldados que embarcaban con sus bolsas, armas y demás objetos de valor de los que no pretendían desprenderse durante la travesía.

Desde otra parte llegaban aquellos a quienes identifiqué como caballería real: soldados que acompañaban a sus corceles y caminaban hacia nosotros. Nos apartamos para dejarlos pasar.

—¡Aquí los caballos! ¡Avanzad! —Varios hombres azuzaban a las bestias para que se fueran acomodando en una sola fila.

Decenas de marineros ayudaban a estos a introducir a los animales en el hueco de la nave donde se habían ubicado los establos. Era impresionante advertir la cantidad de espacio reservado para todos aquellos caballos que viajarían con nosotros. Tras ellos se cerraban las trampillas y varios marineros las calafateaban para que no hubiera huecos que pudieran inundar la nave durante la travesía.

Luego nos tocó el turno a nosotros.

Yo iba aferrada a mis bártulos y me cubría desde la cabeza hasta los pies con la capa de peregrina que tan buen uso le había dado en el pasado; esperaba que el tejido engrasado me resguardase de las humedades del viaje. Mirara adonde mirase solo me topaba con la confusión de los demás pasajeros, vidas en las que podía entrever esperanza pero también terror, curiosidad por lo desconocido y coraje.

Más allá de mi propio miedo ante la aventura que para mí y para todos los que embarcábamos estaba a punto de iniciarse, yo seguí buscando la familiar silueta de mi amado. La reina lo había negado pero yo tenía esperanzas de encontrar a Pedro entre aquella multitud de valientes y osados guerreros, viajeros, fugitivos y devotos de Nuestro Señor.

En ese momento una mujer se acercó hasta donde yo me encontraba y me agarró del brazo para conducirme hasta la cubierta.

—Nosotras debemos esperar arriba hasta que se hayan ocupado todas las plazas. ¡Venid! Si no os dais prisa, os mezclarán con ellos y será peligroso. —Tiró de mí hasta la explanada del barco en donde pude distinguir lo que podría ser un ciento de jóvenes y niñas que se apretujaban asustadas a la espera de las órdenes del capitán.

Me arrimé a la pila de bolsas en una esquina y, con mi cabeza escondida entre las rodillas, yo también me senté a esperar. Allí estuvimos bastante tiempo hasta que unas suaves y diminutas manos vinieron a rescatarme de mis ensoñaciones.

—¡María! Por fin os encuentro, parece que ya está todo dispuesto. Se están izando las velas. ¡Mirad!

Me froté los ojos temiendo que mi cansancio engañara mi juicio ante lo que acababa de ver: la joven Tarsiana estaba a mi lado, se había abrazado a mí y sonreía ilusionada, parecía llena de alegría por lo que iba a suceder más allá de la costa, en Ultramar, en el viaje que estábamos a punto de comenzar juntas.

* * *

La sorpresa de reencontrarme con la joven no fue mayor que la de asistir al relato de lo que le había sucedido en Burgos tan solo unos días después de mi partida.

—Sois la última persona a quien esperaba encontrarme a bordo de esta poblada nave. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no os quedasteis en Castilla?

—Debía unirme a vos en vuestra campaña, María. Tenéis que comprenderlo…

Tarsiana, que había aceptado las funciones de lavandera en el viaje junto a otro grupo de voluntarias, me contó que en palacio se había dado aviso de que yo me encontraba en la ciudad y que se habían registrado las tabernas y burdeles para dar conmigo.

—Alguien debió reconoceros en nuestros espectáculos y por algún motivo se os requería en la corte —explicó la joven—. Cuando llegaron hasta el campamento fue Drina quien aseguró que os habíais marchado rumbo a Barcelona.

—Espero que no hayan sido violentos con ella al interrogarla. ¡Y en

su estado!

Me preocupaba que la brutalidad de los guardias hubiera causado problemas a mi amiga encinta, pero Tarsiana me aclaró que para entonces ya había dado a luz.

—Se puso de parto el mismo día en que nos dejasteis, María. Nació una dulce niña.

Sonreí al imaginármela: tan joven y madre de cinco hijos, esperaba que aquella pobre criatura no tuviera que enfrentarse nunca a los peligros que la vida me había reservado a mí.

—Sea como fuere, Tarsiana, lo más probable es que la propia Violante ordenara mi persecución. Hasta Barcelona llegó hace una semana con las mismas intenciones.

Le conté lo sucedido y también que, por muy dura que fuera a ser la travesía, al menos podría asegurarme las simpatías del mismísimo don Jaime, gracias a la intercesión de Cerverí y el prestamista judío, y que no estaba asustada ante lo que pudiera suceder.

—Si vos estáis tranquila, entonces yo también lo estoy, María —añadió.

Tarsiana se había decidido a seguirme, en principio para ponerme sobre aviso de los acontecimientos, pero luego por continuar en su idea de tomarme como ejemplo. Sin embargo, había también otras causas para haberse desplazado con tanta prisa desde Burgos, y cuando me habló claramente de lo sucedido, no tuve más dudas respecto a la naturaleza cruel y vengativa de la reina.

—En la ciudad las cosas se habían complicado: hay quien ha visto a Pedro d'Ambroa vestido como un mendigo y con la pinta de haber perdido el juicio definitivamente, cantando sus propias letrillas por las plazas y en la calle. Lamentándose por vos y por vuestra traición.

Dijo aquello con cuidado pero resultaba evidente su afán de liberarse de aquella confidencia que debió de ser una carga tremenda de la que no había logrado desprenderse durante semanas.

—¿Cómo decís? ¿Pedro en Burgos? —Mi corazón se precipitó en una agitación incontenible. A punto estuve de desmayarme de no hallarme ya sentada en el suelo de tablas de la cubierta del barco—. ¿Mi Pedro que componía tristes cantares sobre mis afanes y desdichas en Málaga? ¿El mismo Pedro que decían que lo había dejado todo por huir de la reina y embarcarse a Ultramar? ¡No puede ser! ¿Vos lo habéis visto?

Tarsiana se puso muy seria, mucho más seria de lo que yo jamás la hubiera visto antes, y cuando parecía que iba a responderme escuchamos las órdenes de los marineros que nos mandaban a la bodega.

—Vosotras dos, ocupáis poco y no portáis cargamento alguno. ¡A la bodega!

Nos dimos cuenta de que cuanto antes nos acomodáramos, si es que podía considerarse acomodo a aquella manera de viajar hacinadas cual despojos entre tantas almas, antes podríamos continuar compartiendo aquella charla. Hicimos caso y bajamos a la cubierta inferior para dar con un banco lo suficientemente espacioso para ambas; yo llevaba mi fardo y Tarsiana el suyo. Enseguida se oyeron las primeras voces del himno y se nos heló el corazón:

Veni creator Spiritus
Accende lumen sensibus,
Infunde amorem cordibus,
Infirma nostri corporis…
Virtute firmans perpeti.

Entonada por los varios cientos de pasajeros de las naves que ya partían mar adentro, aquella canción se elevaba sobre nosotras y acompañaba al vaivén de las maderas en su choque continuo con el oleaje. Un viento áspero se filtraba por las rendijas hasta la zona escondida en donde Tarsiana y yo permanecíamos agazapadas.

—Procurad no mirarlos —le dije a la joven, que sin disimulo fijaba la vista en aquellos aguerridos hombres tendidos a nuestro lado que se empeñaban en entonar el popular himno hacia la cruzada—. ¡Tarsiana! Hacedme caso, por favor. No queremos más complicaciones.

La muchacha entonces se volvió hacia mí. Sus ojos llenos de asombro trataban de apreciar en detalle lo que sucedía a nuestro alrededor. Supe que, a pesar de sus ánimos voluntariosos, aquella chiquilla tendría que someterse a terribles esfuerzos por sobrevivir en los días que nos aguardaban y que yo iba a verme obligada a hacer lo mismo.

* * *

La impresión que tuve al descubrir que jamás volvería a ver a Pedro fue sin duda la causante de mi extraña conducta de aquella noche, durante la tormenta. Si recuerdo algo es por el relato entreverado de mi amiga y porque muchos culparon a esa misma tormenta de los significativos cambios en la campaña a Ultramar de su majestad. Imagino que los truenos y los rayos terminaron de mermar mi juicio marchito; perdí toda esperanza.

Lo cierto es que don Jaime había insinuado la idea del regreso a Barcelona mucho antes de que se manifestaran las primeras gotas de lluvia. Yo misma lo escuché.

Había encontrado junto a Tarsiana nuestro espacio seguro en aquel

banco de la cubierta inferior, en la bodega, justo al lado de las cámaras reservadas para los caballos que escuchábamos resoplar y agitarse con cada sacudida del oleaje. Pero al llegar la noche no solo las bestias dificultaron nuestro descanso: muchos de los soldados habían estado bebiendo desde la partida y ahora vociferaban barbaridades que era mejor ignorar. Insistí a la joven para que no les prestara atención, pero a mí también se me hacía difícil ignorarlos. Alguno daba vueltas por la cubierta, gritaba palabras sin sentido o amenazaba al Santísimo si no cesaba esa lluvia constante que cada vez parecía ir a peor. Muchos temían no ser capaces de volver a ver amanecer si el temporal no amainaba y la nave se iba a pique. Tras el primer relámpago, el pánico se adueñó de la tripulación en cuestión de segundos.

Y en ese momento Tarsiana prosiguió con su relato:

—Sí pude hablar con él, María —Allí, encogida entre las maderas crujientes, la joven abrió su fardo y buscó algo en su interior mientras continuaba hablándome—: Fue durante uno de nuestros ensayos en la taberna en que vos me visteis por primera vez. Allí vino el propio Pedro una tarde y al reconocerlo no pude resistirme a hablar con él.

—¿Pudisteis hablarle de mí? ¿Qué os contó? —Ni el estruendo de la tempestad que batía con fuerza en la superficie del barco pudo alejar de mí la idea de fracaso ante él, el único hombre que me había demostrado respeto en la vida—. ¿Es que no sabía que yo estaba en Barcelona?

Tarsiana negó con la cabeza y sin pronunciar una palabra, a continuación, de dentro de su bolsa extrajo el bálteo de Beltrán y me lo tendió para entregármelo.

—Apenas articulaba dos frases con sentido, María. Debéis saberlo. El Pedro que yo había conocido en la corte estaba muy cambiado, pálido, desmejorado su cuerpo flaco, alicaído y ensimismado en unos pensamientos que no compartía con nadie. En vano traté de explicarle que a punto había estado de coincidir con vos en la ciudad, que jamás os habíais rendido y que no habíais perdido la esperanza de llevar a cabo esta empresa junto a él, pero no me atendía, solo callaba.

—¿Y el cinturón? —dije, sosteniendo la preciada prenda de mi fallecido amigo músico—. Pedro os ha dado aquello que más valor ha tenido siempre para mí. ¡Debió de comprender lo que decíais!

—Fue toda su respuesta, amiga. Pedro me entregó este cinto y lo único que me dijo fue que lo usara, que bailara con él y que tuviera cuidado de no perderlo. Luego se sentó a beber y por mucho que yo le pregunté y le expliqué no hubo forma de convencerlo: parecía que hubiera perdido contacto con la realidad.

Entre sollozos, comprendí que Pedro se había dejado convencer por las habladurías que viajaban en los versos de las cantigas, y que esos

mismos poemas que vieron nacer mis éxitos como Balteira ahora me hundían en la más absoluta de las humillaciones y me relegaban al olvido.

—Quedaos el bálteo, Tarsiana. —Aparté aquel cinto porque nunca más volvería a ser mi seña de identidad—. Es posible que Pedro se haya distanciado de la realidad y divague en pensamientos sin sentido, pero en esto lleva la razón: ya no me pertenece, y si alguien debe llevarlo, esa persona sois vos.

Y tras decir aquello me alejé del grupo por no dar muestra de mi abatimiento a la joven bailarina.

La tormenta seguía golpeando a la nave con fuerza. Vi sorprendida a los hombres más corpulentos arrodillarse por parejas y repetir salmodias desesperadas, oraciones para salvar su alma, redimir sus pecados, rogar por alcanzar la costa, sanos y salvos. Con ello comprendí que todos éramos frágiles en algún momento. Aunque había prometido a Tarsiana que iba a quedarme a su lado y dormirme, en cuanto noté que se entregaba al sueño la cubrí con mi capa de peregrina y salí al exterior. Necesitaba contemplar el mar, recibir el viento helado en la cara y ventilarme de aquel apestoso lugar cargado con los efluvios de pasajeros sudorosos.

Fue allí donde lo vi: su majestad hablaba a dos de los principales dirigentes de la campaña, los infantes bastardos Fernán Sánchez y Pedro Hernández. Me pareció oír que temía que jamás alcanzaríamos la bahía de Acre, que los buques no iban a ser suficientes y que las tropas no podrían enfrentar la ofensiva que el cruel sultán mameluco Baibars nos tendría preparada.

—Pero entonces, ¿no es esta tormenta lo que os preocupa, padre? —Fernán increpó al monarca que, cruzado de brazos, parecía empeñado en poner rumbo de vuelta a la costa de Barcelona—. No ha transcurrido ni una jornada entera desde que nos alejamos de tierra firme y ya queréis regresar. ¿Tan poco os ha durado el entusiasmo ante la batalla?

—Medid vuestras palabras, no olvidéis a quién os estáis dirigiendo. Vos sabíais la naturaleza de esta expedición desde el comienzo. —Don Jaime hablaba a su hijo con resentimiento—. ¡Alcanzar la bahía de Acre no ha sido nunca la prioridad, sino poner de manifiesto ante su santidad que estábamos de su parte y que íbamos a hacernos notar en el imperio del Mediterráneo!

Murmuraban, pero a su lado algunos tripulantes podían escucharles igual que lo hacía yo. Me senté en el suelo y arrimada a la barandilla me dejé mecer por las subidas y bajadas del mar. Desde mi perspectiva, pude comprobar que los dos dirigentes distaban mucho de ponerse de acuerdo en lo que iba a suceder a continuación: Fernán insistía en avanzar y el rey se negaba.

La tormenta ayudó a tomar la decisión.

Vi a soldados que se abalanzaban hacia el borde del barco para expulsar aquello que había llenado sus estómagos y sus intestinos, escuché sus lamentos y asistí a sus oraciones desesperadas. Mucho llegué a temer que ninguno de nosotros fuera a salvarse y, pese a ello, nada me impresionaba.

El cielo tembló. Desde mi rincón asistí al momento en el que se partían las nubes y unas luces brillantes estallaban sobre nuestras cabezas iluminando aquella noche cerrada. Después la lluvia lo mojó todo, lo impregnó todo y deslizó los cabos que pendían de las vergas y se soltaban de los grátiles en un absoluto caos de lazadas y lona empapada.

Me levanté y abrí los brazos, dejé que aquella lluvia enloquecida que caía del cielo y se desplazaba por la cubierta en una suerte de riada me llevara también a mí con ella, quería mezclarme con el océano, diluirme entre aquellos sonidos de desesperación, bailar con el agua y no volver a ser nadie nunca más.

—¡Deteneos! ¿Es que queréis morir? —Un hombre se acercó hasta donde me encontraba y me agarró por la cintura—. Vais a caer al agua. ¡Regresad a las bodegas! Nadie debe estar en esta zona, es muy peligroso.

—Mi vida no sirve para mucho más que estas cuerdas que se enredan entre ellas… Dejadme. Soy libre…

Forcejeé para que me soltara, pero era indudablemente más corpulento que yo y tuve que ceder a la fuerza de sus brazos.

Aquel hombre cargó conmigo hasta el interior de la bodega y una vez allí me dejó en el suelo.

Me pesaban los párpados y no podía dejar de temblar aunque no sentía frío. Solo quería quedarme muy quieta, no me importaba lo que iba a suceder. Ya no me importaba nada.

—No es más que esa puta a quien la reina ha mandado para entretenernos —gritó alguien que se aproximó hasta donde yo estaba tendida para darme la vuelta—. ¿Por qué no la habéis dejado caer por la borda?

—Está empapada —dijo otro—. ¡Habrá que quitarle la ropa para que no se resfríe! ¿No os parece?

Debí de perder la consciencia con la primera embestida. Recuerdo que al despertarme había dejado de llover, pero mi cuerpo seguía húmedo bajo la luz de la mañana.

* * *

—¿Es esto Tierra Santa? ¿Hemos llegado ya?

Pregunté a Tarsiana nada más reconocer sus ojos interrogantes al

abrir los míos. Era de día, la luz se filtraba por las juntas de las tablas y, aunque helada por toda el agua que había abrazado mi cuerpo durante las horas previas, sabía que estaba en tierra firme y eso me dio cierta seguridad. La joven, sentada a mi lado en el suelo de aquella cámara bajo la cubierta, me respondió:

—No os veía, María. ¿Dónde habéis estado toda la noche? Llevo horas buscándoos. La tripulación se ha vuelto loca y muchos insisten en regresar con su majestad a Barcelona antes de que acabe el día.

—¿Regresar? Pero ¿de qué estáis hablando? —Me incorporé asustada, porque no podía imaginar que habiendo superado el peor de los temporales ahora don Jaime quisiera retroceder—. Debemos continuar, Tarsiana. Venid conmigo, alguien tiene que aclararnos lo que sucede.

—¡Basta, María! —Tarsiana me sostuvo por la muñeca y noté la quemazón de los grilletes, recordé que unas horas antes, como presa, las cadenas me las habían dejado en carne viva—. Dejadlo ya. Desperté y vi que no estabais a mi lado; os busqué entre la multitud y bien sabe Dios que me costó ponerme a salvo mientras lo hacía. Dijeron que os habían visto mecida al vaivén de las olas durante la tormenta, que no hacíais caso de quienes os advertían y que para cuando por fin os pusieron a salvo hicieron con vuestro cuerpo lo que les vino en gana. ¿Es que no recordáis nada?

Lo cierto era que no podía recordar nada, sabía que había bailado con la lluvia pero nada de lo que había sucedido después. ¿Es que un grupo de hombres se había aprovechado de mi cuerpo? No era la primera vez, y sospechaba que a pesar de mi edad, tampoco iba a ser la última.

La muchacha no apartaba sus oscuros ojos de mí. Me obligó a ir con ella y juntas seguimos por la trampilla de salida a la multitud de supervivientes que se tendían en la orilla de la playa.

No, aquello no era Palestina. Habíamos atracado en la costa francesa de Aguas Muertas y nos sumábamos al desconcierto del ejército entregado a los designios de un monarca que dudaba y exponía sus motivos para abandonar la empresa que con tanto empeño habíamos emprendido.

Escuchamos su discurso.

—Varias chalupas y falúas serán fletadas para que suban a bordo todos aquellos que deseen sumarse a las naves que iban detrás de la nuestra. —Hablaba don Jaime con mesura, sin alzar la voz, como asumiendo las complicaciones derivadas de aquel fracaso—. Este barco continuará bajo la dirección de los infantes pero el resto volverá conmigo a Barcelona.

Cientos de voces airadas y descontentas con la decisión de aquel monarca cobarde se sumaron a los abucheos que no cesaron durante

todo el comunicado del rey. El desconcierto era generalizado. ¿Qué haríamos ahora? Solo los más valientes continuarían navegando hacia la guerra, los demás tenían permiso para regresar.

—Los últimos buques no han resistido el temporal y ya han emprendido el regreso, María. ¡Debemos continuar!

—Yo ya no puedo seguir, Tarsiana. —Mi cuerpo imploraba que lo dejase descansar de una vez y para siempre, que terminara con esa vida y me rindiera al implacable paso de los años—. Siento que la Balteira ha muerto. Si la empresa se rinde, yo he de regresar con ella y aceptar mi destino.

—Vuestro destino se halla en Tierra Santa, María, es lo que siempre habéis deseado porque allí seréis libre. ¿A qué otro destino os referís?

Aquella niña lloraba de puro desconsuelo, no por miedo a poner en peligro su vida sino al comprender que su admirada Balteira estaba condenada al olvido.

Mi amado compañero era ahora un loco vagabundo y ninguno de los que alguna vez habían disfrutado con mi presencia iba a plantarle cara a una reina empeñada en borrar mi recuerdo para siempre. Fracasaba la cruzada y con ella fracasaba yo también.

Entonces hice la propuesta que cambiaría la vida de la joven bailarina para siempre.

—Tenéis razón, Tarsiana, vos que tanto habéis deseado siempre ser como yo tenéis ahora la oportunidad perfecta para ver cumplidos vuestros sueños. Continuad el viaje en mi lugar.

Hombres y mujeres corrían o se arrastraban a nuestro lado para hacerse con una plaza en aquellas pequeñas barcas que se iban descolgando de la nave. Era el momento de hacerlo.

—¿De qué estáis hablando? Si yo continúo, ¿acaso vos regresáis?

—Eso es. Mi vida como juglaresa ya solo tiene sentido si vos la continuáis por mí: sois joven, tenéis disposición, belleza y conocimientos del arte de la danza. Nadie como vos, Tarsiana, podrá encarnar la fama que un día tuvo la Balteira. Id a Tierra Santa, que yo volveré a cumplir con mi promesa en Galicia.

La emoción dio paso a las lágrimas y la muchacha se abrazó a mí en un intento desesperado por retenerme.

—María, ¡no podéis hacer esto!

—Sí, Tarsiana, debemos hacerlo. Dadle un sentido a la leyenda. Hacedlo por mí, hacedlo por la Balteira.

De cuando fui Balteira

s en este punto en donde el relato de María Pérez pasa a mis manos, pequeñas y menudas como las de un roedor; es aquí donde la responsabilidad de perpetuar una leyenda viva como la de aquella soldadera que tanto dio que hablar en la corte del rey don Alfonso se traslada a mi persona.

María embarcó de vuelta y jamás volví a verla. Regresó con las tropas de su majestad en la nave principal y me hizo prometer que a partir de entonces me entregaría al oficio como lo hubiera hecho la auténtica Balteira. Alcanzada por la vejez, imaginé que se retiraría al monasterio de Sobrado y cumpliría el contrato que había pactado con los monjes, pero nunca tuve ocasión de comprobarlo.

Dejé que partiera en paz y me entregó su nombre. Me regaló su vida y sus experiencias para que hiciera el mejor uso posible de ellas. Cuando ya no teníamos más que agregar, nos separamos.

Tan solo dos de las naves que habían formado aquella poderosa escuadra inicial se aventuraron a continuar con la travesía hasta alcanzar las aguas de la costa de San Juan de Acre. Yo iba en una de ellas, cumplí con mi promesa y asistí al horror de la batalla.

Fueron días largos a bordo de aquel buque infecto en donde ser mujer se tomaba por sinónimo de ser un material a disposición de los tripulantes, como lo eran los pocos pedazos de carne salada y galleta seca o las vasijas de agua dulce procedente de la lluvia recogida directamente de la tempestad del primer día.

Viajé escondida entre los caballos, picada por las pulgas y entre el heno podrido que se amontonaba en los rincones del establo. Desde mi escondrijo, rogaba al Señor todas las noches para que me permitiera, al menos, llegar a mi destino y contemplar esa Tierra Santa tan perseguida por María. Con la llegada del sueño me santiguaba y rezaba porque creía que esa sería la última vez que podría soñar, que no despertaría, que todo, yo incluida, terminaría en lo profundo de aquel océano que surcábamos.

Sin embargo, una mañana arribamos por fin a la playa y, de no haber sido por aquel enjambre de sarracenos violentos que nos aguardaba desde la orilla, podría haber pensado que un milagro

acababa de cumplirse y que mi viaje a Ultramar se había consumado con éxito.

Lo más difícil no había hecho más que comenzar.

Saltaron a la arena como poseídos por un ansia imparable de violencia: los supervivientes del menguado ejército de soldados emprendieron la carrera hacia las tropas enemigas que ya se disponían en la línea de la costa como una barrera humana difícil de derribar. Yo permanecí en silencio, oculta por la lona de la capa de María y entre dos fardos de paja que también habían hecho las veces de lecho durante las noches. Llegaron a por las bestias; ensillaron a los pobres animales que poca voluntad tenían ya de batirse contra nada y vaciaron el establo.

Cuando supe que estaba sola observé la más salvaje de las batallas que tenía lugar allí donde el mar rompía contra el reborde arenoso de San Juan de Acre.

El sol se reflejaba en la chapa metálica de las armaduras, en los espejos de los escudos tras los que aquellos guerreros aguardaban antes de lanzarse y retar a la muerte. Nuestros hombres hincaban las rodillas en la arena, se santiguaban antes de entregarse a la furia voraz de aquellos salvajes y observé cómo, sin pensarlo, muchos huían despavoridos de lo que ya se había convertido en una persecución encarnizada.

Los infieles lanzaban cortinas de flechas que alcanzaban sin dificultad a cualquiera que no acertara a protegerse con su escudo. Vi sangre sobre el agua, cuellos reventados y voces desesperadas que clamaban al cielo por salir con vida de aquel infierno.

Desde la costa escuché los tambores del enemigo: aquellos soldados no solo se habían organizado con lanzas y saetas en perfecta estrategia bajo las órdenes del que llamaban Baibars, sino que, envalentonados por ser mayoría, acompañaban al ataque con estruendoso repiqueteo de timbales y bramidos de clarines y cuernos.

El caos y la confusión no pudieron ser mayores. Yo apretaba mi cuerpo contra las maderas y tapaba mis oídos con las manos para evitar en lo posible que aquellos gritos y rugidos infernales se colaran en el establo de la nave abandonada que era mi refugio.

Después de varias horas sin abandonar aquel hueco de seguridad, en cuanto dejé de oír los lamentos y el chapoteo de las bestias en el agua, me atreví a salir en busca de mi salvación.

Se había hecho de noche, el aire era fresco y yo cubría mis hombros con la capa de María. En mi cintura brillaba el más preciado de los recuerdos de mi amiga, su bálteo; lo acaricié con mis pequeñas manos como si pudiera comunicarme con la dueña a través del tacto y a continuación caminé en dirección a la campiña de la ciudad.

Aquí sigo y desde aquí observo la bahía extraña en donde por fin

nadie juzga a la Balteira y donde ambas hemos logrado que sea libre. Hasta esta costa llegan murmullos de alguna agrupación popular en la plaza del comercio, gentes de gritan, ríen y conversan en idiomas que desconozco mientras se oye una música lejana; sigo su estela hasta que se va haciendo más y más intensa. Ahora la puedo escuchar perfectamente. Ahora sé que, pase lo que pase, jamás dejaré de bailar.

NOTA DE LA AUTORA

onviene, querido lector, que no pierdas de vista las circunstancias sobre las que se levanta esta novela una vez que has alcanzado el final de la travesía: el registro de referencias reiteradas a una mujer en un corpus de cantigas del siglo XIII, referencias todas ellas que brillan por su desmesura y provocación.

A María Pérez, «la Balteira», se la nombra en dieciséis cantigas, poemas creados para ser interpretados con intenciones lúdicas. Considerados por la historia como «propagadores de la obra de otros» cuando al parecer eran ingeniosos poetas con dotes histriónicas e interpretativas, los juglares volvieron famosa a la Balteira. La *denigratio mulieris* se hace evidente rima tras rima a lo largo de los cancioneros: en ellos todo se exageraba, todo se sacaba de su contexto y, muy probablemente, lo que en ellos se dijera no fuera cierto o no lo fuera en su totalidad.

Este libro ha recreado también la vida de contemporáneos de la soldadera como el noble trovador Pedro García d'Ambroa, originario de San Tirso de Ambroa —en la provincia de La Coruña— y satirizado hasta la extenuación por sus colegas debido tanto a su relación con la Balteira como a su muy dudosa empresa en calidad de cruzado; por su parte, la reina Violante de Aragón destacó como mediadora política en ciertos puntos críticos del reinado de su esposo don Alfonso X, y como curiosidad, añadir que en 1282 fundó el monasterio de Santa Clara de Allariz al cual donó la nada desdeñable suma de 4000 maravedís destinados a la compra de libros para las monjas.

Tanto Fernando III («el Santo») como su hijo Alfonso X («el Sabio») y el suegro de este, Jaime I («el Conquistador») contribuyeron sin duda a la popularidad de la soldadera gallega que cantó y bailó para ellos en una época en la que tan necesario se hacía el entretenimiento antes, durante y después del conflicto armado.

De eso al menos han dado cuenta los cancioneros y de ellos ha nacido esta historia.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ALBOR MORENO, María Luisa, *La ciudad de La Coruña y el comercio en la Baja Edad Media*, Madrid, Universidad Complutense, 1985.

ALONSO TEJADA, Luis, «Poesía con historia: Las cantigas eróticas de Alfonso X el Sabio», *Historia 16*, núm. 40, 1979.

ALVAR EZQUERRA, Carlos, «A verdadeira cruzada de María Pérez, "Balteira"», en Carlos Alvar Ezquerra (coord.), *Estudios de literatura medieval en la península ibérica*, San Millán de la Cogolla, Fundación San Millán de la Cogolla-Cilengua, 2015, pp. 1167-1182.

ASBRIDGE, Thomas, *Las cruzadas. Una nueva historia de las guerras por Tierra Santa,* trad. Tomás Fernández Aúz, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.

AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Las cruzadas*, Madrid, Sílex, 2004.

BALLESTEROS BERETTA, Antonio, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, Salvat, 1963.

BARREIRO, Xosé Ramón, *Historia de la ciudad de La Coruña,* A Coruña, La Voz de Galicia, 1986.

BECEIRO PITA, Isabel, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana: siglos XII-XV,* Madrid, CSIC, 1990.

BRUHN, Wolfgang, *Historia del traje en imágenes. Enciclopedia del vestido de todos los tiempos y pueblos, que comprende el traje popular en Europa y fuera de ella,* Barcelona, Gustavo Gili, 1966.

GONZÁLEZ, Julio, *Repartimiento de Sevilla*, vol. I, Madrid, CSIC, 1951.

KLAPISCH-ZUBER, Christiane (dir.), *Historia de las mujeres. La Edad Media*, Barcelona, Penguin Random House, 2018.

LÓPEZ-AYDILLO, Eugenio, *Los cancioneros gallego-portugueses como fuentes históricas*, 1924; Valladolid, Maxtor, 2008.

LÓPEZ MORÁN, Enriqueta, «El monacato femenino gallego en la Alta Edad Media (La Coruña y Pontevedra)», *Nalgures* 1, Asociación Cultural de Estudios Históricos de Galicia, 2004.

MAGÁN ABELLEIRA, Fernando, *Lírica profana galego-portuguesa: corpus completo das cantigas medievais, con estudo biográfico, análise retórica e bibliografia específica,* Santiago de Compostela, Xunta de Galicia. Centro de Investigacións Lingüísticas e Literarias Ramón Piñeiro, 1996.

MARCENARO, Simone, «Alfonso (¿infante?) de Castilla y Pero (¿García?) de Ambroa», en *Actas del XIII Congreso Internacional*

Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Valladolid, Ayuntamiento y Universidad de Valladolid, 2010, pp. 1273-1282.

MARTÍNEZ LLOPIS, Manuel, *Historia de la gastronomía española*, Madrid, Editora Nacional, 1981.

MARTÍNEZ SALAZAR, Andrés, *Documentos gallegos del siglo XIII-XVI,* La Coruña, Imprenta de la Casa de Misericordia, 1911.

—, «Una gallega célebre en el siglo XIII», en Andrés Martínez Salazar, *Algunos temas gallegos*, La Coruña, Moret, 1948, pp. 197-216.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Historia de España. La época del gótico en la cultura española (c. 1220-c. 1480),* Barcelona, Espasa-Calpe, 1939.

—, *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas,* Madrid, Biblioteca de Gestiones Culturales, 1957.

OLAÑETA, José J. de (ed.), *Flores del tesoro de la belleza. Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres,* manuscrito n.º 68 de la Bib. Universidad de Barcelona. Folios 151 a 170, introd. de Teresa María Vinyoles, pról. de Josefina Roma, trad. de Oriol Comas, Palma de Mallorca, Olañeta, 2001.

PALLARÉS MÉNDEZ, María del Carmen, *El monasterio de Sobrado: un ejemplo de protagonismo monástico en la Galicia medieval*, La Coruña, Diputación Provincial, 1979.

PARDO DE GUEVARA Y VALDÉS, Eduardo (ed.), *Mujeres con poder en la Galicia medieval (siglos XIII-XV). Estudios, biografías y documentos,* Anejos de Cuadernos de Estudios Gallegos, XLIV, Santiago de Compostela, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, 2017.

PÉREZ CARRASCO, Javier, «Iconografía obscena en la escultura románica burgalesa», en III Jornadas Burgalesas de Historia, *Burgos en la plena Edad Media*, Burgos, Asociación Provincial de Libreros de Burgos, 1991, pp. 729-747.

PERNOUD, Régine, *La mujer en el tiempo de las cruzadas,* Madrid, Rialp, 1991.

PHILIPPE, Ariès, y DUBY, Georges (dirs.), *Historia de la vida privada 2,* Barcelona, Penguin Random House, 2017.

PINILLA JIMÉNEZ, Manuel, *Cronologías de la historia,* Madrid, Círculo Rojo, 2015.

RIVERA GARRETAS, María Milagros, *Textos y espacios de mujeres. Europa, siglos IV-XV*, Barcelona, Icaria, 1990.

RODRÍGUEZ, Ana, *La estirpe de Leonor de Aquitania. Mujeres y poder en los siglos XII y XIII*, Barcelona, Crítica, 2014.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Manuel, *La cruzada en tiempos de Alfonso X*, Madrid, Sílex, 2014.

RODRÍGUEZ NÚÑEZ, Clara Cristela, *Los conventos femeninos en Galicia. El papel de la mujer en la sociedad medieval*, Lugo, Diputación Provincial, 1993.

ROMAY LÓPEZ, Manuel, *María Balteira. A soldadeira más fermosa da*

corte do Rey Sabio, A Coruña, Deputación Provincial, 2013.
SÁNCHEZ, Alicia, y POMÉS, María, *Historia de Barcelona. De los orígenes a la actualidad,* Barcelona, Óptima, 2001.
SÁNCHEZ CHOUZA, José Manuel, A *Coruña en la Baja Edad Media,* Sada, Ediciós do Castro, 2005.
TORRES FONTES, Juan, *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1987.
TYERMAN, Christopher, *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las cruzadas,* Barcelona, Crítica, 2007.
—, *Cómo organizar una cruzada. El trasfondo racional de las guerras de Dios,* Barcelona, Crítica, 2016.
VÁZQUEZ GARCÍA, Tania, «A representación das soldadeiras nas cantigas de escarnio galego-portuguesas e na cultura visual románica», en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, vol. 65, n.º 131, enero-diciembre 2018, pp. 107-131.
VENTURA, Joaquim, «O contrato de María Pérez *Balteira* con Sobrado», en *Grial. Revista galega de cultura*, vol. 55, n.º 215, 1963, pp. 135-141.

AGRADECIMIENTOS

Supongo que si la Balteira de este libro es fundamentalmente bailarina es porque yo también lo fui y no lo hubiera sido nunca si no es por las clases de ballet de Yolanda, Chicha y Luciano: a ellos les agradezco todo lo que me enseñaron.

Al personal del Archivo Histórico Municipal de A Coruña, del Archivo del Reino de Galicia y de la Biblioteca Nacional de España les doy las gracias porque, con el suyo, facilitaron durante meses mi trabajo.

A mis antiguos compañeros del proyecto PIMIC en el CCHS del CSIC de Madrid porque me han inspirado con sus investigaciones mucho más de lo que ellos se imaginan, cada uno en su idioma.

A mis editoras, mis amigos y mis colegas libreros, escritores y lectores que están y escuchan siempre.

A Fran, que me llevó por otro camino y resultó ser el atajo perfecto.

Y a mi familia que lo es todo, todos los días.

Notas

[1] Lo que a todos incumbe, por todos ha de ser aprobado.

[2] TORRES FONTES, Juan, *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*. Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1987.

[3] «*Ya sabíamos que la Balteira tenía potestad de excomulgar, pues desde tiempos del Rey Fernando excolmulgó a muchos que le pagaron muy bien por ello; pero ahora buscó a un patriarca Fí de Escaliola, el cual recibe de La Meca este poder de soltar y absolver, y ella dice que el poder que Dios otorgó a Roma no vale nada*» (trad. Alonso Tejada, L., 1979).

[4] Cancionero de la Biblioteca Nacional de Lisboa, cod. 10991 (antiguo Colocci-Brancuti).

[6] *María Pérez, nuestra cruzada / cuando vino de la tierra de Ultramar, / vino tan cargada de indulgencias / que no se podía tener en pie; / pero cada uno de los que se le acercan, le roban / y del perdón ya nada le ha quedado* (trad. de la autora).

[7] Cancionero de la Biblioteca Vaticana, cod. Vat. Lat. 4803.

[5] «Este tal, si quiere vengar a Balteira de las deshonras que recibió en el mundo no empiece por mí, que estoy en prisión de ella y no puedo defenderme: vénguela de todos los de León y de Castilla y de los del reino de Aragón, vaya a matar a los moros, pues de todos recibió ella gran deshonra». Trad. en Antonio Ballesteros Beretta, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona, Salvat, 1963, p. 404.

La juglaresa
María López Villarquide

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Agustín Escudero
© de la imagen de la portada, Arcangel

© María López Villarquide, 2021

© Ilustraciones de interior y letras capitulares, María López Villarquide

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-670-6224-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Santiago Isla

Los juegos florales

ESPASA

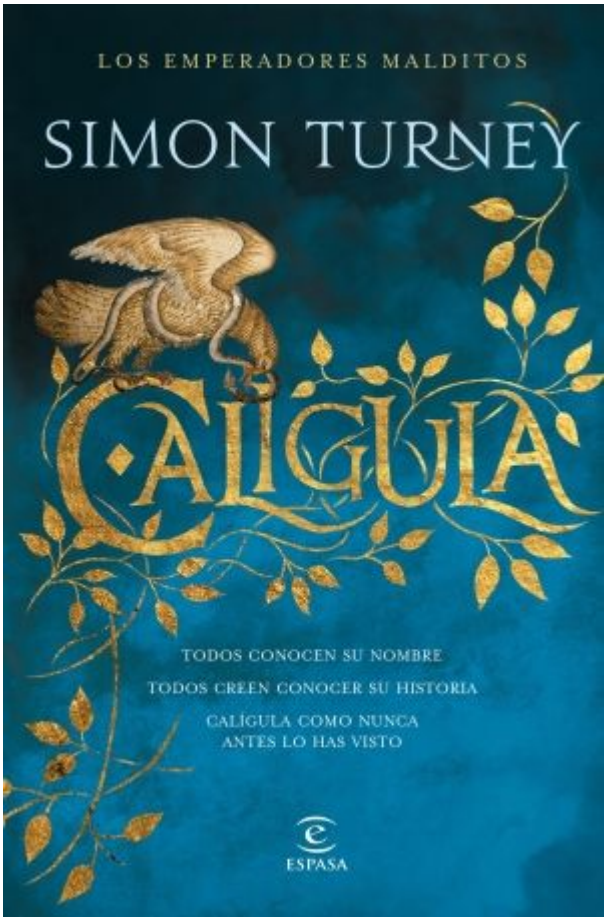
Los juegos florales

Isla, Santiago
9788467063851
298 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una tragicomedia rabiosamente actual. Una novela generacional. En Madrid, la joven generación del desencanto sigue sobreviviendo en sus trabajos precarios sin mayor horizonte que el día siguiente, agarrada a sus aficiones con una obsesión no exenta de la melancolía que impregna los finales de época: la música, las fiestas, las marcas, el coleccionismo de chicos y chicas, la gastronomía y mucho de ese amor ideal que Ginsberg consideraba el peso del mundo. Este es el paisaje en el que vive Ignacio Benavides, quien, para complicarlo aún más, ha elegido como tabla de salvación la literatura, eso de lo que ya sabemos que es muy difícil vivir… A no ser que tengas contactos en las productoras de contenidos: y eso es lo que le acaba de suceder. Con la ilusión de ver sus sueños cumplidos y de redimirse de su propio spleen, Ignacio empieza a frecuentar a los conseguidores del pijerío cultural madrileño que viven de las rentas y a las musas de cartón piedra que los acompañan. Santiago Isla sigue siendo un flâneur en esta novela "sobre las promesas, las decepciones, la frustración", con ese narrador connotado, irónico y autocrítico que, sin embargo, conserva la esperanza "de un último tren hacia el futuro". El joven autor marca distancia con un estilo tremendamente personal y confirma los dones con los que se calificó su primera novela: frescura, luminosidad, altura, elegancia, inteligencia y entusiasmo.

Cómpralo y empieza a leer


LOS EMPERADORES MALDITOS
SIMON TURNEY
CALÍGULA
TODOS CONOCEN SU NOMBRE
TODOS CREEN CONOCER SU HISTORIA
CALÍGULA COMO NUNCA
ANTES LO HAS VISTO
ESPASA

Calígula

Turney, Simon
9788467053951
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el moribundo Tiberius confía en la familia de Calígula la sucesión del imperio con el fin de restaurar el orden, el destino de Roma cambia y aparece uno de los tiranos más infames de la historia, Calígula. Pero ¿era Calígula realmente un monstruo? Olvídate de todo lo que crees saber y deja que sea Livilla, la hermana pequeña y confidente del emperador, quien te cuente qué es lo que realmente pasó: cómo su querido hermano se convirtió en el hombre más poderoso de la tierra y cómo, con mentiras, asesinatos y traiciones, Roma cambió para siempre… El primer volumen de una nueva serie sobre los emperadores malditos de Roma, aquellos que fueron borrados de la historia. Una novela magistral que muestra a Calígula como nunca te lo habían contado.

Cómpralo y empieza a leer

FERNANDO TRÍAS DE BES

UNA HISTORIA DIFERENTE DEL MUNDO

Cómo las emociones y los instintos determinan el funcionamiento y el devenir de la humanidad

ESPASA

Una historia diferente del mundo

Trías de Bes, Fernando
9788467063868
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Sabía que el trueque apareció para evitar las sangrientas venganzas de los saqueos entre tribus y que las primeras monedas surgieron por falta de memoria? ¿Sabía que la propiedad privada la inventaron los monarcas corruptos para recaudar más o que las sociedades anónimas se crearon para ocultar la identidad de los nobles agraciados por los reyes? ¿Qué conducta hizo que el pan no cambiara de precio en tres siglos? ¿Por qué un falsificador es el ladrón más justo de todos o por qué, gracias a la productividad industrial, ya no hay apenas dictaduras? ¿Sabía que debemos los seguros a las personas insolidarias, o que el nuevo capitalismo es un capitalismo de emociones? Normalmente ahondamos en la historia a través de los sucesos, los acontecimientos, las guerras, los descubrimientos… Pero cada invento social ha sido resultado de nuestros impulsos, instintos y emociones: desde el miedo hasta el perdón, pasando por la ambición, la envidia, la insatisfacción, el sometimiento, la corrupción, la vulnerabilidad, la especulación, la compasión, el afán de poder, el deseo de justicia, el sufrimiento, el disfrute… Estos y tantos otros instintos y emociones explican cómo nos organizamos, cómo trabajamos y cómo se han forjado nuestras aspiraciones, derechos y libertades actuales. En esta Historia diferente del mundo, Fernando Trías de Bes revisa la evolución de las civilizaciones a través de los comportamientos que las condicionan y determinan el devenir de la humanidad. El resultado, una lectura sorprendente, entretenida y rompedora, que descubre las arquitecturas psicológicas y descarnadamente humanas que sostienen nuestro sistema social.

Cómpralo y empieza a leer

JOSÉ MARÍA FUSTER-FABRA
TU REFUGIO EN EL INFIERNO
ESPASA

Tu refugio en el infierno

Fuster-Fabra, José María
9788467063790
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La vida requiere acción contra el aburrimiento intolerable. Me llamo Francisco de Borja Alba de Lauria y Monforte, marqués de Gules, pueden llamarme Fran, para abreviar, y soy, sí, soy, inspector del Cuerpo Nacional de Policía en la Jefatura de Barcelona. Marqués por la gracia de mi padre; no es que me entusiasme, pero he de afirmar que mi educación privilegiada me ayuda a desempeñar un cargo que es, cómo decirlo, una vocación. Pasé por una temporada hippie en Ibiza aclarándome las ideas y luego otra temporada en la Legión para curtirme como es debido. Me gustan las mujeres, los buenos restaurantes y, aunque tengo una marcada tendencia a ir por libre, soy leal y cumplidor, y estoy convencido de que la vida requiere acción. Siempre he pensado que en el mundo hay dos tipos de personas: los que hemos venido a no aburrirnos y los que sí lo hacen; los segundos no me interesan en absoluto. Desde que Mariela Vegas, prostituta en un club de alterne, ha aparecido asesinada en Colombia no paro de dar vueltas a cómo hincar el diente a un caso que, como las estadísticas, oculta más de lo que enseña. ¿Trata de blancas? ¿Narcotráfico? ¿Terrorismo? ¿Corrupción institucional? Si me ayudan a resolver este caso, les prometo un paseo por los bajos y los altos fondos barceloneses y una visita pormenorizada a la cocina del trabajo de policías, guardias civiles, espías, abogados, fiscales, jueces… Y políticos corruptos. ¿Me acompañan? Como lectores de novela policiaca, demos la bienvenida a esta novela en la que el reconocido abogado José María Fuster-Fabra ha vertido gran parte de su invaluable experiencia con humor, soltura e ingenio.

Cómpralo y empieza a leer

CATHERINE L'ECUYER
CONVERSACIONES CON MI
MAESTRA
Dudas y certezas sobre la educación
ESPASA

Conversaciones con mi maestra

Ecuyer, Catherine L´
9788467063806
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un momento de desencanto respecto a la educación "tradicional", y ante el cada vez más amplio abanico de ofertas innovadoras, demasiadas veces condicionadas por el marketing o las modas, tanto padres como educadores tienen suficientes motivos para sentirse perdidos. Desde siempre las aulas han sido el campo de batalla de los poderes políticos, y desde hace unas décadas también de algunos poderes económicos como una herramienta de control al servicio de sus cambiantes intereses. La ausencia de reflexión acerca de los fines de la educación ha dado vía libre a las ocurrencias de gurús educativos a los que se les permite jugar con una realidad tan trascendente como es la escuela. ¿QUÉ PASA HOY EN LAS AULAS? ¿QUÉ HAY DETRÁS DE LAS PROPUESTAS EDUCATIVAS ACTUALES? Conversaciones con mi maestra te explica las principales corrientes educativas que encontramos actualmente en los colegios. A través del diálogo socrático entre un inquieto alumno de magisterio y una sabia maestra jubilada, Catherine L'Ecuyer esclarece en qué consisten y de dónde vienen los métodos más difundidos en nuestras escuelas: la educación emocional, la basada en la neurociencia, las inteligencias múltiples, la estimulación temprana, el trabajo por proyectos o el aprendizaje cooperativo, entre otros. Una obra que rompe con el falso dilema entre educación "nueva" o "tradicional", y aporta claridad y herramientas para padres y educadores con el propósito de entender lo que está sucediendo hoy en los colegios. Una lectura sosegada que trata de la importancia de la atención, del rol de la imaginación, y que abre el horizonte a la cultura, a la belleza, al placer de aprender y al deseo de conocer.

Cómpralo y empieza a leer